

Yo, José María Vélaz

Antonio Pérez Esclarín



FEDERACIÓN INTERNACIONAL
Fe y Alegría

Movimiento de Educación Popular Integral y Promoción Social

Edición general

Maritza Barrios Yaselli

Diseño

Equis Diseño Gráfico / Elena Roosen

Diseño de portada

María Fernanda Sosa

Fotografías

J.J. Castro

Selección de fotografías

María Fernanda Sosa / Elena Roosen

Impresión

Editorial Ex Libris

Edita

Fe y Alegría de Venezuela

Distribuye

Fe y Alegría de Venezuela

Esquina de Luneta

Edificio Centro valores, piso 7

Altagracia

Caracas 1010-A Venezuela

Teléfonos: (58-212) 5631776 / 5632048

Fax: (58-212) 5645096

Correos electrónicos: venezuela@feyalegria.org

federacion@feyalegria.org

Página web: <http://www.feyalegria.org>

© Fe y Alegría 2010

Hecho el depósito de Ley

Depósito legal:

ISSN:

Caracas 2010

A Paula Lucía, mi primera nieta,
que nació mientras escribía
este libro, y que en los momentos
de vacilaciones y desánimo,
alimentó con sus sonrisas y con todo el
milagro de su existencia angelical, mi
decisión de terminarlo.

| | |
|--|-----|
| PRESENTACIÓN | 9 |
| Mirar con ojos nuevos | |
| INTRODUCCIÓN | 15 |
| CAPÍTULO UNO | 21 |
| Mis 74 años... de juventud | |
| CAPÍTULO DOS | 81 |
| Un viejo dolor y un profundo compromiso de servir a los más pobres | |
| CAPÍTULO TRES | 97 |
| Celebremos el nacimiento y la expansión internacional de Fe y Alegría | |
| CAPÍTULO CUATRO | 185 |
| Construyendo nuevos proyectos y sueños en Fe y Alegría | |
| CAPÍTULO CINCO | 225 |
| Reflexionando sobre la identidad y objetivos de Fe y Alegría | |
| CAPÍTULO SEIS | 237 |
| Un vivir en misión | |
| CAPÍTULO SIETE | 253 |
| Todavía tengo demasiadas cosas que hacer | |
| CAPÍTULO OCHO | 263 |
| Unos brazos amorosos me esperan... | |
| APÉNDICE | 269 |
| ESCRITOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA VÉLAZ | 273 |
| PUBLICACIONES Y ESCRITOS SOBRE LA VIDA, PENSAMIENTO Y OBRA DEL P. JOSÉ MARÍA VÉLAZ | 277 |

PRESENTACIÓN

Mirar con ojos nuevos

A medida que avanzaba en la lectura del libro me preguntaba si se trataba de una biografía de José María Vélaz, S.J., o de la historia de los orígenes de Fe y Alegría. Sin duda parte de esta impresión nace de los ojos del narrador. Antonio Pérez Esclarín mira a Vélaz desde el espejo de Fe y Alegría. Pocos como él conocen su historia, su espíritu, su vida cotidiana. Una mirada nacida de la experiencia y el entusiasmo que descubre en Vélaz las virtudes de su obra maestra.

Pero no hay duda que esta mirada tiene su fundamento en la realidad. Vélaz dejó su sello en Fe y Alegría. Pero me atrevo a pensar que el contacto con una Fe y Alegría que veía surgir de sus manos y su corazón, también lo marcó profundamente y le hizo crecer y cambiar.

El libro, escrito en primera persona como si se tratara de una autobiografía, nos devela en forma novelada la mística que inspiró el movimiento Fe y Alegría y nos ayuda a entender su identidad desde el talante de su fundador.

Publicado al cumplirse los 100 años del nacimiento de José María Vélaz, S.J., es un justo homenaje al creador del movimiento, soñador y visionario, testigo y forjador.

Pero pone también en el estilo narrativo, tan atractivo para las culturas populares y posmodernas, los principios fundantes de Fe y Alegría.

Empieza la historia por el final, en el atardecer de la vida de Vélaz, para contemplar el pasado con ojos de esperanza, que ilumina el futuro del movimiento. El libro no sólo cuenta la historia, sino que escarba en su dinámica interna para ayudarnos a entender su significado más profundo.

En el estilo de diario de campaña, nos revive la construcción del tejido de relaciones humanas que constituye Fe y Alegría. Y aunque la presenta como obra de un hombre, aparece como el resultado de un entramado de voluntades y corazones. El autor pone en boca de Vélaz una frase reveladora: "Fe y Alegría es una inmensa obra colectiva". Abraham Reyes, y su homólogo boliviano Octavio Amarro y todos los pobladores de campos y barrios urbanos, las religiosas, los maestros y maestras, Timoteo Aguirre y todos los jóvenes universitarios colaboradores, los maestros y maestras, todas las personas que de una forma u otra colaboraron con la obra, aparecen como co-protagonistas de la fundación.

El liderazgo de Vélaz fue capaz de reunir mucha gente con entrega y decisión, con un inmenso abanico de capacidades, en una labor colectiva de compromiso y transformación social, que él gustaba considerar como la más efectiva revolución. Así el autor le atribuye la frase: "A Fe y Alegría le tocaba iniciar esa guerrilla espiritual, tan desproporcionada para su tamaño de hormiga".

En esto, como en muchas otras cosas, Vélaz se adelantó a su tiempo. Su capacidad para entusiasmar y fidelizar colaboradores y colaboradoras con la obra fue increíble. Incluso aquellos que le criticaron fueron fieles al movimiento. Su liderazgo iba más allá de su persona y radicaba sobre todo en su propuesta.

Por eso este libro, al tiempo que rinde tributo al fundador, redescubre la herencia recibida y ayuda a entender la identidad de Fe y Alegría. Un "ejército de personas" que somos herederos de su espíritu y sus sueños. Gente en la que supo confiar, dándoles plena autonomía para reinventar la obra cada día, hasta soltarla confiadamente, a pesar de sus temores. Pionero de lo que sus hermanos jesuitas proclamarían en la Congregación General 35: "Estamos humildemente agradecidos de que muchos –inspirados como nosotros por la

vocación de Ignacio y la tradición de la Compañía– han elegido trabajar con nosotros y compartir nuestro sentido de misión y nuestra pasión por alcanzar a los hombres y mujeres de nuestro mundo roto pero digno de ser amado (Decreto Colaboradores en la Misión, 3)

Esta atracción que suscita su propuesta encuentra en el libro su explicación. Para Vélaz el objetivo era establecer la justicia social por el camino de la justicia educativa. El reconocimiento de la dignidad de la persona humana pasa por la aceptación de su derecho a una educación de calidad. La novedad está en el énfasis de la calificación: “de calidad”. No se puede aceptar una pobre educación para los pobres.

Esta fórmula tiene una fuerza especial porque une el desarrollo con los derechos de la personas y con la equidad. Rompe con la idea de desarrollo como mero crecimiento, o como función únicamente económica. Es la propuesta de desarrollo con rostro humano; de crecimiento de la persona, de todas las personas, más que de la riqueza.

Por eso el compromiso comienza por los ojos, por ver la pobreza de cerca, por mancharse las manos con ella. Para que heridos los ojos y la vergüenza se mueva nuestra voluntad y se comprometa a lo largo y ancho de la vida. Lo había aprendido Vélaz de la contemplación de la encarnación en la segunda semana de los Ejercicios de San Ignacio, que tantas veces repitió en su vida.

Y como nos presenta Ignacio la acción de la Trinidad, esta mirada no lo llevó a salvar desde fuera y con poder, sino a involucrarse con todos y todas en la construcción de la justicia educativa. Y lo hizo saltar de la acción asistencial al compromiso promocional, de trabajar para los pobres a luchar con ellos. Y más aún, a comprometerse con ellos para incidir en la transformación social que pasara de la concepción del Estado docente a la concepción del Estado garante del pleno derecho a la educación. En esta intuición encuentra Fe y Alegría su vocación de acción pública.

Y por eso fue capaz de reconocer que algunos de sus adversarios empuñaban su misma bandera de la justicia educativa.

El segundo atractivo de su propuesta radica en su entusiasmo, en la pasión con que la vivía. El autor pone en labios de Vélaz una frase que lo retrata: “porque amo mucho los árboles me la paso recogiendo semillas y soñando bosques”. Su amor apasionado por una humanidad herida por la pobreza, por esos pobres cercanos con rostro y nombre lo conduce a soñar y sembrar. Un amor capaz de descubrir en ellos sus capacidades y potencialidades. Capaz de ver la obra de arte en el tronco sin esculpir. Capaz de soñar otros mundos posibles, y que estos sueños se conviertan en motor de su acción creadora. Es esta visión transformadora la que lo lleva a confiar en la gente, a saber que puede poner la obra en sus manos, a soñar a San Pueblo como protagonista de su historia.

Fe y Alegría heredará de Vélaz esta confianza en el protagonismo del pueblo y hará de la participación comunitaria un eje clave de su propuesta educativa.

Pero también es parte de la herencia esta capacidad de soñar con los ojos abiertos y los pies en la tierra, pero con el corazón atrapado por la imaginación creadora, por los sueños de un futuro mejor, por la esperanza que moviliza hacia la transformación del presente.

En este mundo que se nos ha hecho plano y chato, sin cerros que reten el espíritu aventurero del montañista, necesitamos gente que no “haya perdido el sentido del misterio y la capacidad de asombro”, de soñar y soñar en grande. Nos dice en el texto: “una vez que comprobé que la propuesta de Fe y Alegría era válida para lanzarla, me empeñé en extenderla por toda América”. Pero sus sueños sin fronteras alcanzaban también África. Hoy Fe y Alegría, con un pie en el Chad sueña con extenderse por toda África, como ha hecho en 17 países de América Latina. Los sueños que empiezan pequeños y cargados de dificultades, terminan grandes y fecundos.

Por eso Vélaz se resiente que en las sociedades de América Latina, en la Iglesia, en la Compañía de Jesús, se debilite el “coraje, el valor y la confianza en el Señor para innovar”. Para él las fronteras no eran límites sino retos: “hasta dónde podrán volar el ingenio, la ilusión y los anhelos”

Esa capacidad de soñar le permitió vencer las dificultades y golpes del camino. “Como siempre, me salvó mi imaginación y pronto convirtió mi dolor y mi soledad en fuente de nuevos proyectos atrevidos”. Como humildemente reconoce, fue a veces su forma de callar sus adversarios, de asumir el reto de las críticas y vencer de nuevo desde la novedad de sus sueños.

Fue así que la chispa inicial se convirtió en incendio.

Hombre de intuiciones y afectos profundos más que de ideologías, fue capaz de vencer y superarse aún a sí mismo por esta capacidad de visionar el futuro con pasión.

Como lector complacido agradezco a Antonio Pérez Esclarín por esta nueva invitación a adentrarnos en la obra, el pensamiento y el corazón de Vélaz; a Maritza Barrios, a Fe y Alegría de Venezuela y a todos los que han tenido que ver con la preparación de esta edición por el excelente regalo que nos hacen.

La lectura del libro nos ayudará a contagiarnos con su entusiasmo y coraje para mirar el mundo con los ojos nuevos de quien crea futuro. Y será el mejor homenaje a José María Vélaz, S.J., en su centenario.

Jorge Cela, S.J.

15 febrero 2010

Introducción

En el año 2010, además de los 55 años de Fe y Alegría, celebramos los cien años del nacimiento de nuestro fundador, el Padre José María Vélaz. Este libro pretende ser un homenaje a su vida y a su obra. Hace tiempo que quería escribirlo para pagar una deuda que tenía con él.

Llevo trabajando en Fe y Alegría casi 36 años (seis más de los que trabajó el propio Fundador) y, en los diez primeros, coincidí muchas veces con el Padre José María. No fuimos precisamente amigos, y mucho me temo que yo fui uno de los que, en aquellos años de fuertes debates ideológicos y de pugnas internas, le ocasioné muchas preocupaciones y angustias. Yo y otros compañeros de Fe y Alegría, sintiéndonos entonces muy “revolucionarios” y hombres de vanguardia, le calificábamos de conservador y contrarrevolucionario, y opusimos una fuerte resistencia a lo que considerábamos estilo autoritario e incluso “dictador” del Padre Vélaz. Hasta hubo momentos en que llegamos a considerar que Fe y Alegría estaba frenando la verdadera liberación del pueblo latinoamericano por creer que su actuación era asistencialista y paternalista. Como muestra de ello, en varios años nos opusimos a la rifa como medio de financiamiento promovido decididamente por él, pues argumentábamos que no teníamos derecho de utilizar a los niños para buscar unos recursos que el Estado estaba obligado a darnoslos. Nuestro rechazo a la rifa no fue acompañado, lamentablemente, de una valiente campaña ante el Ministerio en pro de la justicia educativa. Después de esos años, más quebrados que antes y sin un bolívar para crecer y dotar mejor nuestras escuelas, volvimos a la rifa.

Fue después de la muerte del Padre José María y cuando la realidad me hizo comprender que el deseado cambio social y educativo requería algo más exigente y difícil que voluntarismo, proclamas y dogmas, cuando yo comencé a comprenderle, admirarle y quererle. Esa admiración y cariño ha ido creciendo con los años, a medida que lo he ido conociendo mejor por medio de sus numerosos escritos y siguiendo el ritmo apasionante de su vida. ¡Cómo no admirar su pasión educativa, su amor siempre fiel e incondicional a los más débiles y pequeños, su convicción de que la educación de calidad es la llave para el progreso y la libertad, su capacidad de proponer, soñar y crear, su permanente desarraigo que le llevaba a no estar nunca satisfecho con los logros, sino a buscar retos cada vez más osados y difíciles!

El Padre José María nutrió siempre su vida en el manantial de la espiritualidad ignaciana y heredó el tesón y la garra de los grandes misioneros jesuitas. Tenía la firme convicción de que la Compañía había perdido en gran medida su atrevimiento, y ese espíritu misionero que la impulsaba a buscar siempre nuevas y más arriesgadas fronteras.

De carácter volcánico, apasionado, no fue un hombre fácil. Porque su personalidad arrollaba, era muy difícil seguirlo. No en vano algunos amigos le llamaban “el tractor”. Su imaginación febril siempre estaba alumbrando nuevos proyectos que parecían tan increíbles que hasta provocaban ganas de reír. Ya sus alumnos del Colegio de San José de Mérida lo llamaban el “Padre Milloncito”, porque se la pasaba hablando de proyectos ambiciosos que requerían siempre de muchos millones. Pero es que el palpar la magnitud de la miseria agitaba su mente y su corazón y le impulsaba a buscar soluciones eficaces para remediarla. Su palabra aguda podía ser a veces mordaz y muy hiriente. No toleraba a los timoratos y mediocres; la mera verborrea revolucionaria, incapaz de gestar nada nuevo y ese amor difuso a los pobres que no les aportaba nada a su calidad de vida y a una liberación concreta le sacaban de quicio. Sufría al comprobar cómo muchos de los críticos de las dictaduras latinoamericanas callaban los crímenes y atrocidades de los comunistas en Camboya, la Unión Soviética y los países del Este europeo, y temía que Fe y Alegría terminara cayendo en manos de personas que eran más seguidoras de Marx que de Jesús.

Siempre curioso, ávido de aprender, lector infatigable, el Padre José María tenía una gran erudición y parecía saber de todo. Si bien lo escuché muchas veces y quedé atrapado en la magia de su palabra vigorosa, culta y muy fluida, fueron pocas las veces en que conversé con él. La más larga, una tarde en San Javier del Valle. Debió ser en el año 1977 o 1978. Yo había ido a un campamento en San Javier con dos secciones de alumnos de la Normal Nueva América de Maracaibo. Me lo encontré por casualidad, y me invitó a que lo visitara en la tarde. Yo traté de aproximar algunas débiles excusas que él destrozó con una simple frase: “Te espero en mi oficina a las dos de la tarde”.

Para mi sorpresa, no asomó la menor queja sobre la Normal Nueva América, que entonces tenía fama de contestataria, ni abordó algún tema ideológico. Lo que yo había temido un largo sermón, lleno de quejas y consejos, resultó una muy amena charla de amigos. Mostró gran admiración de que yo hubiera publicado algunas novelas, no hizo la menor alusión a su fuerte contenido “subversivo” o a algunas escenas de tono subido, y estuvo preguntándome cómo las había escrito, cómo había conseguido que me las editaran, qué me había motivado a escribirlas... En un momento de la charla, dejó caer, como de pasada, que él había soñado durante gran parte de su vida con escribir una novela, pero que lamentablemente se iría a la tumba sin haber podido realizar ese sueño. Yo iba a decirle que todavía estaba a tiempo, que San Javier era un lugar ideal para ello; pero ya había cambiado de tema y me estaba felicitando por haber traído a los alumnos al campamento.

Entonces me habló un largo rato y con mucha vehemencia sobre la importancia de los campamentos y convivencias para formar el carácter y la voluntad de los jóvenes. Se quejó de que Fe y Alegría todavía no había entendido eso, y estuvo recordando con una alegría insospechada que le llenaba todo el rostro cómo en sus años jóvenes había fundado el CEL (Centro Excursionista Loyola) y cómo habían sido de los primeros en subir el pico Bolívar. “Hasta el Presidente nos felicitó por esa gran hazaña. Ahora, con el teleférico es un paseo llegar a la cumbre, pero entonces había que tener piernas de acero y corazón de atleta”. En aquel momento sentí sobre mí el enorme peso de su mirada y entendí que eran sus ojos, más que sus palabras, los que me hablaban: “Sé que tú eres un excelente montañero, capaz de subir al Naiguatá

trotando, que estuviste hace muy poco en plena selva del Amazonas con los indios yekuana, intentando subir el Marahuaka y que en Ecuador te dedicaste a escalar volcanes. ¿No te gustaría dedicarte a animar en Fe y Alegría esta dimensión formativa tan esencial del montañismo y los campamentos?”.

No recuerdo si le contesté algo o simplemente puse cara de extrañeza o de que me lo iba a pensar, pero el Padre José María no volvió a insistirme sobre el tema. Me invitó a merendar café con leche y unas galletas y, cuando nos despedimos, tuve la extraña sensación de que el Vélaz que yo criticaba no tenía nada que ver con ese hombre sencillo y amigable con el que había estado conversando. “¡Ya te has dejado camelar tú también por sus artimañas”, me dijo un compañero cuando le conté el encuentro y la impresión que me había dejado, “no olvides que, hablando, es un verdadero seductor”. Yo, por supuesto, seguí repitiendo las críticas contra él que nos habíamos aprendido.

Estando en agosto de 1985 de vacaciones en España, me enteré por casualidad que había fallecido y, la verdad, no me impresionó mucho. Me contaban con verdadera admiración y con un cariño que yo estaba muy lejos de sentir, que había muerto en El Masparro en la más absoluta pobreza y soledad, que habían tenido muchos problemas para sacar su cadáver hasta Dolores, porque, con las lluvias, la carretera de tierra estaba convertida en un verdadero lodazal, y yo sólo atiné a lanzar el escupitajo de una frase inhumana por lo absurda: “Él se lo buscó”.

18

Afortunadamente, los largos años de trabajo en Fe y Alegría, que me han ido abriendo a la trascendencia de lo que supone ser educador y han alimentado mis esperanzas y mi firme decisión de continuar al lado del pueblo dando lo mejor de mí, me han hecho valorar también en su justa medida la figura señera de nuestro fundador.

Puede parecer una gran osadía haberme atrevido a utilizar el estilo autobiográfico y a proponer el título “Yo, José María Vélaz” para el libro, como si fuera él y no yo el que lo escribe; como si fuera él quien habla al lector de sí mismo, y va contando sus sueños, sentimientos, convicciones, propuestas, experiencias... y también sus temores y frustraciones. De hecho, el libro es

sólo una excusa para intentar comprender mejor el pensamiento y la obra de Vélaz y, en consecuencia, para proponer algunas reflexiones en Fe y Alegría.

Me he esforzado mucho en ser lo más fiel posible a sus propias palabras y, de hecho, prácticamente, todo el libro está tejido con trozos espigados de sus numerosos escritos, en especial sus “Cartas del Masparro”, que copio con abundancia. Por ello, el libro hubiera sido imposible sin el trabajo de recopilación de los documentos y escritos del Padre José María realizado por Maritza Barrios Yaselli con una paciencia de orfebre y una acuciosidad de científico. He utilizado también, por supuesto, las obras anteriores sobre Vélaz y sobre Fe y Alegría, especialmente los libros “Cómo Nació Fe y Alegría” de Ignacio Marquín y “De la chispa al incendio”, cuya primera parte, que trata del P. Vélaz y de Fe y Alegría de Venezuela, fue escrita por el Padre José Luis Sáez, y el libro fue posible por el cariño y tesón del P. Joseba Lazcano que coordinó la edición donde se incluyen las historias de las Fe y Alegrías de los diferentes países. También he utilizado ampliamente el libro “Raíces de Fe y Alegría, Testimonios”, escrito por mí, así como otras obritas y artículos míos. Sin embargo, he optado por utilizar sólo la letra cursiva cuando reproduzco trozos de algún documento largo o algún testimonio textual de alguno de los protagonistas que acompañaron al P. Vélaz en la gesta fundacional de Fe y Alegría.

Invito pues a todos los amigos de Fe y Alegría, en especial a sus educadores, a adentrarse en el pensamiento y el corazón del P. Vélaz, a acompañarle en sus reflexiones, a compartir sus alegrías y sus preocupaciones, a seguir sus pasos por las barriadas urbanas y por los pueblos de Venezuela y otros países de América Latina donde no llegaba el asfalto, pero sí llegaron sus anhelos de servir a muchos, y la bandera levantada por la justicia educativa para transformar la sociedad.



San Ignacio del Masparro, 4 de diciembre de 1984

4:20 pm

Hoy estoy cumpliendo setenta y cuatro años, y he decidido escribir un libro sobre mi vida. Sospecho que no me queda mucho tiempo, y la escritura es un medio de perdurar, de continuar vivo en los lectores, de seguir sembrando ideas, sueños, sentimientos. En los libros quedan dormidas las palabras en espera de algún lector que las resucite. Me gusta esta idea: leer es resucitar libros, darles vida. Un libro sin lector es como un oso en hibernación, en espera de los cálidos dedos de la primavera que le devuelvan a la vida.

Sé que Dios me premió con el don de la palabra, y la gente me suele escuchar con agrado y hasta con admiración. “Ese Padre sí que habla bonito”, he oído que repiten muchos, alimentando con ello mi propia vanidad. Algunos me critican que hablo demasiado, y no son pocas las veces que me he quedado solo en algunas sobremesas, pues los comensales han apresurado alguna excusa para levantarse al no soportar la inagotable torrenciosa de mis palabras. También, si me lo propongo, soy capaz de escribir con fluidez y elegancia, y hasta tengo guardadas algunas poesías que escribo cuando amanezco con vena de poeta.

A lo largo de mi vida, he emborronado miles y miles de páginas, y desde hace nueve meses estoy escribiendo sistemáticamente una serie de largas cartas, que he bautizado “Cartas del Masparro”. Ya llevo escritas 39, que mi hermano José Manuel aquí en Venezuela y el Padre Faustino Martínez de Olcoz, al otro lado del charco se encargan de reproducir en fotocopias y enviarlas a amigos y colaboradores. En las cartas, voy tejiendo recuerdos y proyectos con leves pinceladas descriptivas del paisaje y del inmenso horizonte de mis sueños. Parece que gustan bastante y sé de algunas comunidades religiosas que las leen en el comedor mientras almuerzan o cenan en silencio. Posiblemente algún día terminarán en libro. Pero mucho me temo que eso sea cuando ya esté muerto y todo el mundo, hasta los adversarios y los que nunca me han tragado, se sentirán obligados a exagerar mis escasas virtudes.

Confieso que siempre he tenido una sana envidia de los escritores, y me hubiera gustado escribir una novela. La idea me vino por primera vez en el juniorado, cuando me adentré con emoción en la lectura de los clásicos, y de vez en cuando ha vuelto a posarse en mi mente como una mariposa que llega en silencio en un imposible revoloteo de colores. Espero que esta vez, aunque propiamente no sea una novela, cumpla mi propósito de escribir un libro.

La idea me invadió con fuerza cuando, en la mañanita, la Madre Monte me felicitó con todo su cariño y me dijo “Hoy, Padre, está usted cumpliendo setenta y cuatro años de juventud”. Me abrazó con esa avidez sin titubeos de los andaluces y yo me zafé de sus brazos, pues nunca he sido hombre de besuqueos y caricias. Por ello, algunos me consideran duro, aunque yo sé bien lo extremadamente sentimental que soy. Toda mi vida he sido además muy tímido, timidez que, afortunadamente, siempre ha salido derrotada por mi audacia, mi increíble capacidad de soñar, y el esfuerzo sostenido por hacer realidad alguno de mis sueños más importantes.

“Setenta y cuatro años de juventud”. Tengo bien claro que sólo a los viejos se les dice que están jóvenes y, aunque hoy me siento bien, no

ignoro que me queda poco. De hecho, hace aproximadamente un año me dio un nuevo infarto. Lo superé sin problemas, pero podría repetirse en cualquier momento. El cardiólogo de Mérida me anima a que vaya a Houston de nuevo, pero no me siento ni con ánimo ni con fuerzas para superar una operación tan complicada, a corazón abierto. Cuando me operaron por primera vez, era entonces un joven de 63 años, y hoy estoy cumpliendo 74. ¿Cuántos otros cumpleaños volveré a celebrar? He desgranado setenta y cuatro calendarios, ignorando por completo que uno de esos días, que se repitió anónimamente una y otra vez, quedará inexorablemente marcado con mi muerte. Y la gente dirá: ¿Sabes que murió el Padre José María Vélaz? ¿Cuándo será ese día, en qué mes, en qué año? Me gustaría hojear el calendario y poder adivinar el día de mi muerte. Si mi corazón no estuviera tan remendado y débil, podría llegar a los noventa y alcanzar así el nuevo siglo y el nuevo milenio, pero sé bien que eso va a ser una hazaña imposible para mí. Tal vez, si me cuido un poco más, si logro dominar mis ataques de impaciencia y rabia que me sobrevienen con tanta facilidad, y Dios se muestra generoso conmigo, lograré vivir unos pocos años más, pero incluso dudo de que alcance los ochenta. La verdad es que me sigue costando mucho resignarme a la vejez, a la decrepitud y a la muerte.

–Tenga, llévese estos turrónes que le traje de España, y los comparte en El Masparro con los muchachos y los obreros –me dijo la Madre Monte–. No le he hecho una torta porque no me lo imagino a usted cantándose el cumpleaños en ese cobertizo lleno de cemento, ratas, cucarachas y herramientas que es su habitación. ¿A quién se le ocurre viajar en el día de su cumpleaños? Aquí se lo hubiéramos celebrado como es debido, los alumnos le cantarían, y todos juntos hubiéramos disfrutado de lo lindo... Y usted, empeñado en irse a pasarlo en aquellos lodazales, acompañado tan sólo por el calor, los mosquitos y los monos. Cualquier día le vuelve a dar un infarto y ni siquiera van a poder salir a pedir ayuda.

–Tranquila, Monte, tranquila. Me siento mejor que nunca; estamos ya en verano y el camino se transita en estos días sin problema. Y no olvides que tú también provienes de una raza de esforzados aventureros. Si tus antepasados, los Hermanos Pinzón, se hubieran puesto a pensar en los peligros de enfrentar un océano desconocido, supuestamente poblado de monstruos y surcado de abismos infernales, Colón no hubiera podido descubrir América.

–No me cambie el tema ni me venga con historias. Lo que pasa es que usted, Padre, no se deja querer...

Me monté en el jeep y le dije a Ángel, el chofer, que partiéramos ya. Frente a nosotros, el pico Bolívar sacudía sus sábanas de niebla y exhibía su belleza desnuda. Las mañanas de diciembre tienen una belleza transparente y muy limpia. En ellas se siente la vida como un especial regalo y es más fácil ver a Dios trabajando en la recreación permanente de la existencia y de la vida. Dicen que Dios no habla, pero, evidentemente, todo habla de Dios. Una brisa fresca bajaba de las montañas y con su caricia avivaba las ideas que germinaban vigorosas en mi cabeza. “Usted, Padre, no se deja querer”.

Sé bien que soy más admirado que querido, y eso, aunque no lo parezca, me preocupa. Querer, querer... me quieren pocos: algunas religiosas, mis hermanos, en especial mi hermana Marichu, y dos o tres compañeros jesuitas. Muchos me admiran, admiración que, en los más sencillos, llega a traducirse en temor y lejanía cuando trato de acercarme. Lo noto cuando visito algunos salones de clase y a las maestras les estalla el rubor en la cara y se muestran nerviosas y muy cohibidas; o cuando abrazo a algún niño y siento cómo se desboca su corazoncito contra mi pecho. Querría ser un abuelito tierno, pero creo que me viene de raza ser abuelo gruñón. Sin embargo, quisiera que en mi sonrisa y mis abrazos los niños pudieran encontrar la ternura de ese Dios increíblemente bueno que los ama sin condiciones. ¡Están tan faltos de cariño y de dulzura...! Tendré que abrir un capítulo de proyectos olvidados. Por ejemplo, un pequeño almacén de caramelos

y juguetes, que me permita llevar siempre en los bolsillos sorpresas dulces. Por lo general, mis bolsillos están siempre llenos de semillas que ando recogiendo por todas partes. Mis dedos las acarician con avidez, y adivino su potencialidad de vida dormida que, para nacer, espera el vientre de la tierra.

No ignoro que algunos pocos me aborrecen. Pero me consuela pensar que son espíritus apocados que no soportan mi despiadada denuncia de la cobardía que se disfraza de prudencia, o la charlatanería que confunden con el compromiso. El modo frontal de decir las cosas, mi aparente aspereza y mi impaciencia que, en ocasiones, se arremolina en mi pecho y salta de mi boca como frase hiriente o humillante, asusta o atemoriza a otros. Siempre que ofendo a alguien, me arrepiento sinceramente y no me cuesta excusarme o pedir perdón. Pero sé que la herida queda abierta y, así como a mí no me cuesta pedir perdón, a muchos les cuesta mucho perdonar. Este carácter mío tan impulsivo, tan impaciente, tan primario, que es como una especie de aguijón clavado en el centro de mi vanidad...

No creo que a mis años pueda cambiar. En verdad, tampoco lo deseo. Me gusta ser como soy y me da mucha rabia encontrarme con espíritus pusilánimes, con gentes con cerebro de mosquito y corazón de colibrí. Viven en las orillas de la vida, hablando mucho de ella, pero sin atreverse a sumergirse en lo profundo, sin disfrutar del vértigo de sus remolinos ni de la pasión de sus torrenteras. Tuve una tía que se llamaba Leona y mi abuela materna llevaba el poderoso nombre de Doña Bárbara. Si yo hubiera sido niña, mi padre ya me tenía preparado ese nombre tan sonoro. Presumo que mi simpatía por lo salvaje, mi fascinación por la aventura y mi vocación de conquistador que traté de domar haciéndome apóstol de Jesucristo, me viene en las semillas de la sangre. De hecho, mi padre fue un aventurero que abandonó la melancolía verde y lluviosa del país vasco para venirse a sembrar en esta tierra americana, virgen y ya prostituida, bella como una novia y maltratada como una esposa traicionada.

No he sido hombre de demasiados rezos, ni de zalamerías y abrazos, pero siento que he amado y amo mucho. Con ese amor práctico, de obras, que exige el Evangelio. A pesar de mis muchos errores y fallos, he tratado de ser un buen samaritano para miles de niños golpeados por la ignorancia y la miseria; y el “conmigo lo hicisteis” del evangelio de Mateo ha sido mi propuesta de vida religiosa que ha guiado siempre mis pasos. Algunas veces me he preguntado si en verdad, con todo mi activismo quijotesco que me llevó a los 73 años a adentrarme en el corazón de estas sabanas tan abandonadas, sin luz, sin teléfono, sin carreteras, más que emprendiendo una nueva cruzada evangelizadora no estaré más bien alimentando mi vanidad y buscando que me admiren los demás. ¿Será verdad que lo que busco es servir a Dios y acercar a su corazón a millares de hermanitos que ni siquiera conozco y andan perdidos por estas inmensas llanuras tan castigadas por la miseria y las enfermedades, o en mi fondo oscuro sólo pretendo jugar a héroe y a conquistador educativo de esta América virgen? ¿Acaso no he alimentado desde niño todas esas fantasías de ser héroe más que santo, o que incluso siempre he entendido la santidad como un modo de sobresalir y hacerme notar más que de ocultarme?

Por ello, en el libro que hoy decido empezar a escribir debo desnudar por completo mi alma, y mostrar todo el barro de mi pequeñez en el que, sin embargo, ese Dios generoso y bueno hizo germinar algunos de mis sueños. Tiene que ser un libro para cantar la misericordia y el amor que Dios, inmerecidamente, ha derrochado conmigo. A veces pienso que este año en El Masparro lo estoy viviendo de ñapa, y que, un día de estos, mi corazón viejo y remendado se va a negar a seguir latiendo. Y, al pararse el corazón, se derrumbarán mis pasos y la infinita montaña de mis sueños y proyectos. Me cuesta aceptar que mi cerebro, tan ardido de ideas e inquietudes, que no para de inventar e imaginar, se apagará definitivamente, y todo mi cuerpo regresará al polvo. Polvo mi cerebro, polvo esa montaña de conocimientos y saberes que he ido atesorando con los años, polvo mi corazón que tanto ha luchado y amado, polvo estas piernas de viejo que cada día siento más duras, más negadas a seguir andando.

No temo a la muerte, pero tampoco me alegra. Más allá de la razón y la evidencia, la fe me lleva a afirmar que no es la nada quien me espera, sino los brazos amorosos del Padre. Sin embargo, ante la cercanía de la muerte, no siento toda la alegría y la felicidad, que debería tener un hombre de fe viva. Yo no siento, con Santa Teresa, ansias de morir para estar de una vez con el Amado. Yo no puedo recitar con sinceridad esos versos suyos: “Vivo sin vivir en mí/ y tan larga vida espero/, que muero porque no muero”. Avanzo hacia la muerte con confianza en la bondad y en la misericordia divina, pero quisiera sentirme más dichoso. ¡Se ve que demasiadas telarañas me apegan a la tierra todavía! Y que la imagen que tengo del encuentro con mi Dios es aún muy apagada y fría. De hecho, prefiero vivir todas las penurias de este montón de ruinas y de inutilidades en que se ha convertido mi cuerpo de viejo caduco, a gozar de la gloria de Dios. ¡Qué ciega, sorda e insensible sigue siendo mi fe!

Muy de vez en cuando y haciéndome bastante fuerza, le pido a la Virgen que me haga desear el cielo más que la tierra, que me dé codicia y anhelo de ver a los ángeles y arcángeles como inmensas galaxias de felicidad, más que las hileras de centenares de mangos y de naranjos del Masparro o de las formaciones de cocoteros enanos con el bello contraste de su abundante carga de frutos anaranjados y sus estilizadas arqueadas palmas que los guardan y acarician en su regazo. Pero qué necio soy: las formaciones geométricas de mangos, naranjos y cocoteros sólo están todavía en mi imaginación, y las plantas sólo están todavía en el vivero, esperando que las plantemos; pero me da tanta alegría y tanta esperanza pensar en que pronto van a estar bajo el riego verde de la lluvia y que van a crecer y que nuestros muchachos tendrán más y mejores frutas que los hijos de príncipes, que de momento prefiero quedarme un poco más en el Masparro que recibir el saludo alegre y la bienvenida de San Pedro.

El Masparro me castiga, pero me gusta mucho. Es un lugar hermoso y se pueden hacer tantas cosas... ¿Será por eso que desde muchacho me han gustado tanto los sitios solitarios y abandonados? ¿Será porque en ellos la frontera creativa va muy lejos y nadie casi puede estorbar las iniciati-

vas esforzadas...? Será también que por este lado suena la voz de Dios. No lo veo claro, pues el egoísmo está metido en todos los rincones.

A veces, viendo que me quedan pocas fuerzas, me atrevo a rogarle a Dios que me regale un poco más de vida, para dejar al menos apuntalada esta escuela agropecuaria y forestal que será la semilla de otras muchas, expresión de esa Fe y Alegría renovada, capaz de llevar su corazón a estos campos abandonados por todos, donde habitan los más pobres entre los pobres, los campesinos que no tienen ni esperanza y viven hundidos en la resignación y la miseria. Cómo me gustaría conseguir a alguien cuerdo y emprendedor, que no le tema a la soledad, los mosquitos y la lluvia, que me sustituya en El Masparro para yo dedicarme a otras fundaciones en las zonas más abandonadas de Venezuela: ¿San Pedro Claver de los Panares? ¿San Borja de Cayamá? ¿San Luis de Tipocoro? ¿La Concepción de Caicara del Orinoco? Es increíble hasta dónde podrá llegar Fe y Alegría con el entusiasmo de Dios.

Cuando constato mis contradicciones y se hacen más evidentes las dudas, termino arrojándome confiado en los brazos del Padre, y le digo como Jesús en Getsemaní que no se haga mi voluntad, sino la suya: “Hágase, Señor tu voluntad tanto en el cielo como aquí en esta tierra del Masparro”. En el fondo, me cuesta aceptar que no soy imprescindible, que es Dios quien hace la obra, que yo sólo soy un simple operario y que, cuando me vaya, vendrán otros que llevarán mi bandera con más coraje y con más acierto.

28 Con los años he recuperado con el rezo del rosario una oración dulce y placentera, que sé que es un regalo de la Virgen. En la casa me enseñaron a quererla con una efusividad y ternura que nunca tuve con mi propia madre. Mi abuela materna era una de esas viejitas santas que, después de darle su vida a sus hijos, a sus nietos, a sus huéspedes, pues tenía un hotel, a sus pobres a quienes recibía como a Cristo, ya con más de ochenta años, casi paralítica en su cama, sacaba los brazos sobre las sábanas y rezaba, hora tras hora, sus rosarios. En su fino rostro arrugado, pero siempre sonrosado, brillaban de dulzura y felicidad sus ojos alegres. Un rosario por cada una de sus cinco hijas, otros por



cada uno de sus yernos y otros tantos por sus once nietos. Pero, como entre estos últimos había dos que ella consideraba en mayor

necesidad espiritual, a esos los ayudaba con dos rosarios para cada uno. Total y sin fatiga, veintiún rosarios de cinco decenas, es decir, ciento cinco padrenuestros en total consolución. Nada revelaba rutina, cansancio o fatiga. Eran rosarios alegres como sus ojos, felices como el reflejo de su rostro, entretenidos como los dulces recuerdos de los que ella encomendaba a Dios, llena de amor. ¡Qué modo tan extraordinario de esperar la muerte! Para ella, no pedía nunca nada: vivió siempre para los demás y murió rezando por los demás. Pasó de piropear a la Virgen en las avemarías del rosario y de invocar al Padre para sacar fuerzas para hacerse hermana de todos, a gozar de su presencia amorosa en la larga fiesta del abrazo celestial.

¡Cuánto envidia esa fe profunda, sin fisuras, de las gentes sencillas, tan lejana de las elucubraciones frías y sin alma de tantos teólogos y metafísicos! ¡Cómo comprendo ahora a Jesús que le daba las gracias al Padre por haber revelado los misterios más profundos a los simples y sencillos y se los había ocultado a los supuestos doctores y sabios! ¡Cuánto daño nos ha hecho haber teologizado el Evangelio, que es de una sencillez, radicalidad y belleza increíbles! ¡Cuánta ignorancia y vanidad se esconden en muchos títulos y diplomas, y cómo brillan la sabiduría y la humildad en los ojos de algunos analfabetos!

El amor a la Virgen me sostuvo en los días más difíciles de mi niñez y juventud. Cuando nos vinimos de Chile, lograba suavizar las noches frías y ásperas en el internado de Tudela, tan lejos del calor del hogar,

con un montón de besos que le daba al cuadro de la Virgen que colgaba sobre mi cama. Los besos me iban llenando el corazón de un júbilo especial, y de ellos saltaba a esconderme entre las sábanas, conteniendo un grito de alegría que me saltaba del pecho. Y así, cada noche me dormía en los brazos de la Virgen, arrullado por su cariño.

No es de extrañar que ahora ella me devuelva tantos besos con una especie de consolación que nunca antes había sospechado. ¿O será, acaso, sensiblería senil y lo que llamo consolación es simple lagrimeo de un viejo ya acabado? Sea lo que sea, esta misma mañana, cuando pasábamos de la cordillera al llano, y en el cielo de un azul profundo flotaban unas nubes blancas sobre el griterío de las crestas grises, yo dejé la carta que le estaba escribiendo a Fernando Sánchez, donde le iba describiendo la belleza de un paisaje increíble que desciende del frailejón a los samanes, es decir, del páramo a la llanura, y me puse a rezar el rosario. Poco a poco, a medida que iba desgranando las cuentas, empezó a manar en mi corazón una dulzura insospechada que llenó todo mi cuerpo de un largo escalofrío de felicidad.

¡Tantos Retiros y Ejercicios Espirituales que yo he hecho en mi vida, tantas veces que le he pedido a Dios consolación para alcanzar amor, y nunca había imaginado que era posible tanta felicidad, y que en las lágrimas podía fluir un gozo indescriptible! Imaginaba a la campesinita de Nazaret, sobre un trono de nubes blanquísimas, que iba delante de nosotros, y le pedía por todos los que nos han ayudado y nos seguirán ayudando: por los que nos regalaron los tractores, las motosierras, las bombas para sacar agua del río, los arados y las sembradoras; por los que nos pagan la gasolina y el gasoil; por los que nos dan el pan o la arepa de cada día; por los que nos regalaron el jeep que, a pesar de los años y de su incómodo traqueteo, sube valiente las cuestas.

Descendíamos a Barinitas, acompañando el cauce del río Santo Domingo, entre enormes jardines naturales cuajados de flores. Cientos de arbustos de tara incendiaban de un amarillo intenso ambos lados de la carretera, y yo volvía a ver a la Virgen sobre el azul profundo que se abría como una ventana imantada de amor sobre el cielo infinito. Sólo

quería acercarme más a Ella, mientras mi viejo corazón se ablandaba de ternura. La sentía después sentada en el suelo de la cueva de Belén y al mismo tiempo en su trono sobre una lejanísima estrella gigante y superpoderosa, que yo al mediodía era incapaz de divisar, y le rogaba: ¡¡¡Acércame, acércame, acércame, acércanos, acércanos, acércanos!!!

Pensaba en nuestra pequeñez esencial y transportaba a la Virgen Reina y Señora sobre el borde del océano de galaxias, que lanzadas sobre la nada, la llenan de nueva creación. Ella gobernaba el mismo frente expansivo arrastrada victoriosamente por el poder de Dios. Me emocionaba imaginar esa onda explosiva de la creación avanzando a miles de kilómetros por segundo, ocupando e incorporando al ser, nuevos espacios siempre más distantes, escabel de la hermosura de la Virgen Soberana.

Ya no le pedía nada... Ella me llamaba. Me hablaba mi compañero y no me distraía, porque sentía que íbamos juntos en dirección a la misma alegría.

5:56 pm

Sólo he comido una sopa, unas rodajas de topocho maduro y un pedazo de lechoza. Aquí cenamos muy temprano, antes de las seis de la tarde, y necesito tener en mi habitación algunas galletas o frutas para calmar el hambre en la noche que, por cenar tan temprano, resulta extremadamente larga. Aunque me siento un poco cansado del viaje desde Mérida, he venido un rato a sentarme junto al río dejándome acariciar por la brisa y por la calma luminosa de una tarde que pronto comenzará a apagarse lentamente.

En este mes de diciembre, la luz es especialmente transparente y limpia y casi no hay mosquitos, aunque deberíamos decir mejor mosquitas, pues son las hembras las que pican que, en los meses de invierno, resultan insoportables. Vienen en verdaderas oleadas y se me meten por todas partes: por las orejas, por la nariz, por la boca; son capaces

de atravesar la ropa gruesa del pantalón y buscan en especial la debilidad de mis tobillos para picar con saña. Intentamos protegernos quemando bosta de ganado, palos húmedos y gasoil, para que la humareda los ahuyente, pero sólo lo logramos en parte, porque hay algunas mosquitas más tenaces que un mal pensamiento. Entonces, además de sus picadas, debemos soportar el olor pestilente del humo que me pone a lagrimear los ojos. ¡Cómo echo de menos la luz eléctrica para poner algunos ventiladores que las ahuyente! Al comienzo, cuando estábamos construyendo y las ventanas no estaban protegidas como ahora por una tela metálica que les impide la entrada, algunas noches me resultaba imposible dormir, a pesar de que solía meterme dentro de un mosquitero. Pero siempre ellas encontraban la forma de colarse... El trompeteo de sus zumbidos me atormentaba e impacientaba y, para huir de sus ataques, no tenía otro remedio que salir a caminar y ponerme a rezar el rosario y pedirle a la Virgen paciencia; o me echaba a dormir en una hamaca en la que me mecía jalando de la cabuya que cuelga del techo. A la mañana siguiente podía ver las sábanas con numerosos manchones de la sangre que me habían chupado las zancudas y que yo había reventado a manotazos.

Siempre he pensado con ironía que las personas asocian las amenazas y peligros de las selvas y la naturaleza salvaje con tigres, osos, cunagueros, dantas, y animales grandes, cuando los verdaderamente terribles e insoportables son los zancudos, los jejenes, los bachacos, las hormigas, las garrapatas..., que nunca aparecen en esas estampas acarameladas de los paisajes turísticos. De todos ellos, las que más me incomodan, más aún que las mosquitas, son las garrapatas.

La otra tarde vinieron a visitarme unas Hermanas de los colegios de Fe y Alegría de Barinas y, para que vieran la extrema pobreza en que viven los campesinos de aquí, fuimos a visitar a uno de nuestros vecinos. Vive con su esposa y cinco hijos en un rancho de palma sin paredes, donde cuelgan los chinchorros que, prácticamente, son los únicos muebles de la casa. En las vigas del techo estaban amarrados algunas mazorcas de maíz, dos bagres grandes salados, y unos saquitos en los que imaginé guardarían arroz, caraotas, café, frijoles o

quinchoncho. Pude ver algunos anzuelos, chuzos, arpones y tarrayas para pescar y varias totumas que les sirven de platos y de vasos. Había también dos perros flacuchentos y llenos de pulgas, un gato, varias gallinas y un cochino extremadamente sucio. Todos ellos se movían libremente entre nosotros como si fueran parte de la familia. Los niños, tanto los varones como las hembras, estaban barrigones de parásitos y sólo llevaban puesto un pequeño *shorcito* ya descolorido por el tiempo y las repetidas lavadas. Los imaginé limpios, bien vestidos y comidos, estudiando en la escuela que estamos preparando para ellos. Evangelizar es también dar de comer, enseñarles a tener viviendas dignas, a construir pozos para que puedan beber agua limpia y no la contaminada del río que les abomba los vientres de cosechas de parásitos.

Les pregunté si querían ir a la escuela; se miraron entre sí riendo, pero nadie dijo nada. Todo el tiempo estuvieron mirando de reojo a las religiosas, e imagino que nunca habían visto en su vida una monja con hábitos. Recuerdo que en Petare los niños llamaban a las religiosas “las novias de Papá Dios” y que en El Rincón, en una zona campesina de Puerto La Cruz, los alumnos se quedaron boquiabiertos y exclamaron “las Hermanas también comen”, cuando vieron a una Hermana comiéndose una galleta, pues debían pensar que eran como especies de fantasmas. Allí, en ese ranchón llanero, les hablé también a los padres de las bondades de la educación y de cómo la escuela iba a dignificar a los campesinos y les iba a proporcionar medios para salir adelante. Me escucharon en silencio, pero tampoco me dijeron nada.

—¿No les parece buena idea lo de la escuela? —les pregunté.

—Sí, cómo no, parece una buena idea —respondió pausadamente el hombre, y sus palabras salieron amarillentas de chimó.

—¿Y usted qué piensa señora? —tuve que levantar la voz y dirigirla al cobertizo que hace de cocina, pues había ido a prepararnos un café.

La respuesta me llegó al rato, después de repetirle la pregunta:

—Sí, cómo no, Padre, parece una buena idea.

Al regreso, debí tropezar con una mata cundida de garrapatas y me llené de ellas. Se clavan en la piel, y sus mordiscos duelen duro, y a mí se me forman unas bolas que pican a rabiarse durante varios días. Disimulé las picadas sin decir nada, pues no quería que las Hermanas se llevaran mala impresión, pues estoy muy empeñado en que vengan algunas religiosas a esta escuela campesina que estamos fundando en El Masparro. Que sean monjas, si no jóvenes, al menos de espíritu juvenil, fuertes, optimistas, que no estén contaminadas con estudios de antropología o sociología, dispuestas a terciarse un machete a la cintura y capaces de manejar un tractor con sus rastras, arados y sembradora o de pilotear un avión, pues cuando tengamos una red de estas escuelas campesinas, necesitaremos un avión para acortar las distancias y poderles brindar, mediante un equipo móvil y muy bien capacitado, asistencia pedagógica y administrativa.

Una vez que esté lista la Casa de los Fundadores a la que ya le hemos echado piso de cemento y techo de *acerolit*, vamos a comenzar la construcción de la Casa de las Hermanas. Le tengo reservado un lugar paradisíaco al lado del río, en un lugar muy fresco y sombreado. La imagino ya con una inmensa azotea abierta al paisaje, donde colgarán sus chinchorros para descansar, leer y rezar. La azotea estará siempre llena de flores, matas, guacamayas y loros, y desde ella podrán observar a los caimanes asoleándose en las orillas y las travesuras de los monos que se guindan con el rabo en las ramas cuando vienen a beber agua del río y que, estoy seguro, con el tiempo se acercarán a saludar a las Hermanas.

Si logro que vengan algunas religiosas, tenemos garantizado el éxito en esta escuela y en la sucesiva red de escuelas campesinas. Donde llegan hermanitas, se ve crecer, como fruto de su presencia evangelizadora, el progreso humano y la calidad de vida. Por lo general, si se les presenta proyectos atractivos, dignos de su consagración a una

vida de servicio, las religiosas tienen una capacidad de entrega y sacrificio mucho mayor que nosotros los sacerdotes y religiosos. Por ello, no termino de entender cómo, habiendo tantas carencias por todos estos montes y llanuras, y siendo tan urgente la necesidad de evangelizar y humanizar, algunas religiosas reducen su vocación a mantener bien limpias y brillantes sus iglesias y conventos, o a dar unas pocas clases a niñitas de la alta sociedad. Son monjitas de caramelo y de merengue que, por falta de propuestas y de una formación que espolee su generosidad, no logran convertir su fe en arrojo y valentía para emprender nuevas y arriesgadas aventuras evangelizadoras. Fe y Alegría debe seguir siendo, como siempre lo ha sido, un trampolín para el heroísmo y la entrega.

Me encantaría que, además de una comunidad de monjas activas, que se encargarán de la dirección del colegio, de la pastoral, de la enfermería, del dormitorio de las niñas y de la cocina que en los internados es tan importante o más que la capilla, se atreviera a venir a estas soledades también una comunidad de vida contemplativa, para que juntaran sus voces melodiosas a los cánticos de chenchenas, guacharacas y monos en la alabanza a la inagotable bondad de Dios. De hecho, el otro día le escribí una carta a la Hermana Ana María de Jesús Acedo, Carmelita Descalza en Logroño. Mi hermano José Manuel me había mostrado una carta de la Hermana donde decía que iban a abrir un Carmelo en Burundi, África, y que podría ir acompañado de una escuela de Fe y Alegría. Me pareció excelente la idea, y ojalá que esa iniciativa sea el comienzo de la penetración de Fe y Alegría en ese continente tan saqueado y explotado, donde cada día miles de personas mueren de hambre o de las enfermedades de la miseria.

Por pensar que Fe y Alegría debe estar donde están los más pobres, siempre me he empeñado en llegar al África. De hecho, desde que hace tres años estuve explorando las posibilidades en una visita al Zaire y Costa de Marfil, estoy adelantando un proyecto de iniciar Fe y Alegría en Zaire. Tengo ya medio convencido al Padre Aldanondo, misionero jesuita, que cuida del rebaño de vacas del obispo, y se puso a estudiar veterinaria porque entendió bien que la evangelización y el

aporte de la Iglesia en África, donde millones se mueren de hambre, debe empezar por dar de comer y enseñar a cultivar la tierra.

En la carta que le escribí a la Hermana Ana María, le ofrecía San Ignacio del Masparro para que vinieran a fundar aquí otro Carmelo. Les construiríamos una casita sencilla pero muy bella, con jardines llenos de flores y huertos para que cultivaran sus frutas y verduras. La casa estaría sobre el río y, en las noches, podrían dejar colocados algunos anzuelos y surtirse así fácilmente de pescado para su alimentación. En este río se consiguen cachamas de hasta catorce kilos o más y su carne es sabrosísima, mejor que la de muchos pescados de mar. También son muy suculentos los bagres que pueden alcanzar peso y tamaño muy considerables. Tienen unos enormes bigotes chorreados como los que tenía el General Gómez, a quien, por ello, llamaban “El Bagre”.

No sé si las hermanitas de vida contemplativa del Carmelo del Masparro estarán dispuestas a hacer jaleas, tortas, helados y jugos de mango, naranja, limonzón, parchita, guanábana, chirimoya, lechoza, patilla, melón y tantas otras frutas que pronto vamos a producir en el Masparro en cantidades importantes, pues la agroindustria debe ir siempre unida a la agricultura. Podríamos comercializar sus productos, y así obtener importantes ingresos para ellas y para la escuela. También podrían hacer conservas de tomates y pimentones y hasta vino de mango para aprovechar esas cosechas que, de tan generosas y pródigas, terminan pudriéndose sobre el piso por toda Venezuela. Sé que lo fabrican con éxito en la India, y las Hermanas Teresianas de Campo Mata, que se animaron a hacerlo cuando les propuse la idea, me enviaron unas botellas y me pareció un vino excelente. Me imagino ya la colorida etiqueta que vestirá a las botellas: “Vino de mango de San Ignacio del Masparro. Red de escuelas agropecuarias e industriales de Fe y Alegría”. Sin duda que muchos europeos y norteamericanos, que han desarrollado una afección extraordinaria por lo exótico y extraño, se apresurarían a comprarlo. Y hasta podríamos lograr que alguna cadena de grandes hoteles como los Hilton, los Holiday Inn, los Intercontinental, los Esperia... o algunos exquisitos restaurantes se pelearán entre ellos para tener la exclusiva del vino de nuestras monjitas del Carmelo.

–Definitivamente, las religiosas hacemos voto de pobreza, pero estos campesinos, sin hacer voto alguno, la viven mucho más profundamente que todas nosotras –dijo una de las Hermanas, cuando regresábamos de nuestra breve visita al vecino.

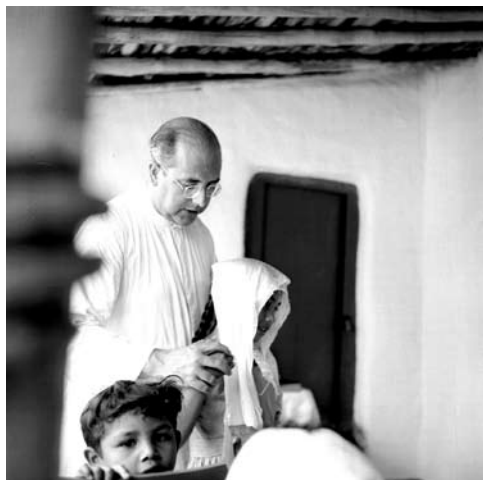
–Es que eso no es pobreza –se apresuró a comentar otra de las Hermanas–. Es una verdadera miseria inhumana. No hay derecho que en una Venezuela tan rica, tengamos a los campesinos viviendo en ese desamparo. ¿Y qué hacen cuando alguien se enferma?

–Morirse, Hermana, morirse. Intentarán curarse con sus remedios caseros y, si no lo consiguen, se pondrán a esperar tranquilamente la muerte.

Yo aproveché su asombro y conmoción para sembrarles la invitación a venir al Masparro para ser las protagonistas de esta empresa evangelizadora en los llanos de Venezuela:

–Por eso las estoy animando a que vengan a trabajar con nosotros. La Iglesia, las Congregaciones Religiosas y la propia Fe y Alegría necesitan recuperar el espíritu misionero y volcarse a estas soledades abandonados por todos, donde están los hijos preferidos de Dios. Los seguidores de Jesús tenemos que abandonar la comodidad aburguesada de nuestras obras urbanas y enfrentar la aventura de la evangelización humanizadora de los campesinos.

Ese día, cuando llegamos a la casa, fui al río, me metí en él con la ropa que llevaba, y estuve sumergido un buen rato para ahogar a las garrapatas. Antes, golpeé el barro de las orillas con un palo, para ahuyentar alguna posible raya que estuviera allí acostada. Evito meterme en el río o caminar por el agua barrosa de sus orillas porque me dan pánico las rayas. El otro día cayó en un anzuelo una de 14 kilos, de una redondez casi perfecta, con una cola mínima y un terrible aguijón dorsal que, si lo clava, es peor que una puñalada. Los obreros le sacaron



la manteca, pues decían que era buenísima para curar el asma y el reuma.

¡Qué bueno sería recoger todas las costumbres, leyendas, remedios, plantas medicinales, historias y cuentos de estos campesinos! Se me ocurre que algunas de estas cosas podrían aparecer como una especie de apéndice en mi libro. Aunque todo eso, más bien, daría para escribir uno o dos libros más y no sé si voy a tener tiempo para todo. Ni siquiera sé si lograré escribir el libro en que desde esta mañana estoy empeñado.

Mejor será dejar a la escuela la recogida de historias, costumbres, tradiciones, canciones y leyendas que deberá incorporar a su currículo de escuela llanera. No puede amarrarse a esos programas urbanos que exigen el aprendizaje de un montón de cosas completamente inútiles que no contribuyen en nada a dignificar las vidas.

6:28 pm

He ido un momento a la casa a buscar la gorra y un suéter de lana para cubrirme la calva y el pecho, pues comienza a hacer frío. Ahora, el río Masparro se desliza a mis pies en silencio, teñido por la luz dorada del atardecer. Tanta energía desperdiciada cuando nosotros podríamos convertirla en electricidad para alimentar los motores, las neveras, los ventiladores, los bombillos que alarguen el día y nos liberen de la pestilencia de las lámparas de kerosén y del chisporroteo de las velas en las que se achicharran cientos de mariposas nocturnas.

Dios exhibe su energía en los ríos, en el viento, en las mareas, y está esperando que utilicemos la inteligencia que nos regaló para convertir esa energía en calidad de vida para sus hijos.

Sé que más arriba, cerca de Barinas, están construyendo una represa para domar el ímpetu del río y evitar que en invierno, engordado por las lluvias, se salga de cauce e inunde las sabanas, y también para aumentar su caudal en verano, que terriblemente enflaquecido, se arrastra penosamente entre los lamentos de una tierra que se muere de sed. Las ramas de algunos árboles descienden sobre al agua y se sumergen en ella para imaginar que caminan y librarse así del tormento de la inmovilidad. Siempre he admirado los árboles, en especial los de Barinas, expresión magnífica de la fuerza embrujada del llano. Algunos son tan frondosos y corpulentos que parecen sostener el cielo con sus brazos, pero todos ellos, grandes y pequeños, están condenados a sufrir el tormento de permanecer siempre encadenados a la tierra, sin poderse mover. ¡Cómo deben envidiar a los pájaros que se posan en sus ramas o a las vacas y caballos que se cobijan en su sombra! Por eso, esperan con ansiedad el viento para mecerse en sus brazos e imaginar que vuelan o caminan.

Confieso que durante toda mi vida he amado muchísimo a los árboles. De ellos, me atrae su arraigo en la tierra y su vocación de altura, la capacidad de empinarse sobre sí mismos, la generosidad que entrega a todos por igual sus frutos, su sombra y hasta su propia carne de madera. Ella nos recibe en la cuna cuando nacemos y nos abraza en el ataúd en nuestro último viaje. Durante la vida se transforma en silla para la creación y el descanso, en mesa para el disfrute en el compartir de manjares y de amigos, en puerta que nos abre al calor del hogar, a la intimidad de nuestra habitación, a la aventura del trabajo y del encuentro. Me emociono al recordar que la propia carne de Dios fue clavada a la madera de un árbol, que ensangrentado y sacudido por el temblor de sus terribles sufrimientos, fue testigo de su infinito abandono, de su perdón y de su entrega confiada en los brazos del Padre.

A lo largo de mi vida he plantado con mis propias manos miles de árboles, y recuerdo que, cuando construíamos la Casa de Ejercicios Espirituales de San Javier del Valle, monté guardia varios días para que las máquinas no destruyeran unos fresnos y eucaliptos de los que me había encariñado en especial. Hasta escribí un poema a un fresno niño al que unas vacas golosas habían devorado sus tiernas carnes a mordiscos, tronchándole sus sueños de llegar a ser árbol altivo. Todavía recuerdo alguno de sus versos:

*Era un árbol frustrado,
lo habían mordido las vacas.
Cada brote, en vez de encontrar
la mecida suave del viento,
había sido cercenado
por los dientes atroces.
Era un niño al que le han mordido
los brazos y el rostro.
Pobre fresno lleno
de cicatrices y muñones,
se ha quedado enano
cuando sus hermanos
detrás de la cerca
se mecen gigantescos en la altura.*

Podría ser bueno incluir alguno de mis poemas en el libro y diversificar de este modo su estilo. Así resultará más ameno. Me da miedo que termine siendo un largo monólogo, tedioso y aburrido, como algunos me critican que están resultando las Cartas del Masparro. Dicen que son repetitivas y monótonas, aunque por otra parte me consuela saber que algunas Congregaciones Religiosas las aprecian bastante y hasta las leen en sus reuniones.

Lo ideal sería que el libro tuviera la fluidez de una novela en la que yo vaya vertiendo la aventura de mi vida, pero no estoy seguro de poder lograrlo. Aunque, pensándolo bien, el libro no debe ser sólo mío: tengo que incorporar en él las voces y vidas de personas, que han nutrido lo

mejor de mí y con sus ejemplos de entrega y heroísmo han sostenido mis desánimos y mis cobardías. La vida está hecha de encuentros y desencuentros: yo soy lo que soy porque he tenido siempre a mi lado personas generosas y sencillas, capaces de hacer con naturalidad las empresas más heroicas, que han alimentado mi fe vacilante y mi raquítica alegría. Espero también que mi propia vida se haya sembrado en otras vidas como estímulo para el servicio y la entrega.

Porque amo mucho a los árboles me la paso recogiendo semillas y soñando bosques. Ya tenemos aquí un incipiente vivero de tecas, samanes, caobos, apamates, cedros y otras especies hermosas y muy útiles. Estoy empeñado en que esta escuela, además de agropecuaria, sea también forestal y sustituya el matorral inútil por densas plantaciones de árboles de buena madera. Sueño con hacer un gran bosque con varios miles de gigantescos samanes, que abrazarán en sus grandes ramas lo grandioso, lo solemne, y lo espectacular. Sé que yo no alcanzaré a ver ese bosque de samanes en la tierra. Pero pienso pedirle a Papá-Dios que me dé un buen asiento en el palco del cielo, desde donde los vea crecer y, si me permite también, desde donde los pueda ayudar, para que sean más hermosos, con grandes ramas perfectas, que inspiren serenidad y poder.

Las compañías madereras han sido y siguen siendo grandes mataderos forestales que, movidas tan sólo por su afán rapaz de lucro, convierten bosques y selvas en desiertos y cementerios. Una ley timorata les obliga a plantar dos arbolitos por cada árbol que cortan, que la mayoría ni siquiera cumple. Yo les obligaría a plantar al menos 500 arbolitos por cada uno de esos troncos gigantescos que uno ve por las carreteras de Venezuela aplastando a las gandolas más fuertes.

Esta escuela tiene que revertir ese proceso asesino y destructor. Aspiro a que nuestro incipiente vivero tenga pronto unas cincuenta mil tecas. Con ellas comenzaremos a repoblar los claros de una parte de monte bajo que tiene nuestro bosque. Después, plantaremos muchos cientos de miles más. De este modo, en unos veinte años, esta escuela que hoy es casi sólo un sueño, que empieza a cuajar en esas pocas paredes mal

frisadas y esos cultivos incipientes, será una ciudad educativa de unos mil alumnos. Contará con aulas, talleres, dormitorios, capilla, cocina y comedores sencillos pero dignos; buenos campos deportivos; amplios sembradíos de verduras, frutales, hortalizas y cereales; gallineros, porquerizas y conejeras; estanques de peces fluviales; extensos potreros donde pastarán los rebaños de vacas; y estará rodeada de frondosos bosques madereros. Así, la carne de los árboles se convertirá en comida, balones de fútbol y de básquet, libros y laboratorios, tractores y camiones, alimentos para las vacas y cochinos, bombas de agua para el riego y el mantenimiento de esa enorme fábrica de hombres nuevos, de cristianos valientes e insobornables, comprometidos en la redención y salvación de estos campos tan abandonados por todos.

La idea también es que los niños, que no han visto cuidar a los árboles sino destruirlos, aprendan a quererlos y los planten y cuiden en sus casas y terrenos. Cuentan que un párroco de un pueblito de los Andes ponía como penitencia de la confesión plantar en su propio terreno diez cafetos, o treinta, o cien, según fuera el número y calibre de sus pecados gordos. Así, en unos años, el pueblo se llenó de hermosos cafetales, que hoy constituyen su riqueza. Me gustaría hacer algo parecido aquí. Cuando los alumnos aprendan a confesarse, les pondré de penitencia sembrar diez caobos, o veinte samanes o cincuenta cedros. Pero pasarán años hasta que nuestros alumnos aprendan a confesar y comulgar y lo enseñen a sus padres. Mientras tanto, lo haremos nosotros.

Ardido de ideas y de sueños, poso mis ojos sobre el río, aquí grueso y marrón, y adivino en sus entrañas un frenesí de vida de bagres, cachamas, rayados, caribes, palometas, babas, tortugas, culebras y una lucha sorda y feroz por su sobrevivencia. A los pocos días de haber llegado al Masparro, cuando todavía no habíamos empezado las construcciones y yo me iba a dormir a la casa parroquial de Dolores, los obreros que estaban limpiando el monte, mataron una culebra tragavenado de unos cuatro metros de largo, capaz de devorarse un ternero pequeño. Uno de los obreros le golpeaba furiosamente la cabeza con un enorme garrote y repetía como un poseído: "Toma, maldita, toma. Tú engañaste a la mujer y por ti entró el pecado en el mundo. Por ti tenemos que trabajar,

sufrir y morir". Adiviné que había oído la historia del Génesis de boca de alguno de esos predicadores fundamentalistas que toman la Biblia al pie de la letra y recorren el llano llenando de miedos y falsas seguridades la escasa fe de nuestra gente. ¡Qué falta hace una verdadera evangelización que libere a todos estos campesinos del miedo y les enseñe que son hijos de Dios que los ama sin matices y sin condiciones!

Hace unos días, Mauro me trajo una mapanare terciopelo, de las que llaman cuatro narices, de casi metro y medio de largo, muy venenosa, y gruesa como un brazo. Su piel era bellísima y brillaba como el jaspe. Yo quería que le quitaran la piel, pero los obreros me hicieron desistir, pues decían que no lo hiciera, pues su pareja vendría a vengarse. De hecho, agarraron el tractor y fueron a enterrar la culebra a varios kilómetros de aquí.

La mordedura de una de esas culebras equivale a una segura sentencia de muerte, pues estamos a muchos kilómetros del hospital más cercano con algún suero antiofídico. Y eso, en el caso en que lográramos salir de aquí, porque, en invierno, todo esto se convierte en un gran lodazal y los carros, hasta los más valientes, se quedan pegados en el fango. Yo ando siempre con unas enormes botas de goma que me protegen bien de posibles mordeduras, pero algunos de los obreros andan con unas simples cotizas que les dejan el pie al descubierto. Debo comprarles con urgencia unas buenas botas y voy a pedir a mis amigos de Caracas que me traigan sueros antiofídicos. Para cuando empiecen a venir los alumnos, debemos tener lista una buena enfermería con su farmacia bien surtida.

¡Qué frondoso y bello es el árbol de la vida que se ha ramificado, según dicen los científicos, en unos treinta millones de especies! Muchas de ellas no las conocemos ni las conoceremos nunca. Vida múltiple y variada, abierta como un inmenso abanico a todas las formas y colores, navegando en ríos, mares y océanos, tomando el sol en sus orillas, galopando por valles y praderas, trepando por las montañas, sobreviviendo al frío de los polos, latiendo desconocida en lo más recóndito de las cavernas y las selvas.

En toda forma de vida, se manifiesta la vida de Dios que derrocha su poder amoroso y nos invita a acompañarle en su misión de recrear el mundo para que lo convirtamos en un reino de justicia, fraternidad y paz. Minerales, plantas, animales, todo debe ser ordenado para que los hijos de Dios tengan vida y la tengan en abundancia. Para ello, nos dotó de inteligencia y dejó la creación en nuestras manos. Construiremos grandes estanques para criar rebaños de cachamas y de bagres que alimentarán las mentes y los corazones de nuestros niños y jóvenes campesinos. Tendremos rebaños de chigüires, váquiros, morrocoyes, galápagos y tortugas, y hasta podríamos hacer un serpentario para estudiar las culebras y proporcionárselas a los zoológicos y a los investigadores. Con un poco de imaginación y empeño, todo, que vocea y canta la gloria de Dios, puede ser utilizado para cuidar y alimentar a los hijos de Dios.

Me llega de lejos el ruido de un motor fuera de borda que va creciendo progresivamente hasta llenar por completo el ancho vientre de la tarde. Es el Indio que me pinta un breve saludo con su mano y le exige al motor un esfuerzo extra para impresionarme. Sabe bien que estoy interesado en comprar su lancha de aluminio, pues quiero recorrer y explorar todos los vericuetos de esta amplia red de autopistas que son los ríos de nuestros llanos. Sueño con descender por el Masparro al Apure, llegar al Orinoco, treparme por él hasta el Casiquiare, único caso en el mundo de un canal natural que une dos grandes ríos, navegar por el Casiquiare hasta el Río Negro y meterme por él en la inmensa red fluvial del Amazonas. ¡Cuánto desearía yo tener treinta años menos!

¡Qué no hubieran hecho nuestros esforzados misioneros de siglos pasados si hubieran contado con motores fuera de borda! Navegando en simples canoas, movidas a canaleta y remo, desafiaron distancias y peligros, para llevar el Evangelio a los lugares más apartados e inaccesibles. ¡Cuánto necesita hoy nuestra Iglesia, que parece adormecida en la rutina de una serie de prácticas piadosas sin pasión ni vida, de ese vigor apostólico y de esa valentía sin fronteras de los apóstoles y misioneros!

Del río me sube un olor fuerte a gasolina quemada y veo cómo, al alejarse, la lancha va peinando el agua con ondas que, tras besar las orillas, se deshacen lentamente. Me imagino, en unos pocos años, competencias de piragüismo entre los alumnos de los distintos centros educativos de Fe y Alegría que van a crecer en las orillas de los grandes ríos llaneros. El pardillo de la otra ribera empieza a blanquear de garzas que lo han elegido como su dormitorio. Vienen en silencio agitando el amarillo de la tarde con sus alas, y se posan mansamente como enormes copos de nieve. Dentro de unos minutos, el árbol quedará completamente blanco. Hace unos días pasó una bandada de corocoras, unas garzas de un rojo intenso, que por unos momentos pusieron a sangrar el cielo. Allá en la selva, detrás de las siembras y los terrenos que estamos limpiando para pastos, comienzan a darse las buenas noches los monos araguatos. En la mañana saludarán el amanecer con un griterío insoportable, y jugarán felices entre ellos agradeciendo el nuevo día.

Es increíble cómo la inmensa mayoría de los seres humanos viven totalmente ajenos a los paisajes que Dios nos pinta con sus dedos de artista cada mañana y cada tarde para regalarnos su amor. Por haber perdido el sentido del misterio y la capacidad de asombro, son zaran-deados por problemas minúsculos y sus vidas no logran levantarse de la mediocridad y el sinsentido.

Me inclino a pensar que el libro, si bien recogerá necesariamente algunos de los sucesos más importantes de mi vida, no debe ser una biografía que intente narrar el curso de una existencia que se va apagando lentamente como la tarde que me cobija. Eso, aparte de que es imposible, pues uno nunca cuenta su vida sino lo que recuerda de ella, no tiene demasiado sentido. El libro tiene que ser una excusa para mirar mi vida desde el final y aclararme si ha servido para servir, para descubrir con honestidad si he sabido multiplicar los muchos talentos que Dios me ha regalado. En ese sentido, el libro tiene que ser como una especie de examen de conciencia, profundo y sincero, una oportunidad para agradecer, pero también para pedir perdón y, en lo posible, aunque ya vaya siendo demasiado tarde, para enmendar lo malo.

Siempre me he considerado una persona muy privilegiada, especialmente mimado por la bondad de un Padre Bueno que me quiere con especial predilección y, sobre todo, me ha hecho saber y experimentar su amor. Dios quiere a todos sus hijos, pero somos muy pocos los que lo sabemos y muchísimos menos los que lo experimentamos. Cuando veo a todos estos campesinos arrojados a la monotonía de una vida siempre igual, sin sueños y sin horizontes, y por mi impaciencia me provoca empezar a sacudirlos para que despierten a una vida plena de personas y de hijos de Dios, me pongo a pensar que ellos no tienen la culpa, que yo también sería así si hubiera nacido de padres analfabetas en este desamparo, sin escuelas, libros, o periódicos, donde el teléfono más cercano queda a más de cien kilómetros. Entonces comprendo que los talentos que Dios me ha dado les pertenecen a ellos, que no son míos, y mi deber es devolvérselos multiplicados.

Dios me ama, lo sé y lo siento, y estos mis hermanos más pequeños me necesitan. Agradecer a Dios por los talentos recibidos se convierte en necesidad de servir a los hermanos. La respuesta al amor de Dios no puede ser otra que el servicio totalmente desinteresado. Yo puedo ser las manos de Dios para tenderlas a los necesitados, los ojos de Dios para abrazarlos con una mirada tierna y comprensiva, el corazón de Dios para mostrar su amor a todos.

Espero no haber sido como el siervo miedoso y cobarde de la parábola que ocultó su talento sin ponerlo a fructificar. Estoy convencido de que uno de los mayores problemas de nuestra Iglesia, tan alejada de todos estos hijos suyos, es que ha perdido su capacidad de riesgo e innovación y se dedica a conservar los talentos recibidos, en vez de ponerlos creativamente a producir. El Evangelio es un llamado permanente a la iniciativa, a la creatividad, a la responsabilidad para hacer del amor que predicamos un servicio eficaz que se traduzca en mejora de vida, en dignidad de hijos. Desgraciadamente, muchos teólogos, sacerdotes y predicadores se han dedicado a domesticar el Evangelio. En nuestra Iglesia, falta mucho coraje, valor y confianza en el Señor para innovar, para iniciar una nueva evangelización por estas llanuras tan abandonadas por todos. Evangelizar es humanizar, es en conse-

cuencia, dar de comer, enseñar a vestirse, a tener vivienda digna, a tratar con respeto y ternura a la mujer y los hijos. El cielo debe comenzar ya en esta tierra.

Ahora comprendo bien el sentido de esa pregunta tan esencial con que Ignacio arrancó a Javier de una vida hundida en la vanidad y la trivialidad y lo convirtió en un soldado valiente de Cristo: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”. Cuando era joven, yo creía que perder el alma tenía que ver con ir al infierno, pero con los años he ido comprendiendo que perder el alma es perder la vida, malgastarla, dedicarla a cosas intrascendentes como hacer dinero, amontonar títulos o posesiones, entregarse a los relámpagos de un placer meramente animal, desprovisto de responsabilidad y ternura, que vacía los espíritus y deja los cuerpos cada vez más insatisfechos y hambrientos. Y comprendo que, desgraciadamente, la mayor parte de las personas, incluso religiosos y ministros de Dios, están perdiendo la vida, no se atreven a vivirla, la ven pasar frente a ellos como yo ahora veo fluir las aguas del río, sin el valor para meterse en lo hondo y zambullirse en el vértigo de sus misterios.

En las ciudades, la gente cada vez vive menos y se deja vivir por los demás: por las modas, las propagandas, los jefecillos de la política o el sindicato, o por el televisor que, cada vez más, ocupa el tiempo de ocio de las personas y decide cómo debemos vestir, comer, hablar, viajar, ser. Dedicadas a ganar dinero y amontonar objetos, arrojadas a la superficialidad de una vida sin horizontes ni proyectos, cada vez más personas van perdiendo sus vidas, cuando creen salvarlas. Por aquí, en estas vastísimas soledades donde hasta el viento se fatiga, la gente es vivida por la indolencia, la desesperanza y, sobre todo los fines de semana, por los latigazos del alcohol.

Ahora, en el ocaso de mi vida, comprendo con una claridad meridiana que nunca tuve antes, que ser jesuita y sacerdote más que un privilegio es una tremenda responsabilidad.

Sí, de estas cosas debe tratar mi libro. Me interesa contar, más que sucesos, reflexiones; proponer más interrogantes que certezas; expresar las razones últimas de mis desmesuras y mis numerosos errores. Trataré de conseguir un estilo ameno y sencillo que seduzca al lector, porque, si no, dejará el libro a un lado, por pesado e insoportable, y no continuará leyendo. Entonces, ya no podré seguir conversando con él y estaré definitivamente muerto. Debo esforzarme, en consecuencia, por atrapar al lector en la magia de las palabras y de las ideas para que al leerme y reescribir el libro con su lectura, me devuelva la palabra y con ella la vida.

Tina, la perra, ha salido disparada detrás de una enorme rata. Sobre el río, rizado por el viento, ha saltado un pez grande para atrapar un mosquito. En la frente de la noche empiezan a clavarse las primeras estrellas. Poco a poco, el Masparro empieza a deslizarse en un túnel cada vez más oscuro, que pronto terminará de matar los colores y reducirá las cosas a unas simples siluetas.

“Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir”. Así cantó el poeta Jorge Manrique; pero esto sólo en parte es cierto. Porque los ríos permanecen niños, jóvenes, adultos y viejos al mismo tiempo. Nosotros, no. Yo, ahora viejo, no soy ya ese niño que cazaba mariposas en los potreros de Rancagua y se zambullía en los pozos del río Cachapoal, allá en el Chile de mi infancia. Ni soy el novicio de Loyola o el maestrillo del Colegio San Ignacio de Caracas. Uno ve una foto de tiempos idos y dice “este soy yo”; pero, si bien es esto en parte cierto, habría que decir más bien, “este era yo”. La fotografía tiene el poder de detener el tiempo en un momento determinado. Pero el que mira la foto es completamente otra persona, aunque también sea el mismo. Vivir es un irse haciendo y deshaciendo permanentes. Este Masparro que se desliza en silencio ante mis ojos y, cada vez más meandroso y lento, avanza inexorablemente en busca del Apure, que después se hará Orinoco y luego mar, sigue naciendo y siendo niño juguetón allá en el páramo de Calderas. Yo, a diferencia del río, ya no soy también al mismo tiempo, niño, joven o adulto. Sólo soy un viejo en las orillas de la muerte.

7:38 pm

Se me ocurre reandar hacia atrás los pasos del río por los peldaños del agua, para, con él, recuperar algunas imágenes de mi niñez. El Masparro sigue naciendo sin tregua ni descanso allá en lo alto de la montaña andina y, en su permanente etapa de niño, se desliza cantando feliz entre rocas, frailejones y nieblas. Allí sacia la sed de vacadas y pastores, y luego regará los papales más atrevidos que pintan de verdura y flores moradas esas tierras altas donde sólo algunos pocos árboles valientes se atreven a subir.

Yo también fui un niño muy feliz. Nací en Rancagua a las nueve de la noche del cuatro de diciembre de 1910, hijo primogénito de José Vélaz Arriola y Josefina Irazu de Vélaz, mis padres. Me esfuerzo por verme, setenta y cuatro años después, como un bulto sanguinolento que empezó a lloriquear con fuerza, al abandonar la seguridad del seno materno. Quiero imaginar a mamá, muy feliz sobre su fatiga y a la comadrona del pueblo lavándome y haciendo algún comentario de lo robusto que era, de lo mucho que me parecía a mi padre, y de lo valiente que se había portado mamá. Mi papá estaría fumando nervioso en la cocina, y seguro que no le permitieron entrar hasta que tanto mamá como yo estuvimos bien limpios y vestidos. Supongo que, cuando entró, besó a mamá en la frente y luego me cargó y me besó a mí también. Me veo cegato y sonrosado, tranquilo y adormecido otra vez en los brazos de mi madre.

Me bautizaron en la Iglesia Parroquial a los siete días de nacido. Dado que mi padre se llamaba José y mi madre Josefina, fue evidente que me pusieran su nombre. Me añadieron María en honor a la Virgen, para que me cuidara y protegiera, pues toda mi familia fue siempre muy devota de la Virgen María.

Mi papá había nacido en Eibar, Guipúzcoa, en el País Vasco. Lo recuerdo vagamente alzándome del piso para montarme con él en su caballo. En mi recuerdo, lleva polainas, poncho, sombrero y botas de cuero. Espolea el caballo y me lleva apretado contra su pecho, y yo soy infinitamente feliz. También me parece recordarlo arrojándome al aire y

recogiéndome en sus brazos. Hablaba varios idiomas, y yo le solía preguntar algunas palabras en vasco, inglés y francés para impresionar a mis amigos de Rancagua.

Mi padre fue un hombre culto y emprendedor, de espíritu aventurero, que, después de haber cursado estudios de bachillerato y comercio en Francia, se fue a Inglaterra donde estudió Administración. Estuvo un tiempo viajando por Europa en busca de mercados para las famosas armerías de su pueblo, Eibar; pero la inmensa América, horizonte infinito para la aventura fecunda, le llamaba seductoramente. Y, un buen día, dejó sus catálogos, se despidió de la familia y decidió cruzar el océano tras los pasos de sus sueños. Se estableció en Rancagua, a 82 kilómetros al Sur de la capital, Santiago, tierra dulce y muy fértil, de fuerte vocación agrícola. La ciudad había nacido en 1743, en el camino entre Santiago y Concepción, con el nombre de Santa Cruz de Triana, pero habría de prevalecer su nombre indígena. Fue muchos años después que vine a saber que Rancagua significa en mapuche “lugar de hierbas”, que sin duda hace referencia a su verdor, sobre todo en primavera, que llega despertando el paisaje con sus manos verdes, y llena de flores los campos y árboles. El río Cachapoal, que baja saltando de la Cordillera de los Andes, riega sus inmensos campos de verduras y frutales, que perfuman el aire con aromas de manzanas, peras, duraznos y principalmente uvas, pues Rancagua es zona de buenos vinos.

En Rancagua, montó mi padre dos negocios que, mientras él vivió, fueron muy prósperos: una tenería o fábrica para curtir las pieles del ganado, que estaba en las afueras del pueblo, y una tienda o abastos surtida con todo tipo de productos que llamó “La Campana”, cerca de nuestra casa, en el centro de la ciudad. De la tenería, recuerdo los perros, cuatro enormes perros negros, que en las noches protegían la fábrica de los ataques de los bandoleros que, por aquellos días, asolaban las orillas de Rancagua. Los perros no veían nunca a ninguno de los obreros de la fábrica. Cuando en la tardecita se iban todos, los soltaba un empleado de confianza que vivía con nosotros. Los perros salían en tromba, saltando muy felices. Un peón tenía el encargo de comprar caballos viejos y matarlos para alimentar con ellos a los pe-

rros. Se los dejaba enteros, para que los devoraran, y en pocos días sólo quedaba el esqueleto totalmente limpio. Así se mantenían fuertes y agueridos. Nadie nunca, con perros así, se atrevió a meterse en nuestra fábrica.

Una vez que los negocios estuvieron sólidamente afincados, mi padre, que ya andaba por los treinta años, regresó al País Vasco a buscar esposa con quien casarse. En Bilbao conoció a Josefina Irazu, de veinte años, que estaba terminando sus estudios de piano. Se casaron tras un breve noviazgo y volvieron a Rancagua a atender los negocios y a levantar una familia.

Después de mí, nacieron Ignacio, José Manuel, que se haría jesuita también como yo, y María, a quien llamamos Marichu, la menor de los hermanos y la única mujer.

El cielo arde ya de estrellas, e imagino que Dios me está guiñando el ojo en cada una de ellas. Puedo reconocer enseguida a la Osa Mayor, a las Cabritillas, al Cinturón de Orión. No sé quién me enseñó esos nombres, pero me gustaría creer que los aprendí muy niño de mi padre, tumbado junto a él en un potrero de Rancagua. En las orillas del río brillan como brasas los ojos de algunos babos o caimanes pequeños. Hace ya un buen rato que comenzó la larga sinfonía de los sapos. La noche, cada vez más oscura, sigue alimentando mis recuerdos de infancia, trozos sueltos y difusos, que no sé si son propiamente recuerdos, invenciones o meros restos de lo que mamá o alguien me contó después. ¡Es tan difícil separar los hechos reales de los hechos imaginados!

Pero sí recuerdo claramente la muerte de papá, aunque sólo tenía entonces cinco años. Todavía puedo sentir hoy, 69 años después, el abrazo de mi madre estrechándome contra su corazón y diciéndome: “Papá se ha ido al cielo, hijo mío. Dios se lo ha llevado. Él está ahora feliz con la Virgen, Jesús, los santos y todos los parientes que murieron antes. Desde el cielo, va a seguir cuidándonos a todos”. Yo me dejé abrazar y no supe qué hacer. No lloré entonces, porque no vi llorar a mamá, aunque sin duda debió llorar mucho a solas. Seguro que enton-



ces no llegué a comprender la gravedad de la pérdida. Mis hermanitos andaban desconcertados, sin saber cómo actuar, casi

felices de ser el centro de una gran noticia, dejándose abrazar y besar por todos lo que venían a visitarnos y darnos las condolencias.

Desde ese momento, mamá, viuda con tan sólo 26 años, asumió con entereza de mujer fuerte la nueva responsabilidad de tener que ser padre y madre de cuatro hijos muy pequeños y encargarse de los negocios de la familia. Por ser una mujer de una fe muy profunda, aceptó sin quejarse la voluntad de Dios. En adelante, sólo vivió para nosotros, sus hijos. Nunca se volvió a casar aunque le llovieron los pretendientes, y durante el resto de su vida siempre vistió de luto.

Mi papá había ido a Santiago a chequearse con un sacerdote amigo que también era médico y allí le sobrevino un infarto fulminante. Tenía sólo 41 años, la misma edad en que había muerto su propio padre, mi abuelo, también de infarto. Yo, que heredé de ellos la debilidad de sus corazones, he superado con creces la barrera de sus años. ¿Lograré doblarla y alcanzar los 82? No creo que sea pedir demasiado para todas las cosas que tengo que hacer.

El trabajo y la aventura me mantienen joven y así evito el aburguesamiento y la improductividad de tantos viejos que, al jubilarse del trabajo, parecen haberse jubilado también de la ilusión y de la vida. Es evidente que cada edad tiene su propia juventud. Si muero antes de los ochenta, me temo que alcance a poner en marcha esta escuela campesina, pero no dejaré montada la cadena de escuelas agropecuarias fores-

tales que yo sueño, para sembrar los llanos de fe y de alegría: fe en un Dios que nos ama a todos por igual y quiere que vivamos como hermanos; y alegría de los estómagos llenos, alegría de vivir en casas dignas, alegría de beber aguas sanas, sin parásitos, alegría de hogares bien constituidos alumbrados por la llama del cariño, alegría de poder disfrutar de los exquisitos deleites de la amistad y el amor.

Camino hacia mi habitación alumbrándome con una linterna, no vaya a ser que pise alguna culebra. Esta noche que está fresca, voy a dormir en cama y no en chinchorro. Prefiero al chinchorro, que es cama y abanico al mismo tiempo, cuando hace mucho calor o hay mucha plaga, y también para echar una siesta; pero, si puedo, prefiero dormir en cama. Nunca llegaré a ser un llanero completo y ya tengo bastante con empezar a aprender a ser campesino a los 74 años. Sin embargo, también le canté al chinchorro en uno de mis poemas:

*Chinchorro, abuelo cariñoso,
amigo, nave tropical.
La cama más sutil.
El sueño más barato del mundo
nos meces como una madrecita...
Cuando se apaga tu mecida,
ya nos has colocado en la ribera
salvadora del descanso.
Eres obra de un genio lleno de amor
que tuvo compasión de todos los
hombres cansados.
Te tejieron manos de misericordia
que pensaron en los rudos trabajos
y en los calores sofocantes.
Te intuyeron cama y abanico
al mismo tiempo...
Qué fácil es contigo soñar despierto
cuando nos meces en el aire
y el cielo azul y las palmeras
se columpian con nosotros.*

Trataré de dormirme rezando un nuevo rosario, pero sé que me va a costar agarrar el sueño. Los recuerdos e ideas brotan incontenibles en mi cerebro como si quisieran saltar ya a las páginas del libro que voy a escribir. Sería genial si inventaran un aparato que pudiera transcribir el pensamiento...

Pienso que bastará con que dedique unos breves párrafos a mi infancia, pues, aparte de que se han evaporado ya la mayoría de mis recuerdos, no son de mucho interés para los posibles lectores que les interesará sobre todo el que cuente mis vivencias, proyectos y luchas en Fe y Alegría, que ha sido la obra en la que he gastado mi vida. Por ello, serán suficientes también unas pocas páginas sobre mis largos años de estudiante, que vienen a ser como la vida privada o el tiempo de preparación para la vida apostólica. Hasta los propios evangelistas despachan en unos breves párrafos los primeros treinta años de Jesús, y Marcos y Juan ni siquiera los mencionan.

Cursé mis estudios de primaria en el Instituto O'Higgins de Rancagua, dirigido por los Hermanos Maristas. Ellos me sembraron el amor a la lectura que, desde entonces, ha acompañado siempre todos los pasos de mi vida. Los libros han sido mis mejores y más tenaces amigos, siempre dispuestos a hablarme o a callar. Ellos han alimentado mi imaginación y mi hambre insaciable de aprender siempre cosas nuevas, han enriquecido y posibilitado muchos de mis sueños y proyectos, han cultivado mi espíritu y mi corazón, han sido un remanso de paz para mis cansancios, desánimos e inquietudes. Con ellos he viajado por océanos y cordilleras, por selvas y desiertos y he explorado los infinitos espacios siderales. Un libro es manantial donde abreviar la sed, lavar los cansancios, refrescar el corazón reseco. Es también un árbol frondoso cargado de frutos exquisitos y de sombra bondadosa.

Recuerdo con qué avidez atesoraba cuando niño los cuentos de Calleja y escuchaba las historias de fantasmas, ánimas y aparecidos de las sirvientas chilenas que ayudaban a mamá en la casa. Ellas aseguraban que en las noches de luna salía la calchona, una cabra con rostro de mujer y, en las noches cerradas, se iluminaban los potreros con las

candelillas, unos fuegos movedizos que aterraban a los caballos más valientes y a los hombres más bravos. De todos, el que más me gustaba y aterraba era el colo-colo, una especie de ratón con plumas, de hocico muy puntiagudo, que chupaba la sangre y la saliva de la gente. De tanto oírlo, llegué a aprenderme párrafos enteros de memoria: *“Negra y fría era la noche en torno y encima del rancho de José María Pincheira, uno de los últimos del fundo Los Perales. Eran ya más de las nueve y hacía rato que el silencio, montado en su macho negro, dominaba los caminos que dormían vigilados por los esbeltos álamos y los copudos boldos...”*.

–No crean en esas cosas, que son puros inventos y mentiras de la gente para asustar a los niños –solía decirnos mamá, a quien le desagradaba que las criadas nos echaran esos cuentos, y sólo los toleraba porque yo le insistía–. Vayan a la cama y no olviden rezar sus oraciones, para que el ángel de la guarda los proteja y les traiga buenos sueños.

Y yo, agazapado en las sábanas, con el corazón agitado de miedo, escuchaba gemir el viento en la ventana de mi cuarto e imaginaba que venía el colo-colo a chuparme la sangre y dejarme seco.

A los siete años, era ya un lector infatigable de libros de aventura, que yo recreaba en mi mente con nuevos sucesos y episodios cada vez más interesantes y atrevidos. Siempre me ha encantado la historia, y recuerdo cómo, tumbado en mi cama, revivía con mi imaginación las hazañas de O’Higgins que nos había contado el hermano marista en la clase de historia, e incluso yo me metía en ellas como uno de los protagonistas principales.

Y así, durante los días 1 y 2 de octubre de 1814, yo estuve atrincherado con O’Higgins en la torre de la Iglesia de la Merced, defendiendo heroicamente a Rancagua del cerco y los ataques del ejército realista comandado por Osorio. En los momentos en que el General vacilaba y parecía dispuesto a rendirse al ver que no llegaba Carrera con los refuerzos prometidos, yo le animaba a no rendirse.

–General, aunque nunca lleguen los refuerzos, nuestro valor los suplirá –le decía buscándole los ojos–. Es mil veces preferible morir gloriosamente a rendirnos como unos cobardes.

Cuando ya se nos habían agotado las municiones y comenzaba a escasear el agua y la comida, fui yo el que le propuse a O’Higgins que saltáramos a caballo sobre las trincheras enemigas. O’Higgins alzó su espada y un grito atronador: “El que sea valiente, que me siga. ¡A Santiago por encima de las trincheras enemigas!”. Su grito sembró un relámpago de valor en todos nosotros, los valientes defensores de Rancagua, que entramos en una tormenta de cascos, relinchos y fuego sobre el cerco enemigo, lo rompimos y conseguimos huir.

Mi imaginación infantil componía múltiples versiones de esta misma historia: en alguna, aguantamos por días la herida insoportable de la sed, entre los lamentos de los heridos a los que humedecíamos los labios resecos con nuestra propia sangre. En otras, yo caía herido al saltar sobre las trincheras, me hacían prisionero y luego me canjeaban por el más valiente de los capitanes realistas, y hasta recuerdo otra versión en la que yo arriesgaba mi vida por salvar a O’Higgins, al que le habían matado su caballo y cortado un brazo del que manaba incontenible su sangre. Yo lo montaba en la grupa de mi caballo y me arrancaba la camisa para que contuviera el borbotar alocado de su sangre.

56 Las clases de geografía e historia me apasionaban y, a medida que iba conociendo y amando a nuestro continente, comencé a acariciar el sueño de la unión de todos los países iberoamericanos. Tenía sólo siete u ocho años, y no entendía cómo, a pesar de hablar la misma lengua y profesar la misma religión, las naciones de Iberoamérica se mantenían separadas y enfrentadas, lo que nos hacía débiles e impedía que fuéramos una gran potencia. La desunión había permitido y seguía permitiendo el acoso imperialista, primero de Inglaterra, luego de Estados Unidos, pues nos reducía a unos miserables ratones frente a un supergato que nos mantenía dominados y atemorizados. ¡Cuántas

veces crucé, al lado de Bolívar o de San Martín, la Cordillera de Los Andes alimentando sus sueños de liberación y unión!

Durante toda mi vida, he conservado esta idea de la necesidad de que los países iberoamericanos nos unamos para ser fuertes y verdaderamente libres, pues siempre me ha parecido una aberración inconcebible la dispersión suicida de nuestras repúblicas hispanas. En cierto sentido, ese sueño de unión lo estoy realizando con Fe y Alegría, obra que se está regando vigorosamente por todo el continente y debe seguir en su empeño de plantar sus banderas de amor eficaz a los más pobres en todos los países de América y luego penetrar con fuerza en el expoliado continente africano y en los países más pobres de Asia.

9:32 pm

Doy vueltas en mi cama sin poder conciliar el sueño. He intentado rezar un rosario, pero las avemarías y padrenuestros han sido permanentemente invadidas por las ideas y recuerdos que fluyen incansablemente de mi cabeza. ¡Es increíble el poder del cerebro! La memoria es capaz de resucitar en una fracción de segundo hechos del pasado, revivir triunfos y tragedias, y saltar de un suceso a otro sin lógica ni control; el pensamiento puede adentrarse en los misterios de la existencia, plantear preguntas esenciales y asomarse en ellas a las orillas del misterio; la imaginación “esa loca de la casa”, como la llamó Santa Teresa, viaja a una tal velocidad, que deja muy coja o casi parálitica a la misma luz que, según los muy ignorantes profesores de física viaja a trescientos mil kilómetros por segundo, y no es posible que haya algo que viaje más veloz. Con la imaginación, podemos llegar en un instante a esa estrella de una remota galaxia que está tan lejos que su luz todavía no ha podido ser atrapada por los telescopios más poderosos. Además, todo es posible con la imaginación: cordilleras de chocolate, manadas de elefantes voladores o un mundo de hermanos donde todos vivamos sembrando hermandad y paz.

Toda mi vida he tenido una imaginación muy viva a la que me he esforzado por domar, aunque no siempre con éxito. Ella invade siempre mis pensamientos y mis ratos de oración. Memoria, pensamiento, imaginación: potencias divinas otorgadas a los seres humanos. Ellas evidencian que fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, que nos respeta tanto que permite que muchos esgriman su pensamiento, algo en sí divino, para negar su existencia. Es como si el sol negara la existencia de la luz.

La respiración de la noche está atravesada de cantos de grillos y de sapos. De vez en cuando se escucha el graznar de un ave que debe tener alguna pesadilla. ¿Sufrirán también los pájaros de insomnio? ¿Soñarán como nosotros? Ya que no puedo dormir, trataré de ordenar mis recuerdos para que luego me sea más fácil escribir el libro. Pienso que de Chile prácticamente no tengo nada importante que contar.

Mi mamá quería darnos una buena educación y, por temor a no lograrlo allí sola en Chile, decidió regresar con la familia a España. Los cuatro hermanos nos emocionamos mucho con la idea del viaje. Fueron días de verdadera excitación, de seleccionar y empacar las cosas más queridas, y de agotar a mamá con incesantes preguntas. Yo me conseguí un mapa y fueron muchas las veces en que les mostré a los hermanitos la ruta del largo viaje que íbamos a emprender. Y un día del año 1920, cuatro años después de la muerte de papá, cuyos restos quedarían por siempre en tierra chilena, nos despedimos de Rancagua, de los amigos, de los perros, de la fábrica y la bodega, del río, los manzanos y viñedos, y emprendimos viaje. Fuimos primero a Santiago y de allí a Buenos Aires, donde nos embarcamos rumbo a Europa. Todavía recuerdo la emoción con que mirábamos cómo se iba borrando a lo lejos la costa, hasta que sólo quedó el inmenso océano azul debajo del otro océano todavía más grande, el cielo.

Los días se sucedieron iguales y, cansados de tanto azul en el día y de tanto enjambre de estrellas en la noche; el largo viaje se nos hizo muy monótono e interminable. Cuando volvimos a ver de nuevo tierra, el corazón nos dio mazazos de alegría en el pecho.

Nos establecimos en Loyola, donde vivían los familiares de mamá, dueños del hotel Irazu. Vivíamos a escasos metros del Santuario, lugar en el que había nacido Ignacio de Loyola y de las diversas casas de formación y espiritualidad que allí tenían los jesuitas. O sea que, al llegar a España, me sumergieron en un ambiente completamente jesuítico y no es nada extraño que empezara a germinar mi vocación. Los días en Loyola eran muy tristes y lluviosos. Al comienzo, yo echaba de menos el sol de Rancagua y añoraba mucho mi ancha tierra americana. En Loyola, todo me parecía pequeño y gris. Sólo cuando salía el sol pintaba de verde las laderas de los cerros brotados de case-ríos y ponía a brillar los hayedos que, en otoño, antes de quedar desnudos por los manotazos del viento, enrojecían y doraban el paisaje.

Mamá estaba convencida de que los jesuitas eran los mejores educadores del mundo y nos consiguió cupo a Ignacio y a mí como internos en el Colegio San Francisco Javier de Tudela, en Navarra. José Manuel era todavía muy pequeño y tuvo la inmensa suerte de quedarse por un tiempo más con mamá y los tíos en Loyola.

Iniciamos las clases en octubre de 1921, y, al comienzo, los días nos resultaron durísimos. Kilómetros y kilómetros de filas en riguroso silencio: del dormitorio a la capilla, de la capilla al comedor, del comedor al recreo, del recreo al estudio, del estudio a la primera clase, de la clase al recreo, y así filas y filas en la sucesión de clases, estudios, comedor y recreos, hasta la última que nos llevaba a la cama por la noche. En invierno, el frío era insoportable, punzaba en los huesos como agujas, se nos llenaron los dedos de sabañones que untábamos con ajo para soportar la picazón, y tanto Ignacio como yo contábamos los días y las horas para que llegaran las vacaciones de Navidad y pudiéramos volver a nuestra casa de Loyola.

Poco a poco nos fuimos adaptando a la vida del internado. Recuerdo que teníamos unas jornadas de estudio de dos horas o más en riguroso silencio, todos los jueves, sábados y domingos. Yo iba feliz a ellas, porque hincaba los codos en el pupitre, me ponía las manos en la frente a modo de visera para fingir que estaba profundamente concentrado

en el estudio y me entregaba por completo a mi vicio preferido de soñar. De vez en cuando, pasaba alguna página del libro para hacer creer que estaba estudiando, pero la realidad era que estaba a miles de kilómetros de allí: andaba peleando con enormes anacondas por el Amazonas; o cruzando con los beduinos el desierto del Sahara a punto de desfallecer por la sed o de ser sepultado por una tormenta de arena; o atravesaba con Bolívar la cordillera de los Andes en una imposible travesía donde los caballos iban cayendo muertos del frío o despeñándose por unos terribles desfiladeros.

Toda mi vida he sido un soñador empedernido. Y en todos los sueños que atizaba mi desbordada imaginación de niño lograba siempre grandes realizaciones. En todos, los comienzos eran insignificantes. En todos había pobreza, dura constancia, sacrificio y después éxitos muy grandes. Por ejemplo, soy pastor en una región montañosa y muy áspera. Mi primer refugio es una cabaña muy rústica, de piedra, donde sólo cabe mi cuerpo. Los perros se quedan fuera, vigilando. Nunca mejoro mi cabaña. Empiezo con una oveja, con dos, con cinco. Trabajo a jornal, para ahorrar y comprarlas. Luego, ellas paren, a veces dos corderitos que recojo con alegría y los cargo en mis brazos hasta el redil. Vendo la lana y sigo comprando más ovejas. En mi cabaña no hay cocina, y ahora descubro con asombro que en todos mis sueños no había nada previsto con mi alimentación. El rebaño va creciendo poco a poco. Son los años difíciles del comienzo. Enfrento tempestades, despeñamiento de algunas ovejas, invierno cruel donde quedo bloqueado por la nieve. No recuerdo ninguna enfermedad ni achaque en esta empresa. En una oportunidad, socorro a un ermitaño, que está a punto de morir de hambre, cuya gruta descubro buscando mi ganado. Lucho contra los lobos y los osos a los que siempre venzo. Los progresos empiezan a ser evidentes, pues el rebaño se sigue multiplicando por ley natural. En esta etapa, disfruto al ver las colinas cubiertas de balidos y resbalando sobre ellas la masa blanca, interminable, de mis ovejas. Pronto, con el éxito, estoy ya al borde del desenlace y del desencanto. Me aburro de tanto triunfo: son veinte mil, cuarenta mil ovejas..., ya me fastidia la multiplicación y dejo el sueño fatigado para, muy pronto, empezar un nuevo sueño con comienzos muy difíciles.

Nunca sobresalí en Tudela ni como estudiante ni como deportista, aunque en el montañismo era uno de los mejores. Por ser demasiado soñador, muchas de las horas de estudio las dedicaba a soñar. Me encantaba la geografía y a los once años conocía todos los países del mundo, con sus capitales, cordilleras, ríos, ciudades importantes y productos principales. También me gustaba la historia y la literatura, en las que siempre saqué buenas notas. Con las matemáticas y física tuve serios problemas, y siempre las aprobé apretadamente. Por supuesto, como lector insaciable, devoraba las novelas de aventuras, cuyos capítulos yo reescribía en mi imaginación, con sucesos cada vez más atrevidos y heroicos. Y yo era ese náufrago solitario que había llegado a una isla desierta, o ese capitán de piratas a punto de asaltar un barco con el cuchillo entre los dientes, o ese joven apuesto que se batía en duelo de espadas ante la mirada melancólica y muy enamorada de una doncella que languidecía de amor en la ventana del castillo. Mi mamá me miraba con cariño y aprobación cuando me encontraba leyendo Amaya o Los Vascos en el Siglo VIII o Doña Blanca de Navarra, pero le disgustaba verme enfrascado en las novelas de Walter Scott, Julio Verne o Emilio Salgari, que ella consideraba superficiales y de muy poco provecho para un desarrollo espiritual sólido.

En los días en que estudiaba en Tudela, comíamos y cenábamos en riguroso silencio y, mientras comíamos, nos leían libros de vidas ejemplares, santos o aventureros, que lograban atrapar por completo mi atención. De este modo, la fila al comedor tenía no sólo el aliciente de la comida, pues cuando uno es un muchacho siempre tiene hambre, sino también el de proseguir un relato apasionante.

Mientras estábamos estudiando en Tudela, cambió radicalmente la situación económica de nuestra familia. Los socios y encargados de los negocios en Rancagua empezaron a jugar nos sucio, y mamá tuvo que viajar dos veces a Chile con la intención de liquidar los negocios. Consiguieron venderlos a precios de gallina flaca y, mientras regresaba, la moneda chilena sufrió una terrible devaluación y, al ir a cambiar los escudos a pesetas, el dinero se redujo a una quinta parte. Tuvimos entonces que acostumbrarnos a una austeridad que nunca habíamos conocido: las

ropas, en especial los abrigos y trajes, empezaron a pasar de un hermano a otro. Lo mismo los zapatos, a los que, cuando estaban bien gastados, el zapatero se encargaba de ponerles suelas nuevas. Estaba terminantemente prohibido dejar comida en el plato y, si quedaban sobras, mamá las recocinaba para otra comida. Ella estaba convencida de que una buena educación era la mejor herencia que podía dejarnos y estaba dispuesta a cualquier sacrificio para garantizárnosla. De hecho, para podernos atender mejor, alquiló una casa en Tudela y se vino a vivir en ella. Fue así cómo pasamos los tres hermanos, Ignacio, José Manuel y yo, de alumnos internos a seminternos, pues, aunque pasábamos todo el día en el colegio, íbamos a dormir a la casa, lo que resultó un verdadero alivio.

No estoy muy seguro cuándo empezó mi vocación de jesuita. Por vivir en Loyola y estudiar en un colegio de jesuitas, conocía muy bien la historia de San Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús, o de los jesuitas, como se les conoce por lo general. Iñigo de Loyola, había sido un vano caballero, preocupado por su pinta y por alcanzar muchas glorias mundanas. Estando defendiendo contra los franceses la ciudad de Pamplona, fue gravemente herido en una pierna. Tuvieron que operársela y mientras convalecía en su casa de Loyola, le pidió a su cuñada que le consiguiera unas novelas de caballería para matar con ellas el aburrimiento. Los únicos libros que pudo conseguirle la cuñada fueron unos evangelios y varias vidas de santos. A falta de otra cosa y por no tener nada que hacer, empezó a leerlos. A medida que iba leyendo esas vidas entregadas por completo al servicio de Dios, su corazón comenzó a arder en deseos de imitarlos. Esas vidas sí que merecían la pena y no la vaciedad de la suya. Y tomó una decisión inquebrantable: en adelante sería caballero de la Virgen, compañero de Jesús. Fundó una Congregación Religiosa, la Compañía de Jesús, que él ideó como la caballería ligera de la Iglesia, siempre dispuesta a ir a los lugares difíciles de frontera y de riesgo, allí donde no se atrevían a llegar los demás.

Sobre mis sueños de aventuras, poco a poco se fue sobreponiendo un nuevo sueño mucho más interesante y atractivo: el de ser un valiente seguidor de Jesús, como lo fue Ignacio de Loyola, o, mejor todavía, como lo fue Francisco de Javier, ese aventurero de Dios, ese infatigable

misionero que no soportaba el dolor en el brazo de tanto bautizar y que se lanzó él solo a la conquista para Cristo del inmenso y desconocido continente de Asia. Yo me convertiría en otro Javier. Si él había muerto a las puertas de China sin lograr entrar, yo continuaría su empresa evangelizadora con el mismo ímpetu y el mismo entusiasmo. Hasta en la coincidencia de las fechas, yo encontraba un indicio claro de mi destino misionero: Javier había muerto el tres de diciembre y yo había nacido el cuatro de diciembre. ¿No me estaba indicando Dios con ello que yo debería continuar la obra inacabada de Javier? Sí, yo sería un valiente misionero de Cristo.

11:46 pm

He dormido un rato y me despierto sobresaltado y muy cansado. ¿Por qué a los viejos nos cuesta tanto entregarnos a un sueño largo y reparador? No está el guineo que me traje por si me despertaba con hambre y seguro que se lo habrá llevado alguna rata. El otro día vi una sobre mi escritorio, enorme, peluda. Tendré que comprar alguna ratonera o un raticida, antes de que me devoren los libros, papeles y la ropa interior.

Ahora recuerdo que he soñado. Estaba en un inmenso edificio, era ya de noche, tenía que ir a mi habitación y no recordaba cuál era. No había nadie a quien preguntar y andaba vagando por unos enormes pasillos sin saber adónde ir. Me asomé por una ventana y vi un barco zarandeado por una terrible tormenta. En la proa había un único hombre que erguía valiente un crucifijo y enfrentaba con coraje inaudito la tempestad. Era, sin duda, Francisco Javier, el héroe de todas mis empresas como jesuita. De repente, ya no era mar, sino que era un río, el Masparro, por donde avanzaba fatigosamente el barco con su único pasajero.

Como sé que me va a costar de nuevo recuperar el sueño, voy a intentar retomar el hilo de mis recuerdos. En cierta forma, siento que estoy escribiendo el libro ya en mi cabeza. ¿Seré realmente capaz de verter en un papel toda esta torrentera de ideas y recuerdos? ¿O habrá alguien



que venga después de mí e intente adivinarlos y logre darles vida en la forma de un libro?

A pesar de que la idea de hacerme misionero incendiaba mis sueños de joven, sueños que, mientras estudiaba en Tudela, yo alimentaba devorándome cada mes la revista *El Siglo de las Misiones*, intenté esquivarlos y me propuse hacerme abogado para defender a los pobres, a los acusados injustamente, a los sin privilegios ni derechos. Tal vez fuera más fácil conquistar la China que acabar con todo ese mundo podrido de unas leyes y un Derecho que, por lo general, están siempre al servicio de los poderosos. Sería entonces un abogado de los pobres de Jesús. Para lograr este objetivo, me inscribí en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza. Pero antes de iniciar mis estudios universitarios, decidí hacer unos Ejercicios Espirituales en Loyola. La meditación de los binarios me hizo comprender que, con mi decisión de hacerme abogado de los pobres, estaba camuflando mi cobardía y desoyendo el llamado de Cristo a militar como un valiente bajo su bandera. Cuando estaba enfrentando mis vacilaciones, murió un jesuita en Loyola, y los que estábamos haciendo los Ejercicios Espirituales fuimos a su funeral. Entonces, al ver la paz y la plenitud que reflejaba su rostro muerto, decidí de inmediato hacerme jesuita.

Hoy, cincuenta y seis años después y estando a las orillas de la muerte, me pregunto: ¿Reflejará mi rostro muerto esa paz y esa plenitud del que ha cumplido a la perfección la tarea de su vida? ¿He sido realmente fiel al llamado del Señor? ¿He militado con valor bajo sus banderas o he sido un soldado cobarde y asustadizo que se ha escondido en la comodidad de la retaguardia o en puestos de oficina, para huir del

fuego y la metralla del frente? Sé que soy muy imperfecto, que he cometido muchos errores, pero no han sido nunca por falta de valor. La audacia me ha empujado a nuevas fronteras y, como en los sueños de mi juventud, siempre he estado dispuesto a empezar de cero y a levantar mis proyectos de la nada.

El cuatro de mayo de 1928, ingresé en el noviciado de los jesuitas en Loyola, muy cerca de mi casa. Mi mamá se puso muy feliz y consideró una bendición de Dios el haber sido elegida como madre de un sacerdote jesuita. Poco después, se hizo también jesuita mi hermano José Manuel, y mi madre lo consideró como una doble bendición que le hizo llorar de felicidad.

Nunca he sido un santurrón, y tampoco lo fui durante el noviciado. Me sorprendía ver cómo algunos novicios pasaban horas y horas orando en la capilla con una mirada arrobada y lánguida, con la bamba caída, en una actitud que me parecía expresión de enajenamiento más que de santidad. Lo que en todo el noviciado me produjo más devoción fue el ver cómo el Hermano Maíz, el cocinero, que se la pasaba rezando siempre el rosario, se lo guindaba en una oreja cuando tenía que agarrar con ambas manos las pesadas ollas o las enormes sartenes. También recuerdo bien que salía muy entusiasmado y consolado de la meditación de las banderas, donde Jesús, el Rey Eternal, nos invitaba a acompañarle en su misión de transformar el mundo.

Terminados mis dos años de noviciado, hice mis votos de pobreza, castidad y obediencia como religioso de la Compañía de Jesús. De los tres votos, el que más me ha costado ha sido el de obediencia, pues he tenido superiores pusilánimes y miedosos, en cuya falta de visión me ha sido muy difícil encontrar la voluntad de Dios. Siempre he pensado que, como jesuita, la obediencia es al espíritu ignaciano, al magis que nos invita a ser osados y valientes, y no tanto al parecer humano de los superiores, muchas veces sin espíritu de riesgo ni visión amplia. La obediencia me ha hecho sufrir mucho y, sin embargo, aunque con frecuencia no estaba de acuerdo con lo que se me ordenaba, siempre terminé bajando la cabeza y obedeciendo.

Terminado el noviciado, comencé allí mismo en Loyola, los tres años de estudios de Humanidades o Juniorado. Fueron años de plenitud y felicidad junto a Homero, Cicerón, Demóstenes, Sófocles, Jenofonte.... Como siempre me ha encantado la literatura, disfrutaba traduciendo las obras de los clásicos del griego y del latín, y pronto sobresalí en las clases de oratoria. Representábamos también las grandes tragedias griegas y recitábamos en latín trozos de la Eneida, cuyo ritmo y musicalidad yo paladeaba con especial deleite: "*Discite, parve puer, risu cognoscere matri*". Recuerdo que me impresionó mucho el verso que Virgilio dice de unos esforzados remeros: "*Possunt quia posse videntur*", es decir, "Pueden porque están convencidos de que pueden", lo que alimentó en mí el valor de la determinación. Durante toda mi vida, he sido un convencido de que, si uno no se acobarda ante los problemas y los enfrenta con decisión y valor, los vence y supera, por graves que parezcan. Nunca me pareció Bolívar más grande que cuando, después de una derrota, se le acercó aterrado uno de sus soldados y le preguntó: "Y ahora, ¿qué hacemos Libertador?". Bolívar le lanzó su mirada de fuego y le dijo: "¡Triunfar!".

En Fe y Alegría, no hemos hecho otra cosa que enfrentar con coraje las muchas dificultades que siempre hemos encontrado en el camino. Fe y Alegría no hubiera sido posible, ni es posible, con espíritus pusilánimes que se acobardan ante los problemas. El heroísmo ha sido el nervio rector de Fe y Alegría. El heroísmo de las grandes decisiones, el heroísmo de la constancia tenaz ante las adversidades, y el heroísmo de muchos sacrificios continuados y permanentes. Esta escuela campesina y las que le seguirán luego sólo serán posibles a base de heroísmo. Para alimentar ese fuego, me vine a estas soledades, pues me da mucho miedo que Fe y Alegría se convierta en una vieja burguesa que se la pasa rumiando y recordando sus viejas glorias.

Ya va a ser media noche y tengo que dormir otro rato porque, si no, mañana amaneceré muy cansado y son muchas las tareas urgentes que me esperan. El estar tan lejos de la civilización hace que cualquier problemita se convierta aquí en una tragedia. Tenemos pinchado el caucho de un tractor y hay que ir hasta Barinas para que lo arreglen.

Necesitamos comprar un tanque para almacenar el gasoil y me venden uno en Acarigua, a cientos de kilómetros de aquí. Todavía no he logrado que el Concejo Municipal de Dolores firme la entrega de estas tierras. Ésta debe ser nuestra estrategia multiplicadora: convencer a los municipios que nos entreguen tierras a cambio de educación. Pero eso va a suponer muchas horas de cabildeos, de esperas tediosas, de “hoy no puede atenderles, vuelva a ver mañana”.

Empezar una obra de la nada, y más en estas llanuras tan abandonadas y tan solas, es más difícil que ordeñar un peñasco. Gracias a Dios que tengo a la Hermana Monte, inmensa como una montaña, y a todo San Javier del Valle, como plataforma de apoyo logístico, de aprovisionamiento y de mano de obra gratuita. ¿Sabré incendiar a los jóvenes de San Javier con ese espíritu de entrega varonil para que sean capaces de levantarse de su comodidad y egoísmo y cultiven en su corazón el árbol frondoso del servicio? San Ignacio del Masparro está naciendo como un hijo de San Javier del Valle, y espero que a su vez esta escuela se convierta en semillero de Hombres Nuevos que irradiarán su valor por estas sabanas para sembrarlas con escuelas. En la Reserva Forestal de Ticoporo me ofrecen un terreno que espero sea el segundo eslabón de esta cadena de escuelas agropecuarias y forestales que van a florecer en los llanos. Dos veces he intentado llegar hasta el terreno y las dos veces hemos fracasado ante la barrera de unos inmensos barriales que ni nuestro valiente Toyota ha sido capaz de atravesar.

Recuerdo que mientras estudiaba el Juniorado en Loyola, España estaba siendo azotada por un torbellino de sucesos que muy pronto la ahogarían en un pantano de sangre. En enero de 1930, el General Primo de Rivera abandonó el poder, enfermo y agotado, y se exilió en Francia, donde moriría a los pocos días. Terminaba así su dictadura de siete años en los que intentó detener el poder creciente de los liberales. El rey Alfonso XIII nombró como su sucesor a Berenguer y luego a Aznar, cuyos gobiernos transitorios y muy breves fueron conocidos como “dictaduras blandas”. En diciembre de 1930 se sublevaron en Jaca los suboficiales Galán y García Hernández, y, aunque fracasó su

sublevación y fueron fusilados, su levantamiento y muerte sirvió para alimenta el fervor republicano.

En las elecciones municipales de 1931, triunfó en las principales ciudades la coalición republicana, y las masas se lanzaron a la calle aclamando la República y dando gritos de muerte a la monarquía. Ante estos hechos, el rey Alfonso XIII se marchó al exilio, y Manuel Azaña se encargó del Gobierno de la Segunda República, formado sobre todo por socialistas y republicanos de izquierda.

Muy pronto, comenzó un proceso de amplias reformas y marcadamente anticlerical: se legalizó el matrimonio civil y el divorcio, se decretó la educación pública y se inició una fuerte campaña y persecución contra la Iglesia. En su discurso del 13 de octubre de 1931, Azaña lanzó a los cuatro vientos su anuncio apasionado de que, por fin, España había dejado de ser católica y se había liberado del yugo de la Iglesia. Empezaron las quemas de iglesias y conventos, y nosotros pasamos las Navidades de ese año con el alma en vilo y el temor de ser asaltados en cualquier momento. De hecho, a todos nos sacaron pasaporte y vinieron unos sastres para hacernos trajes de civiles por si teníamos que huir. El 23 de enero de 1932, a las once de la noche, Manuel Azaña hizo llegar al entonces ministro de justicia, Fernando de los Ríos, el decreto en virtud del cual se ordenaba la disolución en territorio español de la Compañía de Jesús y la confiscación de todos sus bienes. El mismo decreto nos daba a los 3.001 jesuitas que estábamos entonces en España diez días para que nos disolviéramos. Como justificación de este decreto, se argumentaba que el cuarto voto, de obediencia al Papa, obligaba a los jesuitas a prestar fidelidad al Jefe de un gobierno extranjero. Por ello, dos días después del decreto, Su Santidad Pío XI proclamaba que los jesuitas éramos mártires del Papa.

A pesar de que nuestras ochenta casas fueron clausuradas, muchos jesuitas se quedaron de incógnito en España, viviendo en apartamentos o en casas de amigos, pero a los estudiantes nos enviaron, junto con nuestros profesores, al exilio extranjero. Recuerdo que, cuando llegamos a Tournai, Bélgica, donde culminaría mi juniorado, el pue-

blo nos estaba esperando con estandartes, canciones y banderas y nos recibió con un largo y acalorado aplauso.

Terminados mis estudios de juniorado o humanidades, continué los de filosofía, allí mismo en Bélgica, pero en Marneffe, en un enorme edificio, especie de palacio o castillo antiguo, que estaba en medio de unos bosques. En invierno, el frío era irresistible, y fría me resultó esa filosofía escolástica de estériles debates lógicos e interminables discusiones en latín, donde imperaban los silogismos y las absurdas disquisiciones que pretendían disfrazarse de agudeza. De nuevo, como en el internado de Tudela, me salvó mi desbocada imaginación que logré orientar a ir madurando mi firme decisión de hacerme misionero. Soñaba entonces con ir a evangelizar a la inmensa China o a Rusia, en manos de los comunistas. No ignoraba que iba a ser muy difícil entrar en Rusia, pero me ilusionaba mucho la idea de continuar en China las proezas de Javier. Con esa intención le escribí una carta al Provincial, Padre Rufo Mendizábal, solicitándole me enviara a la misión de Wuhu. Cuando aceptaron mi petición me llené de una alegría profunda e incontrolable, pero luego, inexplicablemente, me cambiaron el destino y me enviaron a Venezuela. Una breve carta del Padre Provincial fue suficiente para derribar toda la montaña de mis sueños y sembrarme en el alma una aguda desazón: “Hermano Vélaz, he pensado que la expedición que va a China este año es muy numerosa. Y, en cambio, la que ha de ir a Venezuela es pequeña. He pensado que usted vaya a Venezuela”.

No soy hombre que acepta la derrota sin dar la pelea, y del desencanto pasé a la ofensiva. Escribí una larga carta al P. Mendizábal argumentándole todas mis razones para ir a China. Le contaba en ella que el ser misionero en China era un sueño y una decisión que había estado en la raíz de mi vocación, le hablaba de mis anhelos de continuar la obra de Javier, le decía que Venezuela era ya un país católico y que, en cambio, conquistar la enorme China para Cristo era todo un reto que requería de mucho celo apostólico y de muchos operarios. Terminaba la carta dejando entrever que, si no era posible ser enviado a China, contaba con que me enviarían a Rusia, y le agradecía al Padre Provincial su comprensión, muy seguro de que mis peticiones y anhelos serían satisfechos.

De nada valieron mis súplicas y argumentos. Una nueva y muy escueta carta del Provincial terminó de ahondar mi decepción: “Su actuación, sin la traba de una lengua extraña, será, con la gracia de Dios, más eficaz en América que en China...Tengo por indudable que su campo de acción no es Rusia, ni es China, sino América”. ¡Como si me preocupara el emprender el reto de una lengua extranjera por difícil que fuera!

Tuve que resignarme, bebí el trago amargo de una decisión que no compartía y debía obedecer, y empecé a preparar las maletas para emprender viaje a Venezuela. El administrador del filosofado me dio sólo diez miserables francos con los que tenía que llegar desde Bélgica a Loyola para despedirme de la familia. Afortunadamente, estando en Bayona, me encontré con mi tío Mújica, un indiano de Argentina, que andaba paseando su fortuna por Europa, y me regaló 50 francos. Cuando iba a cruzar la frontera entre Francia y España, estalló la terrible guerra civil española, como explosión de muchos odios macerados por años, guerra que habría de dejar más de un millón de muertos y una profunda herida en el corazón de España. Sin poder decir adiós a la familia, me embarqué rumbo al puerto de La Guaira, llevando todavía en el corazón restos de una amargura agria por el desencanto de no haber podido ir a China.

En aquellos días, a los religiosos nos era muy difícil conseguir visa para entrar en Venezuela, y yo viajé con un traje de civil prestado, sin sotana, con unas credenciales que me acreditaban como comerciante en vinos y telas. Para hacer más creíble mi supuesta profesión, llevaba conmigo algunas muestras de telas y varias listas de vinos, y me había apertrechado bien con diversas lecturas sobre textiles y enología. Llegué a Venezuela el 26 de agosto de 1936, hace 48 años. España andaba despedazándose con saña en una terrible guerra civil, y en Venezuela corrían ciertos aires de apertura y renovación con el General Eleazar López Contreras, que había sucedido a Gómez tras su muerte el 18 de diciembre de 1935. Como nadie me esperaba en el puerto, agarré un taxi y le dije que me llevara al Colegio San Ignacio de Caracas.

No puedo menos de sonreír al recordar que, a los tres días de haber llegado a Venezuela, se presentó la policía en el Colegio San Ignacio a averiguar quién era yo en realidad. Posiblemente debí llamarles la atención por mi traje viejo y estrafalario que me caía muy grande, algo que chocaba con la imagen de un exitoso comerciante que yo pretendía ser. También les debió parecer muy extraño que un comerciante dijera que se iba a alojar en un colegio de curas. La policía se disgustó mucho con mi engaño y estuve casi a punto de que me mandaran de regreso a Europa. Afortunadamente, los padres jesuitas tenían buenos contactos en las esferas de poder y pudieron solventar mi situación.

San Ignacio del Masparro, 5 de diciembre

Madrugada

Aunque está todavía muy oscuro, presiento que va a amanecer muy pronto. Me ha parecido escuchar ya algunas voces de los pájaros más madrugadores y he tenido que abrigarme hasta la coronilla para combatir el frío que se cuele por ventanas y resquicios. Todavía no han empezado a saludarse los monos araguatos, ni se ha parado Barberá a preparar café. He dormido un buen rato, me siento descansado, con la mente despejada y relajada, y es muy placentero acurrucarse entre las sábanas en una especie de duermevela. Dentro de poco, antes incluso de que el sol se ponga a caminar por el cielo con sus pasos redondos, Venezuela comenzará a despertar y a desplegar toda su inmensa belleza. Surgirán de la noche las playas infinitas de un profundo azul verdoso sobre lechos de coral; los desiertos y medanales que caminan sin descanso con sus pies movedizos de arena; estas llanuras inmensas, pobladas de corocoras y de garzas, donde los horizontes, como las estrellas, se van alejando a medida que uno los persigue; los pueblitos andinos que, abrazados a la torre valiente de sus iglesias, se trepan hacia las raíces de la niebla y del frío; las cataratas y raudales que susurran con sus labios de agua el poema del amanecer de la creación; los ríos majestuosos que van culebreando entre selvas impenetrables donde los árboles batallan por sobresalir

sobre los demás; los cerros, montañas y tepuyes que levantan sus frentes de roca para asomarse al espectáculo siempre nuevo de la Gran Sabana; las lagunas encantadas, llenas de duendes y de magia; y el pico Bolívar agitará contra el cielo su blanca bandera de nieve.

¡Qué grande y hermosa es Venezuela! No es de extrañar que Cristóbal Colón la confundiera con el paraíso terrenal y la bautizara con el nombre de “Tierra de Gracia”. Querría que mi libro fuera también un cántico a Venezuela. Porque debo confesar que, aunque llegué desilusionado por no haber sido enviado a China, Venezuela me hizo enseguida suyo a golpe de corazón. Muy pronto descubrí que era un país de enormes contrastes y de increíbles posibilidades, muy propicio para los espíritus emprendedores y aventureros. En cierto sentido, llegar a Venezuela tuvo el grato sabor de un reencuentro con esta tierra americana que tanto había amado de niño y que ahora me estaba esperando para enamorarme.

Bastará con dejar asentado en mi libro esta especie de enamoramiento con Venezuela, pues no tengo mucho que contar de mis años de magisterio. A los pocos días de haber llegado, me inicié como profesor de literatura universal en el Colegio San Ignacio, y traté de dinamizar la revista EDASI (Ecos de los Alumnos del San Ignacio). Dos años después fundé el CEL, Centro Excursionista Loyola, para que los alumnos forjaran su voluntad y maduraran un compañerismo recio y varonil. Durante toda mi vida he sido un ferviente defensor del montañismo como estrategia para formar jóvenes fuertes y solidarios y enseñarles a levantarse del egoísmo y la comodidad. Conquistar una montaña es conquistarse, es vencer el cansancio y la tentación de claudicar. Desgraciadamente, no he encontrado en Fe y Alegría alguien que me organice un buen grupo de montañismo recio, que vaya mucho más allá de las blandenguerías y gritos uniformes de los scouts o de ciertos grupos juveniles sin garra para el riesgo ni vocación para las aventuras generosas y heroicas.

Con los muchachos del CEL, conquistamos todas las cumbres del Ávila y, cuando adiviné que un grupito de valientes tenían ya bien endurecidos sus músculos y sobre todo su voluntad y su coraje, me fui con ellos a Mérida a subir el pico Bolívar, la cumbre más alta de Vene-

zuela, en aquellos días con mucha más nieve y, por supuesto, sin teleférico. Nueve alumnos y yo coronamos la cumbre el 22 de diciembre de 1939, hecho que se consideró una verdadera hazaña, pues en aquellos días muy pocos lo habían logrado. De hecho, los periódicos más importantes resaltaron la noticia, y hasta el Presidente de Venezuela, Eleazar López Contreras, nos envió una calurosa felicitación.

El CEL fue también una oportunidad para sembrar un profundo amor a Venezuela en esos jóvenes caraqueños, que consideraban “monte y culebra” al resto del país, y sus sueños y su corazón estaban en Miami, París, Madrid o Nueva York. Organizamos en todas las vacaciones campamentos a diversas regiones del país, y recuerdo bien todavía que el último que realizamos fue al Hato La Candelaria, en el Estado Apure, donde tuvimos oportunidad de conversar y compartir con algunos personajes en los que se había inspirado Rómulo Gallegos para escribir su novela doña Bárbara.

El 26 de agosto de 1940 estaba embarcándome de nuevo para regresar a España a continuar mis estudios de teología. Seleccioné una ruta de varias escalas que me permitió visitar San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, La Habana y Nueva York, y después de un viaje de casi mes y medio, desembarqué en La Coruña el 7 de octubre. De allí, tras una breve visita a la familia, a la que llevaba más de ocho años sin ver, me fui a Oña, en la provincia de Burgos, donde permanecí cuatro años entregado a mis estudios de teología.

De Oña recuerdo bien la explosión de la primavera en los brazos de sus numerosos cerezos y el extraordinario claustro románico del antiguo Monasterio benedictino de San Salvador, construido a comienzos del siglo XI. Ese Monasterio había sido saqueado y robados sus tesoros de arte atesorados durante ocho siglos por el ejército de Napoleón en su invasión a España a comienzos del Siglo XIX. En 1881, el Monasterio fue cedido a la Compañía de Jesús, que lo convirtió en Casa de Formación para los estudiantes de filosofía y de teología. Durante la Guerra Civil española, cuando los estudiantes jesuitas seguíamos en el exilio, funcionó en el teologado un hospital militar al servicio de los

heridos del bando nacional. En 1967, la Compañía de Jesús vendió el teologado a la Diputación de Burgos y, según me cuentan, ahora funciona en él un psiquiátrico para atender a los locos.

De mis tiempos de Oña, me vienen a la memoria las visitas, a pie o en bicicleta, a los pueblitos cercanos: Barcina de los Montes, Cereceda, Hermosilla, Bembetrea, Penches..., donde dábamos clase de catecismo a unos niños muy pobres que olían a humo y siempre estaban llenos de mocos. El mundo andaba despedazándose en la barbarie de la Segunda Guerra Mundial, y la propia España acababa de salir de la terrible guerra fratricida que dejó un millón de muertos, varios otros desterrados o huidos, familias divididas, odios enconados y una pobreza ancha y profunda, que se traducía en hambre y obligada austeridad. En Penches, solíamos visitar una cueva con pinturas rupestres que habían sido descubiertas en 1915 por tres jesuitas: Miguel Gutiérrez, José María Rodríguez y José María Ibero. Recuerdo también las excursiones con tortillas de papas o panes con chorizo, a los Montes Obarenes, que circundan a Oña. En otoño, salíamos a buscar setas en los bosques cercanos.

Tal vez no sea necesario contar ninguna de estas cosas en mi libro, pues el único hecho verdaderamente significativo de mi estadía en Oña fue, sin duda alguna, mi ordenación sacerdotal el 15 de julio de 1943. Todavía me estremezco al recordar el temblor de mis manos cuando, en mi primera misa, levanté la hostia y el cáliz recién consagrados, convertidos en el cuerpo y la sangre de Cristo por el poder divino de mis palabras de sacerdote recién ordenado. Yo sentía que el renovar el sacrificio de Cristo me obligaba a inmolar mi vida y hacer de ella un sacramento para la salvación de los demás. El sacerdocio me exigía ser otro Cristo, vivir mi vida como Él, hacer míos sus sueños, sus proyectos, su misión. Para ello, contaba con la eucaristía, donde el propio Cristo se convertía en pan para fortalecer mi cobardía y en sangre para alimentar mi corazón.

En 1945, hice la Tercera Probación en Gandía, Valencia, cuyos hermosos naranjales y opíparas huertas estoy ahora empeñado en reproducir en estos llanos de Barinas. En esos días volví a acariciar de nuevo la

idea de emprender una cruzada por la unión de los países iberoamericanos, y hasta recuerdo que ideé unos Ejercicios Espirituales de la Hispanidad con ese objetivo. En la meditación de las banderas Jesús convocaba a sus fieles a trabajar para constituirnos en una única nación poderosa y cristiana, y a desoír los llamados del maligno empeñado en mantenernos separados e incluso enfrentados, para así dominarnos con mayor facilidad.

Antes de regresar definitivamente a Venezuela, me quedé unos meses en España conociendo algunas experiencias apostólicas y educativas exitosas. Allí tuve la oportunidad de encontrarme con dos personajes admirables que habrían de influir mucho en mi trabajo futuro. Luz Casanova, la Fundadora de las Damas Apostólicas, me mostró las potencialidades multiplicadoras de las personas comprometidas, y en particular, de las mujeres: ellas eran sólo seis y atendían muy bien seis colegios diferentes. Había que acabar con ese modelo de nuestros colegios tradicionales con quince o veinte jesuitas cuando cada uno de ellos podía ponerse al frente de un colegio entero. Si las necesidades apostólicas eran tan inmensas y urgentes, las personas consagradas no podíamos disminuirnos cuidando muchachos como encargados de la disciplina escolar o dando unas pocas clases de latín, historia o biología. Si habíamos abandonado la familia y hasta el país para seguir con mayor libertad y dedicación a Cristo, teníamos que ser mucho más eficaces en ese seguimiento y atender cientos de miles de alumnos en lugar de los escasos 1.630 que atendíamos entonces en los tres colegios –Caracas, Maracaibo y Mérida– que teníamos en Venezuela.

El Padre Villoslada, fundador de la cadena de Escuelas Profesionales de Andalucía, me mostró prácticamente la importancia de una educación para el trabajo, la vida y la producción, como medio esencial para dignificar a las masas empobrecidas del campo y de las barriadas de las ciudades. La idea de la necesidad de una educación útil, que enseñe a trabajar y a valorar el trabajo y al trabajador, ya nunca me habría de abandonar. De hecho, hoy, cuarenta años después, ando por estos montes sembrando escuelas que enseñen a producir comida y dignidad. ¡Cuánto daño le ha hecho a Venezuela el abandono del campo! Las masas campesinas

emprendieron viaje a las ciudades detrás de los relámpagos y espejismos del desarrollo petrolero. Allí se hacinaron en cinturones de miseria, y el campo quedó cada vez más abandonado y más solo.

Con la firme decisión de entregar mi vida a causas grandes, el 14 de septiembre de 1946, me embarqué en Cádiz rumbo a Venezuela. Volví cargado de sueños e ilusiones: soñaba con capacitar a los pobres para que crearan sus propias fuentes de riqueza; en despertar las inteligencias de los humildes para que fueran sujetos de su propio desarrollo; en sentar al banquete de la ciencia y de la sabiduría a las multitudes desamparadas del continente americano.

Los sueños volaban mucho más rápido que el barco que me devolvía a Venezuela. El viaje se me hizo muy pesado. Cuando se empezaron a dibujar en la distancia las siluetas de los cerros detrás de Puerto Cabello, me empezó a latir una profunda emoción en el centro de mi pecho. Podía sentir al amor como algo sólido y tangible y adiviné que Venezuela me había enamorado para siempre. Era el tres de 3 octubre de 1946.

Cuando llegué a Venezuela, me encontré con un clima muy enrarecido y anticlerical, fuertemente enfrentado a la educación católica. Medina Angarita había sido derrocado en 1945 y gobernaba una Junta de Gobierno, cuyo Ministro de Educación, García Arocha, mantenía una actitud muy sectaria contra la educación católica. Precisamente, hacía sólo un par de meses que todos los alumnos de los colegios católicos habían perdido el año por negarse a presentar los exámenes de fin de curso según lo estipulado en el decreto-ley 321, del 30 de mayo de 1946, claramente discriminatorio. Según este decreto, si en los institutos oficiales se eximía con 15, la nota previa valía el 60 por ciento y el jurado estaba conformado por el profesor de la materia y un delegado del Ministerio; en los privados no se podía eximir, la previa valía sólo el 20 por ciento y el jurado estaba conformado por el profesor de la materia y dos delegados del Ministerio de Educación, lo que equivalía a dejar en sus manos la decisión de aprobar o no a los alumnos.

Yo no podía entender tanta estupidez y que el Gobierno, en vez de dedicarse a extender y propagar la educación por todos los rincones del país, gastara sus energías en perseguir y asfixiar a la educación católica que estaba contribuyendo a brindar buena educación a un grupo considerable de jóvenes venezolanos. Yo compartía con Prieto Figueroa su pasión por llevar educación a todos los niños y jóvenes de Venezuela, por considerarla un derecho humano y ciudadano esencial, basamento para levantar un país próspero y justo; pero me parecía abominable su anticlericalismo visceral. Precisamente, yo había regresado a Venezuela con la idea, madurada en largas reflexiones, de contribuir a extender la educación por todos los rincones del país, pues estaba ya completamente convencido de que la educación era el arma principal para el desarrollo y el progreso de los pueblos.

Hoy, cuando recuerdo estos hechos en este lento amanecer llanero, donde las tinieblas siguen deteniendo todavía los primeros pasos del alba, debo reconocer que gran parte de la crisis se debió a la actitud cerrada y muy poco evangélica de una Iglesia que, por lo general, se había reducido a educar grupitos elitescos y había dado la espalda a las mayorías sin educación y sin poder. En esos días, en vez de asumir una postura defensiva y de víctima, debió aprovechar la oportunidad para levantar las banderas en pro de la educación de las masas y poner todos sus recursos y energías en este horizonte. ¿Por qué será que, por lo general, la Iglesia siempre ha llegado tarde a los principales cambios que se han venido gestando en el mundo? ¿Cuándo fue que perdió el coraje revolucionario, profundamente humanizador, que late en cada línea del Evangelio?

Esto lo vengo a pensar yo ahora, cuando he debido recorrer en soledad el camino de la educación de las masas, y muchas de mis ideas y proyectos han sido descalificados como quimeras quijotescas. Toda mi vida ha sido un esfuerzo por escalar con los pies descalzos los himalaayas de “eso es imposible”, “usted es un loco y un megalómano”, “aterrice, aterrice, ¿con qué dinero vamos a hacer todo eso que usted sueña?”, “ya, ya, bájese de esa nube y ponga los pies sobre la tierra” de los pusilánimes y cobardes. Nos llamamos cristianos, seguidores de Jesús y su proyecto, ¿y acaso hay algo más utópico e imposible que el

Reino de fraternidad, justicia y paz que Él nos invita a construir aquí en la tierra? Si somos apocados y timoratos, no sigamos disfrazando nuestra cobardía de prudencia y reconozcamos de una vez que no creemos en las propuestas de Jesús.

Permanecí durante dos años en el Colegio San Ignacio de Caracas, dedicado a la formación espiritual de los alumnos mayores. Para avivar su fe cristiana y alimentar su vocación de servicio, empecé a visitar con ellos algunas de las barriadas más pobres de Caracas. Pretendía que el contacto con la miseria incendiara sus corazones jóvenes y los sacara de la tibieza de una vida fácil y sin compromiso. Con esta misma idea continué y robustecí mi trabajo anterior con el CEL, Centro Excursionista Loyola, como medio para forjar el carácter y la valentía. Y para combatir el clima anticlerical que imperaba en esos días y fomentar el espíritu apostólico de los jóvenes, nos dedicamos a repartir en calles, parques y viviendas, libros, folletos y hojas sueltas con las ideas esenciales del pensamiento católico y de la doctrina social de la Iglesia, adelantándonos en muchos años a las prácticas hoy tan habituales de los evangélicos y Testigos de Jehová.

En Agosto de 1948, me nombraron Rector del Colegio de San José de Mérida. No me disgustó el destino, a pesar de que el colegio, un internado que recibía alumnos de todo el país, especialmente de Caracas y de Maracaibo, estaba atravesando serias dificultades económicas y se hablaba incluso de cerrarlo. Me ilusionaba reencontrarme con esa colosal cordillera de Los Andes, un enorme espinazo que atraviesa toda América. Allí, al pie de esas montañas que siempre han alimentado mi vocación de altura, y aguijoneado mi amor a la aventura, el riesgo y la audacia, tenía la oportunidad de empezar a cuajar alguno de los proyectos que había acariciado en mis largos años de formación.

Ardido de sueños y proyectos, llegué a Mérida el 17 de agosto, y enseguida me puse a trabajar febrilmente. No sólo no se cerraría el colegio, sino que lo convertiría en un gran internado con muchísimos más alumnos, canchas más amplias e instalaciones más modernas y cómodas. No ignoraba que ese colegio era heredero del desaparecido Cole-

gio San Francisco Javier que había funcionado en Mérida entre los años 1628 y 1767, hasta que los reyes de España expulsaran de todo su enorme imperio a los jesuitas. Yo le devolvería al colegio su antiguo esplendor y su espíritu misionero. Lo convertiría en punta de lanza de un gran proyecto educativo, que extendería sus brazos por los distintos pueblitos andinos para dignificar mediante la educación las vidas empobrecidas de los campesinos. Con esta idea, compré casas y terrenos para posibilitar el crecimiento del colegio y abrí sus puertas a los obreros e hijos de obreros de Mérida mediante la creación, en las mismas instalaciones del colegio, de una Escuela Nocturna que empezó a funcionar el 10 de noviembre de 1950. Además, como la mayoría de los alumnos del internado pertenecían a familias acomodadas, yo quería que palparan la realidad de la pobreza; que vieran el interés y sacrificio de esos hermanos suyos que, después de una larga y dura jornada de trabajo, acudían en la noche al colegio a formarse y prepararse mejor. Arrancamos con seis alumnos; al terminar el curso teníamos 104, y llegamos a tener 400 inscritos.

Definitivamente, Venezuela está despertando. El amanecer se cuele por mi ventana y cada vez son más abundantes los cantos de los pájaros y más profundos los ruidos de la selva. Todavía no tenemos gallinas ni gallos que, en unos pocos meses, saludarán con sus cantos viriles el lento caminar de la nueva mañana. He oído estornudar a Barberrá, escucho las voces lejanas de los trabajadores y me llega la caricia del aroma de café. Me levanto con ilusión y renovada energía. Me siento muy bien y me gustaría en estos momentos prestarme el misticismo ecológico de un Francisco de Asís para saludar alborozado a la hermana mañana, la hermana agua, el hermano sol, el hermano café, la hermana arepa, y hasta los hermanos mosquitos. Agradeceré a Dios y a la Virgen por el nuevo día que me regala y rezaré laudes uniendo mi voz de alabanza a los gruñidos de los araguatos, a las voces de loros, guacamayas y pericos, al estridente cacareo de las guacharacas y a los cantos mudos de mariposas, árboles y lechugas.



*Un viejo dolor y un profundo compromiso
de servir a los más pobres*

Carretera Libertad-Barinas, 15 de diciembre de 1984

7:35 am

Hoy hace 34 años que murieron mis 27 hijitos, alumnos del Colegio de San José de Mérida, en un espantoso accidente aéreo. Este hecho sí quiero contarlo en mi libro, pues sin duda ha sido el más terrible que me ha tocado enfrentar en la vida. El tiempo ha ido cicatrizando la profunda herida, pero cada 15 de diciembre vuelve a sangrar, y el viejo dolor se me apeñusca en el pecho.

Esa mañana, el colegio resplandecía de una alegría espesa como sólo es posible palparla en los internados el día en que los alumnos se van de vacaciones. Habíamos celebrado la misa engalanada de villancicos y aguinaldos, y el hermano cocinero quiso despedirlos con un desayuno navideño a base de hallacas y pan de jamón. Todo era bromas, risas frescas sin motivos aparentes y despedidas felices, en los que los alumnos intuían ya el calor de los abrazos de los padres y familiares que los estaban esperando con ansiedad en Caracas para celebrar con ellos la Navidad.

Lo voy recordando ahora mientras rodamos plácidamente hacia Barinas. Vamos muy retrasados porque el carro amaneció con un caucho desinflado y tuvimos que cambiarlo a la mortecina luz de una linter-

na. Pretendimos arreglar el pinchazo en Dolores, pero la cauchera no estaba todavía abierta; y en Libertad, después que el cauchero nos hizo esperar como veinte minutos porque estaba desayunando, nos dijo que ahora recordaba que un compadre se le había llevado las herramientas y no podía arreglárnoslo. Yo estuve a punto de explotar, pero me contuve, porque la ira y la rabia no le hacen ningún bien a mi corazón, y aproveché para pedirles paciencia a mis 27 angelitos protectores, los alumnos que volaron al cielo en un día como hoy. Ahora les voy pidiendo que aparten de nuestro camino cualquier clavo o espina dura, porque, si volvemos a pinchar, nos quedaremos varados en la carretera.

La angustia me cayó de golpe cuando el hermano de la portería me hizo saber, a las dos y media de la tarde, que las familias de Caracas estaban preguntando muy preocupadas a qué hora había salido el avión que todavía no había llegado. Yo, que había despedido a cada uno de los 27 alumnos en la propia escalerilla del avión y sabía que debía haber aterrizado en Maiquetía a las dos de la tarde, adiviné enseguida que había sucedido una terrible desgracia. Un relámpago de vértigo me entró en el alma y el miedo empezó a enmudecer todas las sílabas de mi sangre. Las llamadas de los familiares empezaron a multiplicarse, cada vez más cargadas de angustia y yo intentaba devolverles una esperanza que yo mismo necesitaba y no tenía.

Hacia las cinco de la tarde, recibimos una llamada de Avenza, la línea aérea donde viajaban los jóvenes, informándonos que el avión se había perdido en algún lugar desconocido entre Mérida y Caracas. Durante toda la tarde del día quince, estuvimos atravesados de noticias confusas y contradictorias que nos devolvían el ánimo o nos lanzaban por el despeñadero de una desesperanza sin límites. Algunas llamadas decían que el avión había aterrizado de emergencia en diversos lugares, que todos estaban sanos y salvos, hasta que otra llamada posterior, confirmando la falsedad de la noticia, apagaba el brillo esperanzado de los ojos, congelaba la tibieza de los recientes abrazos y metía torrentes de escalofríos en la sangre. Pero la que recibimos ya muy tarde de El Vigía nos sembró un júbilo casi histérico, pues aseguraba sin la

menor duda que allí se encontraban los muchachos. A las doce de la noche salí en un jeep rumbo a El Vigía acompañado de los Padres Pascasio Arriortúa y Carlos Reyna. Al llegar allá, la alegría y la esperanza se transformaron en decepción, rabia y angustia, cuando pronto pudimos comprobar que la noticia carecía de todo fundamento.

Por fin, hacia las cuatro de la tarde del día 16, tras veintiséis horas de zozobra, angustia y llanto, recibimos un escueto comunicado que arrancó de cuajo los cada vez más débiles restos de esperanza y nos metió un largo escalofrío en el alma: “El avión, un DC-3 de Avenza, se ha estrellado en el páramo Los Torres, Municipio Monte Carmelo del Edo. Trujillo. No hay sobrevivientes”. Tuve que sacar fuerzas de mi desconsuelo para consolar a los demás. Intenté aferrarme a la fe, aunque dentro de mí era noche cerrada. Balbuceé algunos imposibles consuelos entre abrazos mojados de gritos y de lágrimas: “Monte Carmelo los esperaba en la niebla, que los pilotos no supieron ver, y el divino Piloto se los llevó a la felicidad inmortal”.

No dudé ni un solo momento. Tenía que ser yo el primero en llegar al lugar del accidente, y abrazar contra mi corazón a cada uno de mis alumnos, o lo que quedara de ellos. Acompañado tan sólo de un piadoso médico italiano, emprendí sin demora viaje a la Puerta y de allí con unos pocos campesinos y algunos guardias nacionales, iniciamos a las seis de la tarde la subida al páramo para reconocer y recoger cada uno de los cadáveres, algunos de ellos todavía niños. Fueron más de diez horas de incierto caminar entre las sombras de una noche cerrada y las dentelladas de un viento que nos metía en el cuerpo mordiscos de frío.

Necesito llegar a Barinas, porque a las nueve tengo una entrevista con el Gobernador. Intentaré convencerle de que nos arregle el ramal de Dolores a San Ignacio del Masparro que en invierno resulta completamente intransitable. Los alumnos van a llegar en octubre y, para esa fecha, tiene que estar arreglada la entrada a la escuela. No me hago muchas ilusiones de que lograré convencer al Gobernador de que nos asfalte el ramal y cumpla con su deber de gobernar en beneficio de los

más pobres y abandonados, pero trataré al menos de conseguir que nos echen varias camionadas de granzón en el tramo que con las lluvias resulta intransitable, pues se convierte en un verdadero lodazal. Las entradas a las fincas de los grandes hacendados están todas bien asfaltadas con dineros públicos, pero nadie se acuerda de los pobres.

Después de hablar con el Gobernador, debo visitar las oficinas de Corpovén para solicitarles algunos de los tubos que han retirado ya de la perforación petrolera, que nos servirán para la estructura de los dormitorios. De allí, quiero pasar por las oficinas de Cadafe, a ver si logro convencerlos de que nos pongan el tendido de la luz eléctrica. Como no será fácil lograrlo, debo pensar en comprar una planta electrógena de gasoil. Nos quedan pocos meses para que lleguen los alumnos y todavía estamos en pañales. Son demasiado numerosos los problemas que tenemos que resolver para albergar, dar de comer y educar a varios cientos de alumnos, que espero lleguen a mil en muy pocos años. Es urgente que consigamos unos sacos de frijoles para la siembra, y debemos apresurar la construcción de un gallinero para unas 500 gallinas ponedoras y mil pollos. En San Javier del Valle, tengo seleccionadas doce cochinas que van a ser la raíz de una buena porqueriza. Mientras no agrandemos el potrero, no podremos traer vacas, que son tan necesarias para leche, quesos y carne, con que alimentar las bocas insaciables de estos llaneritos y llaneritas, que nos van a llegar con mucha hambre vieja. Para montar la piscicultura, tengo que viajar a San Cristóbal y visitar al Dr. Jaime Rad, experto en la cría a gran escala de peces fluviales.

84 Necesitamos también con urgencia una radio para comunicarnos con Caracas –pues el teléfono más cercano nos queda a más de cien kilómetros–, un pozo profundo, un depósito elevado de agua de unos 50.000 litros como los que construye Sanidad en los pueblos, la planta electrógena, una bomba potente para sacar agua del río, varios tractores y camiones, un Toyota –pues el que estoy usando pertenece a San Javier del Valle y lo necesitan–, la lancha de aluminio con su motor Suzuki fuera de borda que ya tengo arreglada con José Rodrigo Rodríguez Bocanegra, a quien todos llaman el Indio, a pesar de que tiene nombre de conquistador o de pirata.

Los amigos del Masparro y Faustino allá en Pamplona van a tener que esforzarse mucho más para conseguirnos los recursos con que afrontar todas estas necesidades. En estos días próximos a Navidad voy a dirigirle una de mis Cartas del Masparro al Dr. Julio Casas, que preside la Asociación Amigos del Masparro y otra a mi gran amigo y colaborador Faustino detallándoles todas nuestras necesidades y exponiéndoles, como unos pobres mendigos, nuestra indigencia. Me ha tocado intensamente vivir el voto de pobreza, pues no hay peor pobreza que la de humillarse a mendigar una y otra vez por los demás.

Cuando a las cinco menos cuarto de la mañana del domingo 17, llegamos al borde del barranco donde estaban los cadáveres, la luna se había ocultado totalmente. No se escuchaba ni un rumor, ni un gemido. Tuve que esperar más de hora y media hasta que la luz nos permitió bajar a aquella quebrada cementerio, donde estaban esparcidos los pedazos de sus cuerpos rotos. Nunca recuerdo que me hayan quemado la cara lágrimas más ardientes, ni me hayan sacudido sollozos más profundos. Mirando aquel cuadro con los ojos de la tierra que tenemos, nada podía soñarse más absurdo y desconsolador. En un segundo tremendo y omnipotente, aquel racimo de veintisiete vidas, llenas de sueños e ilusiones, había quedado aplastado y deshecho. ¿Su obra de amor y nuestra pedagogía de amor habían quedado aniquiladas? NO. Sentado de nuevo sobre el borde de la quebrada luctuosa y negra, me aferré con fuerza a la fe y pensé en las almas intactas, en su resplandor eterno, en aquellas Navidades en el cielo que sonriendo había predicho aquel joven ejemplar que estaba allá abajo y se llamó Julio Seco.

Rotos estaban sus cuerpos y roto mi corazón. Ellos no sufrían, a mí me resultaba insoportable el sufrimiento. La envoltura del barro se había resquebrajado y había brotado de ella el cortejo fulgurante y maravilloso de las almas en gracia de Dios. Entonces, tratando de encontrar una paz y un consuelo imposibles, me dirigí al Señor y le dije: “Prometiste tú, Jesús, que quien come mi carne y bebe mi sangre, vivirá eternamente. Todos ellos comulgaron en la mañana, se alimentaron de tu carne y de tu espíritu y emprendieron el viaje llevándote en sus cora-

zones. Sus cuerpos están destrozados, pero viven sus almas y disfrutaban en tus brazos amorosos”.

Aunque el dolor seguía entero, podía sentirlo como una roca oprimiéndome el corazón; poco a poco fui reencontrando una paz que me fue llenando de serenidad. En esos momentos podía sentir las miradas amorosas de los muchachos tratando de apaciguar la profunda zozobra de mi corazón. Comprendí que Jesús, divino piloto, viajaba con ellos y se los llevó a la felicidad inmortal. Su vuelo no se había interrumpido en Monte Carmelo, sino que había emprendido alturas inverosímiles, donde nunca osaron llegar águilas o cóndores, ni los sueños más osados de hombres ambiciosos.

Fortalecido por esta convicción, descendí con los primeros rayos de luz al fondo de la quebrada. Allí, fui estrechando cada despojo contra mi corazón, y los alcé en mis brazos ofreciéndolos a la infinita misericordia de Dios. No los recogió ni identificó ningún extraño: por mis manos pasaron todos, y yo fui quien les volvió a repetir su nombre querido, mis lágrimas fueron las primeras que cayeron sobre sus martirizados restos. No teníamos ni un lienzo para cubrirlos y tuvimos que improvisar la más rústica de las alfombras de follaje para recostarlos sobre ella y el velo más sencillo de hojas verdes para cubrirlos. No tenía más que la limosna de mi cariño para su suprema necesidad y se la di con todo el corazón. Yo no era yo. A través de mis brazos la Compañía de Jesús fue la primera en abrazarles. No era casualidad, sino perfecta lógica: quien más quiere, más se sacrifica para buscar al hijo perdido. Por eso fue un jesuita quien los recogió del tremendo lugar de su martirio.

Ya era mañana plena cuando emprendimos el descenso llevando sus restos mortales en unas angarillas improvisadas a hombros de curtidors campesinos de los páramos, que fueron sorteando con pericia barrancos y despeñaderos, en una fúnebre procesión de silencio, soledad y desamparo. En el hotel Guadalupe de La Puerta, unos médicos forenses reconocieron los cadáveres y los fueron introduciendo en herméticas urnas de zinc que posteriormente fueron trasladadas a La Car-

lota, en Caracas, en un avión de carga de la Línea Ransa. Los jesuitas queríamos que la capilla ardiente se instalara en nuestro Colegio San Ignacio, pero la Junta Militar de Gobierno, presidida por el Dr. Germán Suárez Flamerich, quiso aprovechar la conmoción general que había causado la tragedia y dio la orden de que el funeral se llevara a cabo en el liceo público Gran Colombia, ubicado en la urbanización Prado de María.

El lunes 18, se colocó un altar en el escenario del Salón de Actos del Gran Colombia, y frente a él los 27 féretros aplastados por numerosas guirnaldas y coronas de flores con sentidas dedicatorias y despedidas. Grupos de militares de los diversos componentes de las Fuerzas Armadas Nacionales montaron guardia de honor en uniforme de gala. Yo dije una de las numerosas misas de cuerpo presente que se celebraron ese día. La última la dijo el Arzobispo de Caracas, Monseñor Lucas Castillo. Terminada la misa, los restos mortales de los 27 estudiantes fueron llevados a hombros hasta el Cementerio General del Sur, acompañados de una inmensa multitud. A lo largo de los dos kilómetros de recorrido, formaron calle de honor los colegiales de los colegios jesuitas San José de Mérida y San Ignacio de Caracas, los alumnos del Gran Colombia, y los cadetes de la Escuela Militar, de la Guardia Nacional y de la Marina.

8:45 am

La cola de carros es inmensa y casi no se mueve. A este paso va a ser imposible que llegue a Barinas a las nueve. Cuando parece que se ha resuelto el problema y empezamos de nuevo a rodar, a los pocos minutos vuelve a detenerse el tráfico. La impaciencia me va carcomiendo el alma. Mis quejas y bufidos ponen nervioso a Ángel, el chofer.

—Tranquilícese, Padre, que eso no le hace bien a su salud. Debe ser que más adelante hay un accidente o tal vez haya volcado una gandola. Fíjese que de vez en cuando pasan algunos carros en dirección opuesta. Eso es que sólo hay

abierto un canal y van administrando el paso, un rato para los que vienen y otro rato para los que vamos.

–Pero algunos vivos están agarrando el canal de los que vienen y eso forma mayores trancas.

–Sí, eso es lo que pasa siempre. Las cosas se ponen siempre peor porque no respetamos las normas.

–Y seguro que la policía no hace nada. A los vivos les deberían poner una buena multa o quitarles la licencia. Aquí cada uno hace lo que le da la gana, y no pasa nada. Mientras no respetemos las leyes, este país no va a echar p’alante.

–Sí, Padre, sí, pero cálmese que ya vamos a llegar.

–Ya vamos a llegar, y ni siquiera nos movemos. ¿Es que acaso no te das cuenta de que llevamos en este tormento casi una hora y sólo hemos recorrido unos escasos kilómetros?

–Sí, Padre, sí, pero poniéndonos nerviosos no vamos a resolver el problema. Lo único que conseguimos es perjudicar nuestra salud.

Me provoca ofender a Ángel, el chofer, por su infinita cachaza, pero debo reconocer que tiene la razón. Intento calmarme y relativizar el problema. ¿Qué importa que llegue tarde a la entrevista con el Gobernador o que incluso no se dé hoy? Peor sería que fuéramos nosotros los del accidente. Estamos vivos, sin problema alguno, simplemente impacientados por una tranca de carretera. Podríamos ser nosotros unos sangrientos despojos como los de los niños y jóvenes que me tocó recoger y ofrecer a Dios allá en el páramo de Monte Carmelo.

Desde el primer momento, mientras esperaba impaciente al borde de la quebrada mortuoria que el amanecer alumbrara el paisaje, tuve la certeza de que levantaría en memoria de los 27 jóvenes un monumento que los recordara eternamente. No sería un cementerio sombrío y lúgubre, que trajera el recuerdo de sus muertes. Sería un panteón luminoso, lleno de flores y cascadas, para celebrar y cantar el ejemplo glorioso de sus vidas. Y allí, cuando los dedos del amanecer empeza-

ban a disolver la negrura de la noche, concebí ya la semilla de lo que habría de ser la Casa de Ejercicios Espirituales de San Javier del Valle. La intuí al pie del pico Bolívar, la cima más alta de la Patria, agitando eternamente en su blanca bandera de nieve el candor y la inocencia de los que partieron en ese viaje inmortal. Todo debía reflejar belleza y armonía. No quería en ella tristeza ni inactividad de cementerio. Quería vida, paz, himnos a la gloria de Dios en los labios de los torrentes y las flores.

Me entregué febrilmente a la construcción de la Casa de Ejercicios Espirituales, un lugar para mirarse hacia adentro, para reencontrarse con Dios, que habla en el rumor de la cascada, en los labios del césped, en el colorido perfumado de las flores, y que todas las tardes se pasea con la niebla por sus amplios corredores y jardines. Cuidé cada detalle y quise que especialmente la capilla fuera una verdadera obra de arte. Un extraordinario escultor, el maestro Berecibar, que también había perdido a uno de sus hijos, supo leer mis sueños y convirtió la caoba en antorchas luminosas, en brazos amorosos, en rostros que sonríen, donde todo se repite veintisiete veces amorosamente.

Fui yo el que creó la dedicatoria de la capilla:

*Eran 27 muchachos
que caminaban por la tierra
y pasaron por aquí de nuestra mano,
y ahora viven en el cielo.*

*Este templo de Dios
y esta casa de oración
pregonan, Señor, tu misericordia
y mantienen imperecedero
su querido recuerdo.*

Yo mismo solicité las hélices del avión siniestrado y quise clavarlas en el centro del patio sobre un estanque donde se amansa el agua. Sobre ellas, una cascada canta o llora y cada oyente es libre de interpretar los

murmullos de sus voces y canciones. Años más tarde, le compuse un poema a la cascada:

*Cascada
yo te hice para verle
las entrañas blancas al agua mansa;
yo te hice para escuchar tu voz
siempre apagada.
Nunca entendí el idioma secreto de tus murmullos;
quise golpearte para que hables
muy alto o al menos para que llores.
Puse rocas donde encontraras
el clamor de nuevas lenguas y te vistieras
de espuma.*

La Casa de Ejercicios Espirituales de San Javier del Valle fue inaugurada el 14 de febrero de 1954, poco más de tres años después del accidente.

San Ignacio del Masparro

5:30 pm

Invité a los obreros y los muchachos a tener a las seis una misa en recuerdo de los jóvenes que murieron en el accidente aéreo. Vamos a pedirles que nos ayuden desde el cielo para que en octubre esté ya lista esta escuela agropecuaria y forestal y podamos atender como es debido a los llaneritos y llaneritas que nos llegarán de todos los rincones de estas inmensas soledades. Quiero que encuentren aquí buena comida, alegría y mucho amor, que es la base de toda verdadera educación.

Encontré a los muchachos tallando un rústico pesebre. Estuve un rato con ellos conversando y observando cómo iba naciendo San José, la Virgen, el Niño, y un pastor de dentro de la madera.

–Se quita lo que sobra y queda libre la imagen que está dentro –me dijo sonriendo un indígena yukpa, que estudia madera y escultura en San Javier del Valle y, antes de volver a su tierra a enseñar lo aprendido a su propia gente, ha querido venir a San Ignacio del Masparro a colaborar desinteresadamente, para que muchos tan pobres como él puedan recibir en esta Escuela una buena educación.

Me contaron que van a tallar también ovejas, muchas ovejas, más pastores y los tres Reyes Magos. Les pregunté si no les daba tristeza pasar las Navidades lejos de sus familias, y me dijeron que “un poco, pero que les daba alegría acompañarme y pasarlas conmigo”. Oír esto me emocionó mucho. Les dije que la Sra. Isabelita me iba a enviar hallacas, y vino para la Cena de Nochebuena, y se alegraron mucho. Quedamos en que invitaríamos a la Misa de Nochebuena a los vecinos y que compartiríamos con ellos algunos dulces, galletas y refrescos. Desde mañana, vamos a empezar a ensayar los aguinaldos, y los ojos del Sirio, un alumno cuyos padres provienen del Líbano, pero que todos lo llaman “el Sirio”, brillaron de alegría cuando dijo que se iba a fabricar una tambora. Aproveché para decirles que nuestra Navidad, sencilla y pobre, iba a ser mucho más auténtica y parecida a la primera Navidad.

–Muchos celebran la Navidad pero se olvidan de Jesús –les dije–. El verdadero espíritu de la Navidad no tiene nada que ver con todas esas celebraciones ruidosas, llenas de luces, regalos, comilonas y borracheras. Jesús sigue tocando las puertas de muchos corazones para nacer en ellos, pero la mayoría no le abre porque están muy atareados con los preparativos de la celebración navideña. Jesús nacerá aquí entre las yucas, los plátanos, los topochos, los mangos y naranjas que le estamos preparando. Las actuales siembras de arroz, de sorgo y de maíz, están haciendo madurar la comida del Niño, que va a venir pronto en la figura de cientos de pequeños de estos llanos aplastados por el calor y las distancias.

Los muchachos me escuchaban emocionados.

–Sí, Padre, Navidad es compartir –dijo el yukpa.
–Y ver en cada persona al propio Jesús –añadió el merideño Cosme que en todo el rato no había dicho una sola palabra, pero escuchaba con avidez todo lo que íbamos diciendo.

Ahora, mientras me alisto para celebrar la misa, me arrepiento de mi impaciencia en la mañana. La causa de la terrible tranca no era un accidente, sino que una enorme gandola llevaba una torre de perforación petrolera que, a ratos, ocupaba toda la carretera. Me enteré por los mismos amigos de Corpovén que generosamente me ofrecieron los tubos necesarios para construir los dormitorios. O sea, que me iba quejando de los mismos que me iban a brindar generosamente toda la ayuda. Mi error fue no haber llevado conmigo un libro o un cuaderno para anotar las tareas pendientes o empezar a ordenar las ideas principales para el libro. Incluso, en vez de cabrearme tanto, podía haber empezado a escribirlo de una vez.

Se marcha a grandes zancadas el año 1984, pero presiento que el 85 va a ser un año extraordinariamente bueno. Me siento bien, la paz y tranquilidad del Masparro están ayudando a mi viejo corazón, que parece estar recobrando algo del vigor de su juventud. Como que Dios está dispuesto a complacer mis apegos terrenales y quiere darme la ñapa de algunos años más de vida. En el 85 estos campos, hoy tan solitarios, se agitarán con las voces y risas de los primeros alumnos. Quiera Dios que consigamos buenas maestras y vamos a pedírselo en la misa a los angelitos que volaron al cielo cuando Jesús piloteó sus almas tras el accidente en el páramo de Trujillo.

Fe y Alegría está en un buen momento. Del Congreso y la Asamblea Internacionales que tuvimos en Mérida en noviembre pasado, donde aprobamos el Ideario como expresión de nuestra identidad, salimos más unidos, fortalecidos en nuestro compromiso de servir con calidad a los más pobres y dispuestos a emprender con decisión y entrega los

nuevos retos que nos plantea la miseria y marginalidad de nuestros países. Yo aproveché para insistir en la necesidad de que Fe y Alegría emprenda con mayor coraje y radicalidad el enorme reto de la Educación Profesional.

Tenemos que superar los bachilleratos academicistas, buenos tan sólo para ingresar en la Universidad, y convertirlos en centros de producción y de trabajo. América Latina necesita con urgencia una educación que no siga siendo un medio para huir del trabajo, sino que enseñe a trabajar, a amar el trabajo bien hecho y al trabajador responsable. La riqueza de un país no reside en sus materias primas, sino en las capacidades productivas de su gente. Venezuela, en ese sentido, es un país muy pobre, que como un hijo dilapidador de la fortuna heredada de sus padres, sigue viviendo de la renta de su petróleo, sin decidirse a sembrarlo para que produzca trabajo, bienes y servicios eficientes para todos.

Pude comprobar cómo les impresionó a muchos de los delegados de los diversos países ver la experiencia de San Javier del Valle, donde los alumnos egresan como Técnicos Medios en una de las 30 especialidades profesionales que tenemos. Lo que muchos consideraban mero sueño, vieron que era una realidad palpable. Cómo les impactó comprobar que las ventanas, puertas, camas, sillas, mesas, enrejados coloniales, esculturas, de la Hospedería donde estaban alojados, habían sido hechos en sus talleres por los alumnos. Cómo les impresionó saber que las verduras, carne, huevos y leche que consumimos habían sido producidos en gran parte por los propios alumnos.

No fueron muchos los que quisieron acompañarme a San Ignacio del Masparro para que vieran y repitieran en sus países mi empeño de emprender una cruzada educativa con los campesinos, los más pobres entre los pobres, abandonados por todos, hasta por la misma Iglesia. Antes de caer definitivamente, quiero lanzar mis últimos rugidos a favor de la educación de los más pobres. A los que vinieron les impactó sobre todo las condiciones de precariedad en que estoy viviendo. Me temo que eso sólo sirvió para alimentar mi vanidad, pero no encontré en ninguno



entusiasmo por imitarme. Posiblemente, cuando en unos años comprueben cómo estos barros y penurias se han transformado en un

Instituto Agropecuario y Forestal pujante, se animarán entonces a emprender con verdadera Fe y renovada Alegría la cruzada educativa para el desarrollo humano y espiritual de los campesinos.

Me anima mucho el pensar también que el 85 va a ser el Año del Renacimiento Cristiano de Venezuela con la visita del Papa. La Misión Nacional que ha lanzado el Episcopado me llena de esperanza de que la Iglesia retomará por fin su vocación misionera y se volcará al servicio del pueblo más sencillo y pobre. El carisma de Su Santidad Juan Pablo II va a incendiar los corazones de nuestra gente humilde y buena, lo que se traducirá en un vigoroso renacimiento de la fe y la espiritualidad. Es asombroso cómo Su Santidad pone a vibrar a todo el mundo, en especial a esos jóvenes que creíamos tan apáticos y desinteresados de las cuestiones religiosas. Yo lo vi en San Pablo, la gran ciudad brasileña, cuando mareas de jóvenes se arremolinaron en torno al Papa, sedientos de sus palabras. El Papa les habla con valor y se atreve a proponerles una vocación de heroísmo, invitándoles a levantarse de una vida cómoda y sin horizontes. Y esto impacta a los jóvenes, tan necesitados de guías y de desafíos que los sacudan.

Como además de Caracas y Ciudad Guayana, el Papa va a visitar también Mérida el próximo 28 de enero, aprovecharemos la visita para inyectar a los jóvenes de San Javier del Valle pasión cristiana y fervor misionero, para hacer de ellos unos testigos valientes de Jesús. Durante toda mi vida he admirado a los valientes, porque sé que los valien-

tes son, sobre todo, los vencedores de sus propias desilusiones y tristezas. No sé si yo lo he sido durante mi vida pasada, pero la actual cruzada que estoy emprendiendo a mis 74 años me va llenando de un insospechado vigor y valor juvenil. Quiero que nuestros jóvenes asuman un papel protagónico en la visita del Papa, para que la vivan como una especie de Pentecostés que les llene de fuego y de entusiasmo evangelizador. En los talleres de madera de San Javier están haciendo un copón de madera torneada y bien tallada que los alumnos van a regalarle a Su Santidad, y doscientos copones grandes de madera de fresno con los que los sacerdotes repartirán la sagrada comunión en esa misa multitudinaria, presidida por el Papa.

Voy a pasar el fin de año aquí en el Masparro con mi hermano Manuel, que va a venir a visitarme. Pero a comienzos de enero iré a Mérida para preparar con detalles la visita papal. Aprovecharé también esos días para revisar mis archivos y ordenar papeles y escritos que andan sueltos por ahí, pues el 85 tiene que ser también el año en que escriba por fin el libro que me he propuesto.



Celebremos el nacimiento y la expansión internacional de Fe y Alegría

San Ignacio del Masparro, 5 de marzo de 1985

6:30 am

Hoy hace exactamente 30 años que nació la primera escuela de Fe y Alegría. Me he levantado muy temprano, antes que los araguatos y los pájaros, cuando el río resplandecía todavía a la luz de la luna, y el tractor nuevo parecía en la noche una osamenta de un animal prehistórico en mitad de la sabana todavía dormida. Me puse a rezar laudes y agradecerle al Señor por esta obra maravillosa que ya crece pujante en diez países latinoamericanos. Estoy convencido de que Dios seguirá bendiciendo nuestros esfuerzos, y pronto Fe y Alegría echará sus brazos y raíces en los demás países del continente e incluso sembrará sus banderas de evangelización y promoción humana y social mediante la educación, en los países más pobres del continente africano y asiático. Mientras haya pobreza y necesidades educativas en el mundo, seguirá vigente la labor de Fe y Alegría. Quiera Dios que no nos acobardemos nunca y seamos capaces de responder con audacia y valentía a los retos de nuestro mundo tan injusto y tan deshumanizado.

Mi corazón desborda de júbilo y agradecimiento por haber sido elegido por Dios para dar inicio a este gran movimiento de educación popular, que busca levantar cosechas de hombres y mujeres nuevos en

los barrios más pobres de nuestras ciudades y en los caseríos y campos abandonados. En los días que estuve en Mérida con motivo de la visita papal, me dediqué a revisar y ordenar papeles, pues estoy bien claro que el libro debe contar fundamentalmente los inicios y avatares de Fe y Alegría. Sé muy bien que mi nombre quedará definitivamente asociado a Fe y Alegría, y que los sucesos de mi vida anterior son tan sólo una especie de prólogo introductorio a mi obra esencial. Afortunadamente, encontré muchos materiales dispersos que he ido escribiendo a lo largo de mi vida, y la tarea que ahora me toca es irlos tejiendo para que muestren unidad y belleza, si es que aspiro a que sean alimento ameno para los posibles lectores.

Sé muy bien que Fe y Alegría es una inmensa obra colectiva, y por ello debo evitar que mi voz sea la única o la que más suene en esta variada sinfonía de voces. También debo dejar bien claro que ha sido siempre Dios el que ha guiado mis pasos, a pesar de que numerosas veces me he intentado oponer a sus designios. Pero, tras una obediencia oscura y dolorosa, he encontrado las huellas de sus pies que, al seguirlas, me han traído una paz ancha y un gran consuelo.

De hecho, Fe y Alegría fue posible por una decisión de mis superiores que me hizo sufrir enormemente y que durante largo tiempo rumié con desazón y amargura. Al finalizar mi período de Rector del Colegio de San José de Mérida, yo quería dedicarme al ambicioso proyecto de montar una red de escuelas campesinas en Tovar, Egido, La Puerta, Santa Cruz de Mora y otros pueblitos andinos que se agruparían en torno a este colegio. También soñaba con una cadena de escuelas campesinas por los llanos de Barinas, donde me ofrecían 2.500 hectáreas al increíble precio de siete mil bolívares, es decir, a menos de tres bolívares la hectárea. Yo sabía por algunos antiguos alumnos que había un proyecto de abrir una carretera desde Barinas a San Cristóbal, que yo imaginaba como la espina dorsal de una amplia red de escuelas de carretera que llevarían progreso y dignidad a los empobrecidos campesinos.

Cuando todo entusiasmado le expuse mis proyectos al Padre Viceprovincial, su agria respuesta cortó las alas de mis sueños y me dejó sangrante la herida de mi desconcierto: “Déjate de quijotadas y vete a la Universidad Católica en Caracas a encargarte de la dirección espiritual de los jóvenes universitarios”. Me dolió muchísimo lo que yo entonces creía era falta de coraje y de celo apostólico de mis hermanos jesuitas que se habían refugiado en unas pocas obras urbanas y con gente acomodada, cuando las necesidades de evangelización y promoción humana eran tan enormes y urgentes. Obedecí la orden del Superior sin comprenderla ni compartirla, pues pensaba que brotaba de su mediocridad y falta de horizontes, que le incapacitaban para comprender proyectos de altura, y no tuve más remedio que venirme a Caracas con el corazón agusanado de rabia.

Años más tarde, comprendí que con ese destino que no terminaba de entender, me estaban dando la posibilidad de volar más alto. Dios me regresaba a Caracas y me ponía al frente de la formación espiritual de los jóvenes universitarios para que con ellos fundara Fe y Alegría. Tenía que curtir a esos estudiantes con un apostolado de frontera. Cultivaría su fe y su compromiso cristiano haciéndolos hermanos de los habitantes más miserables de ese cinturón de barrios que asfixiaban a Caracas. No era posible una verdadera formación universitaria católica sin salir de esas aulas cómodas, de esos conocimientos teóricos que nada aportaban a la superación de la miseria, de esas celebraciones eucarísticas sin una opción radical de comulgar con el proyecto de Jesús. Yo los llevaría a oler las aguas pútridas que corrían por los caminos de tierra de los barrios, les haría contemplar el espectáculo sangrante de la miseria, cultivaría sus corazones y los fraguaría en la forja del servicio valiente.

Voy a contar el nacimiento de Fe y Alegría con un relato que escribí en 1975, en mis días de soledad en Mérida, cuando Fe y Alegría era ya un árbol frondoso que cobijaba a más de 120.000 alumnos. Pienso que ese relato que reconquisté del olvido hace unos días, puede aparecer textualmente en mi libro:

En agosto o septiembre de 1954, terminé un Rectorado de seis años en el Colegio de San José y San Francisco Javier de Mérida. Fui enviado a la Universidad Católica de Caracas, que llevaba un año de fundada. Me encomendaron la espiritualidad de los universitarios y las clases de formación religiosa.

Para atender a mi primera obligación, fundé la Congregación Mariana, organización de piedad, formación y apostolado de larga tradición jesuítica. En los breves ratos que me dejaban libres las clases, atendía las consultas de los estudiantes. Los sábados por la tarde visitábamos los enormes barrios de la zona de Catia. El domingo teníamos la misa juntos y hacíamos una mañana recreativo-formativa.

Las visitas a los barrios me pusieron frente a la mayor masa de miseria que yo había contemplado hasta entonces. Los ranchos eran de lata, de tablas de cajones, de bolsas viejas de cemento y de toda clase de materiales desclasificados. En los sitios de mejor acceso, se veían casas pequeñísimas de ladrillo sin frisar.

Se extendían sin calles por la ladera de los cerros. La basura se amontonaba por todas partes y las aguas negras guiadas solamente por la ley de la gravedad, encharcaban de suciedad y fetidez el ambiente. Era como una inmensa lepra urbana que corroía la periferia de Caracas y que, según un censo reciente de ese año, abarcaba a más de 315.000 habitantes marginales de la capital.

Los niños, desnudos; las mujeres, desgreñadas y macilentas; los hombres, sucios y ociosos. Era un cuadro horrible de degradación y de envilecimiento social. Lo que a primera vista captaban los ojos era solamente la piel purulenta de una enfermedad profunda cuyos síntomas más trágicos eran el desempleo generalizado, la subalimentación, la desarticulación familiar, la niñez abandonada, la insalubridad y la incultura ante todas las exigencias de la vida.

Acompañado de un pequeño grupo de muchachos y muchachas de la universidad, subíamos las empinadas cuestas de lo que hoy son los bloques del 23 de Enero. Habíamos elegido aquella zona como campo de apostolado. Hicimos muchas visitas de tardes enteras en sábados y domingos para conocer, para pensar y para escoger cuál sería la clase de ayuda que podríamos prestar.

Recuerdo todavía intensamente la opresión de cosa espantosa que me producía la bajada del cerro después de varias horas contemplando tugurios inhumanos y charcos de aguas pútridas. Era un sentimiento de impotencia, de protesta profunda, de ganas de llorar. Me sentía aplastado entre un deseo enorme de hacer algo y el dolor de mi pequeñez.

¡Hacer algo...!

Poco a poco se fue imponiendo la lógica de que cualquier cosa era mejor que nada. Lo que nosotros pudiéramos, aunque muy pequeño, era nuestra obligación. Lo demás era un misterio que quizá con el tiempo se podría ir en parte desentrañando.

Por esos días, leí un dato horrible que era un indicador de las profundas raíces que tenía la miseria en los barrios marginales de caracas. En el 18% de los ranchos no se hacía fuego, ni existía algún instrumento para hacer la comida. Es decir, que casi la quinta parte de la población no comía caliente, sino un panecillo, un cambur, una coca cola, si mucho una arepa en un puestecito de comida. Este dato me estremeció, porque era un síntoma de pobreza increíble. Además de desorganización y desvalimiento humano difícil de imaginar en todas sus consecuencias.

Los niños se encariñaron con los universitarios. Salían a recibirlos al pie del cerro y les iban contando a su modo las novedades de la semana. Pronto varias familias simpatizaron con su trabajo y brindaron para la catequesis varias de las casitas más acomodadas y limpias. A todos nos maravillaba que la necesidad más sen-

tida de la gente era la iglesia. Tener siquiera su capilla. Para ellos, su falta era el indicio más grande de su abandono y de su descalificación como personas.

Nuestro criterio de justicia no fue teórico y declamatorio. Sentimos, después de mucha reflexión, que nos tocaba actuar y no solamente acusar y protestar desde nuestra insurrección universitaria. Por eso, heridos los ojos y la vergüenza, después de una tarde y otra tarde de contemplar el paisaje de la horripilante pobreza, pensamos en sus causas y en ver cuál sería nuestro camino que siempre fue relativizado a nuestra pequeñez.

Por todas partes encontrábamos la correlación de miseria y de ignorancia. No sólo la ignorancia del analfabetismo coincidía con los charcos más repugnantes de miseria, sino la ignorancia de vivir. La inmensa mayoría de las mujeres no sabían coserle la pobre ropa a sus hijos, ni tenían una noción positiva sobre alimentación ni sobre higiene, ni sobre obligaciones y deberes familiares o cívicos. Tendríamos que enseñar, tendríamos que educar para matar el hambre, la suciedad, la degradación...

Pero, ¿cómo enseñar?, ¿con qué recursos? ¿Cómo educar a miles de personas? ¿Cómo hacer para que se formara una atmósfera de cooperación ciudadana? ¿Cómo impactar al Estado, el mayor delincuente público y causante de la falta de estímulo para la Educación Popular?

En la vida hay momentos de angustia en los que se ve que hay que determinarse y comprometerse totalmente, aunque un torbellino de incertidumbres oscurece el camino para cumplir ese enorme compromiso.

Para mis compañeros estudiantes, era aquella una peripecia transitoria en su vida estudiantil. Para mí, se trataba de una elección para toda la vida, que tomaba cuerpo en la más absoluta soledad. Era, sin embargo, un comienzo vago que llevaba dentro la identidad de ten-

dencias muy profundas. No recordé entonces mis sueños infantiles como una señal de que la aventura iba a deslizarse por el cauce más íntimo de mi manera de ser.

Aquella estructura primitiva y original estaba soterrada por años de disciplina académica y ascética. Revivirla fue un fenómeno vital, casi inconsciente en que la realidad había tomado el mando y me empujaba, como a un náufrago, a valerme de todos los recursos que estuvieran dentro de mi pellejo.

Cuando contemplaba los cerros de Catia, como abrumadores murrallones de miseria, que cerraban el paso a toda fácil iniciativa, me preguntaba si en ese desafío se enterrarían todos mis ideales de apostolado en China o en Rusia, que me habían atraído desde niño.

En nuestro grupo, poco a poco se hacía la luz. Después de muchas reflexiones y discusiones para ver por dónde convenía empezar, el trato con la gente, su desventurada manera de resolver los problemas elementales como comer, vestir y habitar, el desempleo y el subempleo por incapacidad e impreparación, la falta de esperanza fundada en el propio esfuerzo, la manera de tratar a los niños y otros mil indicios, aparte de la carencia de escuelas, nos hicieron ver hasta la evidencia que la ignorancia, una inmensa ignorancia, era la cerradura y la cárcel perpetua de la libertad, de la iniciativa y de cualquier horizonte de progreso y de autodeterminación en aquellos cientos de miles de personas, que habitaban los suburbios de Caracas.

Al aclararse el rumbo, las dificultades para seguirlo se nos presentaron con toda su fuerza. Tuvimos que pensar con fría y terrible lógica que, contra la dominación y el imperio de la ignorancia, la educación era la respuesta. Pero una educación larga y una educación para todos. Frente a esta luz, también se veía mejor nuestra pequeñez de hormiga. Los universitarios, por razón de transitoriedad estudiantil, pronto me dejarían solo. La Universidad Católica

estaba casi naciendo y no entraba en sus planes una obra de extensión social, como la que yo estaba dispuesto a emprender.

Creo que entonces, en el reto del aislamiento y de la impotencia retornó a mí sin saberlo, la misma voluntad imaginativa que cuando, sin ninguna oveja, trabajaba en mis sueños infantiles como peón para ahorrar de mi hambre lo suficiente para comprar la primera, la segunda y la tercera oveja, y así poner los primeros escalones para llegar a cuarenta mil o a las sesenta mil.

Nunca fue la inconsciencia la razón de comenzar. Yo había dirigido seis años un colegio importante y conocía los costos de la educación, además de los problemas de búsqueda y coordinación de un personal de profesores y maestros. ¿Qué sería, por lo tanto, pensar en miles y miles de alumnos que no podrían contribuir en nada a sufragar sus gastos educativos?

Luchar contra la ignorancia extendida en tan gruesas y extensas capas populares era equivalente a emprender una obra gigantesca para una sola persona. Por su misma naturaleza, había que afrontar desde el comienzo el problema esencial de la cantidad. De lo contrario, caería en una obra tan pequeña e inútil como simbólica. En los meses de gestación de Fe y Alegría, éste era el espectro terrible y dominante, pues lo apoyaba la razón, con toda su claridad, presentándolo como una Obra Imposible. No sólo imposible, sino como un calvario de innumerables estaciones dolorosas donde la empresa imaginada, tropezaría con las cadenas del "Imposible Parcial", que, al ser derribado a fuerza de sacrificio, volvería a cerrar el camino unas pocas cuadras más allá.

Entonces, fue obvio pensar en cuántos encontrarían en esas interminables dificultades, la razón de su desánimo. Esta sería una tarea de muchos, de muchísimos compañeros de esfuerzo y de entusiasmo, pero también por la lógica de la excesiva tensión, una historia con muchos fatigados y con algunos desertores.

Quisiera poder decir que la caridad, el verdadero amor de Dios, fue mi sostén y mi motor en aquellos momentos decisivos, pero soy demasiado realista para no pensar en la parte de motivos más terrenos y personales que tuvieron una participación decisiva. Siempre pensé y fui lógico con el ideal de dar la vida por una causa justa o valiosa, pero el yo a veces escondido, a veces transparente, a veces disfrazado, no acepta que un don tan grande sea sin honor, sin una buena memoria y sin un reconocimiento.

Son los atributos que exige aunque se atreva a dar la vida por Dios y por sus hermanos. El amor puro y absolutamente desinteresado hacia Dios y hacia los hombres es una perfección que envidio porque hace felices a los santos, y que, por no tenerla, me he visto obligado a pagar de sobretasa los golpes del desagrado y la amargura de los juicios injustos.

Sin embargo, como escogí vivir con Fe y Alegría, estas dos compañeras, después de breves eclipses, han dorado la parte más positiva de mi vida.

Recuerdo que la presentación oficial de Fe y Alegría, como movimiento o cruzada social a favor de tantos niños abandonados de nuestros barrios caraqueños, tuvo lugar el 11 de diciembre de 1954, en el salón principal de la Universidad Católica. Con llamativos cartelones anunciamos la idea que fue muy bien acogida; buscábamos captar nuevos miembros y un millar de madrinas entre las alumnas de esta universidad y de los colegios católicos, que fueran como la retaguardia económica de la nueva avanzada. Seguimos visitando los cerros de Caracas, subiendo las empinadas cuestas de Los Flores, Monte Piedad, La Planicie y otros, palpando la miseria y necesidades de sus habitantes, pensando en qué hacer en concreto por estas comunidades.

Fue el siguiente año, tal día como hoy, que Fe y Alegría dejó de ser sólo una cruzada social para transformarse en “Movimiento de Educación Popular”, con el nacimiento de la primera escuela y la incorporación de sus primeras maestras. Un nacimiento hecho posible gra-

cias a Abrahán Reyes, quien en admirable gesto de amor diligente y generoso, desde su pobreza se desprendió de lo poco que tenía, su casa, para convertirla en casa de “fe” y “alegría” para los niños y las niñas del barrio.

7:05 am

Los muchachos me gritan que vaya a desayunar, que ya tengo la arepa con queso lista, pero les digo que iré dentro de un rato, pues ya que me he metido a fondo a ordenar el relato de la fundación de Fe y Alegría, quiero dejarlo listo. El queso llanero es muy salado; los muchachos y obreros lo devoran sin problemas, pero yo no puedo comerlo y me aprovisiono de queso con muy poca sal en mis viajes a Mérida. Voy a obligarme a dedicar el día de hoy a organizar todo lo del nacimiento de Fe y Alegría. Después del desayuno, y para aliviar un poco la mente, me dedicaré a regar el vivero de mangos, naranjos, guayabos, chirimoyas y demás árboles frutales. Dentro de unos días, cuando entre el invierno, los transplantaremos al lugar que estamos acondicionando para ellos y en unos pocos años tendremos un verdadero bosque de árboles frutales, una auténtica farmacia de vitaminas y píldoras de salud.

El verano está muy fuerte, el río se arrastra muy enflaquecido y por mi ventana se mete un pedazo de la llanura que parece un largo quejido de sed. Pienso que mi tarea con el libro debe centrarse en seleccionar e hilar escritos, sucesos y algunas reflexiones, y enviárselos a mi hermano Manuel, para que los transcriba una buena secretaria. Luego, tendré que corregirlos y pulirlos, hasta que queden listos para entrar en la imprenta. Tal vez sea conveniente grabar también trozos como hago con algunas de las Cartas del Masparro. Pero debo dedicar más tiempo a esta tarea si en verdad quiero que salga el libro. En estos días me siento bien de salud, pero no ignoro que en cualquier momento el corazón puede darme un buen susto, y el proyecto del libro quedará inconcluso.

He releído el relato que escribí en Mérida y me gusta. Sobre todo los trozos del final donde queda reflejado el rostro de mi fragilidad. Mi estilo tiende a la épica y debo evitar que el libro refleje un heroísmo que no tengo. Conozco muy bien mis flaquezas y no ignoro lo muy lejos que estoy de la santidad. Yo también, como San Pablo, siento en mi alma los agujijones de mi impaciencia, ira, ansias de reconocimiento, rabia, falta de humildad, que me llevan a hacer lo que no quiero y me impiden hacer lo que querría. Creo también, sin embargo, que he sido un hombre de fe profunda y que, en general, una alegría ancha, aunque sin aspavientos, ha acompañado mis pasos.

Voy a retomar el relato de Mérida y a centrarme de una vez en el nacimiento de la primera escuela de Fe y Alegría. Suprimiré las disquisiciones y reflexiones para que no enturbien la luminosidad de aquella mañana asombrosa:

Los universitarios y yo estábamos persuadidos que la pobreza profunda no estaba en la comida ruin, ni en la ropa andrajosa, ni en la vivienda insalubre y miserable, sino que su raíz germinal estaba en las cabezas depauperadas, esclavas de la ignorancia, y que de ella derivaban todas las secuelas de la miseria. Por fin habíamos escogido la obra: sería una Escuela.

Pero, ¿dónde construirla, con qué dinero, con qué maestros? Todas estas interrogantes tenían por respuesta la oscuridad, y también el temor a lo desconocido, a lo inmenso, a las implicaciones de un compromiso para siempre... Ya entonces yo estaba decidido no a una escuela, sino a una cadena en serie de escuelas en diversos suburbios.

Pero, como dijo una vez Ortega y Gasset, “cuando se tiene el corazón lleno de un alto empeño, se acaba siempre por buscar los hombres capaces de ejecutarlo”. Y surgió la persona capaz de realizarlos. O, mejor dicho, surgió la primera persona, de las muchas que iban a dar los pasos decisivos de Fe y Alegría. Fue así: las catequesis iban a culminar en la Primera Comunión de setenta niños y

niñas que habían preparado los Congregantes Marianos. Era una tarea larga y nueva para aquellos universitarios. Todos pensaban en llevar a aquellos niños algo viviente y próximo a la emoción y al recuerdo feliz de haber recibido ellos mismos por primera vez al Señor. Y que esa Comunión con Dios fuera deseada, amada y consciente. Con esa ilusión, buscaron y encontraron una casa, como no había otra por aquellos contornos. Tenía una sala grande capaz de contener de pie algo más de cien persona. Las muchachas cuidaron especialmente de la ropa de los niños, de engalanar el local y de tener listo un magnífico desayuno, para después de la solemnidad. Los muchachos consiguieron una camioneta que, gracias a que estaba seco el camino de tierra, transportó todo lo necesario, como los tableros de las mesas, los caballetes, la comida, los manteles y el altar.

Tuvimos la misa, cantada por los mismos estudiantes. Yo celebré y dije las palabras de acercamiento a la Comunión, apropiadas a los niños que me oían y a sus familiares. Comulgaron todos y, después de una breve acción de gracias, allí mismo en unos pocos minutos los universitarios trajeron de la camioneta las mesas, las chicas las vistieron y las sirvieron, y todos compartimos un rico y cariñoso desayuno.

Hubo alegría y sentido espiritual. Yo estaba muy emocionado luchando entre el contento de lo que veía y la preocupación de lo mucho que faltaba. No recuerdo si otros tomaron la palabra, pero sí que alguien me pidió que hablara de nuevo. Dije que habíamos hecho un hermoso trabajo, pero que faltaba lo más grande y que eso tenía que ser una escuela. Que aquellos setenta muchachos habían recibido algunas clases religiosas solamente los sábados por la tarde, pero que para ser cristianos y ciudadanos preparados necesitaban muchos años de ayuda y que eso sólo era posible con una detenida y cuidadosa atención escolar. Si no lo hacemos –concluimos– estamos perdiendo el tiempo y realizando algo muy superficial.

Al terminar, un hombre de los presentes se acercó, me saludó con un abrazo y me dijo: “Padre, si quiere hacer una escuela, yo le regalo este local”.

Era Abrahán Reyes, dueño de aquella casa en que estábamos. La había hecho personalmente con el trabajo y el ahorro de siete años. Su mujer Patricia, le traía sobre la cabeza el agua para batir el cemento, en una lata de manteca, desde casi el pie del cerro. Durante largas temporadas tenía que interrumpir la construcción, pues se le agotaban los centavos. Contándome estas peripecias, me decía: “Cuando juntaba cien bolívares, me iba a comprar cemento, no fuera que se me presentara una necesidad”.

Abrahán tenía entonces ocho hijos y aunque era albañil, trabajaba como mecánico en una firma de máquinas multicopistas. Como se puede pensar, con ese sueldo y con ocho muchachos tenía una mina de necesidades. Él prefería adelantarse a ellas, porque quería construir el local, para que los niños del barrio tuvieran escuela o capilla o un sitio donde pasar un rato sanamente. En todo eso había él pensado.

Para los universitarios y para mí la oferta de Abrahán fue el desafío más estimulante del ejemplo heroico. Aceptamos y al otro día un cartón tosco clavado en la puerta decía: “Escuela: Se admiten niños varones.”

Habíamos empezado. Cien muchachos llenaron aquel ámbito. No había bancos, ni pupitres. Buscamos dos muchachas, Diana y Carmen, de unos quince años que tenían el Sexto Grado de Primaria, y fueron las dos primeras maestras de Fe y Alegría. Los niños se sentaban sobre el áspero cemento del suelo.

Pocos días después, yo andaba buscando en los ranchos vecinos uno o dos que pudieran servir para las niñas. Pero no había modo. Eran unos cuartos insignificantes para un aula. Después de varios intentos frustrados, Abrahán me mandó decir con dos congregan-

tes que habían hablado con él: “El Padre Vélaz todavía no me tiene confianza. Yo tengo abajo en la casa una sala grande donde podrían colocarse las hembritas”.

Es de notar que la casa tenía dos plantas, a las cuales se entraba por dos caminos o veredas distintas, pues estaba construida en una fuerte pendiente del cerro. La planta de arriba era la que ya ocupábamos. La de abajo era la vivienda de Abrahán y su familia.

Setenta y cinco niñas entraron en la sala de la casa que de nuevo nos ofrecía Abrahán. Sólo hizo falta otra maestra, Isabel, todavía una muchachita como las dos anteriores, para poner en marcha la nueva ampliación. Así fueron 175 los primeros alumnos de Fe y Alegría.

Hablando con Abrahán después, me decía que había hecho el piso alto con gran sacrificio y gran ilusión. Una pequeña ojiva rematada con una cruz era el símbolo sacro con que había coronado su obra, soñando en los centenares de niños desamparados que había por aquellos barrios y pensando en llevarles algún remedio.

Para poder tener un contacto con nuestra escuela, ésta tenía clases también los sábados por la tarde que era la única posibilidad de visitarla y de mantener una unión con los niños y las maestras.

Un día, después de una de estas visitas, una universitaria quedó tan impresionada de ver los niños sentados en el suelo, que se quitó los zarcillos de platino que llevaba y me los ofreció para comprar bancos. Se reunieron los Congregantes y acordaron rifarlos. De esa rifa salieron cuatro mil bolívares que fueron los primeros centavos que entraron en la tesorería de Fe y Alegría, que desde entonces ha movilizado tantos millones, buscados siempre con abnegación, para nuestros muchachos.

8:31 am

A pesar de que me la habían envuelto en una servilleta, la arepa estaba ya fría y el café demasiado dulce. A mí me gusta el café con leche y mojar en él la arepa o el pan, pero no tenemos ni una gota de leche. Sólo me comí media arepa, lo cual agradeció Tina, que después de comérsela, me lamió agradecida la mano. No fue precisamente el de hoy un desayuno de celebración de los Treinta Años de Fe y Alegría, pero me comí dos cambures que estaban realmente sabrosos. Le he dicho a Ángel que vaya a Dolores a comprar leche, una gallina o un pollo grande y con la yuca y demás verduras que ya cultivamos aquí, prepare para el almuerzo un buen sancocho, pues no podemos dejar de celebrar un acontecimiento tan memorable como este nuevo aniversario de Fe y Alegría.

Los 25 Años sí los celebramos como es debido, con una serie de actividades pedagógicas, deportivas y espectaculares que culminaron con un acto multitudinario en el Poliedro de Caracas. Con motivo de las bodas de plata, la Universidad Católica me otorgó el Doctorado Honoris Causa, tal vez para saldar la deuda que tenían conmigo, pues prácticamente fui expulsado de ella en 1958, porque me acusaban de haber abandonado mis compromisos universitarios por dedicarme tan apasionadamente a Fe y Alegría. ¡Qué ceguera de las autoridades para no ver que Fe y Alegría podía y debía ser una obra social de la Universidad! ¡Qué diferente hubiera sido la Universidad Católica de aquellos años si hubiera echado uno de sus brazos al pueblo marginal! Sus programas excesivamente academicistas necesitaban empaparse en el dolor y la miseria del pueblo empobrecido. Yo lo intenté con la fundación de un Instituto Técnico Laboral gratuito para capacitar obreros, que funcionaba en los mismos locales de la universidad, de siete a nueve y media de la noche, de lunes a viernes. El profesorado estaba formado por 27 estudiantes de Ingeniería y cuatro jesuitas: los Padres Pernaut, Olaso, Andréu y Sánchez de Muniáin. La dirección del Instituto estaba en manos del bachiller Guido Arnal, alumno de tercer año de Ingeniería Civil, que llegaría a ser Rector de la Universidad Católica. Cuando el Provincial decidió que yo saliera de la Universidad y me

fuera al Colegio San Ignacio para dedicarme por completo a Fe y Alegría, este Instituto desapareció pronto.

Hoy, la herida que abrió en mi corazón la salida forzada de la Universidad está completamente curada y estoy convencido de que, con el nuevo Provincial, P. Luis Ugalde, van a quedar muy atrás los años de desencuentro entre los jesuitas y Fe y Alegría. Incluso avizoro un tiempo no muy lejano en que la Compañía de Jesús llegará a considerar a Fe y Alegría como una de sus obras más importantes y se apropiará de ella. Ojalá Fe y Alegría sea un tobogán que lleve a la Compañía a trabajar de verdad al servicio del pueblo más empobrecido, como lo vienen proclamando en todos los documentos de las últimas Congregaciones Generales.

Aproveché el Discurso de Orden del Doctorado para recorrer brevemente la historia siempre difícil y osada de Fe y Alegría, y levantar mi voz contra la miopía y mezquindad del Ministerio de Educación que nos sigue tratando como a parias. Mientras me quede un hilo de vida, seguiré rugiendo contra esa brutal injusticia. ¿Cómo es posible que los trabajadores de Fe y Alegría, después de tan comprobada entrega a los más necesitados, no cuenten con los beneficios de sus compañeros de la educación oficial! ¿Acaso su labor es menos esforzada y meritoria? ¿Son menos venezolanos los niños y jóvenes de los barrios y caseríos que prefieren las escuelas de Fe y Alegría? ¿Por qué, entonces, los castiga con tanta saña el Ministerio? ¿Cómo no terminan de entender los burocratas del Gobierno que utilizan los recursos como si fueran suyos, que Fe y Alegría les supone un ahorro de muchos millones de bolívars? ¿Por qué no se ponen a sacar cuentas de lo que le costaría al Ministerio educar a los miles y miles de alumnos que estudian en Fe y Alegría y comparan esa cantidad con el pírrico aporte que nos otorgan mediante una subvención, siempre insegura y siempre vuelta a mendigar?

Tal vez sea bueno incorporar en el libro algunos párrafos textuales de mi discurso en el Paraninfo de la Universidad Católica, como expresión de mi ira y de mi rabia contra el trato increíblemente injusto que

siempre hemos recibido de los diferentes Ministerios de Educación, y también contra nuestra apatía cobarde en exigir nuestros derechos:

La justicia a medias es intolerable como meta. Después de tanta lucha, no nos podemos resignar a vivir en una justicia a medias, recordando que las cosas estaban antes mucho peor que ahora. Hay que decir que, cuando a los maestros de nuestras escuelas gratuitas los Estados les pagan inferiormente, cometen una injusticia discriminatoria, que se acumula sobre la injusticia de no darnos lo que debieran para la construcción y equipamiento de los planteles. Y que, cuando no les reconocen escalafón ni otros derechos recibidos por los demás maestros, recalcan una perniciosa injusticia. Esto no lo puede callar Fe y Alegría como si se pudiera resignar a las limosnas de los Estados. Nuestra bandera es bandera de Justicia en la educación de los más pobres, discriminados, insultados en su dignidad humana en Estados que se proclaman igualitarios y democráticos. A Fe y Alegría le ha tocado romper las barreras de la injusticia estatista, neciamente centralizadora. Los Ministerios de Educación no son muchas veces cooperadores de las incontables iniciativas de la ciudadanía, sino sus aduanas prohibitivas, su policía amenazadora, sus fiscalizadores omnipresentes. Nunca hubo inquisiciones tan excesivas. Nunca hubo en el mundo una esclavitud mental educativa tan extensa, tan generalizada y tan cobardemente acatada, como la que forman la cadena de cadenas de los Ministerios de Educación de América Latina. Todavía subsiste el infame aforismo antidemocrático, de que "quien paga, manda", como si el Estado fuera nuestro emperador y no en buena parte nuestro servidor administrativo elegido por nosotros...

Como el esclavo de alma esclavizada, piensa en su inercia de humanidad que todas las cosas que lo rodean son del amo y están sujetas con razón a la voluntad del amo, así los ciudadanos o mejor dicho los súbditos absolutos de los absolutos Ministerios de Educación, piensan que todo el presupuesto educativo es del Ministerio de Educación y que todas las normas educativas tienen que venir del Ministerio...

Y así como el amo antiguo, si hacía un favor o hasta una obra de justicia al esclavo, retenía siempre en su mano la cadena que sujetaba la libertad, los Estados llamados democráticos reparten sus dones educativos casi íntegros dentro de la cadena de lo que se llama Enseñanza Oficial, o dentro de la arbitrariedad de concesiones que consideran graciosas y casi limosnas a la que llaman Educación Privada...

Sería admirable el advenimiento de una era consecuentemente democrática en que pudiéramos celebrar la desaparición de todos los Ministerios de Educación, que se habrían convertido en Ministerios para el Apoyo a las Iniciativas Educativas de la colectividad nacional.

Esos nuevos Ministerios abdicarían del monopolio económico que hoy ejercen, para crear el bono educativo de la libertad, que entregaría el Estado a todos los padres de familia según el número de sus hijos. Este bono sería entregado por los representantes de los alumnos al centro educativo que más les agradase y que más respondiese a sus propios criterios. De este modo, el Estado respetaría a cada ciudadano la parte del presupuesto educativo que le corresponde, al mismo tiempo que acataría plenamente la libertad de todos, para escoger la forma educacional de su preferencia.

El Presidente Luis Herrera Campíns me impuso también en ese año la Orden Andrés Bello. Pero hubiera preferido que de una vez reconociera la labor de Fe y Alegría equiparando en todo a nuestro personal con los de la educación oficial. Ese sí que hubiera sido un buen regalo en nuestras Bodas de Plata. La verdad es que me han defraudado enormemente los gobiernos copeyanos. Cuando Rafael Caldera llegó al poder en 1968 con el apoyo decidido de todos nosotros, yo imaginé que el nuevo gobierno socialcristiano, que tanto había combatido la ideología del Estado Docente y se había manifestado defensor de la educación católica, atendería por fin los clamores de Fe y Alegría y nos otorgaría la ayuda económica tan largamente solicitada a los gobiernos anteriores. Pero empezaron con titubeos, resistencias y los



consabidos “vamos a ver qué podemos hacer”, “tranquilo, Padre, que la ayuda a Fe y Alegría la contemplaremos en el presupuesto próximo”, “es que no tenemos mayoría en el Congreso, pero ya vamos a tratar de resolver esa situación”. Nada, puras palabras y frases diplomáticas. La ayuda que tanto habían apoyado cuando estaban en la oposición, la negaban ahora que eran gobierno. De hecho, todos los gobiernos, que mendigan los votos del pueblo para llegar al poder, se olvidan enseguida, cuando triunfan, de ese pueblo al que tantas cosas prometieron.

En el año 1969, prácticamente me instalé en el Ministerio de Educación, con propuestas bien concretas y carpetas llenas de números con los que demostraba el gran ahorro que le suponía al Ministerio apoyar a Fe y Alegría. Una y otra vez les insistía a ellos, que en su mayoría provenían de la educación católica, en la necesidad de apoyar la educación católica popular, de que tenían la oportunidad de impulsar esa doctrina social de la Iglesia que tanto decían profesar. De muy poco sirvieron mi vehemencia y mis críticas a su falta de coherencia con la fe y la doctrina que proclamaban. Por miedo a ser tachados de “cureros” por los partidos de izquierda, los supuestos cristianos nos siguieron maltratando por haber optado, como Jesús, por los más pobres.

Mientras desayunaba, hace un rato, completamente solo, se me ocurrió que, sobre todo en la recopilación de los sucesos del nacimiento de Fe y Alegría, debía incorporar la voz de Abrahán y de algunas religiosas que fueron el alma y la fuerza en esos tiempos fundacionales. No creo que, sin monjas, hubiera sido posible Fe y Alegría, o ciertamente, no

hubiera crecido con tanto vigor. Ellas ofrecieron, sin exigir nada a cambio, el heroísmo servicial y la entrega desinteresada tan necesarios en aquellos días, donde Fe y Alegría se atrevió a nacer y a crecer de la nada. Ellas hicieron de su Fe un servicio eficaz y trajeron la Alegría a los barrios aplastados por el abandono y la miseria.

Afortunadamente, conservo un testimonio de Abrahán Reyes que no tiene desperdicio y pienso que debe aparecer completo en el libro. De las peripecias de las religiosas en aquellos tiempos fundacionales conservo también muchos escritos. El problema va a ser cuáles seleccionar, pues aunque merecerían estar en el libro, es imposible incluirlos a todos.

Este es el testimonio de Abrahán Reyes:

Nací el 15 de marzo de 1915. Vengo de una región del país, Los Dos Caminos, entre Falcón y Lara, puro cardón y tuna. Me crié en Santa Cruz de Bucaral, un pueblito muy pobre. Ahí no había escuela, ni iglesia, no había nada. Había un maestro que daba escuelita, pero tomaba mucho aguardiente. Ahí me inicié yo.

La gente era muy pobrecita y vivía de la agricultura. Tenía su conuco donde sembraba y tenía animalitos en la casa con los que se iba remediando. Yo crecí pues, como campesino, y a mucha honra, porque el campesino tiene grandes valores. Allí, en mi pueblo, cuando alguien mataba una res o un cochino, enviaba una parte a los vecinos. Y, si había que levantar una casa, ayudaban todos. Yo sembraba, enlazaba ganao, montaba a caballo. Era un muchacho muy fuerte y, como a la edad de nueve años, era ya un hombre porque papá murió y tuve que ayudar a mamá.

Éramos ocho hermanos y algunos se marcharon y otros se fueron muriendo. Entonces, mamá dijo:

–Bueno, mijo, aquí hemos enterrado a todos. Vámonos, vamos a visitar a los familiares por allí, a ver si alguno quiere recogerlos.

Entonces, yo con ella, recorrimos todo visitando la familia. Yo andaba con mi mamá pa'riba y pa'bajo, como un perrito faldero. Yo era muy obediente. Entonces fue cuando me reclutaron. Primero serví en el cuartel Jacinto Lara de Barquisimeto. Después me trajeron a Caracas, al cuartel San Carlos. Por todo, estuve sirviendo en el ejército catorce años. Eso era cuando el General Gómez, el país tenía cinco millones de habitantes y todo era un atraso, no había escuelas ni hospitales, no se podía hablar contra el Gobierno, a uno lo planeaban por cualquier cosa. En esa época, casi todos éramos analfabetas, apenas sabíamos medio leer y hacer unos borroncitos por allí. La persona instruida era un privilegio. Después de la muerte de Gómez, cuando vino a mandar López Contreras, nos empezaron a dar unas clases a la una de la tarde en el cuartel San Carlos.

Los domingos, el maestro Pedro Elías Gutiérrez nos llevaba a misa a la Iglesia de las Mercedes que quedaba cerca. Íbamos a tambor batiente. Oíamos la misa y salíamos como antes, porque era en latín y no entendíamos nada. Cuando el cura levantaba una cosita blanca, nos hacían una señal y nos hincábamos todos de rodillas. Yo entonces de religión sabía muy poco. Uno nace, lo bautizan y más nada, por pura tradición. Yo oía hablar de Dios en Semana Santa, que entonces no se podía ni cantar ni martillar y si uno se bañaba decían que se convertía en pescado, pero donde yo vivía había una gran devoción a la Virgen de Chiquinquirá, que tenía su santuario en Areque. La Virgen es como un refugio, como una madre.

Un día, me estaba muriendo porque equivocadamente me inyectaron una ampolleta muscular dentro de la vena. Yo ya me moría: estuve nueve meses recluido en el hospital y yo le pedía a la Virgen que me diera la salud. Un día soñé, y en el sueño la vi a ella en un cardenal que se acercaba a mí con una taza como de caldo y decía: "Voy a darle a Abrahán esta taza que lleva nueve meses que no come". Desperté del sueño y me sentí muy alentado. Todo el mundo se quedó maravillado.

Fue entonces cuando comencé a hacer una casa y cuando la hacía, me acordé de la Virgen de Chiquinquirá y se la ofrecí a ella y recé un padrenuestro que era lo único que yo sabía rezar entonces para que aceptara la casa.

Cuando salí del servicio militar, trabajé de ayudante de una camioneta y en el Aseo Urbano. Salíamos de San Agustín como a las once de la noche y llegábamos amaneciendo al Silencio, para ganar nueve bolívares diarios. Entonces, me saqué una muchacha de Barlovento, huérfana de padre y madre, no sabía ni leer ni escribir, pero era una santa mujer, era muy religiosa y muy buena. El Padre Barnola me empezó a catequizar y me decía que me casara, que formara un hogar con la bendición de Dios. Me casé. Esa mujer ha sido una bendición para mí. Ella me ayudó a hacer la casa en el cerro. Cargaba el agua para la mezcla desde la Planicie con una lata en la cabeza y hacía barro y me ayudaba a pegar los adobes. Era muy humilde, ella ha sido una mujer que nunca se ha quejado, ella me compuso con su humildad.

Entonces aparecieron por el barrio los estudiantes universitarios, muchachas y muchachos, con el Padre Vélaz. Ese barrio estaba donde hoy queda el 23 de Enero y sólo se llegaba a pie. Era puro cerro, no había nada. Visitaban casita por casita y hablaban con la gente y les preguntaban de sus problemas. También regalaban ropa y bolsas de comida a los más necesitados. Aunque se les notaba que eran gente de real, eran muy sencillos y nos trataban a todos con mucha amabilidad. Después empezaron con las clases de catecismo. Pronto los niños se encariñaron mucho con ellos y los sábados bajaban a la pata del cerro a esperarlos y subían felices jugándose con ellos. Todavía recuerdo los nombres de algunos: Pepe Blanco, José Antonio Abreu, Carmela Cuahonte, María del Carmen Vargas, Humberto Naim, Haydé Ochoa Antich, Lourdes Salvatierra, que fue la que regaló sus zarcillos para que los rifaran. También había otro, que si no me equivoco, se llamaba José Joaquín Castro, que se la pasaba tomando fotos de los niños y que luego montó una exposición en la Universidad Católica.

A mí, desde el comienzo, me impresionó mucho el P. Vélaz. Era un hombre de Dios. Transmitía bondad y hablaba con tal fuerza que convencía. Uno podía estar horas y horas escuchándole y sin cansarse. Su presencia nos daba esperanza, nos hacía ver que, aunque no teníamos plata, valíamos igual que los demás. Recuerdo que nos decía que cada uno de nosotros o uno de nuestros hijos valía igual que Rockefeller. Yo entonces no sabía quién era ese señor y luego vine a saber que era uno de los hombres más ricos del mundo. Insistía mucho en la familia. Nos aconsejaba que cambiáramos de vida, que dejáramos el aguardiente y los vicios, que no pegáramos a las señoras, que las respetáramos, que ellas no eran inferiores a los hombres, pues Dios nos había hecho a todos iguales. Decía que el hombre debía tener sólo una mujer y no andar regando hijos por ahí. Que la hombría del hombre no estaba en tener muchas mujeres, sino en ser fiel a la esposa y responder por los hijos.

La gente se sentía estimulada de que unos jóvenes universitarios y un curita joven los visitaran en un barrio tan abandonado, donde no había ningún servicio, no había nada.

Y la gente le dijeron:

–Mire, Padre, nosotros aquí tenemos muchísimos problemas; problemas con el agua, con la luz, no los podemos enumerar todos; pero los problemas más graves que aquí tenemos es que por todo esto no hay ni una capilla ni una escuela y los muchachos no tienen dónde estudiar.

Entonces, un día en que habíamos celebrado en mi casa recién terminada la Primera Comunión de un grupo de niños y de niñas, cuando terminó la misa, yo le dije al Padre Vélaz:

–Mire, Padre, yo le ofrezco esta casa que construí con mi mujer. Está a la orden. Ponga usted las maestras y yo le regalo este local.

El Padre estaba como incrédulo y pensaba que tal vez era una broma. Entonces, me dijo:

–Pero es tu casa, la casa de tu mujer y de tus hijos. ¿Dónde van a vivir?

Y yo le respondí:

–Ya nos acomodaremos por allí. Si me la quedo para mí, será la casa de mi mujer y de mis ocho hijos. Pero si la hacemos escuela, será la casa de todos los niños del barrio.

El Padre Vélaz aceptó la casa y yo supe entonces que era la Virgen quien la estaba aceptando. Entonces, sentí una gran alegría de poder colaborar con las cosas de Dios, con el servicio a los demás.

Los muchachos se animaron mucho con el proyecto de empezar la escuelita en mi casa que yo había cedido con todo el cariño del mundo. Para mí fue una alegría muy grande poder participar con esta obra tan buena que querían hacer por los barrios.

Todas las familias del barrio estaban muy de acuerdo con la escuela, se pusieron a la orden, abrieron sus casas, sus corazones. Estaban muy contentos, estaban muy entusiasmados con el proyecto de la escuela. Esos muchachos que venían con el Padre Vélaz eran casi el único contacto que teníamos con el mundo. Entonces, nadie teníamos ni siquiera una radio. La idea de la escuela dio un sentido a sus vidas, una inyección de optimismo, de ganas de vivir, de trabajar, de ver que a sus hijos la educación les abriría las puertas del futuro. Eso los animó mucho, vimos todos una gran esperanza.

Yo no sólo entregué la casa, sino que me entregué yo mismo, me entregué a colaborar y a recibir catecismo. Yo iba los sábados a las clases de catecismo y aprendí a rezar, a conocer a Dios. Cuando prepararon otra Primera Comuni3n para los niños, yo me colé, y así fue que vine a hacerla ya de adulto, de colado. Después vinieron

los bautizos, y los matrimonios de los que vivían en concubinato. Toda una obra de santificación del barrio.

Yo, desde entonces, me siento muy feliz. Yo creo que cuando el hombre se da, es mucho más que dar millones, cosas materiales. Ese corazón ya nunca podrá estar amargado, aun en medio de las penas y las adversidades. Ese corazón está lleno de Dios. A los hombres les hace falta el espíritu de entrega. Uno recibe más cuando da, cuando entrega su vida, que cuando sólo piensa en instalarse. El que sólo se preocupa por amontonar cosas es un hombre por dentro infeliz, está lleno de cadenas. Yo empecé mi verdadera formación cristiana en el catecismo de Fe y Alegría. Después seguí formándome y comencé a ir a retiros espirituales. La fe es una búsqueda continua de Dios que sólo termina con la muerte. Me metí en la Legión de María y me invitaron al diaconado permanente y dije que sí. Allí recibí una gran formación que siguió alimentando mi fe. Yo soy ahora diácono. Como diácono, me fui al barrio Plan de Manzano a dar catecismo, a evangelizar. Me fui con un equipo. El hombre, en las cosas de Dios, como en las cosas humanas, debe trabajar en equipo. Una empresa de un solo hombre, cuando falla el hombre, la empresa muere.

Yo siento a Fe y Alegría como una obra de la Virgen. Yo le ofrecí el rancho que había hecho y ella lo aceptó. Yo rezo el rosario, los quince misterios, todos los días, y cada día pido por Fe y Alegría. Yo le digo: “Virgen Santísima, alégrate porque esa es tu obra”. Y cada día le doy gracias porque pude poner mi granito de arena. Yo hice hace ya tiempo una especie de contrato con la Virgen, porque yo trato a la Virgen como a mi madre. Yo le dije: “Mira, yo voy a trabajar duro en la Legión de María y tú en Fe y Alegría”. Por supuesto, Fe y Alegría salió ganando.

Vuelvo a releer el testimonio de Abrahán y me conmueve. ¡Qué hombre de fe tan profunda! Yo creo que el gesto de Abrahán, que de su pobreza supo darlo todo, me evangelizó mucho más que todos mis estudios de teología. Abrahán me mostró el camino a seguir: si había personas capaces de darlo todo, sí era posible realizar el sueño de llenar



de escuelas los barrios más empobrecidos. Yo iría de corazón en corazón, sembrando sueños y la audacia y el valor para convertirlos en realidades. Levantaríamos con fuerza la bandera de la educación de los más pobres, y muchas personas generosas, en especial las religiosas, mujeres consagradas a Dios en el servicio a los demás, correrían a militar bajo esa bandera de gloria.

10:32 am

He regado apresuradamente el vivero de árboles frutales y he vuelto a mi habitación a seguir ordenando, seleccionando y garabateando papeles. Pensé ir a hablar un rato con el tractorista o con los obreros que están recogiendo la extraordinaria cosecha de tomates, pero no quiero distraerme, pues debo centrarme en armar el esqueleto del libro. Los tomates los enviamos a San Javier y con ellos preparan una excelente salsa. Cuando tengamos alumnos, la harán aquí en los talleres de cocina y de conservas.

El aire huele a humo y el cielo está plomizo y sucio, pues los campesinos están incendiando la sabana para renovar los pastos, ya que muy pronto llegarán las lluvias. Una buena educación acabaría con estos métodos primitivos. Me gustaría visitar pronto el Centro Las Gaviotas de Colombia, donde están incorporando el uso de tecnologías apropiadas para favorecer el desarrollo del campo. Tenemos que poner a trabajar al hermano sol, al hermano viento, a la hermana agua, a favor de los pobres, mediante el desarrollo de la energía solar, eólica e hidráulica.

Pronto van a venir las lluvias; pero en muy pocos días, antes que ellas, llegará una caravana de más de ochenta camiones cargados de piedra picada, para ponerle un piso firme al camino de pura tierra que tenemos. Espero que sea la vanguardia de más de trescientos camiones que me prometió el Gobernador de Barinas. Hace unos días nos visitó en su helicóptero y quedó tan impresionado con nuestro proyecto y todas nuestras realizaciones que no tuvo más remedio que asegurarme la ayuda que le estaba solicitando. De este modo, cuando vengan las lluvias, no quedaremos incomunicados por inmensos fangales como el año pasado, y los alumnos podrán llegar a la escuela sin penosas dificultades.

Ángel ha despresado ya la gallina y está pelando la yuca. Le he dicho que pele bastante, que eche también abundante auyama, que es muy sabrosa, y que no olvide los ajíes, cebolla y pimentones que son los que terminan de darle sabor al sancocho. Por aquí la gente no come verduras, pues dicen que no son vacas para que les guste el monte, pero habrá que enseñarles a comerlas y a balancear mejor su dieta para que mejoren su salud.

Me resulta muy difícil seleccionar, entre tantos, los testimonios o ejemplos de algunas religiosas. En estos momentos me viene a la mente la imagen de la Hermana Linares, de la Congregación de La Presentación de Granada, que inició un colegio en Barinas debajo de unos árboles. Cuando, el primer día de clases, vieron venir a todo aquel muchacherío y las maestras empezaron a preguntarle muy nerviosas “¿Y ahora qué hacemos?”, la Hermana Linares se agigantó sobre su baja estatura y gritó: “A formar todos y a cantar el Himno Nacional”. Esta misma Hermana fundó, entre otros, el Colegio Juan XXIII en Ciudad Ojeda, donde las primeras Hermanas tuvieron que enfrentar el calor zuliano sin una gota de agua y lidiar con verdaderas bandadas de murciélagos que se les metían en las habitaciones. También fue la fundadora del Colegio de La Silsa, en un rancho abandonado que invadió. Para llegar a la escuela, tenían que subir ochocientos escalones, y cuando llovía, se ponía el terreno tan resbaloso que los hombres del barrio subían a las monjitas cargándolas a hombros.

Estoy recordando también a la Hermana Curiel, de las Hermanitas de los Pobres, que inició el Colegio San Judas Tadeo en el Cerro La Cruz en tres ranchos de cartón, sin sanitarios, sin agua, sin pupitres, sin nada. Como el supervisor se empeñó en cerrarlo por la falta de agua, todos los días los alumnos hacían una larga cadena para subir el agua en tobos, mano a mano, desde abajo. Luego, esta misma Hermana fundaría otro colegio en una granja abandonada de Carora, donde ella y sus hermanas tuvieron que lidiar con las culebras, que les aparecían enroscadas en las patas de las mesas e incluso hasta en los platos y las ollas de la cocina.

En mis recuerdos, veo también a la Hermana Castillito, de la Congregación del Santo Ángel, enfrentándose en Maturín a un líder del barrio La Murallita, enemigo de la Iglesia, que no permitía la construcción de la escuela, por pensar que iba a ser para los ricos. Y la veo también, sin hábito, en pantalones y con unas enormes botas de goma, limpiando una quebrada para dar ejemplo a la comunidad que terminó por sumarse a su tarea. ¡Y cómo no recordar a las Hermanas María Paredes y Elvira Fuentes, Carmelitas de Vedruna, a quienes los niños llamaban “las novias de Papá Dios”, que todos los días se trasladaban con sus poncheritas y botellas de agua desde Cagua hasta el barrio El Piñonal de Maracay, haciendo gran parte del trayecto en la ida y en la vuelta a pie, para fundar el Colegio Jacob Pérez Carballo! A ellas les tocó lidiar con vacas, burros y bueyes, pues la escuela estaba en puro monte y no tenía cercas ni paredes.

124 Ciertamente, resulta imposible recoger todos los recuerdos heroicos de tantas religiosas. Toda selección es injusta, porque deja fuera personas con igual o incluso mayor mérito; pero, después de pensarlo mucho, voy a incluir en el libro sólo las voces de la Hermana Teodora, de la Congregación Misioneras de María Inmaculada, más conocidas como Lauritas, y de la Hermana Cleofé, de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazareth. Estas fueron las primeras Congregaciones que brindaron su apoyo decidido a la naciente Fe y Alegría. Espero que en sus voces puedan escucharse las vidas de tantas otras religiosas que se

derramaron generosamente con Fe y Alegría por los barrios y campos de Venezuela.

Yo sigo convencido de que Fe y Alegría sólo fue posible por el temple esforzado y heroico de las religiosas, que supieron dar un sí decidido y rotundo en momentos en que muchos consideraban quijotesco y loco nuestro proyecto de dar buena educación y sin dinero a miles de niños y jóvenes en las barriadas más pobres de Venezuela. Ellas, a base de fe, osadía, generosidad y sacrificio, hicieron el milagro. Muchas religiosas ardían en deseos de vivir más auténticamente el Evangelio al lado de los pobres, y Fe y Alegría se lo posibilitó al ponerlas en el corazón de la miseria.

Las religiosas fueron vanguardia de la iglesia evangelizadora, flor en el pantano, mano fresca en frentes febriles, palabra cariñosa y atenta, sonrisa luminosa y cercana en medio del dolor, presencia sanadora de Jesús en medio de su pueblo más pobre.

Pero más que loas a una labor que todos reconocen, será mejor que deje hablar a la Hermana Laurita Teodora:

El 24 de septiembre de 1956, nos mudamos las primeras cuatro Hermanas a uno de los barrios de Petare, donde Fe y Alegría estaba construyendo un colegio. El carro sólo pudo llegar hasta la Farmacia El Carmen, y de allí tuvimos que caminar cargando nuestras cosas. Más que la extrema pobreza de esos ranchos de tabla y de cartón, o la desnudez silvestre de los niños y el envejecimiento prematuro de las mujeres, me impresionó la fetidez. A la entrada del barrio había un matadero y la sangre corría libremente mezclada con las aguas negras. Avanzábamos sumergiéndonos en un olor nauseabundo que se nos pegaba a las ropas y a la piel como una costra de sucio. Todo el barrio había salido a las puertas de sus ranchos a vernos pasar, y los niños nos miraban entre admiración y miedo, pues era evidente que nunca habían visto unas religiosas con hábitos. Un niño, cubierto de mugre y con el pelo reseco y maltratado, se puso a llorar y se pegó a las piernas de su madre.

–No llores, papito –intentó consolarle la mamá–, que eso no son ningunos fantasmas. Son unas hermanitas que vienen a poner una escuela para que usted y todos sus hermanitos puedan estudiar y así ser alguien en la vida.

Y de pronto, de algún rincón de esa enorme curiosidad llena de cuchicheos y ojos desconcertados, brotó un inusitado aplauso que fue creciendo por todo el barrio y se llenó de miradas risueñas, de palabras cercanas, de “Bienvenidas, hermanitas”, de manos que porfiaban por cargarnos los bultos y ayudarnos a subir. Todo el barrio quería acompañarnos, nos acercaban saludos, sacaban sus mejores palabras de agradecimiento:

–Ustedes, hermanitas, van a ser una bendición para este barrio. ¡Qué gran regalo nos ha hecho Papá Dios –repetía una señora sin dientes y me tocaba y besaba el hábito, se santiguaba, y alzaba los ojos al cielo agradeciendo–.

Ni nuestra casita ni el colegio que empezaría a funcionar en Octubre estaban terminados. Esquivando los montones de arena, bloques, cabillas y granzón, nos instalamos en lo que iba a ser nuestra residencia: un único cuarto que tan sólo tenía cuatro colchones sobre el piso. En la noche tuvimos que sacar a los niños y mandarlos a sus casas para acostarnos sobre los colchones. Tumbadas sobre ellos, empezamos a rezar el rosario, que debimos interrumpir varias veces, pues los niños nos llamaban para preguntarnos qué estábamos haciendo o si necesitábamos algo. Cuando terminamos de rezar, nos despedimos con un “Hasta mañana, hermanas, que duerman bien”, pero todas sabíamos que nos iba a resultar muy difícil dormir por la fetidez y la bulla de la calle. A ratos, nos llegaban pedazos de música y canciones que nunca habíamos escuchado antes, se oían risas y gritos, y allá abajo, el rumor sordo de la ciudad como la respiración de un animal gigantesco.

Por fin, a eso del amanecer, logramos dormir un rato. Como no había agua, una señora nos regaló una olleta para que hiciéramos

un poco de café. La señora del frente, que se llamaba Columba y pronto se hizo muy amiga y colaboradora, nos trajo cuatro arepitas con diablito que nos supieron a gloria. No podíamos bañarnos porque no había agua.

El primer sábado vino el Padre Vélaz y nos dijo:

—Las voy a llevar a Villa Manresa, en Los Chorros, para que conozcan a las Hermanas de Cristo Rey y puedan bañarse en su casa. Un día van unas, otro día otras, y así podrán remediarse. Además de bañarse, podrán lavar su ropa.

La falta de agua era tan absoluta que no teníamos ni para hacer la comida. Nos alimentábamos de pan y pepsi-cola, como lo hacían los obreros de la construcción. Una señora nos informó que a la entrada del barrio vendían agua y compramos un camión por cincuenta bolívares, que en esos días era mucho dinero. Con la ayuda de los niños y personas del barrio, la estuvimos carreando hasta uno de los tanques de la construcción que nos habían limpiado los obreros.

Al día siguiente, después que ya habíamos tomado de esa agua y habíamos cocinado con ella, nos enteramos que, en la noche, los muchachos se habían bañado en el tanque. Nos dio asco, repugnancia y mucha rabia, pero tuvimos que resignarnos y utilizamos el agua para lavar la ropa. Y tuvimos que volver al pan con pepsi-cola. Cuando llovía, todos salían de los ranchos, se bañaban en la lluvia y agarraban agua. Nosotras también agarrábamos, pero fueron muy pocas las veces que llovió.

El 23 de octubre de 1956, y sin tener ni un solo pupitre, comenzamos las clases. Eso fue una locura. Llegaron como novecientos muchachos que andaban corriendo y saltando entre los montones de arena y los materiales de la construcción. La mayoría andaban descalzos o en cotizas, y olían a sucio viejo. No teníamos entonces ni una campana, ni un pito, y era imposible hacernos oír en esa algarabía. Pasó un policía, le pedimos prestado el pito y cuando la

Hermana Eloísa empezó a pitar, todos se metieron los dedos en la boca para hacer lo mismo. No sabíamos si reír o llorar, estábamos desesperadas ante esa ensordecedora pitadera. Se le ocurrió entonces a la Hermana dar palmadas, a ver si con eso se callaban, y todos se pusieron a palmotear. Era algo terrible, como una lluvia muy fuerte. Todo el mundo dando palmadas, no se callaban, gritaban, pitaban... La mayoría eran ya unos muchachones de 16 y 18 años. Sólo unos pocos eran pequeños.

–¡Cállense, hagan silencio! –gritaba desesperada la Hermana Eloísa–. Así no vamos a poder entendernos. Si no se callan, los mando para la casa.

–¡Cállense ya, que se callen, que se callen, la Hermana dice que se callen, hagan caso a la Hermana! –repetían todos y el griterío, en vez de aminorar, crecía sin control.

Por fin, no sé cómo, pero a la media hora logramos meter a los varones en los salones en grupos de treinta. A las muchachas las habíamos mandado a la casa y les dijimos que vinieran en la tarde. Durante todo el primer año, estuvimos trabajando con los varones en la mañana y con las hembras en la tarde. Al año siguiente, hicimos ya los grupos mixtos.

En ese primer día, nos limitamos a organizar a los alumnos. Lo hicimos por edades y por tamaños, pues muchos ignoraban cuántos años tenían. En el primer salón metimos a los niñitos de seis o siete años, y en el último a los grandulones de 18 o más. Ninguno sabía leer. Entre la mañana y la tarde, atendíamos 18 secciones de primer grado de lo más diversas y variopintas.

Con los alumnos sentados en el piso, o sobre bloques de cemento, y unos pocos sobre sillas que traían de sus casas, estuvimos funcionando todo el primer año. Sin embargo, recuerdo ese año como uno de los más felices de mi vida. Vivíamos en la total precariedad, no teníamos nada, nos la pasábamos despiojando a los alumnos o

curándoles la sarna, pero éramos plenamente felices. Trabajábamos mañana, tarde y noche, pues pronto comenzamos unos cursos de alfabetización y de manualidades con los adultos del barrio. Los fines de semana los dedicábamos a visitar familias, a preparar a los niños y jóvenes para el bautismo o la primera comunión, a santificar matrimonios, a preparar y organizar la misa de la semana que venía a decirnos el Padre Vélaz o algún otro padre jesuita. En las tardes del domingo, cuando empezaba a oscurecer, pasábamos alguna película en el patio del colegio. Venían multitudes que pitaban cuando se besaban los protagonistas, reían plenos en las escenas cómicas, lloraban desconsoladamente cuando maltrataban a la chica, y aplaudían y gritaban con entusiasmo cuando “los buenos” perseguían y batían por fin a “los malos”. En los cambios de rollo o cuando se rompía la película, crecían los gritos y la tensión, gesticulaban y se contaban las escenas más impresionantes, hasta que se apagaban otra vez las luces y todos volvían a clavar sus ojos en la magia de esas imágenes que estremecían la pantalla.

El Padre Vélaz nos visitaba mucho, y siempre nos llenaba de ideas y entusiasmo. Hombre incansable, luchador y creativo, enfermó del corazón de tanto luchar y sufrir por Fe y Alegría. Al comienzo, fueron muy pocos los que le apoyaron y creyeron en él. Los del Ministerio de Educación no le hacían caso, y él se la pasaba de aquí para allá, con sus carpetas y recortes de periódicos, exponiendo sus ideas. Iba a los Ministerios, al Congreso, a la radio, a los canales de televisión para exponer sus ideas y pedir apoyo para Fe y Alegría.

11:24 am

Me tiene loco el olor del sancocho, el estómago me cruje por el hambre, pero falta más de media hora para el almuerzo. Releo el relato anterior, y creo que será mejor suprimir el último párrafo, pues puede sonar a autoincensamiento. Por lo general, las religiosas me quieren mucho, y por ello disculpan y pasan por alto mis muchos defectos, aunque algunas de ellas han debido soportarlos y sufrirlos

bastante. Recuerdo ahora en especial a la Madre Cecilia Cross, Superiora General de la Congregación Sagrada Familia de Nazaret, muerta en un absurdo accidente, con la que desde un comienzo sentí una cercanía y afinidad muy especiales, pues compartía mis sueños y el celo por servir a los más pobres. Su Congregación apoyó de un modo decisivo a Fe y Alegría y fueron las fundadoras de varios colegios, todos ellos en el corazón de la miseria. Ente ellos, el de La Línea, en un barranco, sobre las vías del desaparecido ferrocarril de La Guaira. Una osadía increíble de la intrépida Hermana Cleofé.

Casi todos los colegios de Fe y Alegría han crecido para arriba. Son los dueños de las cumbres de los cerros. Allá donde nadie quiere subir, Fe y Alegría remonta las escaleras. Pero hay una escuela que la gente se empeñó en hacerla cerro abajo, sobre la línea del tren: por eso se llamó Colegio La Línea. El ferrocarril unía La Guaira con Caracas, y lo habían construido los presos de Gómez. Cuando con el petróleo llegó a Venezuela la explosión de los carros y las carreteras, esa vía del tren, como muchas otras, fue abandonada.

Allí, con el tesón de la Hermana Cleofé y el trabajo de los propios niños, brotó un hermosísimo colegio de tres pisos:

Empecé a trabajar en Fe y Alegría en el año 59, en el Colegio Madre Cecilia Cross de Altavista. Cuando nos mudamos allí, dormíamos las cuatro Hermanas en la única habitación que teníamos. Uno de los problemas más graves era la falta de agua. La traían en camiones pero se tardaban mucho. Allí estuvimos con dos pipas de agua quince días, que ya tenían hasta larvas.

Fueron tiempos muy duros: los niños sentados en una piedra y, de mesa, una tablita sobre sus rodillas. Eran pobrísimo y pasaban mucha hambre. Cuando yo iba al mercado, agarraba una parte de la compra para nosotras y la otra parte para repartirla por el barrio. Cada semana repartíamos diez o doce bolsas de comida entre los más necesitados. El colegio estaba entre corrientes de aguas negras y era tal la fetidez que yo tenía que ir con un pañuelo empapado en

perfume. Esa experiencia de encontrarme con una pobreza tan extrema me marcó mucho y profundizó mi vocación de religiosa.

Abajo, en el fondo de un barranco, pusimos una escuela en un galpón abierto y abandonado que la gente utilizaba para botar la basura, hacer sus necesidades y que era también guarida de malandros. Todos los días teníamos que empezar recogiendo los excrementos y la basura y, a veces, despertando y botando a los borrachitos.

Un día vino el P. Vélaz y me dijo:

—¿Te sientes con fuerzas como para cercar esos 200 metros de galpón?

Yo le dije que sí. Los niños de segundo grado de Altavista y los niños de primero de La Línea bajaron los primeros mil bloques desde la calle Italia, donde descargaban los camiones, por más de noventa escaleras. Para conseguir gratis esos bloques, el Padre Vélaz montó guardia por ocho días frente a la puerta de una bloquera, hasta que logró que se los dieran. Yo cargaba a cada niño con un bloque, agarraba dos y bajaba rápido para llegar primero y ayudar a descargar a los niños. La operación la iniciamos un jueves y al día siguiente empezamos a construir. Ese domingo tuvimos ya en el galpón la primera misa sin haberlo terminado de cercar.

Eso fue en el año sesenta. Después estuvimos como siete años cargando arena, bloques, cemento para construir, al borde del precipicio, un colegio hermosísimo de tres pisos y lleno de flores. ¡Cuántas carretilladas de arena y de bloques cargué yo! Soy una mujer muy menuda, pero siempre he tenido mucho nervio y mucha fuerza. Casi todo el colegio se construyó con el trabajo de los niños. ¡Y qué felices se veían trabajando por su escuela! Algunos niños hacían hasta cincuenta viajes al día cargados con su bloque por una bajada de cien escaleras y luego un trayecto de varias cuadras. Había un camino más directo, que llamábamos la escalera de Fe y Alegría, pero ese camino era muy peligroso, pues eran como cuatrocientos

peldaños muy empinados de una escalera de hierro. Yo no los dejaba bajar cargados por allí, por miedo a algún accidente, y todo lo bajábamos por el camino más largo, pero mucho más seguro.

Un día vino a visitarnos el P. Vélaz, y vio a un niño muy pequeño que lloraba desconsoladamente. Le preguntó qué le pasaba y el niño respondió:

–Es que no me dejan cargar bloques, no me dejan cargar bloques.

Era tan chiquito, que dos bloques pesaban más que él, y por eso no le permitimos que nos ayudara.

Cuando se acababan los materiales, íbamos a la quebrada a sacar arena, que la carreteábamos en latas. El Padre Vélaz venía, nos animaba y alababa mucho y me daba doscientos bolívares para comprar materiales. Así, a fuerza de sudores y la colaboración de los niños, fuimos levantando en un barranco una escuela bellísima donde llegaron a estudiar hasta quinientos cincuenta alumnos. En ella pusimos también comedor y servicio de odontología, y los domingos era capilla donde teníamos la misa. Yo, además de encargarme de todo, desde la dirección hasta el mantenimiento, era la maestra de tercer grado con 63 alumnos. Había maestras que llegaron a tener hasta 104 alumnos por salón.

Las maestras eran muy buenas y colaboradoras. ¡Qué mujeres tan extraordinarias, qué disposición a colaborar en todo, sin preocuparse por el tiempo ni por la paga! Trabajábamos los sábados, y los domingos venían a la misa, y en la tarde a la película que pasábamos. En tiempos de la rifa, trabajaban el turno de la mañana, y se pasaban las tardes vendiendo boletos por las calles. Y eso que cobraban mucho menos que las maestras de las escuelas oficiales.

Desgraciadamente, el Ministerio mandó cerrar ese colegio por problemas de seguridad. Decían que con el terremoto habían cedido las columnas y que podía venirse abajo.

El Padre Vélaz siempre andaba preocupado por nuestra formación y por la formación de las maestras. A nosotras nos daba muchos retiros espirituales, conferencias y cursos. Una vez, nos llevó a Mérida y nos dio unos cursos de oratoria donde nos ponía a hablar en público sobre un tema que nos daba. Él decía que las religiosas éramos unas líderes, que teníamos que saber de todo y que por ello debíamos estar siempre formándonos. A mí hasta me entusiasmó con ser piloto, pues decía que iba a fundar una serie de escuelas agropecuarias en los llanos y que, para cubrir esas inmensas distancias, necesitaba una avioneta, que esperaba conseguir de Adveniat. Yo me hice muchas ilusiones y soñaba imaginándome haciendo piruetas por el aire. Desgraciadamente, no logró que le donaran la avioneta, y yo me quedé con las ganas de ser monja piloto.

No puedo dejar de resaltar en mi libro dos de las cosas que señala la Hermana Cleofé: el aporte de los laicos, y mi preocupación por la formación del personal de Fe y Alegría.

Si bien he enfatizado el papel fundamental de las religiosas en el nacimiento y consolidación de Fe y Alegría, sería injusto dejar de mencionar la entrega generosa y comprometida de numerosos laicos, en especial maestras, que dieron un sí definitivo e incondicional, a pesar de que se les exigía mucho y se les daba muy poco. Algunas de ellas fueron verdaderas heroínas que dejaron la seguridad de sus puestos en escuelas oficiales o colegios privados bien establecidos, para irse a trabajar en condiciones de total precariedad, a veces en ranchos alquilados en lugares de muy difícil acceso, o incluso debajo de árboles, pues así comenzaron numerosas escuelas. A pesar de que cobraban sueldos significativamente inferiores a los de sus colegas del Ministerio y de que no disfrutaban de seguridad ni de beneficios sociales, trabajaban mañana y tarde seis días a la semana, a veces atendiendo a más de cien alumnos por aula, y encontraban tiempo para pasar películas las tardes del sábado para recabar fondos cobrando un bolívar la entrada.

Por si fuera poco, los domingos regresaban a la escuela para asistir con sus alumnos a la misa y para evangelizar y santificar hogares, pues los

centros de Fe y Alegría desde un comienzo pretendieron ser, además de escuelas, dispensarios médicos, hogares, comedores, cooperativas, centros de alfabetización y de capacitación de adultos, iglesias y lugares de celebración de la vida comunitaria. Maestras y maestros eran los primeros en organizar verbenas, en salir a vender los boletos de la rifa e inventar una extraordinaria variedad de actividades especiales para conseguir recursos. En Cumaná, por ejemplo, organizaban carreras de burros y en Carora peleas de gallos. A pesar de tantos esfuerzos, entrega y generosidad, terminaban cobrando unos sueldos muy inferiores a los de sus colegas de la educación oficial, pues cuando estos recibían unos setecientos bolívares al mes, las maestras de Fe y Alegría sólo cobraban trescientos o cuatrocientos, y ello cuando lográbamos reunir la platica.

De ese nutrido escuadrón de maestras generosas, estoy recordando, entre otras muchas que sin duda se me escapan, a Nidia Borges y Noelia, motores durante muchos años, junto con la Hermana Pilar de La Consolación, del Colegio Rosa Molas de Ciudad Tablitas en Catia; a las maracuchas Olga Atencio y Nola González, trabajando felices, al lado de la Hermana Elba de Santa Ana, en un colegio al pie del basurero, donde todas las mañanas tenían que empezar requisando a los alumnos las navajas; a Nancy Piloto y Clara de Ojeda, fundadoras, junto con las Carmelitas de Vedruna, de Fe y Alegría en Maracay; a Carmen de Mogollón y Teresa Nicolliello, iniciadoras junto con las Hermanitas de Los Pobres de Fe y Alegría en Valencia; a Esther Hernández y Martha Pérez, colaboradoras desde un inicio con las Hermanas de Nazareth que fundaron Fe y Alegría en Punto Fijo; a Lilian Carrasco y Ángela Romero, que iniciaron en una capilla y una herrería el Colegio Andrés Mendoza, en el kilómetro 3 de la carretera del Junquito; a Yolanda de Ledesma, a quien todo el mundo en Maturín conocía como “La Señora Fe y Alegría” por su dedicación y entrega a la fundación y crecimiento de Fe y Alegría en esa ciudad; a Agustina Rangel, a quien sus amigas en Mérida llamaban la Pastora, porque solía llegar con la ropa embarrada desde el Colegio Timoteo Aguirre en San Javier del Valle, viaje que le tocaba hacer a pie o montada en un tractor cargado de papas cuando conseguía que le dieran la cola; a Adela Márquez, raíz de Fe y Alegría

en Cumaná, a quien muchas veces le tocó esconderse en los baños, único lugar con puertas, cuando se escapaban de un matadero cercano unos toros bravos y entraban en la escuela llevándose todo por delante; a Josefina Díaz, fundadora, en pleno monte, de la escuela del Rincón en Puerto La Cruz, en cuyos salones solían dormir los chivos; a Edith González, que dejó su trabajo de chofer de un microbús en la ruta Puerto Ordaz-San Félix, para fundar Fe y Alegría en Vista al Sol.

Me gustaría poder incluir en el libro la voz de alguna de ellas, como he hecho con Abrahán y las religiosas, pero lamentablemente no conservo ningún testimonio o escrito. Sería bien interesante que algún profesor de Fe y Alegría se dedicara a recoger los relatos de los fundadores para que no se pierda la historia corajuda y heroica en estos tiempos fundacionales, de modo que los que vengan después puedan abreviar su vocación en las fuentes ejemplares de tantas personas generosas. Me da mucho miedo que algunos lleguen a Fe y Alegría a sentarse con aire de señorones sabiondos, al banquete de una mesa bien dispuesta, ignorando los sacrificios de los primeros tiempos. Y me da también mucho miedo que Fe y Alegría se aburguese, que olvide sus valores esenciales, que se vaya alejando de la austeridad, el sacrificio y la audacia de atreverse a empezar y crecer de la nada, y empiece a parecerse demasiado a esas instituciones que trabajando para los pobres, copian estilos y modelos de los que explotan a los pobres. ¡Cuántos directivos de muchas ONG se han hecho ricos en nombre de los pobres! Por eso estoy aquí, en el Masparro, sin luz, y a cien kilómetros del teléfono más próximo, para alumbrar con mi ejemplo los caminos que Fe y Alegría debe seguir.

Sería también interminable, y me temo que aburrido, mencionar a los miembros de las Juntas Directivas que se fueron creando en las ciudades más importantes de Venezuela, y a las Damas, tan generosas y siempre dispuestas, de los Comités de Apoyo a Fe y Alegría. Pero no puedo ignorar a los primeros secretarios, Fernando Corral, José Domínguez y Pascual Cerrada, que acogieron con entusiasmo mis sueños y dieron lo mejor de sí para convertirlos en realidades. ¿Y cómo no mencionar a Timoteo Aguirre Pe, el primer mártir de Fe y Alegría?

Timoteo no puede ser tan sólo una mención de pasada en el libro, pues debe convertirse en un faro inspirador para la juventud de Fe y Alegría. En estos tiempos en que los jóvenes están siendo seducidos por modelos vacíos y triviales, sin garra ni temple varonil, Timoteo puede ser un guía luminoso que arrastre a muchos por los caminos de la entrega corajuda. Fe y Alegría debería rescatar su nombre y promover su ejemplo con más fuerza. Necesitamos escuelas forjadoras de carácter, que enseñen a los jóvenes a levantarse del lodazal de su egoísmo y emprender el vuelo atrevido y valiente del servicio desinteresado.

Timoteo Aguirre estudiaba arquitectura en la Universidad de los Andes y era un joven muy amable, simpático y excelente deportista. Practicaba con cierto éxito el boxeo, y jugando fútbol era un defensa central seguro e imbatible. Sus amigos lo recordarían como un tractor en el trabajo y en el estudio, pero a la vez un amigo muy noble y echador de broma.

Su gran pasión eran las montañas. Repetidas veces coronó las Cinco Águilas Blancas de nuestra Cordillera Andina e incluso batió el récord de tiempo en la subida al Pico Bolívar, el más alto de Venezuela. Allí, venciendo la fatiga y el frío, fue templando su voluntad, fue conquistándose a sí mismo, fue renovando una y otra vez su decisión de vivir en serio el cristianismo.

Cuando oyó que Fe y Alegría andaba reclutando voluntarios que se sumaran a la gran cruzada de proporcionar educación de calidad a los más pobres, Timoteo corrió a enrolarse bajo sus banderas. Se hizo miembro del Comité Promotor de Fe y Alegría en Mérida, y dedicó el escaso tiempo que le dejaban los estudios a recabar voluntades y dinero en apoyo a un proyecto que yo acariciaba desde mis tiempos de Rector del Colegio San José, de fundar una Escuela de Turismo Social para los hijos de los campesinos del Valle Grande. Esta escuela, que yo concebí muy próxima a la Casa de Ejercicios Espirituales, les permitiría beneficiarse de las bellezas naturales de uno de los rincones más dulces y hermosos de Venezuela, apropiadísimo para montar pequeñas empresas de turismo social. De este modo, esos campesinos que

olían a humo, a niebla y a boñiga, empezaría a dignificar sus casas y sus vidas. La Escuela se convertiría, como en realidad sucedió, en el motor del desarrollo humano y social del Valle Grande de Mérida.

La noche del 16 de julio de 1964, las calles de Mérida estaban desiertas. Timoteo y un grupo de compañeros aprovechaban la calma nocturna para clavar carteles de promoción de Fe y Alegría. Había comenzado la campaña-rifa anual, y Timoteo estaba empeñado en batir el récord en la venta de boletos, para acelerar esa Escuela de Turismo Social que, por falta de recursos, estaba brotando muy tímida y lentamente en el rincón más paradisíaco del Valle. Trabajando y echando broma, llegaron a la Avenida Urdaneta. De pronto, apareció un carro sin luces que embistió contra la escalera donde estaba encaramado Timoteo, la tumbó y arrastró su cuerpo unos metros. Allí, ensangrentando la acera, quedó Timoteo moribundo. El chofer, posiblemente borracho, se dio a la fuga y nunca supimos quién había sido ese criminal.

Arriba quedó temblando como una bandera el afiche de Fe y Alegría a medio clavar. Abajo, junto al martillo partido en dos, ese torrente de sangre incontenible y la impotencia dolorosa de sus compañeros, que se apresuraron a llevarlo al hospital.

Murió al filo de la media noche, después de haber recibido los santos sacramentos. Tenía reventada la base del pulmón, el riñón, el hígado y el bazo. Además, fractura de la primera vértebra cervical y desgarradura de la tráquea.

Su funeral fue una espontánea y masiva manifestación de dolor e indignación que cubrió las calles de Mérida.

La muerte de Timoteo fructificó en un aluvión de voluntarios a favor de Fe y Alegría. El colegio de El Valle fue creciendo a hombros de muchos que ofrecieron generosamente su tiempo y su trabajo. Su propio padre, el ingeniero Timoteo Aguirre Bilbao, no sólo donó a Fe y Alegría el dinero que había ahorrado durante años para su hijo, sino que obtuvo del Ejecutivo del Estado Mérida y de la Dirección de Obras

Públicas ayuda importante en materiales de construcción y mano de obra para adelantar la escuela de Fe y Alegría.

Pero quien realmente agarró la bandera de Fe y Alegría que había caído de las manos de Timoteo, fue su hermano Julián, estudiante de quinto año de Ingeniería Civil, que hizo el propósito de no aceptar ningún trabajo mientras no estuviera lista la obra iniciada por su hermano. Además, renunció a una apetitosa beca en Estados Unidos que le ofrecía la universidad, así como también la cátedra de hidráulica a su retorno. Julián Aguirre dirigió personalmente y sin cobrar un centavo, durante dos años, la construcción de la escuela. Vigilaba cada detalle, llegaba a hacer hasta cinco y seis viajes de Mérida a El Valle, y era un incansable promotor de todo tipo de campañas para lograr materiales, dinero y trabajadores.

Dos años después de la trágica desaparición de Timoteo, estábamos inaugurando la escuela que habría de llevar el nombre de este joven generoso. Hoy, el Colegio Timoteo Aguirre Pe, que se levanta victorioso frente al Pico Bolívar y se mira eternamente en el espejo de una laguna artificial encantadora, posiblemente el colegio más bello de todos los de Fe y Alegría, testimonia en su profundo silencio el heroísmo y el valor de Timoteo que entregó su vida por Fe y Alegría. Es también una invitación a seguir sus huellas y las de su hermano Julián.

Frente al Colegio, al otro lado de la laguna, la Casa de Ejercicios Espirituales invita a la oración y el recogimiento bajo las miradas siempre frescas y alegres de los 27 jóvenes que murieron cuando el avión se estrelló en el Páramo Las Torres del Estado Trujillo.

2:31 pm

El almuerzo ha estado excelente: un extraordinario sancocho, tajadas de plátano frito y unos buenos pedazos de patilla. Como era día de celebración, fui a mi cuarto y traje unos chocolates y una botella de vino dulce, de las que tengo para celebrar la misa, con la que

brindamos por los futuros treinta años de Fe y Alegría. Por un momento me estremecí, pues se me ocurrió que para mí esa podía ser la última celebración, pero sacudí ese pensamiento funesto como si se tratara de una mosca molesta. Estuvimos compartiendo un buen rato, contando historias y echando broma, y yo me vine a descansar un rato en el chinchorro. Siento que agonizo y que el tiempo fecundo se me escapa. Por mucho que intento distraer a la muerte, no ignoro que está ya en camino, e incluso algunas veces la adivino acechando mis pasos.

Al rato, me vinieron a buscar, porque Tina, la perra, tenía unas espinas clavadas en la barbilla. La pobre lucía un aspecto lamentable y me lanzaba unas miradas de piedad estremecedoras. Le estuvimos sacando las espinas con mucho cuidado y hasta pudimos comprobar que una de ellas le atravesaba la lengua. Parece ser que encontró un puercoespín, lo quiso morder y quedó espinada. Como la vi tan adolorida y tan triste, le regalé parte de la leche que me habían comprado en la mañana. Una vez que comprobé que ya estaba bien, me vine a la habitación para seguir organizando los materiales y garabateando algunos párrafos, tarea en que ando metido desde bien temprano en la mañana.

Desde un comienzo yo concebí a Fe y Alegría como un movimiento de apostolado educativo en el que debían confluír todos los grupos y clases sociales. Para ayudar a muchos era necesario que nos ayudaran muchísimos. La educación nos posibilita ser aliados de Dios en su empeño tenaz de que todos alcancemos la plenitud de hijos. Educar es salvar, es continuar la obra creadora de Dios, es permitirle a cada persona alcanzar su autonomía, hacerse dueño de su vida y de su destino. Educar no es regalar cosas, sino enriquecer definitivamente a las personas para que puedan conquistar por sí mismas sus derechos humanos esenciales. A todos nos conviene tener más y mejor educación y que todos los demás la tengan. Negar la educación al pueblo o dársela de un modo ruin es cometer la más atroz injusticia, porque es vejar, aniquilar y destruir la luz y la fuerza de los entendimientos. Es dejarlos ciegos y paralíticos para siempre. La genuina paz sólo puede afincarse sobre las bases sólidas de la justicia y la dignidad, que son el fruto de una buena educación.

Fe y Alegría estaba llamada a despertar el tesoro oculto en cada persona. Nuestro papel principal consistía en tocar con firmeza y con constancia los corazones, sobre todo de los que se llamaban cristianos, y convocarlos a vivir su fe como servicio a sus hermanos necesitados. Ser cristiano y no dar generosamente es como llamarse manantial y no tener agua. El Hijo de Dios llamó feliz y bienaventurado al que da y le prometió el triunfo definitivo y eterno. Nuestras clases dirigentes y empresariales tenían que aprender a dar y a dar en medida salvadora, y a Fe y Alegría le tocaba la difícil y fecunda tarea de salvarlas, enseñándoles a dar. Cada uno aportaría según sus posibilidades y según el tamaño de su generosidad. Unos nos darían sus consejos, sus contactos e influencias, alguna ayuda puntual o más constante; otros su tiempo o su trabajo; algunos su apoyo entusiasta e incluso habría quien, como Timoteo, que nos entregara su vida. Y así fue: de todas partes empezaron a surgir señoras bondadosas, profesionales comprometidos, voluntarios anónimos, empresarios conscientes de sus deberes sociales.

Yo siempre he creído que los empresarios tienen una gran responsabilidad en la superación de la pobreza y he considerado la inversión en educación la más rentable de todas. El dinero invertido en educación se convierte en personas más capacitadas, más responsables y productivas, en mejores esposos y esposas, mejores padres, mejores hijos, mejores ciudadanos. Educar es rescatar del acoso de la violencia, sembrar humanismo responsable.

A los empresarios les gusta conocer qué se ha hecho con el dinero que han dado, y una administración transparente y la austeridad en la utilización de los recursos se traducen en un elemento multiplicador de las donaciones. De hecho, el segundo colegio de Fe y Alegría, el Rosa María Molas, que brotó también en Catia, en Ciudad Tablitas, así llamada porque los ranchos y casitas estaban construidas con tablitas de cajas de embalaje, fue posible por un generoso donativo de un empresario. Este mismo empresario donó otra buena cantidad para la construcción del Colegio de Petare cuando le mostramos todo lo que habíamos hecho con su primer donativo.

Para sostener y acrecentar ese movimiento educativo popular, que empezaba a extenderse vigorosamente por los barrios de Caracas y muy pronto de toda Venezuela, los primeros colaboradores y yo organizamos en diversas ciudades de Venezuela, Juntas Directivas, Oficinas de Promoción y Relaciones Públicas, y Comités de Damas Católicas que se encargaron de buscar recursos y convocar las buenas voluntades de muchos. De este modo, Fe y Alegría comenzó a crecer y extenderse por todo el país a hombros de muchas personas generosas. Sus escuelas brotaban imposibles debajo de una mata, en ranchos alquilados, en galpones que crecían sobre precipicios y quebradas, al lado de basureros y corrientes de aguas negras, en cumbres de cerros inhóspitos, en esos lugares que nadie ambicionaba, “donde termina el asfalto”, “donde no gotea el agua”, “donde la ciudad pierde su nombre y su rostro humano”, como decíamos en las campañas de promoción de esos primeros años.

Así fue como llegamos al milagro de seis mil alumnos sin tener una oficina y sin siquiera teléfono. Para 1963, teníamos ya casi veinte mil alumnos, y Fe y Alegría estaba presente en 17 ciudades de Venezuela. Dos años después, en 1965, a los diez años de haber nacido, y sin contar con subvenciones o ayudas del Estado, Fe y Alegría podía exhibir la increíble hazaña de tener en Venezuela 52 colegios, veinte de ellos en Caracas, y de haber saltado las fronteras para sembrarse en Ecuador y Panamá.

Para mantener y extender esta cruzada educativa, tuvimos que demostrar una increíble creatividad y audacia. Pronto comprendimos que una visita, algunas cartas y llamadas telefónicas servían muy poco; pero miles de visitas, muchos miles de cartas y llamadas telefónicas nos traerían ríos de colaboradores. Además de la rifa, que pronto se convirtió en un gran medio de promoción y en fuente importante de recursos, organizamos carreras de carros y caballos, verbenas, bailes, desfiles de modas, té-canastas, cenas con empresarios, corazonazos o recogidas de plata con potes por las calles, exposiciones de fotografías aprovechando la sensibilidad y el arte de J.J. Castro, un fotógrafo extraordinario, que supo captar como nadie la inocencia y la esperanza que reflejaban los rostros de los niños de los barrios.



En estos momentos, recuerdo cómo tuvimos que mover cielo y tierra para montar con el apoyo del ejército y de numerosos artistas

de la televisión un monumental Auto Sacramental “La rueda del tiempo” en la Urbanización Prados del Este, que por aquellos días estaba todavía en construcción. En él intervinieron cientos de jinetes y fue un éxito total, el acontecimiento más grandioso que había presenciado Caracas. En mayo de 1958, logramos que la Orquesta Sinfónica de Nueva York realizara en Caracas un concierto a beneficio de Fe y Alegría, y a finales de ese mismo año, nos brindaron gratuitamente un día completo de verbena infantil en el Coney Island.

Todo era poco para responder a las necesidades siempre crecientes de nuestra expansión. Si había millones de niños y de jóvenes sin educación, necesitábamos esfuerzos supermillonarios para brindársela. Nuestros sueños y nuestra imaginación para hacerlos realidad tuvieron que volar al unísono: además de todo lo ya recordado, montamos pronto un plan de becas donde invitábamos a las personas o empresas a apadrinar y costear la educación de uno o varios niños, y recurrimos también enseguida a solicitar la ayuda de organismos internacionales como Misereor, Charitas o el Cuerpo de Paz. Las personas que enviaban para constatar la veracidad de nuestras afirmaciones y de unos números que juzgaban imposibles, se convirtieron en nuestros mejores aliados, pues regresaban a sus países impactados por la osadía y eficacia de nuestros proyectos y realizaciones.

Los medios de comunicación fueron nuestros aliados. Yo buscaba con afán que me entrevistara la gran prensa o que hicieran algún buen re-

portaje sobre Fe y Alegría, y especialmente me hacía invitar por los canales de televisión, pues muy pronto descubrí el increíble poder e impacto que tenían en el público. Salir en televisión era como reafirmar la existencia de un modo muy especial. La televisión nos permitía entrar en infinidad de casas y oficinas y llevar a todos los rincones del país nuestra propuesta educativa. ¿Cómo no recordar con especial cariño y agradecimiento a Renny Ottolina, Pancho “Pepe” Cróquer, Musiú La Cavalerie, Marcel Granier o Amador Bendayán, siempre tan dispuestos a apoyarnos y a poner a nuestra disposición sus programas?

Espero que Fe y Alegría se atreva a incursionar con coraje en este apasionante mundo de la televisión y aproveche sus potencialidades para multiplicar su empeño educativo, como ya lo está haciendo, a mi modo de ver todavía tímidamente, con sus emisoras de radio. ¡Cómo me gustaría tener veinte o treinta años menos para emprender el proyecto de montar una red de televisoras educativas por América! ¡Es triste tener que morir cuando vislumbro la explosión de una increíble revolución tecnológica, que va a tumbar las fronteras y distancias en el mundo!

Por supuesto, desde un comienzo tocamos con firmeza y con constancia las puertas de los organismos del Estado, intentando que comprendieran que no estábamos mendigando ayuda, sino exigiendo el cumplimiento de los derechos de los niños y jóvenes de Venezuela. Fe y Alegría era sólo una aliada que les estaba ayudando a cumplir con su deber de brindar educación al pueblo más empobrecido. Con Pérez Jiménez, a quien nunca le importó la educación del pueblo, no conseguimos nada. A su caída en 1958, logramos ser incluidos en el Plan de Emergencia de la Junta de Gobierno presidida por el Contraalmirante Wolfgang Larrazábal, que nos brindó una ayuda de 300.000 Bs., con la que pudimos adelantar la construcción del Colegio de Barrio Unión en Petare, que llegó a tener 2.400 alumnos, un centro recreativo y un dispensario médico gratuito. Después, con los adecos, nos fue muy mal, sobre todo al comienzo.

Los primeros años de la democracia fueron muy difíciles. Los grupos de ultraizquierda, deslumbrados por la gesta guerrillera de Fidel Castro, querían imponer por las armas una revolución a la cubana. Muchos jóvenes idealistas se fueron a la montaña para combatir con las armas al gobierno del Presidente Rómulo Betancourt, que, según decían, había traicionado las esperanzas y el fervor popular del 23 de enero de 1958. Hubo fuertes motines populares, enfrentamientos armados, conatos de golpes de estado, atentados, y Betancourt suspendió las garantías, intervino los liceos y allanó con tanques la Universidad Central de Venezuela donde se había atrincherado un buen número de estudiantes procastristas armados.

Frente a la revolución violenta de las armas, yo defendí con todo mi vigor, como lo he hecho a lo largo de toda mi vida, la revolución lenta y pacífica de la promoción de las inteligencias y de los corazones por medio de la educación. La educación popular integral es la revolución auténticamente creadora, capaz de resucitar las energías latentes en cada persona. Siempre he estado convencido de que no es ni será posible la convivencia ni el genuino desarrollo humano con un pueblo ignorante y viviendo en la miseria. La pobreza y la marginalidad son excelentes caldos de cultivo de la violencia. Un pueblo ignorante será siempre presa fácil de caudillos y aventureros que utilizarán su miseria para incubar en ellos el odio y la destrucción, y alimentar de este modo sus ansias desmedidas de poder. La educación era y sigue siendo el mejor freno a las revoluciones del odio y de la muerte. Si no éramos capaces de emprender la revolución pacífica del servicio educativo y del amor, llegaría inevitablemente la revolución de la violencia que ensangrentaría nuestras ciudades y pueblos y dejaría una herida muy profunda y difícil de sanar en el corazón de la Patria.

En esos días yo sufrí mucho. No podía entender la miopía de adecos tan connotados como Luis Beltrán Prieto Figueroa, empeñado en transformar la educación y extenderla por todos los rincones de Venezuela, pero incapaz de reconocer el valioso aporte de la educación católica y en especial de la educación católica popular de Fe y Alegría. Su propuesta de Estado Docente que pretendía dejar en manos del Estado

el monopolio de toda la educación, me pareció dictatorial, inhumana e incluso estúpida, pues los problemas educativos eran, y siguen siendo, tan grandes, que los esfuerzos debían orientarse a sumar y no a restar los aportes de todos los dispuestos a colaborar en llevar buena educación a todos los niños y jóvenes de Venezuela. Y combatí la ideología del Estado Docente con todo vigor desde la trinchera del periódico La Religión, en el que publiqué en el mes de noviembre de 1960, una serie de artículos ocultándome en el seudónimo de Jorge Correa.

El otro día, revisando en Mérida varias carpetas de papeles viejos, me encontré con varios de estos artículos que casi me hicieron sonrojar por la virulencia de mis palabras. Me los traje con la idea de incluir algunos párrafos en mi libro, pero no estoy seguro de si será o no conveniente. Aquí tengo uno de esos artículos que, aunque sigo estando de acuerdo en lo esencial, ciertamente hoy no lo escribiría así, y que por ello, será mejor que no aparezca en mi libro:

No podemos permitir que el Ministerio de Educación trate de transformarse, mediante una acción fidelista, en el Ministerio de Pensamiento, para dirigir, podar, mutilar y censurar el libre pensamiento en Venezuela. Este Ministerio respondería al principio comunista de que sólo el Estado puede pensar y expresar su pensamiento. El Estado Docente se considera dueño de la vida de los ciudadanos. Pero no solamente dueño de la vida biológica, sino lo que es más bestial, dueño de la vida inteligente y de la vida espiritual de la nación entera. Jamás reconoceremos al Estado el poder de darnos permiso para pensar.

Ha llegado la hora de que ante la invasión creciente de los derechos humanos que realiza el Ministerio de Educación, los padres de familia de Venezuela se asocien para la defensa de sus derechos. En un país donde sus ciudadanos prefirieran morir antes que tolerar la opresión de un Ministerio de Pensamiento, la ciudadanía habría demostrado que tiene dignidad humana y valor cívico.

Hace poco, en una reunión política de izquierda, ante un grupo de universitarios, un dirigente recomendaba un poco de habilidad a los jóvenes. Les decía: "No podemos por el momento suprimir los colegios de los curas. Esto nos ocasionaría un problema difícil e innecesario. Pero tengan presente que, cuando nuestro partido haya consolidado sus posiciones, no quedará un solo colegio fuera del control absoluto del Estado". Imponernos esa escuela única oficial, órgano fiel del pensamiento del Estado, debe ser la última derrota que podemos permitir los católicos venezolanos. Antes deberíamos preferir que el Ministerio de Educación incendiara todas nuestras iglesias, pisoteara todos nuestros cristos y fusilara a todos nuestros sacerdotes, que tolerar que el Ministerio de Indocctrinación Nacional nos robe nuestras escuelas y el modo de enseñar como lo creamos conveniente.

Fueron, en verdad, días muy difíciles, en que tuvimos que defender con tesón nuestros proyectos y exponer una y otra vez nuestras intenciones salvadoras, que muchos no terminaban de creer. Fe y Alegría había comenzado a construir un colegio en el barrio El Manzanillo, al sur de Maracaibo. A los líderes del barrio, fuertemente ideologizados con ideas de ultraizquierda, no les cabía en la cabeza que se estuviera construyendo un colegio católico gratuito para los niños y jóvenes pobres del barrio. Estaban convencidos de que los dueños del colegio decían esa mentira para apropiarse de un buen pedazo de terreno y que, cuando estuviera el colegio listo, le pondrían una buena cerca y traerían en buses a los hijos de las familias ricas de Maracaibo. Acusaban al Dr. Arreaza y al P. Pascasio Arriortúa, del Colegio Gonzaga, promotores de Fe y Alegría en El Manzanillo, de fascistas y multimillonarios, aliados a la burguesía criminal y chupasangre de la ciudad. Un día, un grupo de personas, enardecidas por una arenga virulenta de uno de los líderes del barrio, destruyó e incendió el colegio que todavía estaba en construcción.

Nunca los problemas y las dificultades, por graves que sean, nos han achantado. Por ello, Fe y Alegría no desistió de su decisión de sembrarse en Maracaibo e inició sus labores en una escuela que construyó

junto al basurero, en el Barrio Altos de Jalisco, en el otro extremo de la ciudad. Para calmar los ánimos de las gentes del Manzanillo y explicarles bien lo que en realidad era y pretendía Fe y Alegría, llegaron al barrio unas Hermanas Lauritas que comenzaron a visitar los ranchitos, a hablar con las personas, y de este modo lograron neutralizar a los líderes más radicales y anticlericales del barrio. Y así, levantándose de sus cenizas, el 18 de marzo de 1962, el nuevo colegio de Fe y Alegría abrió sus puertas a los niños del Manzanillo.

Problemas semejantes tuvimos que enfrentar en el barrio La Murallita de Maturín, donde en varias oportunidades la gente destruía en la noche lo que se construía en el día, hasta que la comunidad, y debido a la labor tesonera de las Hermanas del Santo Ángel, terminó por creer que ese colegio iba a ser para sus hijos pobres.

Muy temeroso de que se impusiera en Venezuela un gobierno comunista, al estilo de la Unión Soviética y de los países martirizados de Europa Oriental, me convencí pronto de que la salvación del pueblo debía venir del propio pueblo. O nos salvábamos todos, o no habría salvación para ninguno. La fe, si verdadera, debía convertirse en compromiso por la justicia. Un país y un continente cristianos con grandes masas viviendo en la miseria, suponía una evidente contradicción, lo que hablaba de la tibieza y raquitismo de la fe. Era urgente que los cristianos demostráramos con hechos que éramos los mejores ciudadanos y que nos dolía la situación de nuestros hermanos marginados y, como buenos samaritanos, estábamos dispuestos a acudir a remediarla. Por ello, ya en 1961, lancé el Proyecto San Pueblo que lo concebí como una Organización Latinoamericana de Acción Comunitaria.

San Pueblo pretendía ser un movimiento cristiano con fuerte vocación social para salvar al Pueblo. Si los cristianos no nos comprometíamos a fondo en combatir la injusticia y luchar contra la miseria, estábamos abonando el campo al extremismo de la izquierda violenta. La miseria seguiría atizando los discursos incendiarios de los que, en nombre de la libertad, querían imponernos un sistema de opresión. Sólo la revolución cristiana del amor podría detener el avance de las

ideas comunistas. Necesitábamos ser un Pueblo de Libertadores y ese sería San Pueblo. Los privilegiados y ricos debían acudir con decisión a remediar el hambre y la miseria de sus hermanos más pobres. Si no lo hacían, estaban abonando el terreno a la revolución sangrienta del odio. Un cristiano no podía pasar al lado de su hermano golpeado y herido sin detenerse a ayudarlo. La fe que nos pedía Jesús era el servicio desinteresado a los más necesitados. Si San Pueblo crecía grande y fuerte, alcanzaríamos la paz social. Si no, nos despeñaríamos todos por el abismo de la destrucción, del odio y de la muerte.

Recuerdo que, para fomentar el compromiso y fortalecer la identidad de los miembros de San Pueblo, hasta compuse una oración que debe andar por aquí, entre todos estos papeles que me traje de Mérida, como posibles insumos para el libro. Sí, aquí está:

Señor, yo soy miembro de tu pueblo, de ese pueblo cristiano que tú quieres que sea santo. Señor, yo soy pecador, muchas veces he desoído tu llamada. Muchas veces he caminado por la senda de la indiferencia y del rencor. Muchas veces he faltado a mi deber. Señor, estoy profundamente arrepentido. Por eso, conociendo mi debilidad, levanto a ti los ojos, para que me des fortaleza y generosidad. Señor, haz que cumpla tu divino mandato de amarte a ti y a mis hermanos con todo mi corazón. Señor, que yo ponga todas mis fuerzas en ser un cristiano compasivo con los demás.

Señor, que yo les preste ayuda a mis hermanos pobres como yo. Señor, que yo goce y haga gozar a los demás la alegría de la hermandad de todos los hombres, respetándose y apoyándose mutuamente en todas las cosas.

Señor, que yo ame el progreso de mis conciudadanos y que yo luche con todas mis fuerzas para que todo el pueblo cristiano forme familias bien constituidas, para que gane sueldos justos, para que tenga una casa digna y una alimentación completa, para que viva en calles y pueblos urbanizados, para que disfrute de la escuela y de la cultura, para que goce de diversiones sanas, para que esté

protegido contra el paro, la vejez y la enfermedad, para que sea todo un pueblo consciente, artesano de su propio progreso, de su libertad y de su alegría. Señor, haz que mi trabajo y mi sacrificio sirvan para lograr un pueblo mejor. Señor, haz que yo forme parte de ese pueblo santo.

Señor, haz que nuestro pueblo, por la adquisición de la virtud suprema de la caridad y del amor, sea pronto San Pueblo.

Hoy, cuando sigo más convencido que nunca de que muchos supuestos cristianos viven su fe de espaldas a la justicia, y he recordado las dificultades que tuvimos que enfrentar hace ya casi 30 años, para llegar a algunos lugares de Venezuela, me resulta más fácil entender la sorpresa e incredulidad de algunos ante las propuestas de Fe y Alegría. La educación católica se asociaba entonces exclusivamente a colegios de ricos. ¿Cómo iba a ser posible que los que vivían en ranchos miserables estudiaran en colegios privados de curas y monjas sin pagar nada? Eso resultaba inconcebible, y por eso debía ser mentira. Sólo la evidencia de los hechos disipó los temores y dudas de las gentes de los barrios, y les llevó a comprender que su Diosito Bueno, su Papá Dios, se estaba acercando a ellos en el corazón de Fe y Alegría que resplandecía en cada colegio como una bandera de Amor.

Y hasta hoy, cuando los años y los golpes han aplacado en gran parte mi vigor guerrero, puedo entender y por supuesto perdonar la virulencia de Luís Beltrán Prieto Figueroa contra Fe y Alegría, que tanto me hizo sufrir en aquellos días. El 27 de abril de 1964, hubo una sesión muy tormentosa en la Cámara del Senado, y Prieto Figueroa, Presidente del Senado, se negó rotundamente a que se discutiera la solicitud de ayuda económica para Fe y Alegría que había presentado el senador copeyano Lorenzo Fernández. Unos días más tarde, el mismo Prieto se opuso con la misma terquedad a que se votara un acuerdo de reconocimiento a Fe y Alegría, que sin recursos y a base de sacrificio, creatividad y coraje, estaba educando a miles de alumnos en los barrios más pobres de Venezuela.

Estos hechos, la serie de dificultades y problemas que tuvimos que enfrentar y sobre todo la actitud de Monseñor Feo, Obispo de San Cristóbal, que no me permitió hablar al clero de su diócesis sobre Fe y Alegría, lo que equivalía a negarnos la entrada en El Táchira, me descorazonaron por completo, y lo digo con total realismo, pues en octubre del 64, sufrí un infarto que me llevó a las puertas de la muerte. Tenía entonces 54 años, y me asusté mucho, pues no ignoraba que había sobrepasado con creces la meta de mi padre y de mi abuelo que murieron a los 41 de un infarto fulminante. Estuve un mes recuperándome en la enfermería de nuestro noviciado de Los Teques, y Dios quiso que me sobrepusiera a ese golpe, como lo he hecho a otros posteriores. En noviembre del año siguiente, creí que iba a caer muerto en la calle Colmena de Lima. Acababa de tener una reunión en el hotel Crillon con los miembros del Club de Leones para solicitarles su apoyo para la fundación de Fe y Alegría en Perú, cuando sentí que me ahogaba y que mi corazón estaba a punto de estallar. Afortunadamente, iba acompañado de Ignacio Marquínez que fue mi bastón, mi auxilio y mi consuelo en esos momentos tan difíciles.

¿Pero, cuándo llegará el golpe definitivo? Intuyo que no puede tardar, aunque sigo pidiéndole a Dios que me alargue un poco más la vida para ver si dejo terminado este proyecto del Masparro. Me temo que si Dios me concede este regalo, estaré emprendiendo otro proyecto y tampoco querré morir. ¿Por qué me cuesta tanto aceptar la muerte si la fe me asegura que el morir es un nacimiento a una vida más plena y más feliz? Me imagino que el cielo no será un lugar de mera contemplación, sino que se nos permitirá expresar nuestra creatividad y ejecutar los más atrevidos sueños y proyectos. Sí, eso debe ser el cielo, un compartir con Dios su infinito poder creador. A lo mejor me envía a un planeta de una lejanísima galaxia a fundar en él a Fe y Alegría.

Debo reconocer que, aunque combatí las ideas de Prieto con fuerza, considero que es uno de los venezolanos que más ha trabajado por mejorar la educación, por llevarla a todos los rincones del país y por dignificar la labor de los maestros. Lástima que su visceral anticlericalismo le impidió valorar nuestros aportes y vernos como aliados. Como

buen político, Betancourt comprendió pronto que las posturas anticlericales de Prieto sólo favorecerían enfrentamientos inútiles, nada productivos, y se fue alejando de él, del mismo modo que se había ido alejando de la simpatía por el comunismo de su juventud. De hecho, Betancourt se opuso a que Prieto fuera el candidato presidencial de Acción Democrática e impuso a Gonzalo Barrios, un hombre mucho más flexible y conciliador, pero mucho menos carismático. Esto hizo que Prieto abandonara Acción Democrática y fundara el Movimiento Electoral del Pueblo, lo que, de rebote, posibilitó el triunfo de Caldera, en el que los católicos habíamos puesto tantas esperanzas que muy pronto se fueron desvaneciendo.

Hoy, me inclino a pensar que el radical anticlericalismo de Prieto se debió en parte al hecho innegable de que la Iglesia estaba demasiado inclinada del lado de los ricos. Todavía el Concilio Vaticano no había comenzado a dar sus frutos, y la Iglesia seguía muy encerrada en sí misma, más preocupada por mantener sus privilegios que por defender los derechos del pueblo pobre. La bandera de Prieto de educación de las masas chocaba de frente con la bandera de la Iglesia de educación de las élites.

La bandera de Prieto era también mi bandera, pero nuestra voz era todavía débil y marginal en la Iglesia Venezolana. ¡Cuánto me hubiera gustado aunar nuestros esfuerzos en procura de una buena educación para todos! Estoy seguro de que, si Prieto conociera a fondo nuestra propuesta de Educación Popular que opta radicalmente por los más pobres y marginados para que se constituyan en sujetos de sus vidas y de la transformación de la sociedad, mitigaría en gran parte su abierta hostilidad. Las circunstancias históricas nos llevaron a enfrentarnos cuando hubiera sido maravilloso ser aliados. ¡Cómo me gustaría tener una larga conversa con él! Una charla desapasionada, de dos viejos –creo que él es unos años mayor que yo–, que comparten sus historias, sueños, recelos y temores, donde pudiéramos hablar con libertad sobre la educación y analizar su propuesta del Estado Docente.

Siempre he pensado que, si bien el Estado debe garantizar el derecho a la educación a todos los niños y jóvenes de Venezuela, eso no significa que él deba ser el único gestor y ejecutor de las políticas educativas. Repito que esto lo considero una actitud dictatorial inaceptable. Más bien, el Estado debería apoyar sin titubeos a todos los que estamos dispuestos a colaborar para que se cumplan los derechos de todos, especialmente de los más pobres, a recibir buena educación.

Tampoco puede el Estado utilizar la educación para imponer una determinada ideología o para favorecer el clientelismo político. Son las familias las que deben decidir la educación que quieren para sus hijos, como lo deja bien claro la Declaración Universal de los Derechos del Hombre: “Los padres de familia tienen por prioridad el derecho de elegir la clase de educación para sus hijos”. Algunos de los críticos más furibundos de la educación privada están privatizando de hecho la educación pública en su propio beneficio, o el de sus partidos. El Estado no es el dueño de los recursos ni del presupuesto de educación, sino un mero administrador, y la sociedad tiene el deber de controlar al Estado y velar para que esos recursos alcancen a todos los alumnos en igualdad de condiciones.

Nunca podré entender ni aceptar que el Estado castigue y discrimine a los alumnos pobres negándoles todo tipo de ayuda por preferir estudiar en Fe y Alegría. ¿Acaso son menos venezolanos que los otros? Los personeros del Gobierno deben entender, de una vez por todas, que no estamos defendiendo los derechos de la Iglesia, como ellos piensan, sino los derechos de los niños y de sus padres a recibir la educación que prefieran. Ellos son ciudadanos de un país que los declara constitucionalmente iguales, pero de hecho los segrega en el reparto de los bienes del presupuesto. Un niño negro sudafricano recibe mucha mayor ayuda económica del poder blanco segregacionista de su país que un niño venezolano por parte de su propio y democrático Ministerio de Educación, si este niño pertenece a la raza de los hombres libres que han escogido para sus hijos una escuela de Fe y Alegría o una escuela privada.

Si no sabemos defender el derecho de millones de niños pobres a recibir su cuota justa del presupuesto nacional, si no sabemos alentar a los que con el sacrificio de su vida quieren educarlos, si no sabemos reclamar para ellos una subvención que, dando mejores servicios educativos, ahorra cientos o miles de millones al erario público, es que una profunda frialdad en la fe y en la caridad nos está dominando y amordazando.

El tema de la Justicia Educativa me enardece, y a pesar de que tengo por aquí todo un montón de papeles y documentos que testimonian mis esfuerzos y mis luchas permanentes, es donde menos triunfos he cosechado, pues siempre me he estrellado contra el muro de una burocracia estéril, muy soberbia e inoperante, completamente sorda ante mis desgarrados clamores en pro de la educación del pueblo. Mis esfuerzos, bravuras y peleas han logrado éxitos muy magros. A pesar de sus logros heroicos y de su comprobada fidelidad al pueblo más empobrecido durante ya 30 largos años, Fe y Alegría continua siendo maltratada.

Puedo dar fe de cientos de horas gastadas en las antecámaras de los Ministerios de Educación para, después de tediosas y muy largas esperas, recibir apresuradamente meras palabras de apoyo. Por ello, pronto me convencí de que debíamos crecer sin descanso, porque nuestra fuerza sería del tamaño de nuestros números. Crecer siempre, no por crecer, sino para hacernos oír. Sólo si somos muchos y rugimos a coro exigiendo nuestros derechos, nos harán caso. Sólo cuando comprueben que nuestra fuerza puede traducirse en un torrente de votos, terminarán por atender nuestros justos reclamos. Los políticos ejecutan las obras no para responder a las necesidades de la gente, sino en cuanto puedan traducirse en cantidades de votos. La supuesta vocación de servicio al pueblo, que tanto vocean, oculta las intenciones descaradas de servirse del pueblo.

En 1971, yo andaba por Centroamérica, en concreto en El Salvador, a donde había viajado con la intención de adelantar el proyecto de fundar allí Fe y Alegría. A los pocos días, me informaron desde Caracas que el presidente Rafael Caldera había decretado un aumento general de sueldos a los educadores. Este decreto podía suponer la muerte de Fe y Alegría, y también de algunas escuelas parroquiales, pues era eviden-

te que no teníamos la más mínima posibilidad de cumplir dicho decreto. De inmediato, regresé a Venezuela y traté de convencer a los miembros de la Asociación Venezolana de Educación Católica, AVEC, que este decreto era una extraordinaria oportunidad para que la Iglesia saliera en defensa de la educación católica popular, y empezara a borrar esa imagen que la identificaba con colegios de ricos. Para ello, la AVEC debía ser la punta de lanza de una osada campaña de la Iglesia Católica para que el gobierno cubriera en los colegios católicos populares los aumentos que había decretado. De no hacerlo, muchos tendríamos que cerrar las puertas. No era posible que Rafael Caldera, que se había mostrado siempre como un decidido defensor de la educación católica, terminara asfixiando y matando a Fe y Alegría. Él no se echaría a los hombros una irresponsabilidad tan grande y tan anticristiana.

Combatí con fuerza los titubeos y miedos de los pusilánimes y cobardes que con la excusa de que “hay que esperar” o “no es conveniente salir a la luz pública con acciones que nos pueden más bien perjudicar”, impiden que la justicia avance y frenan las conquistas populares. Afortunadamente, cada vez más personas se sumaron a nuestra cruzada por considerar muy justos nuestros reclamos. El propio Cardenal José Humberto Quintero se puso al frente de la batalla en defensa de la educación católica popular y se reunió con los dirigentes de todos los partidos políticos más importantes para recabar su apoyo en el Congreso. Todos estuvieron de acuerdo en que era justa la exigencia de que el Gobierno cubriera la diferencia del aumento que había decretado. De este modo, y después de 16 años de solicitudes y reclamos que, por lo general, sólo habían conseguido buenas palabras, Fe y Alegría recibía el primer subsidio oficial para completar el sueldo de sus docentes. Esta primera ayuda, sin embargo, resultaba muy escasa, pues apenas alcanzaba a cubrir el veinte por ciento del gasto educativo. Posteriormente, el propio Caldera mejoró ligeramente la subvención, y con Carlos Andrés Pérez alcanzó mayores vuelos. Luis Herrera nos ayudó también permitiendo que varios de nuestros docentes pasaran a pago directo, es decir, como empleados públicos del Ministerio de Educación, pero dependiendo en todo de la administración y directrices de Fe y Alegría.

Son pasos, aunque todavía tímidos, que nos indican el camino a seguir. Nos queda por delante una lucha muy dura y esforzada por la Justicia Educativa. Pero no descansaremos hasta que se reconozcan nuestros derechos y el Estado nos equipare en todo con los educadores oficiales.

6:32 pm

A media tarde me vinieron a avisar que se había apagado el mechero que hace funcionar el enfriador de kerosén, lo que indica que no vamos a tener agua fría ni podemos conservar los alimentos. Le dije a Ángel que fuera a Libertad a comprar hielo y que mañana muy temprano salga a Mérida a buscar al Sordo Aguirre, que es práctico en este tipo de aparatos, para que lo traiga y nos arregle el enfriador. Aguirre es sordo como una tapia y yo logro entenderme con él escribiéndole en un papel las preguntas o indicándole lo que tiene que hacer. La última vez que vino por aquí, llegó caminando desde la carretera principal. Once kilómetros a pie, bajo un sol infernal. Cuando le pagué y sacó su cartera para guardar los billetes que le di, me sorprendió lo gruesa que era. Pronto pude comprobar que no llevaba ni un centavo, y su grosor se debía a que guardaba en ella un montón de estampas de vírgenes y de santos. Y me contó que anda por el mundo muy feliz pues siempre va muy bien acompañado.

Cuando iba a retomar la tarea, oí los gritos de un obrero que había sido atacado por unas abejas africanas, que aquí llaman abejas asesinas. Afortunadamente, sólo le picaron unas pocas y el percance no pasó de un buen susto. Hace unos días, la cosa fue mucho más seria. Un operador estaba sacando troncos caídos y matorral bajo con un tractor de orugas, y no advirtió que había tocado un enjambre de esas abejas asesinas. Cuando trató de empujar de nuevo, le cayeron encima cientos de abejas furiosas. Lo tuvimos que llevar de urgencia al ambulatorio de Libertad, como a treinta kilómetros de aquí. Estuvo varias horas con suero y, cuando le dieron de alta, nos lo trajimos cuidando con nuestros escasísimos recursos que la fiebre no le subiera de 39 grados. Cuando mejoró y estuvo en condiciones de viajar, lo mandamos a

Mérida para que se tomara una semana de reposo y se recuperara con el clima fresco de allí.

Tengo que rezar vísperas, pues el breviario me trae mucho consuelo y me ayuda a ver cómo Dios actúa en el despertar de las nuevas cosechas, en el pausado caminar del río, en las manos de los obreros que están levantando las paredes del internado que muy pronto cobijará los sueños, temores y alegrías de cientos de llaneritos y llaneritas, pero no quiero terminar el día de hoy, en que estamos celebrando los 30 años de Fe y Alegría, sin ordenar materiales y recuerdos sobre la expansión de Fe y Alegría por varios países americanos, que faciliten la posterior escritura del libro en que estoy empeñado.

Afortunadamente, me traje de Mérida unas carpetas donde conservo papeles, recortes de noticias y apuntes de las Fe y Alegría de cada país, y no me va a costar mucho organizar los hechos fundacionales esenciales. Creo que debo limitarme a señalar tan sólo algunos sucesos importantes de las fundaciones en cada uno de los países donde Fe y Alegría ha plantado sus banderas. Dejo a los equipos directivos o responsables la tarea urgente y muy necesaria de escribir la historia de Fe y Alegría en cada país.

Desde que, siendo niño, estudiaba con los maristas en Rancagua, soñaba yo con unir a los países de Iberoamérica para hacer de ellos una gran nación. No podía entender cómo, a pesar de hablar el mismo idioma y profesar la misma religión, las naciones se empeñaban en seguir separadas y, en consecuencia, débiles y con la permanente amenaza de enfrentarse entre ellas y hundirse más en la dependencia y la miseria. Los enormes presupuestos que gastaban en armas para protegerse de sus vecinos, podían utilizarse para el progreso y la dignificación de sus pueblos, tan golpeados por la ignorancia y la marginalidad.

Por ello, una vez que comprobé que la propuesta de Fe y Alegría era válida para Venezuela, me empeñé por extenderla por toda América, y también luego, si era posible, por África y por Asia. En todos esos países y continentes había inmensas multitudes que vivían en la miseria



y no tenían acceso a la educación. Sobre todos ellos se cernían las amenazas de revoluciones violentas con la promesa de remediar

las profundas heridas de la injusticia y la desigualdad, que sólo dejarían regueros de odio y de sangre y estructuras más oprobiosas de dominación. La única solución válida para que todos ellos salieran de la pobreza y la ignorancia, y emprendieran con decisión los pasos de su desarrollo estaba en la educación de las masas. Una educación que los levantara a la dignidad de personas y de hijos de Dios, e hiciera de ellos ciudadanos productivos y solidarios, capaces de exigir y conquistar sus derechos esenciales. A Fe y Alegría le tocaba iniciar esa guerrilla espiritual, tan desproporcionada para su tamaño de hormiga.

Debo tener por aquí algunos papeles que escribí por aquellos años para justificar nuestra decisión de saltar las fronteras patrias y extendernos por todo el continente iberoamericano. A ver, sí, aquí están. Pienso que algunos de estos párrafos podrían tener cabida en mi libro:

A los problemas iberoamericanos hay que proponer soluciones iberoamericanas, aplicadas por iberoamericanos. Nuestras clases dirigentes no tienen confianza en sí mismas, desprecian sus raíces, pretenden imitar y vivir como los europeos o norteamericanos en su propia patria. Son grupos herodianos que han traicionado a la Patria sacando su dinero y poniéndolo a seguro en el exterior, con lo que impiden el desarrollo de su Patria. Los llamo grupos herodianos, parodiando la historia de Palestina, porque son, entre nosotros, como Herodes, rey títere de Roma, los que siguen la moda, las costumbres, el lujo, diríamos el desarrollo romano frente a la

miseria judía, frente a la humillación judía. Estos grupos herodianos en Iberoamérica son los que viviendo a un nivel desarrollado, a un nivel tan desarrollado que muchas veces es superior a aquel en que viven las clases dirigentes de Europa y Estados Unidos; dan una demostración de vivir como europeos o como norteamericanos en su propia Patria, despreciando todo lo que es de propia raíz iberoamericana. Ese espectáculo de desarrollo frente a la miseria, ese espectáculo de lujo frente al subdesarrollo terrible de las clases populares, no hace sino echar leña al fuego de la revolución violenta.

Por otra parte, las clases intelectuales se dejan seducir por el marxismo, que en ningún país ha sido capaz de formar ese hombre nuevo y esa sociedad igualitaria que predica. Mientras la mayoría de los hombres sean esclavos de su propia ignorancia, es quimérico reclamar para ellos derechos ulteriores que no sabrán comprender, utilizar ni defender. Sin la educación integral del pueblo, la democracia es una falsificación, de la que se apoderan unos cuantos demagogos cuyo auténtico feudo es la ignorancia de las masas. Iberoamérica tiene una inmensa base de recursos cristianos y occidentales que, debidamente alentada y debidamente desarrollada, puede constituir la fuerza de un voluntariado salvador que nos lleve a una evolución constructiva, rápida, valerosa y eficaz que nos salve de la revolución sangrienta, a la cual nos lleva fatalmente la corriente actual.

Los cristianos necesitamos demostrar que somos los mejores ciudadanos, capaces de impulsar una verdadera revolución creadora y pacífica. Nuestra inmensa América espera. No nos espera con los brazos y la sonrisa abiertos. Espera en la oscuridad. En sus cordilleras gigantescas, quebradas y retorcidas, en sus bosques insalubres y dominadores, en sus llanuras que alternan el azote de la inundación y el de la sequía, millones de hermanos nuestros están sumidos en la ignorancia y en la miseria más degradante. No hay que considerarse especialmente elegido por Dios para sentir el ansia de ayudarles. Basta con que tengamos ojos y sensibilidad humana, que es

un gran don del Creador, para sentir el llamamiento mudo de tantos que ni siquiera saben pedir lo que más necesitan.

A pesar de que en 1963 me hice un chequeo médico en el hospital de la Universidad de Pamplona, en España, y me diagnosticaron insuficiencia coronaria, no vacilé en enfrentar los casi tres mil metros de altura de Quito, y me dediqué en cuerpo y alma a extender Fe y Alegría al Ecuador, un país bellissimo, de un cielo profundamente azul y enormes volcanes blancos. Aunque, propiamente, Ecuador está dividido en dos mitades antagónicas y completamente diferentes: la costa, cuyo nervio económico y cultural es Guayaquil, ciudad moderna, emprendedora y pujante; y la sierra, cuya capital es Quito, ciudad conventual, recatada, muy ceremonial. Si la costa es tropical y caribeña, la sierra es eminentemente india, donde la mayor parte de la población habla el quechua y sigue siendo maltratada y explotada por un colonialismo, ahora criollo, que a pesar de la independencia, ha dejado intactas las estructuras de dominación.

Pronto pude comprobar que los jesuitas de Ecuador, que trabajaban exclusivamente con la población blanca y mestiza y habían dado la espalda a los indígenas, no iban a apoyar mis sueños, que ellos consideraban quijotescos, de brindar educación privada católica a los más pobres. Por ello, para no asustarles, mi estrategia consistió en dejarles bien claro que no les iba a pedir ni “un padre ni un sucre”, que sólo les pedía que me dejaran trabajar, y que aceptaran que legalmente la conducción y las riendas de la nueva obra estuviera en manos de la Compañía de Jesús. También les solicité que me permitieran dirigir unas palabras a los jóvenes jesuitas que estaban cursando sus estudios de filosofía en la Facultad de San Gregorio, al pie del Pichincha. Todavía recuerdo cómo me encantaba rezar el breviario sobre la terraza del filosofado y acariciar con mis ojos la perfección cónica del Cotopaxi o las moles rotundas del Cayambe y el Antisana. Allí, en ese paisaje alucinante, era fácil ver la presencia de Dios, y la oración de alabanza me brotaba con total espontaneidad. En esos momentos recordaba con añoranza mis expediciones de joven al pico Bolívar, y me hubiera gustado tener unos cuantos años menos y un corazón más vigoroso para

acompañar a los estudiantes jesuitas en alguna de sus expediciones a una de esas colosales montañas.

Como era de esperarse, varios de los estudiantes jesuitas de San Gregorio acogieron con verdadero entusiasmo mis proyectos y mis sueños y llenaron de esperanza a la comunidad indígena de Llano Grande, que en unos pocos días elaboraron con sus propias manos 20.000 bloques con los que se construyeron seis aulas de la primera escuela de Fe y Alegría en Ecuador. Todavía me estremezco al recordar cómo las mujeres subían unas rústicas escaleras de tablas llevando a sus espaldas un pesado cargamento de bloques.

Fiel a mi promesa de no quitarle a la Compañía de Jesús un solo padre, la Primera Junta Directiva de Fe y Alegría en Ecuador estuvo conformada por mi persona como Director General, y un grupo de laicos fuertemente motivados por el trabajo popular, que comprendieron pronto que su fe debía traducirse en servicio eficaz a sus hermanos más pobres. Por supuesto, como había sucedido en Venezuela y habría de suceder en todos los países de América donde ha llegado Fe y Alegría, los fundadores nos encargamos de reclutar religiosas, garantía segura de permanencia, desarrollo y éxito. Por lo general, las monjas han estado siempre mucho más cerca del evangelio que nosotros y han elaborado su teología no sobre la escolástica, sino sobre la Parábola del Buen Samaritano.

El pueblo y los empresarios ecuatorianos se sumaron decididamente a esta cruzada educativa a favor de los más necesitados, y desde 1964, año de su nacimiento en Ecuador, Fe y Alegría empezó a sembrar sus banderas de amor en Quito, Guayaquil, Riobamba, Manta, Cuenca... La Fosforera Ecuatoriana hizo seis millones de cajitas de fósforos con propaganda de Fe y Alegría y, para apoyar la rifa, varias empresas financiaron afiches y campañas publicitarias; otras ofrecieron donar a Fe y Alegría una cantidad igual a la suma que obtuvieran sus trabajadores con la venta de los boletos de la rifa. Pero, como siempre, fue el pueblo pobre y humilde el que demostró más entrega y generosidad: numerosas comunidades indígenas se organizaron en mingas para colaborar

con su trabajo voluntario en la construcción de las escuelas. De este modo, en 1966, dos años después de haber nacido, Fe y Alegría contaba ya en Ecuador con ocho centros educativos y más de cuatro mil alumnos, todos ellos de las clases más humildes: indígenas, campesinos, habitantes de los barrios más pobres.

Los posibles lectores de estas notas que estoy organizando, deben saber que, en ese mismo año, los jesuitas tenían en Ecuador ocho colegios tradicionales, en los que atendían a 2.716 alumnos de las clases altas y medias del país. En ellos trabajaban 77 jesuitas. En Fe y Alegría sólo uno, que ni siquiera era del Ecuador. Indudablemente, entre los mayores logros de Fe y Alegría está el haber contribuido en gran medida a popularizar el trabajo de la Compañía de Jesús en Ecuador, que, en esos momentos, se dedicaba casi exclusivamente a trabajar con las clases más privilegiadas. El Padre José Joaquín Flor, jesuita e historiador eminente, me llegó a confesar que Fe y Alegría había llenado en Ecuador un vacío que ni la Compañía de Jesús ni la propia Iglesia se habían preocupado por llenar hasta entonces. Otro jesuita, el Padre Chacón, no dudó en declarar en cierta oportunidad que Fe y Alegría no sólo había despertado la sensibilidad social por los marginados de la Compañía y de la Iglesia, sino incluso de las autoridades civiles, que también ellas habían abandonado su obligación de brindar educación a las poblaciones más pobres y desasistidas.

En ese mismo año de 1964, Fe y Alegría se trepó a la “dulce cintura de América”, como llamó Neruda a Centroamérica, y comenzó sus labores en Panamá. Yo había sufrido un nuevo infarto y me obligaron a reposar durante un mes en el Instituto Pignatelli de los Teques, donde estudiaban los novicios y juniros jesuitas, hecho que aproveché para hablarles de Fe y Alegría y ganar a algunos a nuestra cruzada educativa. Cuando me sentí restablecido, volé a Panamá y me entregué por entero a la fundación de Fe y Alegría. Estuvimos visitando los barrios más miserables de la ciudad y, cuando llegamos a Curundú, no tuve la menor duda y les dije con aplomo a los que me acompañaban: “Aquí es donde tenemos que empezar”. Curundú estaba próximo a la Zona del Canal, y el contraste entre la ciudad de la zona americana

y el rancherío de Curundú resultaba estremecedor. A un lado de la carretera se levantaban casas de cemento, confortables y bien cuidadas, con árboles ornamentales y extensos campos verdes de la zona norteamericana. Del otro lado, un inmenso rancherío de tablas viejas y techos de zinc. Ni un solo árbol, ni un metro cuadrado de grama. Charcos malolientes y corrientes de aguas negras pudrían el aire. En lo moral, Curundú era tierra de la promiscuidad, del robo y del vicio. Sí, no me cupo la menor duda: Fe y Alegría tenía que nacer en Curundú, como una flor en medio del pantano.

Y allí nació: en las raíces del pueblo más abandonado. En Panamá tuvimos la suerte de contar con el apoyo de un jesuita emprendedor y tenaz, Carlos Echávarri, un pamplonica de una familia muy pudiente que le ayudaba mucho en sus labores apostólicas. Para recabar fondos, el incansable Echávarri, una verdadera locomotora a la hora de trabajar, organizó rifas, ferias, tómbolas, ventas de carros e incluso varias corridas de toros en la flamante plaza “La Macarena”, con los toreros más famosos de entonces. Los toreros llegaban de España y los toros eran traídos de las mejores ganaderías de México. El Viti deleitó a los panameños con su gran destreza y El Cordobés, después de hacer delirar a la plaza, regaló una de sus capas para que Fe y Alegría la rifara. Hasta logró el P. Echávarri que Ismael Laguna, un verdadero orgullo nacional, pues acababa de lograr para Panamá su primer campeonato mundial de boxeo, le regalara a Fe y Alegría, para que también fueran rifados, los guantes con los que había ganado su título. Con la rifa se obtuvieron 1.200 balboas, y el ganador de la rifa volvió a donar los guantes a Fe y Alegría, que un fanático compró por mil balboas. Varios actores de radio, teatro y televisión de los más afamados de Panamá fueron miembros de la Primera Junta Directiva de Fe y Alegría, lo cual facilitó mucho la propaganda radial y televisiva, lo que nos permitió llegar a muchas personas. En Panamá, la televisión estaba mucho más extendida en esos años que en Ecuador, país en el que, cuando llegamos, sólo había 17.000 aparatos en Guayaquil y 5.000 en Quito.

Comenzamos las inscripciones, se inscribieron en seguida más de cien alumnos, pero el colegio de Curundú no estaba todavía listo, a pesar

de que la comunidad del barrio colaboró decididamente y puso la mano de obra a mitad de precio. Entonces, los jesuitas nos cedieron un edificio del antiguo Colegio Javier, en el centro de la ciudad. Allí pudimos comenzar las clases el 17 de mayo de 1965, con ciento quince alumnos que todos los días traíamos y llevábamos en buses gratuitamente desde su barrio de Curundú.

A hombros de la generosidad de los panameños, Fe y Alegría se fue extendiendo por las zonas más pobres de Panamá y en los años siguientes, orientaría su trabajo a atender prioritariamente a las comunidades indígenas y campesinas, con las que emprendió una serie de proyectos productivos y cooperativos que contribuyeran a mantener su identidad y elevar su calidad de vida.

En 1966, Fe y Alegría penetró con fuerza en el corazón de la América indígena y se instaló en Perú y Bolivia. Para iniciar las labores en esos países, yo contaba con 25 mil dólares que me había donado un empresario cervecero de Chicago, que quiso apoyar nuestro proyecto de llevar educación gratuita de calidad a las poblaciones más desasistidas del continente. Para la fundación en Perú y sobre todo en Bolivia, donde mi corazón amenazaba con estallar ante los rigores de la altura, conté con el apoyo decidido del escolar jesuita, Ignacio Marquínez, cedido a Fe y Alegría por la Provincia de Loyola, de la que mi hermano José Manuel era entonces Provincial.

Los primeros colegios de Fe y Alegría en Perú se hicieron con esteras de caña en los llamados “Pueblos Jóvenes”, inmensas barriadas de ranchos miserables levantados sobre auténticos arenales en las colinas desnudas que rodean a Lima, sin agua ni servicios mínimos, contruidos por pobladores indígenas que llegaban a Lima del interior del país, con la vana esperanza de huir de la miseria. Como en Lima no llueve nunca, los ranchos no tienen techo y el paisaje desértico y gris profundiza la imagen de desolación y miseria. Hubo también un preescolar que funcionó en dos tranvías retirados del servicio público que donó la Municipalidad de Lima. Esta muestra de austeridad, audacia y fe, despertó enseguida la generosidad de los peruanos que se volcaron a

apoyar con decisión a Fe y Alegría. De hecho, en el mismo año de su fundación, Fe y Alegría del Perú y con el impulso de Marquínez y de un joven seglar de treinta años José Luis Alcalde, primer Secretario Ejecutivo de Fe y Alegría en ese país, fue capaz de construir cinco colegios que atendían a dos mil cien alumnos, todos en los Pueblos Jóvenes de Lima, algo que a muchos jesuitas peruanos, pareció una verdadera locura. Para apoyar esos inicios fundacionales, y ante el titubeo de los jesuitas peruanos que no terminaban de asumir a Fe y Alegría, pues no parecían dispuestos a destinar un solo jesuita a la nueva obra, me traje de Venezuela al P. José Antonio González de Durana, que ya me había apoyado decididamente en Venezuela. Este jesuita, vasco de origen, fue el Primer Director General de Fe y Alegría en Perú.

El 31 de mayo de 1970, Perú sufrió un terrible terremoto que devastó la zona de Ancash y dejó 60.000 muertos y cientos de miles de damnificados. Fe y Alegría emprendió una ambiciosa campaña de ayuda. El lema de la rifa de ese año y del telemaratón fue “Fe y Alegría al servicio de los damnificados”. Pronto llovieron las ayudas, tanto del Perú como de muchos otros países solidarios. Con ellas, Fe y Alegría pudo construir tres colegios en la zona del desastre: dos en Chimbote y uno en Huaraz. Éste fue el inicio de la amplia extensión de Fe y Alegría por el interior del país, donde ha seguido creciendo pujante, bajo el impulso y la entrega decidida de dos grandes amigos, los jesuitas Antonio Bachs y Jesús Herrero, verdaderos baluartes de Fe y Alegría en Perú.

Por cartas de Antonio Bachs, sé que en estos días, en que Perú sufre del terrible flagelo de la guerrilla maoísta Sendero Luminoso, algunos colegios de Fe y Alegría en la sierra peruana están siendo acosados y amenazados por este grupo guerrillero, famoso por su despiadada crueldad y su adicción a la violencia extrema. Mucho me temo que nuestra propuesta de revolución pacífica y amorosa, al servicio de la liberación integral de los más pobres, sea malentendida y perseguida por los cultivadores del odio, y que en nuestros colegios corra la sangre valiente y mansa de los mártires.

En cuanto a Bolivia, la decisión de fundar allí Fe y Alegría, la tomamos el P. Víctor Blajot y yo, en una reunión que tuvimos en Huachipa, cerca de Lima, en junio de 1965. El P. Blajot estaba terminando su período de Provincial, y enseguida sintonizamos en nuestros deseos de llevar educación de calidad a los más pobres entre los pobres, sobre todo a esas enormes masas indígenas que, a pesar de ser mayoría, vivían en la más absoluta miseria, olvidados y despreciados en su propia tierra. El P. Palmés, que sustituyó al P. Blajot en el provincialato de los jesuitas bolivianos, apoyó también la decisión tomada, y la Compañía de Jesús, a diferencia de otros países, se responsabilizó sin titubeos de Fe y Alegría, y la asumió con gran entusiasmo desde su nacimiento. Este hecho, y la visión patriota del Gobierno Boliviano que comprendió enseguida lo ventajoso que le resultaba apoyar la labor de Fe y Alegría, nos posibilitaron un rápido crecimiento en ese país. De hecho, el 7 de enero de 1966, Fe y Alegría firmó un convenio con el que el Estado Boliviano se comprometía a cubrir los sueldos y cargas laborales del personal de las escuelas que construyera Fe y Alegría. A pesar de todos nuestros esfuerzos, reclamos y luchas, en ningún otro país hemos logrado las condiciones óptimas que enseguida conseguimos en Bolivia. Pareciera que los gobiernos de Iberoamérica comparten su miopía y rivalizan en su desinterés por la educación de su pueblo más pobre. Ojalá que aprendieran algo de Bolivia.

Debido a estas alianzas y con el apoyo decidido de numerosas Congregaciones Religiosas, que se volcaron con todo entusiasmo y generosidad a apoyar nuestra labor, Fe y Alegría nació y creció en Bolivia como obra eclesial e intercongregacional, con un empuje tal que en sus primeros seis años llegó a tener noventa centros educativos y diez años más tarde llegaría a los 167.

Los inicios, sin embargo, fueron humildes y heroicos, pues, como en todos los otros países, Fe y Alegría nació también en Bolivia a punta de sacrificio, osadía y colaboración desinteresada de muchos. Como dejé anotado más arriba, dado que el aeropuerto de La Paz está a más de cuatro mil metros de altura, suficiente para hacer explotar mi maltrato corazón, la tarea de la fundación recayó en los hombros del

Padre Ignacio Marquínez, entonces un escolar jesuita de modales finos y gran capacidad de trabajo, que asumió con verdadera entereza la tarea que yo puse en sus manos. Junto con Humberto Portocarrero, primer Director Nacional y entonces también jesuita, consiguieron seis sueldos de maestros para Purapura y otros seis para La Portada, dos barrios muy pobres de La Paz. Como no tenían aulas, los vecinos se organizaron en *minkas*, palabra aymara que significa cooperación y ayuda mutua, y fueron construyendo una escuela en cada uno de los barrios. Para ello, en una verdadera labor de titanes, tuvieron que explanar unas terrazas en unas laderas muy pronunciadas, todo a mano, sin la ayuda de máquina alguna. Y mientras se iban allanando los cerros y levantando las nuevas construcciones, para no perder el año y aprovechar los sueldos conseguidos, se iniciaron las clases en las salas de las rústicas viviendas de los habitantes del barrio. Hasta podríamos decir que Bolivia tiene también su Abrahán Reyes en la persona de Octavio Amarro, un humilde obrero fabril y padre de ocho hijos, que se replegó con toda su familia en una pieza de su casita y durante un año y medio cedió las otras piezas para convertirlas en aulas de la incipiente escuela Copacabana del barrio La Portada.

Todavía sonrío hoy al recordar, en esta noche llanera caliente, húmeda y llena del trompeteo de unos insaciables zancudos, tan distinta a las noches heladas de La Paz, las vicisitudes de un maestro y su grupo de alumnos que debieron mudarse a cuatro lugares distintos en ese primer año. Primero se alojaron en un ranchito de donde fueron expulsados cuando un alumno se entró a puños con el hijo del dueño de la casa. Tras varias búsquedas infructuosas, lograron continuar las clases en una ermita, de donde también fueron pronto expulsados porque un alumno partió de un pelotazo la mano de la imagen de la patrona de la ermita. Prosiguieron las clases debajo de un frondoso eucalipto, hasta que una buena familia se compadeció de ellos y les prestó su vivienda. “Y lo más asombroso de todo, P. José María, es que ese maestro no perdió ni un solo alumno y que todos salvaron el año”, me contó el P. Marquínez, con una sonrisa que le nacía en los ojos y le inundaba de dicha todo el rostro.

A los cinco años de haber nacido, Fe y Alegría de Bolivia sufrió unas pérdidas muy dolorosas en una absurda tragedia. El 11 de junio de 1971, antes incluso de que amaneciera, salía de Cochabamba una delegación de Fe y Alegría rumbo a Santa Cruz, donde se iba a inaugurar un nuevo colegio. Iban en un jeep Toyota que acababan de comprar y que era manejado por Humberto Portocarrero. Como a las siete y media de la mañana estallan inexplicablemente los dos cauchos delantero y trasero del lado derecho. El jeep pierde el control y se precipita por un barranco. Mueren en el acto el Padre Estanislao Pascual y la Hermana Quintina; Portocarrero queda gravemente herido con más de veinte fracturas. El resto de los pasajeros sufren también algunos golpes serios, pero nada grave.

El Padre Pascual llevaba sólo cuatro meses en Bolivia. Acababa de llegar de Barcelona, España, donde había sido el Director de la obra “Misión y Desarrollo”, dedicada a recabar fondos para programas de desarrollo y apostolado en el Tercer Mundo, y había asumido con total entusiasmo la obra de Fe y Alegría. La Hermana Quintina, a la que todo el mundo cariñosamente llamaba Quinti, murió estrenando su entusiasmo juvenil que irradiaba alegría y entrega. A pesar de que Portocarrero fue desahuciado en los primeros partes médicos, fue recuperándose lentamente.

Este hecho, lejos de amilanar los ánimos y apagar los entusiasmos, contribuyó a consolidar más a Fe y Alegría, pues muchos se sintieron llamados a continuar la misión asumida con una Fe tan radical y una Alegría tan desbordante de estos pioneros caídos en el camino.

De Bolivia, regresamos a Centroamérica, y Fe y Alegría echó sus raíces en El Salvador, país conocido como “El Pulgarcito de América” por su diminuto tamaño. Aquí contamos con el apoyo decidido del jesuita salvadoreño P. Joaquín López López, a quien todo el mundo conoce cariñosamente como Lolo. Desde la primera conversación que tuve con él, comprendí que Lolo iba a ser un aliado ejemplar, pues compartía por completo mi convicción de que la educación integral era la mejor arma para combatir la pobreza y dignificar a los salvadoreños,

el único camino posible para el verdadero y justo desarrollo del país. A Lolo le gustaba mucho repetir el adagio, que había hecho suyo: “Si tus proyectos son para un año, siembra grano. Si son para diez años, siembra un árbol. Si son para cien años, educa al pueblo”. Después haría también suyo el dicho oriental que yo suelo repetir con frecuencia, y que no sé si Lolo se lo copió de mí o ya lo conocía antes: “Es bueno regalar un pez, pero es mucho mejor enseñar a pescar”, pues el pueblo, para salir de abajo, no necesita limosnas, sino fuentes de trabajo y buena capacitación.

Cuando en 1969 estábamos organizando la rifa con la idea de recabar los primeros fondos para fundar tres escuelas en barrios pobrÍsimos de San Salvador, estalló una absurda guerra fratricida con Honduras, y todos los planes y preparativos se vinieron abajo. Afortunadamente, Lolo no es un hombre que se amilana fácil e ideó la venta de Puestos Escolares, para recabar fondos. Esta estrategia consistía en comprar un puesto escolar para un alumno durante un año. De este modo, consiguió entre treinta mil y cuarenta mil colones y, con otros ahorritos que Lolo guardaba en el banco, logró poner a funcionar las tres primeras escuelas de Fe y Alegría en El Salvador. Resulta significativo subrayar que la primera escuela se fundó en una zona que se llamaba “la vida no vale nada”, lo que evidencia que allí reinaba la miseria, la inseguridad y la violencia.

Durante la década del 70, Fe y Alegría se fue propagando con escuelas y talleres por todo El Salvador y se arraigó fuertemente entre las clases populares. Ante la escasez de servicios médicos en el área rural, Fe y Alegría fundó en esos años varias clÍnicas mÉdicas que ofrecían asistencia mÉdica gratuita a los campesinos. TambiÉn fomentó, como lo estábamos haciendo en Venezuela, el cooperativismo como un medio de enfrentar solidariamente la pobreza y ayudarse a salir de ella.

El Salvador no sería la excepción, y el arraigo de Fe y Alegría se llevó a cabo en medio de grandes penalidades y sacrificios económicos. TambiÉn en El Salvador, los primeros centros educativos de Fe y Alegría nacieron en casas prestadas, sin servicios ni recursos pedagógicos,

donde se hacinaban los alumnos; y en la construcción de las primeras escuelas colaboraron voluntariamente las comunidades. Me consta que para cubrir los sueldos de los maestros, numerosas veces el Padre Lolo tuvo que recurrir a la generosidad de familiares y amigos y a la venta de leña y miel, pues era un gran amigo de las abejas y llegó a tener más de cuatrocientas colmenas de las que cosechaba y comercializaba la miel.

En 1977, subió al poder el General Romero, e inició una sangrienta represión contra el pueblo salvadoreño y contra los sacerdotes, religiosos y obispos comprometidos con el pueblo más humilde. En ese mismo año fue asesinado nuestro hermano jesuita Rutilio Grande, hecho que conmovió mucho a Monseñor Romero y precipitó su decisión de convertirse en una voz valiente y profética en defensa del pueblo salvadoreño, lo que le habría de llevar al martirio unos pocos años después. Monseñor Romero fue siempre un gran amigo y defensor de Fe y Alegría y aquí, en esta carpeta que guardo con apuntes y noticias de El Salvador, conservo unas palabras de Monseñor Romero que me las hizo llegar el Padre Lolo:

Quiero alegrarme y felicitar a los promotores del movimiento Fe y Alegría. Es un sistema de educación que promueve la Iglesia, sobre todo en las zonas marginadas. En el Externado San José, en su capilla, 81 muchachos y muchachas recibieron sus diplomas como costureras ellas, y ellos como expertos en electrónica y otras artes masculinas; me dio mucho gusto decirles: "Esto es la Iglesia: no sólo habla sino que hace". Y desde las zonas donde Cristo veía como ovejas sin pastor a muchas gentes, han surgido, gracias al trabajo de los padres Jesuitas, a la colaboración de Hermanas Religiosas y seglares también con un sentido evangélico de promoción, esa juventud y muchas otras obras que Fe y Alegría está haciendo en esas zonas.

En ese período y durante los años de una absurda guerra civil que sigue ensangrentando al Salvador, donde los demonios parecen haber soltado todos sus odios y violencias, Fe y Alegría ha sufrido mucho e

incluso varios de sus profesores y representantes han sido asesinados acusados de subversivos, simplemente por pertenecer a una cooperativa, a un sindicato o por ser catequistas. Las típicas penurias económicas se profundizaron al tener que suspender por tres años consecutivos la Rifa, que era la principal fuente de financiamiento. Sólo la creatividad y tenacidad del Padre Lolo, que llegó a hipotecar varios colegios para poder pagar los créditos a los bancos, han impedido el cierre de Fe y Alegría en El Salvador, a pesar de que la Compañía de Jesús se lo ha planteado seriamente en varias oportunidades.

Hoy, según algunas noticias que me llegan, Fe y Alegría se dedica también a atender a la población desplazada por la guerra. Según me cuentan, en el Hogar de Niños Desplazados de Santa Ana, Fe y Alegría acoge a niños huérfanos o desplazados, a los que les brinda alimentación y atención médica y psicológica, pues muchos de ellos han visto asesinar a sus propios padres o destruir sus hogares. Quiera Dios que pronto termine esta terrible guerra fratricida, fruto de tantas injusticias estructurales, y que Fe y Alegría pueda propagar con más fuerza sus banderas de liberación mediante una educación para la libertad y la justicia, de modo que nunca se repitan guerras como esta.

Van a ser ya las nueve de la noche, estoy cansado, tengo sueño, pero voy a hacer un esfuerzo por culminar con las otras fundaciones de Fe y Alegría. Ofreceré mi cansancio, el calor húmedo que me pone a sudar la calva y los antebrazos, mis ojos enrojecidos por el humo y el tormento interminable de los zancudos, por mis hermanos salvadoreños. En comparación de sus sufrimientos, mis pequeñas incomodidades resultan burguesas. Quiera Dios que el buen Lolo no sea arrebatado algún día por esa ola de violencia ciega como lo fue Monseñor Romero.

Al enfrentar la tarea de organizar recuerdos y materiales de la fundación de Fe y Alegría en Colombia, no sé si contar una de las muchas travesuras que he hecho en mi vida. A comienzos de los sesenta, cuando andaba madurando la idea de fundar Fe y Alegría en Colombia, viajé a Bogotá vestido de seglar, me alojé en un hotel y oculté mi condición de sacerdote haciéndome pasar por el Sr. Smith, hombre de

negocios. Desde el hotel emprendía excursiones a los barrios más pobres, para explorar las posibilidades de iniciar en alguno de ellos el trabajo de Fe y Alegría. No termino de comprender por qué se me ocurrió seleccionarme un nombre gringo, dado que mi dominio del inglés no era tan bueno como para hacerme pasar por inglés o norteamericano. Lo que sí recuerdo bien es que mi decisión de ocultar mi condición de sacerdote se debió a que quería explorar con objetividad las posibilidades de fundar Fe y Alegría, y temía que dada la ceremoniosidad de los bogotanos, sobre todo ante los religiosos, no fuera fácil una conversación fluida y transparente.

Pronto me convencí de las necesidades y posibilidades de extender Fe y Alegría a Colombia, y traté entonces de convencer y ganarme a algunos jesuitas colombianos y en especial, al Padre Provincial. Sabía que contaba con la ayuda siempre generosa y entusiasta, al otro lado del charco, de mi gran amigo, el P. Faustino Martínez Olcoz, destinado por mi hermano José Manuel, entonces Provincial de Loyola, a fundar en Pamplona un secretariado de apoyo a las obras de Fe y Alegría. Hombre de profunda espiritualidad y un especial don de gentes, Faustino asumió su tarea con total dedicación, pues siempre admiró y defendió con pasión la labor de Fe y Alegría. Faustino empezó a escribir con su puño y letra miles de cartas que enviaba a sus amigos, familiares, exalumnos o personas que habían hecho con él los Ejercicios Espirituales, en las que solicitaba alguna colaboración para Fe y Alegría. Muchas de esas cartas regresaban con buenos billetes o sustanciosos cheques. Los cuantiosos recursos que iba consiguiendo y sigue consiguiendo Faustino con sus cartas, han posibilitado el nacimiento, la expansión o consolidación de numerosos proyectos de Fe y Alegría en los distintos países de Iberoamérica. Incluso el nacimiento de esta escuela agropecuaria y forestal del Masparro se debe en gran parte a la ayuda de Faustino, como también posibilitó el nacimiento y consolidación de San Javier del Valle. No es casual que haya dedicado a Faustino varias de mis cartas del Masparro.

Cuando le escribí a Faustino comunicándole que estaban dadas las condiciones para fundar Fe y Alegría en Colombia, no tardó en llegar

su generoso aporte. Con él, el visto bueno de los jesuitas, el apoyo decidido de algunas Congregaciones Religiosas y la colaboración de numerosos laicos, en 1972 empezaron a brotar las escuelas de Fe y Alegría en los barrios más pobres y violentos de Bogotá, Cali, Cúcuta y, sobre todo, en Medellín, donde bajo el impulso de la Madre Aurora, una mujer emprendedora y valiente, de esas religiosas que no le tienen miedo a nada y se crecen ante los problemas, Fe y Alegría llegaría a tener 19 centros.

Como en los demás países, las clases comenzaron en un potrero, en un galpón o en una sala cedida por la comunidad. Aquí también, las religiosas compartieron con los pobladores sus mismos problemas: la inseguridad, los robos, la falta de agua, de vías de comunicación, de electricidad, el barro en tiempos de invierno, el polvo en tiempos de verano. Recuerdo haberle oído al P. Antonio Bernal, el segundo Director Nacional que tuvo Fe y Alegría en Colombia, cómo después de vencer mil obstáculos por lo difícil del acceso, para llegar y llevar una nevera a la comunidad religiosa de la Escuela del Río, en el basurero de Medellín, las Hermanas agradecieron el obsequio pero no lo aceptaron porque decían que ellas no iban a vivir mejor que la gente del barrio que no tenía nevera.

Para recabar fondos, además de la rifa nacional, Fe y Alegría de Colombia estableció la Campaña del Corazoncito, en la que miles de niños y jóvenes invaden con sus potes las calles de las principales ciudades colombianas solicitando un aporte para Fe y Alegría y extendiendo el conocimiento de la obra.

Junto a la educación formal de las escuelas que fueron naciendo en los barrios más pobres, Fe y Alegría de Colombia ha incursionado con fuerza en el trabajo comunitario y de organización popular, ha apoyado decididamente los programas de alfabetización de adultos, de nutrición, salud y formación para el trabajo y ha comenzado a impulsar propuestas educativas que contribuyan a la creación de una cultura de la convivencia y de la paz.

Podríamos decir que, hoy, Fe y Alegría tiene bien ganado el cariño del pueblo colombiano y sigue creciendo pujante, en cantidad y calidad, con el apoyo decidido de la Compañía de Jesús y de numerosas Congregaciones Religiosas.

El terrible terremoto de diciembre de 1972, que destruyó en gran parte la ciudad de Managua, hizo resurgir con mucha fuerza mis antiguos proyectos de fundar Fe y Alegría en Nicaragua. Tras mucho insistir, logré que el Padre Jesuita Eduardo Odriozola se desplazara desde Panamá y se fuera a Nicaragua con la misión de fundar Fe y Alegría. Para posibilitar sus trabajos iniciales, desde Venezuela le enviamos un cheque de diez mil dólares. Un mes más tarde, llegó a Managua la Hermana Hortensia Ricca, Teresiana, quien se desempeñó como Secretaria Ejecutiva y, más tarde, Directora de Fe y Alegría de Nicaragua. La Hermana Hortensia logró instalar su oficina en la lavandería de una casita con las paredes totalmente resquebrajadas por el terremoto, en los terrenos del Colegio Teresiano. El espacio era muy pequeño, pero suficiente para instalar un escritorio con tres gavetas, un fichero portátil, una máquina de escribir también portátil y una caja de cartón por archivo, que en esos momentos era todo el mobiliario de Fe y Alegría de Nicaragua.

Pronto lograron recabar algunos fondos, y con los dólares que les habíamos enviado de Fe y Alegría de Venezuela, en marzo de 1974 se abrieron los dos primeros colegios de Fe y Alegría en la devastada Managua. Al primero de los colegios lo bautizaron con el nombre de Roberto Clemente, un extraordinario pelotero puertorriqueño, undécimo jugador profesional en batear tres mil hits durante su carrera, que murió en un accidente aéreo cuando llevaba ayuda a los damnificados del terremoto del 72. Roberto Clemente y sus cuatro acompañantes perdieron la vida la víspera de Año Nuevo, cuando el avión en que viajaban, cargado de suministros para los damnificados por el terremoto, sufrió un problema técnico y se precipitó en el mar. Bautizaron el segundo colegio con el nombre de Enrique de Ossó, el fundador de las Hermanas Teresianas, siempre tan dispuestas y decididas a colaborar con Fe y Alegría en todas partes.

La primera Campaña-Rifa de Fe y Alegría en Nicaragua se montó en los meses de junio y julio de 1974. Para colaborar en ella, vino desde El Salvador el Padre Joaquín López, Lolo, y desde Venezuela el P. Domingo Martínez de Pisón, Chomin, y mi hermano José Manuel quien, una vez que terminó con sus obligaciones como Provincial de Loyola, se vino a Venezuela en 1971, con la intención de dedicar el resto de su vida a acompañarnos en el trabajo de Fe y Alegría. De este modo, José Manuel daba un paso al frente y pretendía, con su ejemplo, acabar con los titubeos de muchos jesuitas que no terminaban de asumir en serio la obra de Fe y Alegría.

En sus comienzos, Fe y Alegría vivió en Nicaragua una situación de suma penuria, porque nació cuando el país estaba desolado por el terremoto. Y, cuando ya empezaba a lograr cierta consistencia y solidez, debió padecer, con todo el resto del país, los rigores de la insurrección sandinista contra la dictadura de Anastasio Somoza.

De hecho, si bien yo siempre me esforcé para que todas las Fe y Alegría de Iberoamérica nacieran bajo la dirección de la Compañía de Jesús, como un medio para mantener su identidad y evitar en el futuro posibles problemas legales o incluso de apropiación de la obra por algunos vivos, evitamos que en los estatutos de Fe y Alegría de Nicaragua, que se aprobaron en febrero de 1976, apareciera ligada la obra a la Compañía de Jesús. Esto se debió a que, como corrían fuertes rumores de que Somoza iba a expulsar a los jesuitas de Nicaragua, temíamos que no aprobara los estatutos si aparecía en ellos el nombre de la Compañía de Jesús. Además, en el caso de que se concretara la expulsión de los jesuitas, de esta forma, Fe y Alegría podría subsistir.

Durante los años de la guerra civil y hasta la caída de Somoza, Fe y Alegría logró sobrevivir a duras penas mediante ayudas internacionales y el apoyo solidario de las Fe y Alegrías de otros países. Algunas de sus escuelas fueron utilizadas como refugios, hospitales o incluso cuarteles militares.



Con el triunfo sandinista en 1979, que nombró a nuestro compañero el Padre Jesuita Fernando Cardenal, Ministro de Educación,

Fe y Alegría se ofreció al gobierno para colaborar en el Proyecto Educativo Nacional y en la Campaña de Alfabetización Nacional, pues había una gran sintonía entre los principios de Fe y Alegría y los postulados sandinistas de atender especialmente a los más pobres y necesitados. De este modo, en 1980, el Gobierno Sandinista firmó un convenio con Fe y Alegría, con el que se comprometía a pagar los sueldos del personal docente, administrativo y de servicios de los centros educativos de Fe y Alegría, en los mismos términos que lo hacía con el personal de los centros educativos oficiales. Por su parte, Fe y Alegría se comprometía a buscar terrenos, a financiar sus construcciones y a llevar la administración y dirección de los colegios. Este convenio, muy semejante al que ya teníamos con el gobierno boliviano, le ha permitido a Fe y Alegría disparar sus actividades y propagarse ampliamente por todo el país.

Desgraciadamente, la extrema polarización que se empezó a dar en Nicaragua tras el triunfo de los sandinistas, y la consiguiente radicalización de las posturas que están llevando a muchos, entre ellos, al Episcopado, a quitarle el apoyo inicial al Gobierno Sandinista, al que acusa de posturas y actitudes marxistas y anticlericales, incompatibles con la fe cristiana, está dividiendo a los nicaragüenses en dos grupos cada vez más irreconciliables. Este hecho lo estamos viviendo en estos momentos con mucha virulencia en Fe y Alegría, pues dentro de nuestros colegios hay personas totalmente enfrentadas a otras por cuestiones ideológicas, lo que ha creado un clima de muy difícil convivencia,

que está llevando a algunas Congregaciones Religiosas a abandonar Fe y Alegría. Por otra parte, como los directivos de Fe y Alegría vocean su comunión estrecha con la Jerarquía, el Gobierno Sandinista está mirando con cada vez mayor recelo a Fe y Alegría, y mucho tememos que no nos renueve el convenio, lo que supondría insuperables dificultades para poder mantener nuestros actuales colegios. Confío en que la prudencia y capacidad de diálogo y negociación de la Hermana Tere-siana Grace Chamorro, actual Directora de Fe y Alegría en Nicaragua, será capaz de capear el temporal y llevará la nave de Fe y Alegría a buen puerto sobre aguas turbulentas. Y le ruego a Dios, amante de los pobres y de la paz, que vayan descendiendo los niveles de polarización y enfrentamiento extremos y todos podamos superar recelos y odios para comprometernos en la revolución pacífica de la educación integral de calidad para todos.

A Fe y Alegría de Guatemala, la fundaron dos religiosas Mercedarias, Blanca y Mercedes, la primera ecuatoriana y la segunda española, que conocían bien la obra pues llevaban años trabajando con Fe y Alegría en el Ecuador. Incluso la Hermana Mercedes había sido la fundadora de nuestro colegio de Luluncoto en Quito. Ambas religiosas pidieron dispensa a su Superiora para vivir fuera de la Congregación, y el 15 de octubre de 1975 llegaban a Guatemala con la idea de fundar Fe y Alegría. Además de un enorme caudal de entusiasmo y ganas de trabajar, llevaban consigo un cheque de doce mil dólares que, a petición mía, les había enviado desde España nuestro amigo, el P. Martínez Olcoz, para apoyar su empresa fundadora.

176

Para la Navidad de ese mismo año, Blanca y Mercedes habían montado ya una oficinita de promoción y habían visitado varios barrios para explorar en cuál de ellos iniciar las labores de Fe y Alegría. Dos jesuitas, los Padres Alvarenga y Atucha, les sirvieron de anfitriones y de acompañantes en esos primeros contactos. Para recabar fondos y dar a conocer los proyectos de Fe y Alegría, las Hermanas dedicaban sus tardes a escribir cientos de cartas que ellas mismas repartían en las mañanas siguientes por comercios, bancos, empresas y familias.

El 16 de Enero de 1976, se constituyó la Primera Asamblea de Fe y Alegría de Guatemala, en la que fue elegido presidente el Padre Jesuita Nicolás Alvarenga. Desgraciadamente, a los pocos días, el cuatro de febrero de 1976, el suelo de Guatemala se estremeció bajo las sacudidas de un terrible terremoto que devastó gran parte del país. Blanca y Mercedes abandonaron por un tiempo sus actividades de promoción para dedicarse por entero a atender a las numerosas víctimas del terremoto llevándoles medicinas, ropa, agua y alimentos.

Como consecuencia del terremoto, se agudizó el déficit de escuelas, pues muchas de las que existían se vinieron abajo. Además, era necesario construir otras nuevas en los asentamientos que se iban creando para alojar a los sobrevivientes. Paradójicamente, el terremoto favoreció el nacimiento e impulso de Fe y Alegría de Guatemala, pues fue incluida entre las instituciones para reconstruir el país y empezó a recibir ayudas de agencias internacionales, además de la subvención del Gobierno a través del Comité de Reconstrucción Nacional.

Al mes escaso del terremoto, empezó a funcionar la primera escuela de Fe y Alegría en un local prestado por la Parroquia de Santa María Magdalena. Siguieron nuevas creaciones en las zonas más castigadas por el terremoto y en los nuevos asentamientos marginales, y, en escasos cinco años, Fe y Alegría de Guatemala contaba ya con siete centros educativos, dirigidos por diferentes Congregaciones Religiosas, que aquí también nos dieron un respaldo decidido y decisivo.

Como yo me había temido y había alertado en años anteriores, al no ser capaces de propiciar y extender la revolución pacífica de la educación y del progreso, también Guatemala se vio sacudida por una violencia deshumanizadora que llenó de dolor y de cadáveres su suelo. En el contexto de la Guerra Fría y con la excusa de frenar las acometidas del comunismo, gobiernos militaristas de ultraderecha impusieron una represión inhumana contra todos los que clamaban por una mayor justicia. Numerosos catequistas y cristianos militantes fueron torturados y asesinados salvajemente, simplemente por atreverse a

vivir su fe como compromiso de justicia y hermandad. Fe y Alegría, que siempre ha acompañado al pueblo en sus sufrimientos y esperanzas, debió pagar también un fuerte tributo de sangre, y varios maestros, representantes y alumnos fueron vilmente asesinados. A pesar de ello, y fecundada con la sangre de estas víctimas, Fe y Alegría siguió creciendo pujante en Guatemala, siempre sembrada en el corazón del pueblo más explotado y humilde.

Hoy, Fe y Alegría de Guatemala, guiada por ese entusiasta y gran pedagogo que es el Padre Fernando Gutiérrez Duque, es una obligada referencia de la educación de calidad en ese país y en toda Centroamérica.

Nunca entendí las vacilaciones de los jesuitas de Brasil para extender la labor de Fe y Alegría a ese enorme país, del tamaño de todo un continente y herido también por enormes desigualdades sociales. Una y otra vez intenté convencer a los Provinciales, pero siempre encontré en ellos un muro de indiferente resistencia. Yo sufría mucho y me indignaba al comprobar que la Compañía se dedicaba casi exclusivamente a atender colegios y universidades de gran prestigio, pero donde sólo podían acudir los más privilegiados, mientras daba la espalda a los millones y millones de brasileños que languidecían en una miseria atroz. Yo soñaba en Brasil con miles de colegios de Fe y Alegría, atendidos por cientos de Congregaciones Religiosas, como un testimonio valiente de una Iglesia comprometida con ese pueblo pobre brasileño que está dando pruebas, cada vez más contundentes, de una fe sólida y de una religiosidad muy profunda.

Por fin, hace cuatros escasos años, la Conferencia de los Provinciales de Brasil dio luz verde para el nacimiento de Fe y Alegría en tierras brasileñas. Pero no termina de convencerme la Fe y Alegría de Brasil. Sus fundadores, un grupo de laicos y algunos jesuitas, parecen resistirse a fundar escuelas, porque, fuertemente ideologizados por las corrientes más radicales de la Educación Popular y por la teología de la liberación, dudan de las potencialidades de la educación formal para promover los cambios necesarios. Ellos parecen anclados en los dogmas que tanto

nos hicieron sufrir en Venezuela, de que la educación formal, como aparato ideológico del Estado opresor, es la columna principal para mantener la dominación y, en consecuencia, no puede aportar nada a los clamores y esperanzas de liberación del pueblo oprimido. De ahí que se han limitado a unos pocos programas de capacitación de adultos y al establecimiento de algunas guarderías y centros para atender a los niños de la calle, en vez de sembrar al país con miles de escuelas y centros de capacitación laboral, para atender las necesidades de buena educación integral de los niños y jóvenes de las favelas, de los indígenas del Amazonas y de los hijos de los campesinos que languidecen de miseria en el nordeste del país.

No pierdo la esperanza de que los jesuitas de Brasil se abran a las potencialidades liberadoras de la educación formal, como quedó establecido en el Ideario que hace unos meses redactamos en el Congreso Internacional de Mérida, y sueño con que dentro de muy poco Fe y Alegría de Brasil mostrará su fortaleza y pujanza con una creciente riada de centros educativos, en los que estudiarán y se harán ciudadanos de bien y cristianos valientes miles de niños y jóvenes brasileños provenientes de los estratos más pobres del país.

Fe y Alegría está cumpliendo hoy precisamente treinta años. En este tiempo nos hemos sembrado en diez países y contamos con cientos de miles de alumnos. Muchos consideran esto como un verdadero milagro y se frotan las manos acariciando con admiración los números imposibles. A mí no me parece suficiente. Al contemplar la vastedad de la miseria y las enormes necesidades educativas de nuestro continente, los números me parecen sin verdadero músculo. Yo me siento una hormiga insignificante ante el desafío del Amor. Pienso que deberíamos estar ya bien afincados en todos los países de Iberoamérica. No entiendo, por ejemplo, cómo no hemos comenzado todavía en República Dominicana, si desde 1964 yo estoy intentando llegar a ese país. Las explicaciones que me vienen dando, que si la dictadura de Trujillo, que si la guerra civil, que si la intervención de Estados Unidos... no terminan de convencerme. Todo eso puede ser cierto, pero me parecen más bien excusas para ocultar la falta de verdadera voluntad.

Cuando uno quiere en serio una cosa, es capaz de superar montañas de problemas y hasta las dificultades se convierten en estímulos.

Tampoco entiendo la demora para establecernos en Paraguay, si ya en 1979 mi gran amigo Antonio Bachs estuvo explorando el terreno y sólo encontró aceptación y entusiasmo con todos los que conversó. Cuando he pedido explicaciones y he planteado mis inquietudes y mis prisas a mis hermanos jesuitas, siempre me han respondido que no es el momento oportuno, pues el Dictador Stroessner no vería con buenos ojos la filosofía liberadora de Fe y Alegría. No sé, tal vez sea esto cierto, pero si nos hubiéramos quedado esperando el momento oportuno, no hubiéramos nacido todavía. Me imagino que nos costará más llegar a los países del Cono Sur. Mucho me temo que su autosuficiencia les impida ver sus necesidades y que consideren a Fe y Alegría como una educación de segunda. Pero ya me está saliendo el viejo gruñón y hoy no quiero dejarme ganar por mis prejuicios ni por mi amargura. Después no podré dormir y me la pasaré dando vueltas atormentándome en mi ansiedad y en mis recelos. ¿Por qué me cuesta tanto aceptar los puntos de vista de los demás cuando son diferentes a los míos? ¿Por qué soy tan terco y, a veces, tan inflexible?

Creo también que debemos seguir insistiendo para superar las dificultades y empezar a sembrar muy pronto nuestras semillas en las do-
lientes y mágicas tierras africanas. Precisamente hace tres años anduve por el Zaire y Costa de Marfil, explorando las posibilidades de iniciar allí el trabajo de Fe y Alegría. Pensaba visitar también Ruanda y Burundi, pero a última hora se presentaron una serie de dificultades que no pudimos superar. Volví con la convicción de que debemos hacer grandes esfuerzos para conocer más el corazón de África, su cultura, sus problemas, sus potencialidades, si queremos adentrarnos con pasos firmes en ese continente que supone un enorme desafío a nuestra pequeñez y a las exigencias de la nueva evangelización. Tuve la suerte de palpar el músculo misionero de nuestros hermanos jesuitas, que han comprendido bien que evangelizar es también dar de comer y cuidar la salud de la gente. El hermano Balerdi, por ejemplo, es un muy afamado dentista que recibe pacientes desde quinientos

kilómetros a la redonda para que les arregle la boca. El Padre Aldanondo me llevó a ver el gran hato que él coordina y dirige con el Hermano Urcola, de más de dos mil cabezas de hermoso ganado, cuya finalidad es abastecer de carne a varias comunidades y ayudar al obispo y al clero diocesano. El Hermano Otaño se la pasa construyendo escuelas y hospitales para estos hijos de Dios. Cuatro sacerdotes jesuitas atienden como misioneros itinerantes más de trescientas aldeas a brinco de jeep, con gran alegría y consuelo espiritual, a pesar de los ataques de paludismo.

La liturgia zaireña me dejó entusiasmado. En las misas dominicales todos participan y cantan con verdadero entusiasmo, no como en nuestras misas donde los feligreses arrastran las canciones sin garra y sin convicción. A la gente se le ve feliz, como si estuvieran asistiendo a una gran fiesta, que es lo que en verdad deben ser las celebraciones litúrgicas. Han captado mejor que nosotros el sentido de la eucaristía y es mucho lo que tenemos que aprender de ellos para superar nuestras misas aburridas, monótonas, sin verdadera participación y sin alma.

Se me ocurre que deberíamos retomar ya la idea de establecer en Kinshasa, capital de Zaire, ciudad de dos millones y medio de habitantes, una pequeña oficina exploratoria de Fe y Alegría que en un par de años elaborara un plan bien concreto de posibles proyectos factibles.

Ya es muy tarde, un silencio total, sin el menor resquicio de voces de personas, animales o del viento que lo rompa, cubre la noche y agita mis inquietudes y mis dudas. Estoy muy cansado, no tengo tiempo para rezar el breviario pero voy a ofrecerle a Dios mi cansancio y a pedirle que, como Buen Pastor, siga cuidando el pequeño rebaño de Fe y Alegría y que me cargue en sus hombros, a mí, su oveja perdida, tan arisca y tan negada siempre a vivir en el rebaño. Mientras él me siga regalando vida y energías, yo seguiré trabajando por extender por el mundo a Fe y Alegría, una red de Escuelas de Valientes, en un mundo ahora y siempre infectado de sucia cobardía. Esta basura, hermana gemela del egoísmo, tiende a ensuciarnos a todos. No sólo las manos, sino sobre todo el alma, matando en ella la generosidad fraterna y

fabricando un mundo sin amor. Es claro que la respuesta cristiana tiene que ser preparar y fortalecer hombres y mujeres en la Fe y en la Alegría del Amor.

Agoniza el día cinco de marzo y agonizan también mis recuerdos y pensamientos con los que quiero tejer algunos retazos de la historia de Fe y Alegría y de mi propia historia. El otro día releí mi Discurso del 16 de diciembre de 1980 en el Poliedro de Caracas, con motivo del cierre de las celebraciones de los 25 años de Fe y Alegría y, a pesar de que ahora lo encuentro demasiado épico, seleccioné un pedazo para incluirlo en el relato de las fundaciones de Fe y Alegría, para ese supuesto libro que ya no sé si en realidad llegaré a escribir algún día, si lo escribirá alguien que vendrá detrás de mí sirviéndose de mis apuntes, o si quedará, como tantas ideas y sueños, en mero proyecto. Enmarqué con un fuerte subrayado en rojo el trozo que seleccioné y espero que no me cueste demasiado conseguirlo entre este montón de carpetas y papeles. ¡Qué inútiles nos hemos vuelto los hombres modernos para vivir y movernos sin electricidad! Y sin embargo, las principales obras literarias de la humanidad se escribieron a la luz de una vela o de un candil. ¡Lo que hubieran hecho Virgilio, Cervantes o Shakespeare si hubieran disfrutado de la energía eléctrica!

Sí, aquí está el trozo:

Ahora es cuando, siguiendo el ejemplo que Caracas y Bolívar dieron, debemos llevar la liberación educativa a tantas naciones que sufren la dominación y la dependencia de sus pueblos, amarrados más que por la opresión exterior por las terribles cadenas de su miseria, hija de la más pavorosa ignorancia. Ahora es cuando, conmemorando mañana la muerte del Libertador, abandonado de casi todos los suyos en San Pedro Alejandrino, debemos jurar ser los nuevos Libertadores de esta América nuestra, donde la moral y las luces por las que él luchó y murió sean elevadas hasta convertirse en la fuerza y la antorcha del espíritu y de la unanimidad, que haga marchar a nuestros pueblos hermanos como un solo hombre, a un mundo de trabajo en la paz, de libertad en la justicia y la

igualad, de participación nueva en todas las esferas y actividades de la vida, en las que superadas todas las autocracias, todas las falsas democracias, todas las plutocracias y todas las marxistocracias, lleguemos a una tierra nueva en la que los hombres seamos más hermanos, reconociendo en cada hombre y en todos los hombres, la dignidad y los derechos de verdaderos hijos de Dios.

Nuestra meta para los próximos 25 años es llegar a todos los países de nuestra América en los que todavía no hemos logrado servir; llegar a los países de Asia y África, donde el pueblo padece todos los males de la ignorancia y la miseria; traspasar en todas partes las costumbres pedagógicas rutinarias y empobrecidas; llevar a ese pueblo a la educación para la vida, que sólo puede encontrar en una preparación profesional equipada para las eventualidades del cambio continuo...

Sólo desearía tener veinte años para alistarme en esta conquista de humanidad y cristiandad. Y poder penetrar a fondo en el Siglo XXI en donde ustedes verán y podrán realizar maravillas; pero, como esto presumo que no debe estar en los planes divinos, sólo me queda desearles que sean los patriotas y los cristianos que a ustedes les toca ser. Sólo así fraguarán y verán los cielos nuevos y la tierra nueva que Dios nos tiene prometida.



*Construyendo nuevos proyectos y sueños
en Fe y Alegría*

San Ignacio del Masparro, 31 de marzo de 1985

9:45 am

Hoy es Domingo de Ramos, y en un día como hoy, hace exactamente cinco años, el 31 de marzo de 1980, redacté en San Javier del Valle mi Testamento Espiritual. Lo recuerdo mientras espero que lleguen de Mérida las Hermanas Trinidad y Micaela, acompañadas por cuatro muchachas y cinco muchachos de San Javier, que van a pasar la Semana Santa conmigo y con nuestros vecinos en estos diez kilómetros a la redonda. Aprovecharán para recorrer todas las casitas-chozas del contorno para invitarles a las celebraciones religiosas y también para anunciarles que, en el próximo mes de octubre, va a arrancar esta escuela agropecuaria que estamos preparando para sus hijos.

Cualquiera que vea el estado de nuestras obras pensaría que es imposible que empecemos en octubre, pero en Fe y Alegría estamos acostumbrados a iniciar en condiciones muy precarias, pues así nacimos y así seguimos creciendo. Ojalá que no nos volvamos unos burgueses comodones y nunca perdamos el sentido de austeridad y la osadía de comenzar de la nada.

Espero que la apertura de la escuela sea el gancho para que vengan más personas a las celebraciones de Semana Santa, aunque por estas

tierras abundan cada vez más las sectas, lo que debería llevarnos a los católicos a revisar nuestras catequesis, celebraciones y culto, pues la gente sencilla siente a sus pastores más cercanos que a nosotros los curas. Para la liturgia del Jueves Santo, tengo preparados, para imponérselos a los adultos, unos pequeños crucifijos, que aquí llaman cristicos, que me trajo mi hermana Marichu cuando vino a visitarme.

La Zona Educativa de Barinas nos ha ofrecido para octubre diez sueldos, seis para maestras y cuatro para Técnicos Medios que traeremos de San Javier del Valle, pues desde sus inicios tenemos que darle a esta escuela una orientación laboral y productiva. Incluso sueño con que toda la educación tenga un sentido eminentemente práctico y que, por ejemplo, aprendan las matemáticas contando los huevos del gallinero y llevando gráficos de cada mes, sacando las cuentas de lo que nos cuesta cada pollo que comamos, midiendo el área reservada para los sembradíos de tomates y pimentones, o pesando los sacos de yuca o de porotos.

Me preocupa el conseguir maestras buenas, dispuestas a venirse a vivir aquí, y me preocupa muchísimo más el conseguir buenas religiosas. Me han visitado varias Congregaciones, pero nadie me ha dado un sí definitivo. Parece ser que les asusta tanta rusticidad y tanta soledad. Tal vez, cuando Cadafe nos ponga por fin la luz, será ya otra cosa. La electricidad es símbolo de progreso y de modernidad. Sin ella, impera la oscuridad, no sólo física sino de las mentes y de los espíritus. De hecho, suele decirse que la llegada de la luz eléctrica acabó con la mayor parte de los fantasmas, aparecidos y espantos que todavía pululan tanto por estas tierras barinesas y, según la gente, llenan las noches de quejidos.

Bastaría con un par de religiosas, mujeres de temple, que no le tengan miedo al campo ni a las dificultades, y con la cabeza bien puesta. Me las imagino con una especie de minifalda sobre pantalón y botas media caña, manejando un tractor o en un laboratorio combinando mezclas de pastos y semillas. Sería bueno también que alguna de ellas aprendiera a pilotear aviones, y muy pronto tendremos que abrir aquí

una pista de aterrizaje, pues, cuando tengamos conformada toda la cadena de escuelas agropecuarias y forestales, el avión será el método más cómodo, rápido e incluso económico para visitarlas y garantizarles asesoría pedagógica, pastoral y técnica. De ese modo, bastará un pequeño equipo móvil, conformado por un agrónomo, un zootecnista, un forestal, un pedagogo y un pastoralista, para atender bien la red de escuelas en los llanos. En este equipo, no puede faltar una o dos religiosas, pues ellas garantizan la mística, el cariño, la austeridad, y las cuentas claras.

¿Por qué nos cuesta tanto utilizar para evangelizar y promover a las personas los medios que otros utilizan para divertirse? ¿Por qué seguimos creyendo que la antropología, la filología o la teología son carreras más propias para una religiosa que la agronomía, la ingeniería o la medicina? ¿Por qué no terminamos de entender que dar de comer es evangelizar y que lograr que una vaca dé más leche para alimentar a tantos niños famélicos es tan cristiano o más que escribir un libro de teología o dirigir un retiro espiritual?

Cuando lleguen las Hermanas, debe estar al menos lista su casa, la cocina y el dormitorio de los alumnos, para no repetir los gravísimos errores de nuestros comienzos en Apure con nuestra Escuela-Granja de La Guanota. La historia la conté ya en la Carta del Masparro que le escribí al P. Ugalde el pasado 21 de junio. Podría resultar interesante incluir en el hipotético libro algunos párrafos de dicha carta que sin duda gustarán a los posibles lectores por lo insólito de la situación que cuento en ella:

Como la mayoría de los posibles representantes de nuestros futuros alumnos eran evangélicos y sus pastores habían sembrado una idea negativa de nuestra escuela por ser católica, alquilamos una casita en Biruaca para dos Hermanas cuya única misión era visitar y ganarse a la gente del Caño Apure Viejo, para que fueran abandonando sus prejuicios y temores. Las Hermanas tenían también una pequeña dotación de medicinas para curar gripes, llagas, heridas, granos, sarnas y una supuración muy fea en los ojos, que ellos

llamaban ceguera y que la sufrían muchos niños. Las Hermanas curaban, escuchaban, animaban y de este modo fue cambiando poco a poco la actitud de los pobladores de las orillas del Apure Viejo.

Mientras tanto, teníamos en el sitio llamado El Médano, una cuadrilla de obreros venidos de Caracas, levantando el techo del actual pabellón de niñas, que mide 50 por 28 metros. El ingeniero Carlos Domínguez, que trabajaba a tiempo completo con Fe y Alegría en la Oficina Central, inspeccionaba periódicamente las incipientes obras de El Médano.

Un día, llegó espantado de Apure a decirme que las Hermanas habían recibido ochenta niños y niñas internos y que vivían ya bajo el puro techo en piernas, que estaba recién levantado. No había un metro cuadrado de pared. No había cocina. No había piso de cemento. Baños, ni pensar. Sólo el monte adentro. Cocinaban con leña fuera del techo. Tenían unos contados cacharros. Nada de cubiertos, ni de platos.

Habíamos ya perforado un pozo que tenía un motorcito de gasolina para la bomba. Eso era todo.

Las Hermanas me mandaban a decir que no me preocupara. Que les enviara ochocientos bolívares al mes y que con eso se arreglarían. Eran diez bolívares al mes para alimentar a cada niño. Increíble, pero cierto. Claro que a los pocos días me pidieron dos mil y luego tres mil.

Preparé una visita mía, que coincidió con la inspección de un Ingeniero Agrónomo que enviaba Misereor, para responder a una petición de ayuda que estaba hecha mucho antes.

Les avisé nuestra llegada con antelación. En San Fernando, dejamos el carro en el puente y allí mismo alquilé una piragua con motor fuera de borda, para llegar por el Apure Viejo.

Cuando nos acercábamos por la vía acuática, yo temblaba pensando en el juicio que emitiría el agrónomo de Misereor.

Desembarcamos y caminamos hacia lo que hoy es el Colegio. Aquello era un campamento de niños y niñas flacos y desarrapados, entre los que se movían sonrientes las dos Hermanas. En aquellos momentos preparaban el arroz en una fogata.

El Ingeniero miró asombrado. Contempló los chinchorros colgados del techo. Fue a ver el caldero del arroz. Vio unos obreros que había prestado el Gobierno de San Fernando, que ponían un buen pedazo de suelo encementado. Yo le miraba para adivinar su juicio. En una parte, que ya tenía suelo limpio, había una mesa con mantel y todo, donde las Hermanas nos invitaron a sentarnos.

Almorzamos con una comida muy potable. Una de las Hermanas dijo: “Padre, ahora hay luna llena”. Y como se quedaba mirándome, respondí: “Así es mucho mejor porque se ve de noche”. La Hermana dijo de nuevo con tono insistente: “¡¡¡Hay luna llena, Padre!!!”. Había un retintín de queja en lo que me decía. Yo le respondí: “Pues mejor, la sabana se ve como un mar plateado!!”. La Hermana se impacientó entonces y fue más explícita: “¡Claro que se ve!”, y señalando al pozo agregó: “¿No entiende que la única cortina que tenemos para bañarnos es la oscuridad de la noche?”.

Acabáramos. El Ingeniero se rió con verdaderas ganas y dijo: “¡Esto me gusta...Tener valor para comenzar sin nada!”.

Este juicio tan favorable nos trajo como consecuencia el donativo de trescientos mil bolívares de Misereor, con el que se fueron construyendo la Casa de las Hermanas, las paredes del dormitorio de las niñas, las aulas, el comedor, la Casa de los Padres y el dormitorio de los muchachos.

Hoy, La Guanota, que está dirigida por una comunidad de jesuitas, es un modelo de Escuela Agropecuaria, donde toda la producción de



leche, cochinos, carne, legumbres, dulces, huevos, pollos, quesos, mermeladas, está en manos de los alumnos. Bien organizados

en equipos, se paran, antes de que amanezca, a ordeñar las vacas, las recogen en la tarde de los potreros, hacen las arepas, llevan el control de las cochinas parideras y separan a los cochinitos cuando ya no están en edad de seguir mamando, alimentan a pollos, cochinos y conejos, recogen cada día los huevos, preparan los quesos, sirven el comedor, lavan los platos y la ropa, levantan paredes y hacen o reparan el tendido eléctrico y, por supuesto, juegan, bailan y cantan joropo del recio, estudian y aprenden a valerse por sí mismos y a ser hombres y mujeres de bien.

Algo semejante, y a poder ser mejorado, pretendo hacer en la red de escuelas agropecuarias y forestales de Barinas. Estas escuelas deben ser profesionales: es decir, que cubran las necesidades más específicas de los campesinos, que constituyen el sector poblacional más olvidado en todo lo que se refiere a educación. Deben constituir centros de educación integral, ofrecida en un conjunto que va del kinder al final del bachillerato y que, después de éste, puede abarcar carreras superiores cortas, escalonadas y cada vez más amplias, que integren lo que un agricultor-ingeniero o un ganadero-zootecnista que trabajan el campo deben saber y, sobre todo, deben saber hacer.

El preescolar debe ser un preescolar-granja rodeado de gallinas, pájaros, cochinos, vacas, flores, sembrados, potreros, caballos, maquinaria agrícola, almacenes y demás... La primaria debe centrarse en el aprendizaje de los recursos instrumentales, como la lectura, la escritura y las mate-

máticas elementales, pero sin salirse nunca de una iniciación biológica amplia, graduada a la edad de los niños, pero valerosa, audaz y claramente vocacional, que mire a la agricultura, a la ganadería y al bosque. En todos los cursos de primaria debe haber práctica, al menos en una mitad del tiempo. El jardín, la huerta, el gallinero, la vaquera, la porqueriza, los sembrados deben ser intervenidos por los niños y los maestros. La secundaria debe tener al menos la mitad del tiempo como trabajo activo en el campo, en el que se incluyan prácticas de estudio de suelos, de abonos, de riegos, de defensa contra plagas, de cercas, de caminos, de razas de ganado, de alimentación del mismo, de plantaciones forestales energéticas o como fuente de materias primas para la construcción.

Todo campesino moderno debe tener la base cultural del bachillerato, pero además debe ser un profesional teórico-práctico de todo lo referente al campo de la producción. Debe, además, tener iniciaciones sólidas de mecánica, de electricidad, de sanidad humana, animal y vegetal. Debe tener una preparación para el mercadeo y para el cooperativismo. La escuela profesional agropecuaria-forestal debe estar abierta al horizonte de los estudios superiores. La agroindustria debe estar presente en este horizonte en las variadas formas de conservación de alimentos, la industria del cuero, derivados de la madera, del algodón, del fique y la lana.

10:33 am

Me acerqué un rato por la cocina y están preparando dos grandes cachamas con arroz, tajadas de plátano y queso. Los merideños van a llegar con hambre y sé que, por lo menos a las Hermanas, les encanta el pescado. No tanto a los muchachos, que prefieren la pasta, que devoran con verdadera fruición. Los maracuchos no saben comer sin plátano y queso, y en San Javier nos pelean si pasan dos días sin plátano. La misa la tendremos en la tarde, después que reposen un rato. Probablemente, vendrá un número importante de vecinos para recoger la palma bendita que vamos a entregarles y que ellos clavan en las puertas de sus viviendas para que les proteja de los malos espíritus, de

los fantasmas y todo tipo de espantos. Por aquí no hay nadie que no crea en el Silbón. Lo llaman así porque silba de noche a los que andan solos, y los aterroriza. Todos lo pintan como un hombre de unos cinco metros de alto, canilludo, flaco como un esqueleto y que es tan malo después de muerto, como lo fue en vida. Los que cuentan que lo han oído y lo han visto dicen que su silbido es totalmente distinto del silbido de tantos animales, como sapos, culebras y pájaros. Que todos los perros aúllan de pavor cuando lo aperciben, que lleva a la espalda una marusa o saco lleno de huesos, porque es un alma sin perdón, ya que asesinó a sus padres, a su mujer y a sus propios hijos. De ellos son los huesos que carga en la marusa. Persigue especialmente a los que están borrachos. Será porque éstos más fácilmente ven visiones y espantos.

Recuerdo que hace unos días me contaba un vecino que él estaba una vez durmiendo solo en una casita abandonada, que no tenía puerta por el lado que daba al corral. El Silbón se puso enfrente de esa puerta vacía y empezó a silbarle. Le acometió tal terror que arrancó a dar voces de desesperación pidiendo socorro, tiró sobre el vano de la puerta un montón de palmas largas, que había en la casa, pero sin resultados ya que el Silbón se burlaba de él con sus aterradores silbidos. Me contó también el caso muy sonado de Antonio Pacheco. Estaban en una fiesta campestre ya entrada la noche y se les presentó el Silbón. Todos huyeron arrastrados por el pánico, pero Pacheco, que era un hombre muy guapo, se le enfrentó con un palo grueso. Más silbaba el Silbón y más garrotazos le daba Pacheco, que sonaban en las costillas como sacos de algodón. Al fin, el Silbón le dio un solo garrotazo y Pacheco quedó como muerto. Los compañeros lo recogieron al otro día sin sentido y duró medio año sin mejorarse y poder caminar como antes. Algo semejante le pasó a Cruz Fonseca, otro guapo que decidió enfrentarse al espanto, y duró más de un año tullido de un solo garrotazo que le propinó el Silbón.

¡Qué falta hace una genuina evangelización que libere a todos estos campesinos de tantas supersticiones y miedos y les abra a la idea de un Dios Padre y Madre que les ama con ternura y les perdona siempre, sin condiciones! ¡Cómo liberarles del peso de una religión atrapada por el

primitivismo y por la magia! El otro día me contaba un muchacho que su familia tuvo una finca, donde se les perdían las cosechas y se les morían todas las reses y, después de insistirme por activa y por pasiva en lo mala que era, concluyó muy convencido de que era una “tierra rezada”, es decir, una tierra maldecida, completamente inservible, porque alguien le había rezado para que fuera tierra maldita.

Voy a aprovechar el tiempo que falta hasta que lleguen los merideños para ordenar papeles y recuerdos, y adelantar mis notas, pues fue un día como hoy, un 31 de marzo, hace exactamente cinco años, cuando redacté mi Testamento Espiritual. Quisiera recoger y analizar calmadamente aquellos años que pasé en San Javier del Valle, a veces en la más absoluta soledad. Todavía no sabría decir con objetividad si en realidad fui en busca de paz o para que me dejaran en paz. Debo empezar por reconocer que me dolió mucho que algunos de mis propios hermanos jesuitas, que habían empezado a colaborar con Fe y Alegría, promovieran y alimentaran la opinión de que yo era un dictador, un megalómano, un quijote que andaba persiguiendo molinos de viento y viendo en los rebaños de ovejas ejércitos de comunistas enemigos.

Reconozco que toda mi vida he sido un quijote, pero siempre me he esforzado por domar la fantasía y la capacidad de soñar con el esfuerzo tenaz para hacer realidad mis mejores sueños. Mi imaginación no ha sido estéril, porque ha ido siempre acompañada de voluntad férrea y de coraje, virtudes que parecen faltarles a muchos criticones sancho-pancistas. Yo sí podría decir con Don Quijote, y voy a citar a Cervantes de memoria, que “mis intenciones siempre las he enderezado a los buenos fines de hacer el bien a todos y mal a ninguno. A los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas o por sus gracias; sólo les toca ayudarlos como a menesterosos, poniendo sus ojos en sus penas y no en sus bellaquerías”.

La locura de Don Quijote consistió precisamente en su extrema generosidad que le llevó a olvidar su interés y abandonar su hacienda para

lanzarse a “desfacer entuertos” y socorrer a los más débiles. Todos los grandes hombres, y en especial los grandes santos, han tenido mucho de quijotes, porque se olvidaron de su comodidad, no les importó lo que dijeran de ellos y que sus ideales fueran el hazmerreír de todos los preocupados por su comodidad, su placer y su barriga. Ojalá haya hecho yo algún mérito para ser incluido con razón en esta raza especial siempre dispuesta a hacer el bien, a atender a menesterosos y oprimidos, “poniendo sus ojos en sus penas y no en sus bellaquerías”. Razón tenía el bueno de Unamuno para considerar a don Quijote, a Jesús y a Bolívar, como los “tres grandes majaderos de la historia” por su generosidad sin límites y su disposición a luchar por las causas perdidas.

Pero a diferencia de Don Quijote, a mí siempre me dolieron las opiniones y los juicios injustos. Entre otras muchas cosas, me acusaban de ser un acaparador de la palabra, de que nunca escuchaba a los demás y hacía siempre lo que se me antojaba, de que me rodeaba de gente sumisa, sin la menor capacidad de crítica y sin el valor de contradecirme en lo más mínimo, de que vivía obsesionado por el “fanatismo del número” y que, con tal de crecer y crecer, no me importaba sacrificar la calidad o descuidar las exigencias salariales de los trabajadores. Qué barbaridad, y qué juicios tan injustos. A nosotros, el crecimiento nos ha posibilitado la calidad. Porque somos muchos, los gobiernos no han tenido otro remedio que empezar a tomarnos en cuenta, con lo que hemos podido comenzar a pagar mejor a nuestros educadores. Porque crecimos con vigor, hoy tenemos campamentos para la formación, oficinas de apoyo pedagógico y pastoral, amplios campos para el deporte, buenos talleres y laboratorios, todo lo cual posibilita una educación de mejor calidad. Además, siempre he considerado muy cómodo e irracional decir que, si no podemos pagar mejores sueldos, no abramos más escuelas, cuando esta decisión supone la todavía mucho mayor brutalidad de dejar miles de niños en la calle.

Los profetas de la desilusión y asesinos de ensueños que llegaron a Fe y Alegría a cosechar lo que otros habíamos sembrado a base de heroísmo y entrega, aseguraban que la obra dependía excesivamente de mi persona y que, cuando yo desapareciera, se derrumbaría conmigo, pues

nunca había permitido que alguien creciera a mi lado y había evitado por todos los medios preparar a mis posibles sucesores. ¡Cómo pueden repetir eso si yo, tras examinar profundamente mi conciencia, veo con claridad meridiana que nunca he mandado! Pero eso sí, he buscado ideas sencillas y fecundas, y he tenido éxito en que personas muy valiosas las hagan totalmente suyas. Me ofende que algunos todavía me llamen jefe, haciéndose algún eco de los que no hace mucho me llamaban “Dictador”, pues a mi firmeza de criterios la confundían con la tiranía. He tratado de no ceder ante lo que eran debilidades o desviaciones conceptuales, en la interpretación apostólica y humanística de Fe y Alegría. Esto ha originado choques, lo cual es siempre doloroso, pero los disgustos por incomprensión han sido mucho menos numerosos, que las sinceras y perdurables adhesiones. Puedo decir que estos verdaderos amigos y hermanos son los que han construido Fe y Alegría.

A veces alguna idea mía los ha impulsado. Otras veces nos hemos encontrado en el mismo camino, y hace años que hemos podido caminar y crear juntos, intercambiando experiencias y puntos de vista, a gran distancia, porque siempre les he reconocido un amplio campo de trabajo y de libertad de acción. Buena prueba de ello es que, de los centenares de colegios que tiene Fe y Alegría, yo solamente me he ocupado de desarrollar personalmente San Javier del Valle Grande y San Ignacio del Masparro. Todos los demás los han hecho brotar y los han desarrollado otros. Mi participación ha consistido en animar a los que los han iniciado y muchas veces, en verlos crecer a distancia por el trabajo y el sentido de servicio a los más pobres, que es el núcleo común de Fe y Alegría. Sin embargo, a pesar de todas esas palpables evidencias, fue creciendo contra mí la idea de que yo era una especie de Faraón inaccesible, autosuficiente, y muy soberbio. Lo peor del caso es que esas ideas nacieron y fueron alimentadas por varios de mis hermanos jesuitas.

El primer golpe bajo lo recibí en 1968 cuando me enteré de que el Padre Ricardo Herrero Velarde, aprovechando que varios jesuitas iban a colaborar en la Campaña Rifa del Ecuador, los había convocado a una reunión en Quito para tratar varios temas sobre la organización y el futuro de Fe y Alegría. La reunión, de la que evidentemente trataron de

excluirme, la consideré como un intento de arrinconarme y sacarme del camino. Posteriormente, siguieron multiplicándose alusiones veladas o públicas a mi “carácter difícil”, a la urgente necesidad de empezar a trabajar con seriedad la identidad de Fe y Alegría, a que había que descentralizar el poder y dar mayores responsabilidades a los laicos. Hablaban también de mi frágil estado de salud, y de que, ante cualquier problema, Fe y Alegría quedaría descabezada y a la deriva.

Sabiendo que mi hermano José Manuel me conocía bien, compartía mis inquietudes y admiraba mucho la labor de Fe y Alegría, le animé a que, una vez que terminara su Provincialato en Loyola, se viniera a Venezuela a trabajar con Fe y Alegría. Así lo hizo, y a los pocos meses de su llegada, en enero de 1971, logré que se incorporara a la Dirección Nacional de Fe y Alegría.

En diciembre de 1972, estando en el Congreso y Asamblea de Lima, sentí que recrudecían mis problemas cardíacos, y temí quebrarme definitivamente bajo el golpe de un infarto fulminante. Todos me aconsejaron que fuera a operarme, y José Manuel terminó de convencerme. Decía que Dios todavía me necesitaba aquí abajo y que mi presencia activa era fundamental para robustecer y expandir Fe y Alegría. El 23 de enero de 1973, en el St. Luke's Episcopal Hospital de Houston, Texas, el Dr. Colley me hizo una operación a corazón abierto y me instaló un triple bypass. Dejé el hospital el 5 de febrero y, a finales de ese mismo mes, regresé a Venezuela, donde estuve unas semanas recuperándome en la enfermería de los jesuitas en el Instituto Pignatelli de Los Teques.

196

El nombramiento del Padre José Luis Echeverría como nuevo Provincial de la Compañía de Jesús en Venezuela, fuerte crítico del modo en que funcionaba Fe y Alegría y propulsor de la necesidad de cambios organizativos y de funcionamiento, terminaron de convencerme de dejar la dirección en las manos seguras de mi hermano José Manuel y retirarme a San Javier del Valle.

Además, para entonces ya estaba prácticamente listo el Instituto Radifónico Fe y Alegría, a cuyo nacimiento había dedicado muchos es-

fuerzos y desvelos. Siempre me sedujeron las posibilidades multiplicadoras de los medios de comunicación, en especial de la radio, para llevar educación a muchos. La radio permite meter la educación dentro de los hogares. El comprobar que con una sencilla emisora podíamos llegar a cientos de miles de personas afiebraba mi imaginación y mi celo apostólico. Yo estaba bien convencido de que todos los grandes apóstoles, empezando por San Pablo, Francisco Javier o nuestros misioneros jesuitas de siglos pasados habrían utilizado sin vacilar estos medios que les permitirían evangelizar a millones de personas.

Si la primera escuela de Fe y Alegría había nacido en un rancho, la radio nos permitiría convertir cada rancho en una escuela. Y no descansé hasta lograr que Fe y Alegría se decidiera a incursionar en el campo de la educación radiofónica. Mediante ella, muchos adultos que habían quedado al margen del sistema escolar y estaban amarrados por las horribles cadenas del analfabetismo, aprenderían a leer y escribir y con ello recuperarían su dignidad y sus potencialidades para seguir progresando. Numerosos jóvenes que habían abandonado sus estudios podrían retomarlos desde sus casas y obtener sus certificados de sexto grado, de bachillerato y por qué no también universitario, pues la radio posibilita una educación a distancia y sin distancias y meter la universidad en los propios hogares. Hasta para capacitar laboralmente es un excelente instrumento la radio. Hoy nuestras emisoras dictan cursos de contabilidad, corte y costura, mecánica, repostería, electricidad..., que se complementan con ejercicios prácticos y la asesoría y orientación de los facilitadores en los fines de semana. De este modo, muchas personas humildes tienen la oportunidad de capacitarse laboralmente y de insertarse positivamente en el mundo del trabajo y de la producción.

Primero me fui a Colombia a visitar la experiencia de radio Sutatenza que, según me habían informado, llevaba sus programas educativos a cientos de miles de campesinos y estaba contribuyendo enormemente a levantar su nivel de vida con programas de mejoras en la vivienda, en la salud, en los cultivos...

Sus orígenes humildes me recordaron el nacimiento de Fe y Alegría, lo que demuestra una vez más que una buena idea acompañada de coraje y tenacidad siempre fructifica. El Padre Salcedo era un sacerdote colombiano, cuya parroquia estaba formada por setenta por ciento de analfabetas que vivían en ranchos que él mismo calificaba como “fortalezas de la suciedad”, y que, en los días de fiesta, derrochaban sus escasos centavos en una interminable borrachera de chicha y aguardiente. Estas borracheras solían terminar con una paliza a la mujer o haciéndole un hijo. El Padre Salcedo comenzó la obra de atracción de los habitantes con un cine al aire libre. Después, construyó un teatro que él mismo diseñó. Para pedir la ayuda de los habitantes de su parroquia, empezó a utilizar una pequeña emisora de onda corta. La gente fue contribuyendo con su trabajo, con materiales y también con su dinerito, y de centavo en centavo logró reunir doscientos mil pesos. Un día, el Padre Salcedo anunció por su radio que los campesinos podrían colaborar con gallinas, y obtuvo una recolecta de ochocientas y un camión prestado para llevarlas a vender a Bogotá. Con semejantes ayudas, pudo comprar una emisora de doscientos cincuenta vatios, que le costó dos mil dólares, y los stocks de sobrantes de guerra de Estados Unidos. Con esta emisora empezó sus escuelas radiofónicas, con una transmisión los sábados de cinco horas. Había nacido radio Sutatenza y la maravillosa obra de Acción Cultural Popular. Hoy, las escuelas radiofónicas que brotaron de una iniciativa tan creativa y tan humilde, tienen más de ciento setenta mil alumnos.

Si bien me impactó mucho la experiencia de radio Sutatenza, me convenció más el método educativo de la Emisora Cultural Canaria (ECCA) en las Palmas de Gran Canaria, que yo conocí a través de radio Santa María, en República Dominicana, que había adaptado con mucho éxito el método de la emisora canaria. Para conocer mejor la experiencia, viajé a las islas canarias, donde los jesuitas me trataron con una inusitada amabilidad y me explicaron con todo lujo de detalles la metodología que aplicaban. El método combina la clase radial, el texto escrito y la asesoría de un guía o facilitador que ayuda a cada participante a resolver las dudas y superar las dificultades.

Volví de las Canarias con la firme decisión de implantar este método radiofónico en Fe y Alegría lo antes posible. Para ello, aproveché el Congreso Internacional de 1973 en Cochabamba, Bolivia, para hacer un ferviente llamado a que Fe y Alegría se decidiera a implementar la educación de adultos a distancia a través de la radio. Al año siguiente, volví a insistir sobre este proyecto en el Congreso Internacional de El Salvador. No podía comprender cómo los directores de Fe y Alegría de los diferentes países no vibraran como yo con esta posibilidad única de llevar educación y dignidad a millones de personas, los más pobres entre los pobres, que habían quedado excluidos de la educación y, en consecuencia, de las posibilidades de labrarse una vida digna.

Mientras tanto, seguí trabajando incansablemente para crear en Venezuela el Instituto Radiofónico de Fe y Alegría. Primero, pensé en alquilar los terrenos y la antena a Radio Tropical. Luego, logré convencer al Cardenal José Humberto Quintero para que nos cediera la frecuencia de 1390 kilohers que el Presidente Leoni le había concedido a la Iglesia. Para adelantar los preparativos y montar el proyecto, me traje de Centro América al Padre Rogelio Pedraz, creador de las Escuelas Radiofónicas Santa María. Y cuando el Padre Pedraz tuvo que regresar al Salvador, llamado por Monseñor Romero, dejé encargado del proyecto al Padre Javier Castiella, hombre de pocas palabras y mucho trabajo, de una humildad nada común y alérgico a los debates ideológicos que por esos años estaban minando a Fe y Alegría, que se convirtió muy pronto en el alma y el motor de nuestro Instituto Radiofónico.

Por fin, el ocho de octubre de 1975, y una vez logrados todos los permisos, comenzaron las emisiones de radio Fe y Alegría en Caracas. Al año siguiente, pudimos comenzar las primeras clases para adultos por Radio Selecta de Maracaibo, una emisora de la Iglesia, que nos cedió en alquiler el Arzobispo de la ciudad, Monseñor Domingo Roa Pérez.

A pesar de mis elocuentes llamados, no he tenido demasiado éxito en convencer a los otros países para que asuman la educación de adultos por radio. Hasta ahora, sólo Ecuador y Bolivia lo han hecho. En El Salvador y Guatemala lo estamos intentando sin éxito desde 1977. Cuando

parecía que el Señor Arzobispo de San Salvador, Monseñor Luis Chávez y González, iba a entregar a los jesuitas la emisora de la diócesis, la llegada al poder del General Romero complicó las cosas, pues, sobre todo a partir de los asesinatos del Padre Rutilio Grande y del Padre Navarro, se hicieron cada vez más difíciles las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno, e incluso surgieron rumores cada vez más fuertes de que todos los jesuitas iban a ser expulsados del país por izquierdistas.

En Guatemala, estuvimos a punto de comprar una emisora, pero el dueño resultó un abusador, pues pretendía vendérsela a un precio exorbitante. Intentamos entonces alquilar unos espacios en alguna radio privada, pero nos salía muy costoso y desistimos de la idea. En 1978, el P. Iriarte logró entusiasmar al dueño de Radio Internacional, José Monteros, quien nos cedió gratuitamente un espacio en la mañana y otro en la tarde para que pasáramos los programas costarricenses del Maestro en Casa. Pero de allí, no hemos logrado avanzar más.

Pensándolo bien, si vamos a ser objetivos, pienso –y así debería aparecer en mi libro o en la posible crónica que se escriba de Fe y Alegría o del Irfa– que habría que otorgarle al Padre Epifanio Labrador el papel de pionero de la radio en Fe y Alegría. Él y Baquedano fueron los primeros jesuitas que empezaron a colaborar en la obra. Jesús María Baquedano, el mayor de los tres hermanos jesuitas, se convirtió pronto en el más entusiasta promotor de la Rifa. En una campaña visitó él solo todas las secciones de más de treinta colegios de Caracas y logró entusiasmar a los muchachos para que vendieran los boletos. Además de su gran capacidad de convicción y de su alegría contagiosa, se sirvió de canciones de moda como “La Cucaracha” o “Toma tu sombrero y pónitelo” a las que puso letras alusivas a la rifa de Fe y Alegría, que lograron gran popularidad.

Epifanio Labrador fue el alma, junto con las Lauritas y las Esclavas de Cristo Rey, en los inicios de los colegios de Petare: el Inmaculada de Barrio Unión y el Presidente Kennedy de Las Canteras. El Padre Labrador, que siempre ha sido un apasionado de los medios de comunicación, mantuvo durante tres años un programa sabatino en una radio

de Petare, y después montó un pequeño estudio en el Colegio de Barrio Unión donde grababa programas sobre Fe y Alegría, que eran retransmitidos por Radio Capital, Radio Venezuela y Radio Nacional.

11:42 am

Hace un calor espantoso, tengo los antebrazos y la calva completamente sudados, y para hidratarme un poco me he bebido dos vasos con agua. Tina jadea con desespero como si estuviera a punto de asfixiarse. Está preñada, y dentro de poco parirá. Le he pasado la mano por la cabeza, le he acariciado la barriga enorme y me ha lanzado una mirada triste pero agradecida. El río se arrastra penosamente, muy flaco, casi sin fuerzas, y la tierra parece un largo lamento de sed. Hay dos babas medianas asolándose en sus orillas, fingiéndose muertas. Los árboles se quejan en silencio e intentan en vano refrescarse en sus propias sombras. La atmósfera está tensa, cargada, y un cielo plomizo ahonda la sensación de bochorno. El viento parece haberse retirado a descansar muy lejos de aquí y hasta cuesta respirar. Todavía falta como un mes para que entren en serio las lluvias, que pintarán de vida nueva este paisaje derrotado, engordarán al río y llenarán de risas a los árboles. Pero con las lluvias llegarán también ejércitos de zancudos, siempre ávidos de sangre, y la entrada al colegio se convertirá en un verdadero fangal. En estos momentos añoro la niebla y el frío de San Javier del Valle, y recuerdo las largas tardes y noches de lluvia mansa, completamente solo, acompañado del crepitar de la hoguera, que prendía no tanto para calentarme, sino para tener alguna compañía.

201

Estaba herido y quería demostrar lo infundadas que eran la mayor parte de las críticas que me hacían mis hermanos jesuitas, tanto dentro como fuera de Fe y Alegría. Por no ser santo, he sufrido mucho los golpes del desagrado y la amargura de los juicios injustos. Cargué con mi dolor como única compañía y me adentré en lo profundo del silencio, tratando de llegar al corazón de mi soledad, y de encontrarme en ella con Dios. En aquellos días escribí algunos poemas que resumen muy bien mi estado de ánimo. Por ello, he seleccio-

nado algunos trozos con los que me gustaría recordar aquellos días difíciles de San Javier del Valle:

*Exploraré el silencio más allá de la noche
y dentro de mí
y detrás del bosque
donde viven los pensamientos
caminaré la senda de la nada
donde todo calla.
No quiero escuchar ni el soliloquio de las piedras.
¿Hay alguna tierra donde no se oigan
los pasos ni el viento
despierte rumor?
Allí encontraré a Dios
entenderé el mudo lenguaje
de su presencia.
Me vestiré entonces de silencio.
Mis ojos en silencio.
Mis pasos en silencio.
Mis gritos en silencio.
Mi corazón feliz en el eterno
luminoso omnisciente silencio.*

Como siempre, me salvó mi imaginación y pronto convertí mi dolor y mi soledad en fuente de nuevos proyectos atrevidos. Hoy sé bien que, en el fondo, quería tapparles la boca a todos mis críticos demostrándoles que era capaz de levantar de nuevo grandes obras de la nada. Allá ellos, con sus discusiones teóricas y sus planteamientos abstractos, incapaces de crear nada importante. Yo me dedicaría a impulsar la educación profesional y transformaría la montaña y el bosque de San Javier del Valle en un complejo educativo y turístico, al que acudirían multitudes de toda Venezuela. Allí podrían palpar prácticamente las potencialidades de una educación decidida a asumir en serio el mundo del trabajo y de la producción. Había que salvar la brecha entre el trabajo manual y el trabajo intelectual y acabar con el academicismo teórico de tantos profesores que sólo producían palabras y miraban con des-

precio a los trabajadores manuales. ¿De qué les iba a servir a nuestros jóvenes una educación libresca que no los capacitaba para valerse por sí mismos y enfrentar los retos de la vida? Era urgente emprender una cruzada educativa que, lejos de considerar la educación como un medio para huir del trabajo, fuera ella misma trabajo, producción. De este modo, yo seguiría señalando el rumbo que debía seguir Fe y Alegría para superar la tentación del acomodo y convertirse en una serie de centros educativos tradicionales, academicistas y sin garra.

Teníamos que superar esas escuelas tradicionales, de la saliva y de la tiza, desligadas de la vida y del mundo productivo, donde se pierde el tiempo hablando y aprendiendo cosas inútiles que no sirven para nada. Fe y Alegría estaba llamada a señalar el rumbo que debería emprender la educación popular en América Latina. Las escuelas tenían que convertirse en talleres de producción, donde los alumnos aprendieran a trabajar y amar el trabajo, donde forjaran su voluntad, desarrollaran sus habilidades y se dignificaran por medio de un trabajo liberador con el que continuaban la obra creadora de Dios. Si los seres humanos fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, somos también creadores. Nuestra esencia, como la de Dios, es amar y crear. Amar el trabajo y trabajar amando. Aunque no me considero teólogo ni experto en espiritualidad ignaciana, creo que por ahí va la invitación jesuítica a ser contemplativos en la acción. Si bien debo confesar que me considero más un hombre de acción que de contemplación, siempre me he esforzado por hacer de mi acción un modo profundo de oración.

Los inicios de San Javier del Valle fueron extremadamente duros. No es fácil empezar de la nada y solo. Me recuerdo sentado junto a la chimenea. Unos gruesos leños de cinaro me daban su amor en su calor dulce, después de la cena. Anocheceía detrás de mis ventanas y la niebla envolvía la casa. Me era muy grato acercarme al fuego. Al morir esos palos en la hoguera me daban todo su pausado crecimiento de largos años y toda su historia. Una vida para el suave bienestar de mis noches. Su lumbre me acompañaba como un ser vivo. Las pequeñas banderas puntiagudas de las llamas ondulaban rápidas y palpitantes.

En esos momentos, echaba de menos a mi lado un amigo con quien conversar, al que le contaría cientos de anécdotas y sucesos y, sobre todo, que me ayudara a interpretar lo que de verdad yo quería y buscaba al hundirme en el fondo de la soledad. ¿Quería descanso, quería paz, un tiempo fértil antes del fin, o quería simplemente que me dejaran en paz? ¿Quería el reconocimiento de mi tarea de los últimos 20 años o quería sobre todo su perduración? Todavía ignoro si ha sido más fuerte en mí la voluntad de servir o el tesón de triunfar.

Miraba y miraba por largos ratos los leños en brasas, tan sólo vestidos de lenguas azuladas y rojizas. No había nadie a mi lado y necesitaba preguntar y saber:

*Necesito palabras
porque sí palabras
explosiones de lo hondo
dormido,
reventones de las raíces
de mi ser
bajo una mirada
amiga,
necesito palabras
pedazos de alma
porque no soy roca
no soy arena,
tengo fibras heridas
debajo del barro
debajo de la cara
debajo de los ojos
debajo de las manos.
La soledad
me ha cubierto
pero nunca me ha besado
me ha dicho sus secretos
y yo le he contado
los míos.*

*Nunca me ha
llamado por mi nombre.
He caminado
mirando a mis hermanos
he esperado
todos los siglos
que guarda una corta vida.
He soñado.
Pero nunca llegó
la palabra hermana
ajena de la cortesía,
más honda que el cariño.
La que puede
taladrar con su luz
el sentido de la vida
el sentido de una vida
el sentido de todas las vidas.
Cada corazón
es una isla solitaria
y el mar
es un tejido de caminos.
Pero basta el barco
de una sola palabra
para cruzar todos los abismos.
¿Dónde estás palabra
amiga,
palabra engendradora,
palabra perdida?*

El fuego, que apartaba a manotazos las sombras, me asomaba al misterio del ser, del vivir, del amor, en los entresijos de los ideales, en lo elevado y en lo terrestre del alma humana. Entonces, a lomos de una oración profunda y muy tierna, repensaba mi vida y me consolaba el descubrir que, a pesar de mis graves limitaciones y de mi pequeñez de barro, había seguido con firmeza el camino que Dios me había señalado.

Fueron, por ello, días de mucha reflexión y oración, de largas horas de lectura pues los libros siempre han sido unos fieles amigos que me han acompañado a todas partes y han contribuido a mitigar mi soledad. A pesar de que uno los abandone durante semanas o meses, e incluso cuando uno los maltrata y olvida, ellos siempre están disponibles para la conversación amena o el silencio, listos para contar sus secretos con sus menudos labios de letras. Los libros han alimentado mis sueños, han cultivado mi imaginación y mi fantasía, me han abierto a los misterios del mundo y de la vida. Con ellos he viajado por todo el mundo, me he acercado a los misterios del átomo y de las galaxias, he escuchado las voces del silencio, de los árboles y piedras, la sinfonía de las estrellas, las palabras amorosas de Dios. Días de lectura y de construir sueños al calor de la lumbre, acariciado por el manso rumor de la lluvia, y en ocasiones, los gritos del viento en algunas noches donde el crepitar de las ideas atemorizaba al sueño que se negaba a venir:

*Silba el viento
empujando
todo el rebaño de la noche.
La lluvia corre
por delante
azotando las rocas.
El frío se asoma
hasta las ventanas del alma.
Son olas
y olas de lamentos.
El viento se ha apoderado del mundo.
Dictadura de la angustia
y del recelo.
La oscuridad ahoga
las cosas.
Agonizó el resplandor.
¿Huyó para siempre
la Aurora?
En el sepulcro de la media noche
escarba la nada.*

*Aúlla el viento,
galopan los presentimientos
en la inmensa catedral de las sombras.
Pero en el rancho pajizo
perdido en la sierra
duerme un niño
en los brazos de Dios.*

Muchas tardes me iba a rezar a la Casa de Ejercicios Espirituales que yo había levantado en recuerdo de mis 27 alumnos muertos en el accidente aéreo del páramo de Trujillo. Solía conversar con cada uno de ellos en el silencio de la capilla y en esos corredores salpicados de flores y de nieblas. Me detenía ante su foto, volvía a pronunciar su nombre y también su apodo con cariño, le recordaba alguna anécdota de sus tiempos de estudiante en el Colegio de San José de Mérida y le pedía que me echara una mano en esta nueva aventura quijotesca. De estas visitas volvía reconfortado y con ánimo para atreverme a empezar. Y así lo hice. De los dos mil bolívares que me habían asignado como sueldo mensual, apartaba 300 bolívares para mi alimentación, que era barata, pues yo me cocinaba y lavaba la ropa. Con los 1.700 bolívares que me sobraban pude pagar a cuatro peones. Como no sabían hacer otra cosa, los puse a plantar árboles, especialmente pinos y fresnos. También tuve, por unos meses, un chofer y un jeep pagado por Fe y Alegría. Pero se aburrió pronto y me dejó solo.

De noche, más que por frío por tener algo de compañía, encendía la chimenea y esperaba los consejos del fuego que despertaba mi imaginación y la hacía volar hacia el pasado y hacia el presente, asomándome a mil ventanas luminosas. Eran las hogueras de mis antepasados paleolíticos o de los pobres hombres que, como yo, estaban esparcidos en las infinitas soledades del mundo, calentándose o consolándose con los ojos fijos en las mismas llamas. Bailaban largas horas las lenguas de fuego y yo pensaba, rezaba o me adormecía y volvía a enderezarme, muchas veces preguntándome qué hacía aquí y cómo podría poner en marcha una escuela profesional sin dinero o con poquísimos y estrechísimo dinero. Miraba el misterio de la incansable actividad

del fuego, como si me fuera a manifestar una clave del misterio de la educación profesional que nunca se me había revelado.

Fui a Colombia, busqué en Pasto y, aunque los artesanos pastusos están tan apegados a su tierra como los montes que los rodean, pude remolcar hasta aquí a dos tallistas o imagineros que firmaban como escultores y a un tornero de madera.

La chimenea y Pasto me recorrieron un poco la cortina de un misterio: no hacían falta grandes instalaciones para llegar a profesiones elevadas, verdaderamente dignas y sabias. En Pasto vi pobres talleres de los que salían muebles de lujo. Es decir, el dinero resultaba imprescindible, pero secundario para emprender la formación profesional. Para comenzar una Escuela Electro-Mecánica hacía falta, desde el comienzo, mucho dinero. Para formar un artista de la madera bastaban unas gubias, pocas herramientas manuales y buen gusto en el diseño de un maestro. Para educar a un transformador del barro en verdaderas joyas cerámicas de gran esplendor, bastaba la arcilla y un maestro que cultivara el lenguaje gráfico, a través de una concepción estética, de manera que pudiéramos enseñar a cambiar unos kilos informes de greda en un gran jarrón chino o en una vajilla de precioso esmalte y de alto precio en el mercado. Un soldador con instrumentos sencillos puede fabricar una reja, una ventana y una baranda de escalera o de balcón, pero con los mismos instrumentos, sin mayores costos, si ha estudiado un poco de herrería artística, puede llegar a obras preciosas diez veces más y más costosas.

En aquellos días ya no estaba completamente solo, pues un día llegó, como un ángel protector, la Hermana Montemayor, con la que empecé a compartir palabras, afectos, sueños y realizaciones.

Por aquí guardo un escrito de una entrevista que le hicieron a la Hermana, que me gustaría que aparezca en el libro, pues nadie mejor que ella para acercarnos a los heroicos inicios de San Javier del Valle. A ella, que me devolvió la palabra y que me escuchó largas horas con una enorme paciencia, quiero yo ahora devolverle su palabra:

Al comienzo, no teníamos ni plata para comer los dos. El Padre era muy austero y podía pasar una semana con una olleta de arroz. La primera idea no era poner un internado. Vélez quería montar unos buenos talleres para que los muchachos y muchachas del Valle, al terminar su primaria, aprendieran algún oficio útil que los capacitara para valerse en la vida. Con las máquinas que se utilizaron para construir la Casa de Ejercicios Espirituales y que estaban arrinconadas por ahí, montamos talleres de herrería, mecánica y madera, y el Padre fue a Pasto en Colombia y se trajo de allí unos profesores. Él tenía muy claro que, más que títulos, hacía falta gente buena profesionalmente, capaz de realizar cosas valiosas y bellas, que vivieran de su trabajo y estuvieran dispuestos a enseñar a otros lo que sabían. Por eso, él los buscaba donde se encontraran y tuvimos aquí profesores de España, chinos, uruguayos, chilenos, colombianos, italianos...

Una vez que tuvimos talleres y profesores, seguía faltando lo principal: los alumnos. Fue entonces cuando se nos ocurrió la idea del internado. Yo me fui en un land-rover a los Pueblos del Sur de Mérida y me traje unos muchachos. Así fue que comenzamos: con dos varones y cinco hembras. En ese primer año, esos muchachos iban a clases en la mañana al Timoteo Aguirre, el colegio de Fe y Alegría junto a la laguna, y en la tarde asistían a los talleres. Nadie hubiera apostado entonces que la idea iba a prosperar. Al año siguiente, ya teníamos 72 alumnos y, al otro, 180. Cuando nos empezó a llegar toda esa muchachera, tuvimos que ingeniárnoslas para acomodarlos y darles de comer. Donde hoy está el taller de costura, era entonces una vaquera que transformamos en dormitorio para los varones: rellenos con paja los pesebres y pusimos sobre ellos unas colchonetes. Las niñas vivían conmigo y el Padre Vélez se acomodó en una pieza que hasta entonces había sido una corotera. Así, poco a poco, fuimos creciendo y con las ayudas de muchos y el trabajo y aporte de los propios alumnos fuimos levantando todos estos edificios: el internado, el hostel, que es una verdadera joya artística, y todos los muebles, puertas, rejas, artesanados, fueron elaborados en los talleres por los propios alumnos. En el año 79 comenzamos el bachillerato profesional con más de 16 talleres distintos, de cerámi-

ca, violines, vidrio, forja, escultura, muebles, tejidos, electricidad, joyas y muchos otros. También está la finca con toda la serie de cultivos y animales, gallinas, patos, vacas, cochino, conejos...

La escasez de recursos nos obligó a ser creativos y, desde un comienzo, empezamos a recurrir al autogobierno de los alumnos, de modo que dejamos en sus manos la disciplina y el orden en los dormitorios, comedor, canchas deportivas... Además, ellos mismos deben lavar la ropa, los platos y servir en el comedor. De este modo, y con muy escaso personal, pudimos resolver los enormes problemas de funcionamiento de un internado. Recuerdo que, cuando yo estudiaba en el internado de Tudela, había allí al menos 20 jesuitas. Sería bien interesante saber cuánto personal y qué astronómico presupuesto necesitaría el Ministerio de Educación para llevar un centro educativo como el de San Javier. Y, a pesar de los muchos millones que les ahorramos, todavía tenemos que mendigarles para que nos paguen el sueldo de los profesores e instructores y se niegan a reconocernos los otros beneficios sociales. También me gustaría preguntarles a esos criticones que nunca faltan si ellos conocen alguna obra educativa que en Venezuela vaya delante de nosotros. Aunque acepto que de la Fundación La Salle y de los salesianos tenemos mucho que aprender en cuestiones de educación profesional.

Mientras yo iba descubriendo prácticamente todas las posibilidades de una educación orientada al trabajo y la productividad y me reconfirmaba una vez más en las inmensas posibilidades turísticas que nos brindaba esa naturaleza prodigiosa, mi cabeza empezó a arder febrilmente con una serie de proyectos muy ambiciosos que con frecuencia no me dejaban dormir.

Yo miraba la montaña adusta y no veía la montaña sino que veía un centro recreativo formativo que se estremecía con los gritos y juegos de cientos de jóvenes que llegaban de toda Venezuela a robustecer su carácter y aprender la más difícil de todas las artes, la de vencerse a sí mismos. Veía una escuela de turismo popular donde los campesinos del Valle aprenderían a convertir sus rústicas viviendas llenas de humo y humedad en agradables posadas y en tiendas de artesanía, verduras,



frutas y vinos de mora. Veía un hermoso pueblito andino colonial, que asomaría a los visitantes a la vida rústica del ayer, como si hubiera quedado congelado en el tiempo. Por eso, unas veces mi imaginación lo bautizaba como “Ayer” y otras como “Venezuela 1777”.

Veía también, y hasta comencé a construirlos, dos macro museos pedagógicos de varios kilómetros, uno con escenas de la vida de Jesús, como una especie de gran catecismo de piedra, como lo eran las catedrales en la Edad Media. El otro museo sería una clase magistral de historia de Venezuela, pues estaría formado por escenas de los principales acontecimientos históricos de Venezuela. Así, al recorrerlo, las personas aprenderían historia y acrecentarían su amor a la Patria. Estos museos se irían alimentando con las obras de arte realizadas en los diversos talleres y así garantizaríamos el aprovechamiento inmediato de su producción al menos durante diez años. Con ello, estaríamos contribuyendo a elevar el nivel cultural del venezolano, garantizaríamos trabajo de calidad a muchos durante mucho tiempo, e impresionaríamos al numeroso público que vendrían a visitarlos de todos los rincones de Venezuela y de otras muchas partes del mundo. A su vez, esa admiración se traduciría en buenas ayudas y fuertes colaboraciones económicas, que nos permitirían seguir construyendo nuevos proyectos y sueños.

Ya entonces empecé también a ver a San Javier convertido en un Centro de Formación para profesores de talleres, que iría creciendo hasta convertirse en la Universidad Tecnológica de Fe y Alegría, donde se formarían los profesores que habrían de transformar las escuelas librescas en centros de producción. Ese sueño, que empecé a vislumbrar

tímidamente entonces, hoy lo veo más claro que nunca, y estoy convencido de que éste debe ser nuestro principal aporte al país para cambiar la cultura rentista y consumista que vive del petróleo, en una cultura de la austeridad, el trabajo y la producción.

Sí, hoy estoy más convencido que nunca de que ha llegado la hora de que Fe y Alegría se adentre con pasos muy firmes en la educación superior universitaria como corona de todos sus esfuerzos. ¿Por qué las puertas de la universidad van a seguir fundamentalmente abiertas a los hijos de las clases privilegiadas y cerradas para los hijos de los campesinos y obreros? La justicia social exige la justicia educativa y, para ello, todos deben tener las mismas oportunidades y las mismas condiciones para ingresar en la Universidad. Como decía Simón Rodríguez, ¡cuántos de los que hoy son nuestros empleados, obreros o incluso delincuentes de los que debemos protegernos, serían nuestros jefes o personas a imitar si hubieran gozado de buenas oportunidades educativas!

Este sueño de tener un tecnológico donde se formen buenos profesores que contribuyan a transformar la educación no es nuevo. Desde los inicios de Fe y Alegría, me preocupé mucho por la formación de los maestros, por considerarlos el factor más importante para una educación integral de calidad. Una maestra bien formada, cariñosa, que ama su profesión y ama a sus alumnos, es la mejor lotería que le puede tocar a un niño en la vida. Ella puede suponer la diferencia entre un pupitre vacío o un pupitre ocupado, un delincuente o una persona de bien, un asesino o un santo. De ahí que, ya en 1959, a los cuatro escasos años de haber nacido Fe y Alegría, empezó a funcionar la primera Escuela Normal, en el Colegio Inmaculada del barrio Unión de Petare. Dos años más tarde, abrimos también otra Normal en el Colegio Cecilia Cross, de Alta Vista, en Catia. Y en 1972, inició sus labores la Escuela Normal Nueva América en Maracaibo. Estas Escuelas Normales fueron, durante muchos años y hasta que desaparecieron, por orden del Ministerio para todas las Escuelas Normales del país, verdaderos semilleros de maestros comprometidos y entusiastas que nutrieron las escuelas de Fe y Alegría, y contribuyeron a propagar su espíritu y su pasión por la educación a otros muchos centros educativos del país, públicos y privados.

Recuerdo que me gustaba mucho visitar a las estudiantes normalistas en Petare o en Catia. Les hablaba de la importancia de su misión, y les repetía que educar era construir personas plenas, ciudadanos responsables, padres y madres amorosos, cristianos comprometidos con Jesús en la tarea de transformar este mundo tan injusto e inhumano. Les insistía mucho, tanto a ellas como a sus profesores, en que quisieran mucho a sus alumnos, pues el amor cura todos los problemas y heridas. En cada una de las visitas les volvía a insistir en que desestimaran las copias y el caletre, para centrarse en enseñar bien a todos los alumnos a leer y escribir para que fueran capaces de aprender leyendo y de expresar tanto en forma oral como por escrito sus propios pensamientos. También les insistía en que enseñaran bien los números, las operaciones, la resolución de problemas prácticos, para que nadie les engañara y pudieran valerse en la vida.

No entiendo cómo todavía la educación, a pesar de que el mundo ha cambiado tanto, más que enseñar a pensar, sigue enseñando a repetir lo que piensan otros. En los últimos tiempos se habla mucho de la educación integral, pero sigue teniendo muy poco de integral, pues se orienta a cultivar sobre todo la memoria, muy poco la inteligencia y la creatividad, y casi nada el corazón y las manos.

En 1963, egresaron las primeras maestras de la Normal de Fe y Alegría de Barrio Unión en Petare. Guardo como un tesoro copia del Discurso que les dirigí en su graduación, y creo que algunos de sus párrafos merecen entrar en mi libro:

Quisiera entregarles de una manera muy especial a nuestra primera promoción de maestras el mensaje de Fe y Alegría, del cual van a ser portadoras. Lo dice el nombre, lo he repetido muchas veces, un mensaje de fe: de fe en Dios, de fe en Venezuela, de fe en la ciencia y en el progreso, de fe en sí mismas. Un mensaje de alegría para nuestra juventud y para nuestra niñez, que tiene, desafortunadamente, muy poca alegría. Un mensaje de fe en Dios, el Dios bueno, el Dios elevador de nuestra pequeñez humana; un mensaje lleno de optimismo y de grandeza.

Tenéis que ser vosotras las portadoras de una educación de la dignidad humana, debéis ser maestras misioneras, mensajeras del amor de Dios y de la hermandad de todos los hombres, pero traducida en obras. Fe también en Venezuela. Nosotros creemos en Venezuela, en la cual muchos hoy no creen. Como maestras, tenéis que hacer esta profesión constante en vuestro credo cívico: creo en Venezuela. Venezuela está llamada a tener en el continente hispanoamericano una conducta de liderato, de promoción, de conducción parecida a la que la generación de los libertadores realizó en todo el continente. Fe en la ciencia y en el progreso. Fe y Alegría no es una obra de caridad; es una obra social que quiere transformar nuestro mundo. En la escuela no hemos elegido un fin, en la escuela hemos elegido un instrumento para llevar nuestro mensaje. No es dando cosas como haremos hombres. Es haciéndoles hombres por la educación con la cual ya no necesitarán de las cosas que nosotros les vayamos a regalar. La educación es el manantial de todos los bienes que se pueden tener en este mundo.

Este colegio se construyó sobre un insigne basurero. No es antiacadémico decir la verdad. Las Hermanas, en ese piso alto, la primera noche se desmayaban casi del hedor. Ahí no había calle. Ahí había una tremenda cloaca, donde por la ley de la gravedad bajaba la basura de todo este inmenso contorno. Nos tacharon de locos por atrevernos a hacer un edificio aquí, en estas circunstancias. Pero nos atrevimos porque sabemos que, dando educación al hombre, no necesita de más. Por último, tenéis que tener fe en vosotras mismas. Este colegio es piedra, es cemento y es cabilla, pero un corazón encendido sabe hacer muchísimas más cosas. Porque sois hijas de Dios, porque sois ciudadanas de Venezuela, tenéis que llevar en el corazón una confianza absoluta en vuestra misión, en vuestro papel de salvadoras, en vuestro papel de enviadas de Dios y de Venezuela a salvar y a llevar fe y progreso donde hay hoy atraso, miseria, pobreza y orfandad.

Recién llegado de Europa, me fui a visitar la escuela más pobre de Fe y Alegría en Caracas. Está en el Cerro de la Cruz. La regentan

las Hermanitas de los Pobres. Tiene tres ranchos de cartón y una capillita hace poco saqueada. Y en esa capillita y en esos ranchos tenemos cinco grados. Pero ahí está latiendo con una fuerza enorme el mensaje de Fe y Alegría. Ahí nosotros podemos comenzar. Tenemos que tener audacia para comenzar y realizar. La gente se convencerá, los asustados se persuadirán y los titubeantes dirán: vamos a acompañar esta obra porque tiene creación, tiene fuerza, tiene eficacia. Vosotras tenéis que ser las portadoras supremas de esta extensión audaz y realizadora para derrotar al miedo y a la mezquindad. Nuestras maestras han de ser las que no sólo enseñen a los niños, sino que sepan levantarse ante la sociedad que las rodea, para exigirles lo que esa sociedad debe darles. Tenemos que ir a un mundo en que los que queremos trabajar en la cultura tengamos manos abiertas y tengamos igualdad de oportunidades. Y yo quiero pronunciar delante de ustedes, para que las transmitan durante toda su vida, estas palabras: "Libertad de enseñanza". Verdadera libertad de enseñanza, que nunca será libertad de enseñanza si todos los niños venezolanos no tienen igualdad de oportunidades. Y hoy, los niños de Fe y Alegría no tienen igualdad de oportunidades porque el Ministerio de Educación les niega los recursos que, como venezolanos, les pertenecen.

También me he preocupado siempre mucho por la formación permanente de las religiosas, que son el capital más importante de Fe y Alegría. Formación no sólo espiritual, que numerosas veces traté de alimentar dándoles Ejercicios Espirituales, sino también formación académica y humana, capaz de desarrollar las inmensas potencialidades de las mujeres consagradas. Con frecuencia, la vida conventual, excesivamente melindrosa, tan llena de normas, reglas y detalles, ha cultivado en muchas de ellas un angelismo descarnado, ha bloqueado sus energías enormes y ha terminado por apocarlas y disminuirlas. Para devolverles su confianza y adaptarlas a los nuevos vientos que empezaban a soplar en el mundo tras el Concilio Vaticano II, organicé en Mérida, a partir del año 1964, unos cursos de formación para religiosas en los que incluí talleres de oratoria, de relaciones humanas y de manualidades.

La palabra es un arma muy poderosa y me empeñé en que todas las monjas de Fe y Alegría dominaran el buen decir y la oratoria. Tras darles algunas normas generales acompañadas de ejercicios prácticos sobre gestos, modulaciones de la voz, énfasis, miradas, silencios..., les proponía un tema que todas debían desarrollar en público. Algunas, como la Hermana Teresiana Natividad Muñoz, aprendieron pronto y mostraron enseguida tener buena madera de oradoras. A otras, sin embargo, les costó muchísimo. Recuerdo en especial a la Hermana Cleofé, tan valiente y arriesgada con su carretilla cargada de bloques en su colegio de la Línea, capaz ella sola de desarmar a varios hombres a pesar de su tamaño diminuto, que me rogaba con lágrimas en los ojos que no la obligara al tormento de tener que subir al escenario y hablar en público delante de otras religiosas.

Para desinhibirlas y soltarlas y para que volvieran a recuperar su encanto y su alegría, en las noches, les organizaba fogatas y pasábamos varias horas cantando y echando cuentos y chistes. Reíamos como niños felices, y yo aprovechaba para animarlas a que hicieran algo semejante con sus alumnos, pues siempre he sido un convencido de que las convivencias y los campamentos son experiencias que nunca olvidan los jóvenes y los marcan para toda su vida. Por ello, siempre me he esforzado por tener buenos campamentos y lugares de convivencia como los de San Javier del Valle, La Mata, cerca de Caracas, la Ciudad de los Muchachos en Guarenas, Calderas en Barinas, Campo Mata en Anzoátegui y Santa Rita de Cumarebo en Falcón, que considero verdaderas escuelas de varonía y de carácter. Lamentablemente, y a pesar de que lo he buscado con esmero y he tocado cinco o seis puertas, no he encontrado a nadie en Fe y Alegría, ni jesuita ni laico, que comprenda el valor educativo de la naturaleza y la montaña, y quiera dedicarse a montar como es debido todo un plan de formación a partir de los campamentos.

Porque siempre pretendí que Fe y Alegría no fuera meramente una organización para construir y sostener escuelas, la soñé desde sus inicios como un amplio movimiento de formación, para crear y alimentar un espíritu cristiano y apostólico que mediante la Educación Popular Integral posibilitara una vida más digna y mejor a las masas empo-

brecidas de nuestro continente. Por ello, en 1968, fundé también la “Casa de Formación de Fe y Alegría”, que empezó a funcionar en la Quinta San Rafael de Caracas, y ofrecía cursos de catequesis, filosofía, sagrada escritura, historia política de Venezuela, pensamiento teológico y literatura latinoamericana, con la idea de formar un laicado comprometido y bien formado en los valores cristianos.

Más que otra cosa, toda mi vida he sido un formador y lo seguiré siendo mientras viva. Aquí estoy, a punto de morir, en El Masparro, tratando de alargar al máximo los últimos minutos de mi vida, empeñado en enrumbar a Fe y Alegría por los nuevos caminos de la formación profesional, lo que nos exige abordar con decisión y urgencia la formación de los nuevos profesores técnicos, abriéndonos a la educación superior universitaria. Pero debo confesar con amargura que la tarea de asumir en serio el reto de la educación profesional está resultando mucho más cuesta arriba de lo que yo imaginaba, e incluso he llegado a pensar que va a costarnos más de lo que supuso fundar Fe y Alegría. Aunque en todos los Congresos Internacionales he insistido por activa y por pasiva en que la madurez de Fe y Alegría nos exige asumir en serio la educación profesional y productiva, no he tenido demasiado éxito en convencer a otros, a pesar de que hoy pueden palpar los logros en San Javier, en La Guanota y muy pronto podrán verlos también aquí en San Ignacio del Masparro. Siguen repitiendo que este tipo de educación es muy costosa, que implica grandes inversiones en talleres y maquinaria, y sus prejuicios les impiden ver, a pesar de que lo están palpando, cómo con unas pocas herramientas y mucha creatividad, se pueden producir objetos muy bellos por los que la gente estará dispuesta a pagar buen dinero.

El mayor problema para emprender con pasos firmes el camino de la educación profesional no está en la dotación de los talleres ni en los costos de la maquinaria, sino en la extrema dificultad de conseguir buenos profesores e instructores. De ahí, la necesidad de formarlos nosotros. Si bien son absurdas las políticas del Ministerio de Educación que exigen a los profesores de talleres títulos de licenciado en educación, con lo que tenemos teóricos de la producción que temen mancharse las manos, no es fácil conseguir buenos productores que sepan

o quieran enseñar a otros lo que ellos saben. Aquí yo podría presentar una larga lista de decepciones y fracasos. Algunos son buenos ejecutores y grandes artesanos o artistas, pero les resulta muy cuesta arriba transmitir sus propios saberes. Otros, muy celosos de sus conocimientos, temen compartirlos por miedo a quedar marginados si son superados por sus propios alumnos. Recuerdo en estos momentos a un maestro de cerámica, muy bien preparado como escultor y decorador, que por miedo a que yo lo botara y sustituyera por uno de sus alumnos más aventajados, desarrolló todo un plan para aburrirlos con trabajos minuciosamente estériles. De un modo parecido, un maestro español de arte murano se encerraba para hacer las mezclas químicas con las que buscaba producir colores especiales en el vidrio. No permitía que sus alumnos conocieran los que él consideraba sus secretos profesionales.

Aunque mi voz siga sonando en el desierto, yo insistiré por activa y por pasiva, y poniendo por delante el ejemplo de mi vida, en la urgente necesidad de superar nuestras escuelitas y liceos en los que se enseña a los alumnos a reproducir más que a producir, a copiar más que a crear, hasta que los convirtamos en verdaderos centros de capacitación y producción. El año pasado, aproveché el Congreso y la Asamblea Internacional de Fe y Alegría que tuvieron lugar en San Javier del Valle, para pedirles a los asistentes que tuvieran el coraje de impulsar con mucha más decisión la educación profesional en las Fe y Alegrías de sus países. Los asistentes al Congreso y Asamblea se alojaron en la Hospedería de San Javier del Valle, cuyas puertas, mesas, sillas, ventanas, enrejados, camas, muebles, habían sido fabricados por los alumnos, e incluso visitaron los talleres y vieron con sus propios ojos lo que eran capaces de hacer los alumnos y cómo trabajaban con verdadero entusiasmo y dedicación. Todos alabaron y se mostraron admirados de lo que habíamos hecho y estábamos haciendo, pero no adiviné en ellos una decidida voluntad para seguir mis pasos.

Acabábamos de definir en el Congreso Internacional la identidad de Fe y Alegría como un movimiento de educación popular que contribuyera a liberar a nuestro pueblo de la marginalidad y la dependencia, y yo me temía que todo quedara en mera retórica, si no éramos capaces de pro-

porcionar a nuestros alumnos una educación que les posibilitara salir de la miseria y valerse por sí mismos. Por ello, en una de mis intervenciones en el Congreso dejé colar mi malestar y mi evidente frustración:

¡Tanto que hablamos de una educación liberadora, cuando no hay dinero sino para dejar al pueblo en míseras escuelas primarias y en rutinarias escuelas secundarias, que carecen de medios proporcionados para darle una educación capaz de promoverle en la vida, con igualdad cívica y socioeconómica! La estructura academicista de la educación que hoy, en su inmensa mayoría, recibe nuestro pueblo es suficiente para abrirle el camino de las aspiraciones y de las vanidosas esperanzas, negándole cruelmente la meta de las soluciones. Ahí está el campo justiciero en que Fe y Alegría tiene que pasar de las declaraciones principistas, a las realizaciones equitativas. Esto es urgente para que nuestro Ideario no sea vacío y puramente declamatorio. No podemos, sin grave peligro, continuar en estas Asambleas Internacionales, proclamando tesis incumplidas. Es hora de que decidamos acciones, ponderadas pero urgentes.

Para ser claro, quiero enfatizar que cuando hablo de educación profesional no me refiero a las pequeñas iniciaciones manuales con tallercitos, en los que se manejan propósitos de corto alcance, que no pretenden lograr un adulto que sea capaz de sostenerse dignamente él y su familia, ni mucho menos un ciudadano liberado de esclavizantes dependencias. Ni el Estado ni la sociedad tienen dinero para invertirlo en la preparación y formación profesional de los pobres, aunque el presupuesto necesario sería el mejor remedio contra el atraso, el subdesarrollo y la miseria. Frente a este injusto estado de cosas tiene que situarse Fe y Alegría, dedicando un tiempo a impugnar esa injusticia, pero mucho más a corregirla por medio de la difícil y trabajosísima tarea de organizar todo un sistema de educación profesional. He repetido este concepto desde hace más de diez años, en la persuasión de que éste es un paso fundamental para que Fe y Alegría entre en su mayoría de edad. Veo ya con gran temor y con positiva tristeza que Fe y Alegría vacila demasiado para emprender esta hazaña.

2:02 pm

No terminan de llegar los merideños, y como me ha dado mucha hambre y sed, he ido a la cocina y me he bebido un plato de sopa, que está riquísima. No he querido comer más para acompañar en el almuerzo a los visitantes, aunque me temo que, si no llegan pronto, más que almuerzo, va a ser ya cena. No creo que se hayan parado a almorzar en el camino, pues resulta muy costoso pagar la cuenta de un grupo numeroso en un restaurant de carretera. Además, la Hermana Monte les habrá preparado unos buenos bocadillos y, a lo sumo, sólo habrán tenido que comprar unos refrescos. Espero que no les haya pasado nada malo, porque ya deberían estar aquí.

Estoy echando una minisiesta en el chinchorro y, como hace mucho calor, trato de crear un poco de brisa al mecarme jalando del mecate que cuelga del techo para estos menesteres. Tengo en mi mano el Testamento Espiritual que escribí en Mérida en un día como hoy, hace precisamente cinco años. Lo bauticé Testamento Espiritual porque necesariamente sólo podía depositar en él mi espíritu, las grandes o pequeñas fuerzas motoras de mi vida, dado que no tengo ninguna propiedad material. Todas mis obras y realizaciones las he tratado de hacer para la mayor gloria de Dios y el servicio de mis hermanos más pequeños, aunque con frecuencia mi vanidad las haya nublado o embarrado.

Intuí en una noche de insomnio que estaba muy cercano a la muerte, y quise dejar plasmados en el testamento mis más ardientes deseos y lo que, en cierto sentido, había sido mi vida. Siento que describe bien mi estado de ánimo en esos momentos y refleja mi quehacer y las ideas que estremecían mi mente y mi corazón. Lo fui madurando durante varios días mientras me dedicaba a trazar caminos y pequeños puentes, a levantar cabañas, a atesorar con avidez libros, a plantar bosques que yo nunca llegaría a ver, pero que cobijarían los pasos de otros. Hoy sigo haciendo cosas semejantes para muchos que vendrán después de mí y que ya amo aunque nunca llegaré a conocer. Por ello, suscribo el testamento por completo.

Tal vez ya no me preocupa tanto encontrar ese “heredero de las grandes esperanzas”, que continúe soñando e impulsando a Fe y Alegría con la misma o mayor energía con que yo lo he intentado. Ahora veo con mayor claridad que ese heredero no tiene que ser una persona, sino, más bien, un ejército de personas, un sujeto colectivo que se enamore de Fe y Alegría como yo lo hice y entregue su vida a fortalecerla porque ha encontrado en ella un medio extraordinario de vivir su fe con alegría, en el servicio a los más pobres y abandonados.

Fe y Alegría tiene que ser una presencia en el mundo de ese Dios Padre y Madre, de entrañas misericordiosas, y una respuesta a la invitación de Jesús a seguirle en la construcción de un mundo fraternal. Por ello hoy, cinco años después, sigo depositando en este humilde papel el testamento de mis esfuerzos, y anhelo más que nunca que la chispa llegue a incendio:

*Estoy pensando en vosotros,
en los que vendrán.
Estoy levantando escuelas y talleres
para una nueva juventud;
trazando caminos
para pasos que no serán los míos;
acumulando libros de arte,
llenos de esperanza,
porque la belleza
es la más grande mina de esperanza;
alstando maestros que os miren
como hijos,
pues seréis sus herederos;
pensando flores
que alegren vuestras existencias
al perfumar vuestros corazones;
ordenando árboles
cuya piedad
podría cubrir mi tumba;
formando bosques*

que se abrazarán a la montaña,
transformándola en santuario
de paz, de poder y de armonía.
Para vosotros, los que vendréis,
para los que no conozco pero amo,
para los que todavía no han nacido,
para la niña triste
que no conoció el cariño,
para el huérfano
cuya universidad ha sido el desamparo,
para los que no tienen voz
que les defienda,
para los que nunca han visto
una casa donde habita el amor.
Del bosque salvaje,
quiero hacer un parque
donde los caminos y senderos
exploren el secreto
de las grandes arboledas;
desentrañen la palabra
que sólo pronuncia rumores,
gritos y quejidos lejanos;
que sepa comprender el lenguaje
del viento agudo,
o de la brisa tranquila;
que entienda las voces profundas
de la calma y el silencio.
Quiero inventar
varias cabañas y refugios
de talante amigo,
donde la elocuente y tibia soledad
reciba a los recién llegados,
como hermanos,
y les enseñe a penetrar
en el bosque de sí mismos.
Anhele integrar en un solo valor

*la selva, los talleres y los libros,
los maestros y los consejeros,
la fe, el paisaje y la oración,
los grandes proyectos del futuro
el arte, la esperanza y el amor.
¿Hasta dónde podrán volar
el ingenio, la ilusión y los anhelos?
Quisiera encontrar un heredero
de las grandes esperanzas,
que tenga la barrera
de la muerte
más lejos que yo,
para que se multipliquen los afanes,
crezcan los horizontes,
y se alarguen los latidos del ensueño;
para que del poder dormido
de esta tierra
brote un renuevo salvador.
La nieve de la altura refresca
mi enjambre ardido de proyectos,
rejuvenece la brisa
y su rumor
mi soledad.
En el arcano de este humilde papel,
en este momento pasajero,
dejo escondido el testamento
de mi impotente esfuerzo.
Quizás podrá encontrar
sus albaceas.
Quizás esta chispa llegue a incendio.
Es una semilla no más,
que busca la tierra,
la tierra de la multiplicación
en el morir primero...*



Reflexionando sobre la identidad y objetivos de Fe y Alegría

San Ignacio del Masparro, 18 de abril de 1985

8:48 am

Hace un par de días, mientras revisaba y organizaba mis papeles, caí en la cuenta de que en un día como hoy, el 18 de abril de 1977, hace exactamente ocho años, tuvimos una Asamblea muy importante y trascendental para Fe y Alegría de Venezuela, en Campo Mata, Estado Anzoátegui. Actualmente, Campo Mata es un centro educativo de Fe y Alegría que funciona en las instalaciones de un antiguo campo petrolero de la Texaco. Como tiene abundantes habitaciones, salones espaciosos, cocina, comedor y hasta una piscina, es un lugar muy apropiado para este tipo de reuniones. Cuando entregaron el campo a Fe y Alegría, hubo que invertir mucha plata para recuperar las instalaciones, pues estaba todo enmontado y en ruinas: se habían llevado lavamanos, pocetas y hasta puertas y ventanas. Las primeras Hermanas Teresianas que llegaron a Campo Mata tuvieron que batallar muy duro contra el monte y las culebras, que se metían en los pupitres, en las olletas, en los zapatos y hasta en sus camas. Todas las noches tenían que sacudir bien las sábanas, mirar que no estuvieran enrolladas en las patas de las camas y colocaban cebolla picada debajo de las puertas, pues les habían dicho que así no se metían las culebras porque el olor a cebolla las ahuyentaba.

A Campo Mata acudimos divididos, cargados de prejuicios unos contra otros, y gracias a Dios y al Espíritu Santo que sopló fuerte sobre todos nosotros, fuimos capaces de regresar más unidos y fortalecidos. Yo alisté previamente a las religiosas de Caracas como si fuéramos a un combate contra los de Maracaibo que, así lo creía yo entonces, se habían dejado influir demasiado por las ideas marxistas y mantenían posturas a mi modo de ver completamente irreconciliables con la identidad cristiana de Fe y Alegría.

No hay duda alguna de que el Concilio Vaticano Segundo (1962-1965), convocado por Juan XXIII, a quien todo el mundo llamaba el Papa Bueno, supuso un verdadero Pentecostés para la Iglesia Católica, que dejó de mirar su propio ombligo y se dejó interpelar por los grandes problemas del mundo. El que la Iglesia proclamara a los cuatro vientos que debía estar al servicio de la sociedad y del mundo, abrió las puertas a una fe más comprometida con las realidades terrenales, e impulsó a numerosos católicos a combatir las injusticias y a comprometerse con la transformación del mundo.

Unos años más tarde, en 1968, los obispos de América Latina se reunieron en la ciudad colombiana de Medellín, para traducir a nuestras realidades el espíritu del Concilio Vaticano, y la Iglesia se dejó interpelar por la cruda realidad de miseria e injusticia en que vivían las mayorías. Como bien señalaron los obispos, resultaba y sigue resultando completamente contradictorio que el continente más católico sea también el más injusto. El que una minoría sea cada vez más rica a costa de la creciente pobreza y miseria de las mayorías se opone radicalmente al plan de Dios, que quiere que todos vivamos dignamente como hermanos y hagamos de nuestra fe un compromiso de servicio a los más necesitados. América Latina, según los obispos, está en situación de pecado estructural. La situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos es una interpelación del mismo Dios. Es Dios el que nos cuestiona, nos llama, nos invita y, cuando el pueblo humillado despierta y empieza a clamar exigiendo más justicia, es la voz misma de Dios que se hace más fuerte, que empieza a tener entonaciones de clamor

Yo me ilusioné mucho cuando los obispos optaron por la educación liberadora como medio fundamental para acabar con la miseria y dignificar a las personas, y creí por fin llegada la hora en que la Iglesia se iba a volcar de un modo decidido a educar a los más pobres, y a ello orientaría sus enormes recursos. También me entusiasmé mucho con la Carta de Río que escribió en ese mismo año de 1968, nuestro recién elegido Padre General, Pedro Arrupe, en la que daba su total apoyo a las obras educativas a favor de la promoción de la masas populares e incluso pedía a la Compañía que desplazara una parte de las fuerzas apostólicas hacia la masa innumerable y creciente de los abandonados.

Pero las respuestas no fueron como yo esperaba. Todos nos fuimos entrampando en un debate ideológico estéril, nos empezamos a tildar de conservadores o de revolucionarios, nos dividimos en grupos irreconciliables y se nos fue gran parte del tiempo en acusaciones y discusiones, en vez de dedicarnos con coraje a combatir la pobreza y la miseria, de las que tanto hablábamos todos. Algunos se dejaron seducir por el marxismo, empezaron a justificar la lucha de clases y comenzaron una campaña muy fuerte contra la educación formal, a la que acusaban de ser el aparato ideológico del Estado opresor. Este hecho desanimó a muchas maestras e incluso a algunas religiosas, pues sintieron de pronto que todos sus esfuerzos y luchas no habían servido de nada o que, con su asistencialismo, estaban frenando la verdadera liberación del pueblo. Todo el continente empezó a crisparse con vientos de cambio; de todos los rincones brotaron bosques de banderas que se agitaban en pro de la justicia y el cambio estructural; y, en respuesta, se empezaron a multiplicar las dictaduras inhumanas que cortaron a sangre y fuego todo conato de liberación.

En este contexto, la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús que tuvo lugar en los años 1974 y 1975, definió su misión como “servicio de la fe y promoción de la justicia”, donde se ligaba inseparablemente la fe a la lucha por la justicia. Es decir, que una fe no comprometida en la transformación de este mundo tan inhumano, no era auténtica fe cristiana, y mucho menos jesuita. Esta opción suponía revisar profundamente nuestras obras para orientarlas decididamente



al servicio de los más pobres y marginados. Pero, a mi modo de ver, la excesiva ideologización no nos permitió asumir esta tarea de

un modo apropiado. Los jesuitas de Maracaibo, por ejemplo, decidieron abandonar a las clases privilegiadas de la ciudad y trasladaron el Colegio Gonzaga a un barrio, pero trasladaron con él el mismo estilo tradicional de colegio jesuítico, atendido por quince o veinte jesuitas, cuando cada uno de ellos podía estar al frente de un colegio de Fe y Alegría, para así poder atender a un número de pobres 15 o 20 veces mayor. Por otra parte, hablábamos mucho de justicia, pero pocos veían la necesidad de luchar por la justicia educativa, raíz para la verdadera transformación social. Por aquí guardo un papel que lo seleccioné para el libro, con unas ideas que escribí en aquellos días que recogen muy bien mi frustración:

Es irónico que la Compañía hable tanto de justicia y no vea la gran injusticia apostólica y el anacronismo de dedicar la casi totalidad de sus recursos humanos y económicos a la educación de los privilegiados, que en una forma cada vez más menguante se irán eclipsando en los puestos de decisión del futuro. La democracia educativa tiene que preceder a la democracia económica y a la democracia social. Sólo cuando el saber y el poder de los que hoy son pobres equilibre o supere al de las clases dominantes, nos estaremos acercando a la justicia. ¡Los pobres, en su inmensa mayoría, son pobres por ignorancia! Ignoran su capacidad intelectual y espiritual, ignoran su capacidad de producción y sus posibilidades de unión y, por lo tanto, su poder social y su poder político.

La Compañía está muy distante de tener interés por la educación de los pobres. No ve todavía este horizonte de justicia. Siendo más exactos, diría que no lo siente y que, por lo tanto, no está preparada para moverse en esta dirección. Los jesuitas que trabajamos en la educación de los pobres apenas hemos sido ayudados o estimulados por la Compañía oficial. Diría que, a lo sumo, hemos sido tolerados. Somos hoy, más bien, una pantalla, para que la inmensa mayoría de nuestra gente siga trabajando con los ricos y con los semi-ricos. Pero la Compañía muere si no asume seriamente el reto de la educación masiva popular. A ella debe dedicar todos sus recursos y su gran prestigio. ¿Cómo no termina de ver que, al dejar de ser la educación privilegio de pocos y ser ya derecho de todos, es imposible y absurdo mantener el concepto elitista de educación, que fue acertado en una época y hoy es tan de museo como una exposición de arcabuces, de los cuales son contemporáneos nuestros colegios? Si pudiéramos realizar el difícil milagro de que la Compañía incluyera en “la defensa de la fe y promoción de la justicia”, esta justicia educativa que es germen y acelerador de todas las demás justicias, estaríamos dándole otra faz a este continente.

Debo confesar que, en aquellos días, yo sufrí mucho y hasta temí que Fe y Alegría terminara cayendo en manos de filomarxistas que acabarían muy pronto con su espíritu y su identidad. Por ello, apelé con firmeza a nuestras raíces cristianas. Sentía que, en el fondo, todos buscábamos lo mismo, pero no todos los caminos eran igualmente válidos, y algunos de ellos eran radicalmente opuestos al proyecto de Jesús. Me desesperaba el comprobar que estábamos atrapados en el uso de palabras grandes, pero vacías de verdadero sentido, como liberación, revolución, socialismo, conciencia crítica, imperialismo, participación... que cada uno utilizaba según su conveniencia. Precisamente, aquí tengo seleccionados varios de los documentos que escribí en abril de 1977, como aportes al Congreso Nacional de Fe y Alegría en Venezuela, que iba a realizarse unos días después en Campo Mata. Pienso que dichos documentos que hoy siguen más vigentes que nunca, recogen bien mis convicciones y mi firme decisión de que la reflexión sobre la identidad de Fe y Alegría sólo puede hacerse desde la fe cristiana.

Bastarán aquí algunos trozos para corroborar lo que quiero decir:

Todos deseamos que desaparezca la opresión en todas sus formas. Todos aborrecemos la dependencia inhumana de unos hombres de otros, de unas naciones en manos de otras. Todos deseamos derrotar al imperialismo y a las dictaduras. Todos aspiramos a la liberación del hombre de todas las cadenas que lo esclavizan. Todos detestamos los privilegios del establecimiento y aspiramos a un cambio radical, que convierta a los marginados en ciudadanos con la plenitud formal de tales y con la dotación de bienes que aseguren su plena dignidad. Todos deseamos que exista el primer socialismo verdadero en el mundo, en vez de las dictaduras tiránicas socialistas soviéticas. Todos queremos que la participación y el diálogo sean la vía de entendimiento de los seres racionales, superando la brutalidad y la fuerza. La situación de sujeción, de esclavitud y a veces de aplastamiento de los débiles por los fuertes se verifica muchas veces en el mundo. Pero, si pasamos a la aplicación de estos términos a realidades concretas, veremos que, por ejemplo, para algunos, la mayor opresión del mundo está en las dictaduras de Pinochet y Videla, contra las cuales protestan y levantan un clamor universal. En cambio, cuando este año de 1977 el comunismo ha eliminado de la forma más increíblemente cruel y salvaje a un millón doscientas mil personas en Camboya, guardan discreto silencio. Es imperialismo el poder hegemónico que ejerce Estados Unidos sobre las naciones iberoamericanas, pero no es imperialismo el que le permite a Rusia digerir la rusificación política, cultural e idiomática, a docenas de naciones que tienen identidad propia muy ajena a la rusa. En esta misma consecuencia, son inhumanas dictaduras los regímenes militares de nuestra América, pero Cuba, Checoslovaquia, Hungría, Polonia o Rusia son democracias populares. Esto aunque sean países gobernados mediante los aparatos represivos más sangrientos de la historia.

Nuestra obra educativa tiende a restablecer la igualdad de los hermanos, como hijos del mismo Padre Dios, quebrantada por la miseria, por la ignorancia, y por todas aquellas sinrazones sociales

que las han hecho posibles. De esta posición fundamental dimanán las normas que deben constituir la "identidad de Fe y Alegría". Quien disienta de esta fe, no está con Fe y Alegría. Es mejor que con honradez se separe de ella. Por lo tanto, hay que decir que Fe y Alegría no puede tener directores de ninguna clase ni profesores con influjo ideológico que se aparte de la ortodoxia católica. Si nos falta valor, si nos falta reflexión, si no tenemos ni constancia ni creatividad, no le echemos la culpa a nada ni nadie de nuestra propia indefinición personal, de nuestra cobardía ni de nuestra debilidad cristiana. En la evaluación constante de Fe y Alegría, ante todo, debe estar la cuantificación del espíritu evangélico de los que la dirigimos y de la medida en que logremos que ese mismo espíritu impregne la base. Es una tarea difícil y en cierta medida sobrehumana. Por eso, una grave tentación nuestra será el desaliento. Superarlo, en una línea de permanencia y continuidad, será el gran mérito de los que sin ver el éxito inmediato perseveren fieles a los deberes de un educador cristiano.

Una larga experiencia demuestra que sólo las personas, los equipos y las comunidades con verdadero sentido cristiano cumplen una labor permanente, constructiva y creadora de Fe y Alegría. Los que llevan dentro de sí la duda y la vacilación transmitirán solamente una cadena de desilusiones, de críticas inútiles e improductivas y, antes de abandonarnos, habrán causado desastres sobre desastres. Con nada, nunca podremos sustituir la fe cristiana que proclama el mismo nombre de Fe y Alegría. Lo que más necesitamos es fe viva y, por lo tanto, caridad dinámica, como fruto de la fe que vivifique las urgencias de justicia que nos rodean.

Esta Asamblea está llamada a fortalecer y vitalizar la energía creadora de Fe y Alegría. Los conceptos de liberación, concientización, cambio, socialismo y otros semejantes deben ser analizados, procurando ante todo que no nos separen meras palabras, que pueden ser entendidas y aclaradas en el orden teórico y en las realizaciones prácticas. Por sus obras los conoceréis. Los buenos frutos sólo pueden venir de buen árbol. La pugnacidad en las palabras y la vaciedad y

el inmovilismo en las acciones no se pueden coordinar con Fe y Alegría. Esta asamblea de cristianos comprometidos en Fe y Alegría debe ser también una comunidad de oración en la que todos busquemos la ayuda del Padre, del Hijo y del Espíritu Divino, a quienes queremos adorar y servir.

A pesar de los negros nubarrones que se cernían sobre la Asamblea de Campo Mata y de las evidentes fisuras y divisiones que se expresaban claramente en el enfrentamiento del grupo de Maracaibo contra el grupo de Caracas, se impuso la sensatez, prevaleció el espíritu fraterno y fuimos capaces de superar las principales diferencias y antagonismos. Así, el 18 de abril de 1977, asumimos todos por consenso, la Declaración de Campo Mata sobre la identidad y los objetivos generales de Fe y Alegría. Allí afirmamos lo siguiente:

1. Fe y Alegría nace de una fe cristiana que enfrenta la realidad en la que se encarna. Realidad cambiante con estructuras de injusticia opuestas a las exigencias de nuestra fe y con aspectos positivos y valores que refuerzan la misma fe. Nuestra fe se fundamenta en un Dios Padre y Liberador de todos los hombres, estímulo constante en pro de la justicia y en pro de la igualdad fraterna exigida por su misma dignidad como hijos de Dios. Nuestra meta: una sociedad que refleje lo que creemos.

2. Conscientes de la complejidad de nuestra sociedad, su estructura, móviles, relaciones, mecanismos, vemos a la educación como un elemento de trascendental importancia en esa totalidad social. La educación es clave para mantenerla, reforzarla o cambiarla. Fe y Alegría ha considerado la desigualdad educativa como una de las causas más grandes de los injustos desniveles sociales. La fe trascendente que anima la obra de Fe y Alegría, en respuesta a una realidad de injusticia, centra su acción específicamente en el campo de la educación, persuadidos de que el hombre que posee los instrumentos culturales y técnicos está más capacitado para ser sujeto de su propia liberación integral, personal y comunitaria.

3. *Fe y Alegría reafirma su opción clara y definida por los pobres, quienes sufren más duramente la injusticia social y constituyen las grandes mayorías. Su campo de acción se extiende hasta donde llegan los límites de la desigualdad, la marginalidad y la injusticia. No podemos tranquilizarnos sin intentar un verdadero esfuerzo por llegar a los más con los más altos niveles de educación tanto cuantitativos como cualitativos.*

4. *Fe y Alegría no puede aceptar una pobre educación para los pobres. Por el contrario, debe aspirar valerosamente a reunir las personas y los recursos más excelentes para que nuestra educación popular sea en verdad integral, que responda a la doble carencia educativa en que se asienta la estructura injusta de nuestra realidad: carencia de concientización-evangelización y carencia de capacitación.*

5. *En esta empresa, la suma de fuerzas dinamizables en la misma opción será el único camino para logros estimables. Por lo tanto, Fe y Alegría debe atraer, por el convencimiento y la persuasión, refuerzos y ayudas de todo género que la colectividad nacional y el Estado están obligados a dedicar al progreso educativo de nuestro pueblo. Así mismo exigir por todos los medios de información y presión cívica el reconocimiento de la igualdad de derechos de quienes trabajan en Fe y Alegría, equiparándolos a sus colegas del sector oficial.*

6. *El empeño en conseguir un país de hombres libres, verdaderamente independientes, nos exige una amplia preparación, constante reflexión y permanente evaluación de nuestros principios, realizaciones y proyectos, con serio conocimiento de la realidad nacional, sus valores, y las causas que entrañan injusticia y dependencia; de las técnicas más adecuadas y la maximación y aprovechamiento de recursos con austeridad y eficiencia.*

Campo Mata puso bases firmes a la construcción de la identidad de Fe y Alegría en Venezuela. Yo respiré tranquilo, pues la obra quedaba bien enraizada en la fe cristiana. Mis temores de que Fe y Alegría terminara cayendo en manos marxistas parecían diluirse. Siguieron, por



supuesto, los enfrentamientos y las diferencias, pero todos parecíamos dispuestos a trabajar por una educación cristiana liberado-

ra como medio fundamental para abatir la miseria e impedir la revolución sangrienta del odio y la violencia. Pero Fe y Alegría, en su lucha por una sociedad más justa, objetivo último de su acción educadora, se ubicaba dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia.

En todos los países se vivieron procesos ricos, aunque posiblemente no tan conflictivos como aquí en Venezuela, de reflexión colectiva sobre la identidad de Fe y Alegría. Los Congresos y Asambleas Internacionales que se institucionalizaron cada año a partir de 1970, nos permitieron intercambiar ideas, articular propuestas y ahondar en la identidad a la luz de la realidad latinoamericana. Por fin, hace unos escasos siete meses, en el último Congreso Internacional que celebramos en San Javier del Valle, Mérida, formulamos nuestro Ideario Internacional. En él definimos a Fe y Alegría como “un Movimiento de Educación Popular que, nacido e impulsado por la vivencia de la fe cristiana frente a situaciones de injusticia, se compromete con el proceso histórico de los sectores populares en la construcción de una sociedad justa y fraterna”.

Los objetivos apuntan a la formación de hombres y mujeres nuevos y a la construcción de una sociedad nueva. Esos hombres y mujeres nuevos serán conscientes de sus potencialidades y de la realidad que les rodea, abiertos a la trascendencia, agentes de cambio y protagonistas de su propio desarrollo. De la nueva sociedad se esperan unas estructuras que hagan posible el compromiso de una fe cristiana en obras de amor y de justicia.

Si las instituciones se definen por su fin último, podemos decir que Fe y Alegría, más que una institución educativa, es una institución social. Su finalidad no es simplemente educar, sino educar para el cambio social. La educación que quiere dar a los pobres está toda ella orientada hacia la consecución de una sociedad que refleje los valores cristianos, donde se respeten los derechos de todos y donde ningún hermano quede excluido de participar en la vida entera de la familia social.

La educación, para Fe y Alegría, es un medio fundamental, pero un medio: y, por lo tanto, toda ella debe estar configurada por el objetivo final. Hay muchas maneras de educar, algunas sólo pretenden producir esclavos útiles y educados, otras no pasan de ser meros adoctrinamientos en uno u otro tipo de ideología totalitaria. La educación que pretende Fe y Alegría va dirigida a crear las condiciones humanas necesarias para que se vaya transformando esta sociedad marcada por el pecado de la injusticia, en una sociedad justa marcada por los valores cristianos.



San Ignacio del Masparro, 4 de mayo de 1985

7:02 am

Hoy hace 57 años que ingresé en el noviciado, o sea, que llevo bastante más de medio siglo como jesuita. ¿Habré sido un buen Compañero de Jesús? ¿Estaría San Ignacio orgulloso de mí? ¿He estado siempre enteramente disponible para ir donde los Superiores me ordenaran, o más bien he tratado de hacer lo que yo he querido? Repito que, de los tres votos, el que más me ha costado cumplir ha sido el de obediencia, pues a veces he tenido superiores poco jesuitas, es decir, timoratos y sin capacidad de riesgo, buenos planificadores de oficina pero sin la osadía y la creatividad para responder a ese “magis” ignaciano que nos impulsa a las empresas más exigentes. Yo sí creo haber respondido a ese espíritu jesuítico del que me enamoré siendo muy joven y, a pesar de mi pequeñez y de mis muchas imperfecciones, he tratado de imitar a nuestros grandes misioneros.

Como muchos de ellos, durante toda mi vida, he sido un incomprendido y también un solitario y me ha costado mucho vivir en comunidad. Recuerdo que, cuando allá por el año 69, el Provincial planteó que veía conveniente que todos los jesuitas que trabajábamos en Fe y Alegría viviéramos en una casa juntos, yo deseché la idea y le dije con

cierta sorna que no quería favorecer un jardín de infancia donde nos estuviéramos haciendo cariños los unos a los otros.

Hoy también, qué casualidad, Tina, la perra, ha terminado de parir. ¿Será que quiere hacerme el regalo de sus once cachorrillos por mis 57 años como jesuita? Me tocaría, aproximadamente, un cachorrillo por cada cinco años. No está mal el regalo y no tengo la menor duda de que va a ser la única que me regala algo. Además, bien bello y valioso. La pobre Tina se metió ayer tarde en mi cuarto y trataba de escarbar en el suelo de cemento, como queriendo preparar un nido. Gimió suavemente, para quererme decir que tenía miedo, y de pronto salió corriendo buscando algo. Al ratico, oigo un ladrido de cachorrito, y llega Tina impetuosamente, queriendo entrar en mi cuarto de nuevo. Me pareció que quería saltar a mi cama y dejarme en ella su cría. Pero hasta ahí no llegó mi amistad perruna. Le cerré la puerta. Me dio lástima.

Volvió entonces a donde daba débiles aullidos el cachorrito. La seguí. Lo tomé con unos papeles a modo de pañales y empezamos a organizarle la maternidad a la pobre Tina, que lloraba. Parecía a ratos que todo era nervios o que le dolía mucho. Le puse hojas secas de maíz sobre el cemento en el extremo del corredor y con unas tablas, que encuadraban la hojarasca, se sintió protegida. Le di unas galletas, que le gustan mucho y dejó de llorar. Todos necesitamos que nos hagan caso cuando estamos afligidos.

Volví al rato, después de organizar un poco mi cuarto, y ya tenía dos perrillos que se esforzaban en mamar. Seguí organizando las cosas que tengo amontonadas. Puedo hoy poner un poco de orden, porque me han mandado de Mérida dos estanterías metálicas. En adelante, me será más fácil tener todo más limpio y ordenado, en especial los papeles, y así no tengo excusa para no escribir el libro o, si no tengo las horas suficientes y la paciencia necesarias para hacerlo, dejaré todo ordenado para facilitarle la tarea al posible escritor que considere que mi vida y mi obra merece perdurar en la historia. Mi cuarto es almacén de granos, depósito de algunas herramientas, ropería de la casa y personal, biblioteca, revistero y dormitorio. Un ejemplo de orden.

Regresé con intervalos de media hora para felicitar a Tina que tenía con ese ritmo su tercer, su cuarto, su quinto y sexto perrillo.

¡¡¡Qué generosidad tan fértil!!! Esos serán los futuros guardianes de San Ignacio del Masparro.

Mientras yo estaba presente me miraba con ojos cariñosos y se dejaba acariciar con gusto. Pero no quiso sacar a luz ninguno de sus vástagos en mi presencia. Es una perra grande y valiente, pero muy recatada y respetuosa.

Llegó la noche y Tina debió seguir pariendo, pues cuando fui a las seis de la mañana a verla, ya tenía once cachorrillos. Ahora pasa al lado mío como muy atareada. Venía de dar una vuelta. Fui a estudiar los movimientos de toda la manada. Unos duermen como tarugos caídos en el suelo, otros luchan por alcanzar una ubre, otros se revuelcan en vano empujados por sus torpes patitas y chocan unos con otros, con sus ojitos cerrados, tendiendo a aproximarse al manantial materno. Sienten el calor y el olor de la madre. Habrá que cuidar que no les caiga gusano, pues, con lo chiquitos que son, en un par de días los pueden devorar. Hace unos meses, uno de los trabajadores le sacó a Tina más de veinte gusanos de una sola pata. Tina es una perra fuerte y madre ejemplar, pero no es de pura raza. En cambio el perro tiene una bella estampa a lo pastor belga. Las crías son largas y creo que van a ser de orejas tiesas. Espero que lleguen a ser ejemplares grandes, bravos y valientes. Quiero hacerles una perrera fresca y bien ventilada, donde duerman todo el día, para que de noche sean despiertos centinelas.

239

No sé para qué pierdo mi tiempo anotando todo esto, pues son minuciosidades que no interesan a los posibles lectores. Pero en estas nimiedades se me va la vida. El recordar que hoy hace 57 años, entré en el noviciado, debería darme pie para revisarme como jesuita y para revisar mis relaciones con la Compañía de Jesús.

Por mucho que me esfuerzo, no termino de entender por qué la Compañía se muestra todavía tan renuente a asumir a Fe y Alegría como

una de sus obras fundamentales. Puedo comprender que, al comienzo, al ver que Fe y Alegría iba creciendo sin ningún respaldo económico seguro, los Superiores temieran otro descalabro, como el que acabábamos de sufrir en esos años con el quiebre de la Cooperativa Javier, fundada y dirigida por jesuitas. Si bien la Compañía de Jesús no tenía legalmente ninguna obligación con los que habían perdido sus ahorros y sus capitales, nuestros Superiores se responsabilizaron de todo y, para cubrir las pérdidas, vendieron el Colegio de San José de Mérida y varios terrenos importantes que teníamos en Caracas y en Maracaibo. De hecho, durante varios años, yo fui el único jesuita que trabajaba en Fe y Alegría, a pesar de que ya teníamos más alumnos que en todos nuestros colegios tradicionales. Luego, y por exigencias de mi hermano José Manuel, que era entonces el Provincial de Loyola, destinaron a Baquedano, a Labrador, a Astiz y a algunos maestrillos en experiencias pasajeras y de muy corto alcance, pues después de dos años tenían que seguir sus estudios de teología. Dado que no veía decisión de mis hermanos jesuitas a apoyarme y como las religiosas me reclamaban apoyo espiritual para ellas y para los alumnos, en 1963, me fui a España y logré traerme a dos sacerdotes de la diócesis de Soria, los Padres Félix Castilla y Gaudencio Monje. Poco después vendría también el P. Antonino Lozano.

A pesar del poco aprecio de la Compañía por la obra, yo siempre me empeñé en amarrar bien todas las Direcciones Nacionales de las Fe y Alegría que se iban fundando, poniéndolas en manos de algún jesuita.

240 Algunos de los refuerzos que después me llegaron de España, con la excepción de Ignacio Marquínez, hubiera preferido que no vinieran, pues fueron ellos los que sembraron las semillas de la desesperanza y del enfrentamiento entre nosotros que estuvo a punto de dividirnos.

Tal vez la mayor dificultad con la Compañía la tuve a propósito de la evaluación institucional de Fe y Alegría, que se llevó a cabo en 1978. Fui yo el que propuse la evaluación, aunque sabía que no iba a ser fácil, dado el número de planteles y su dispersión por toda la geografía nacional. Tras estudiar varias propuestas, la Junta Nacional de Directores



se decidió por los servicios de la Profesora María Paloma López de Ceballos, del Instituto Ecuménico al Servicio del Desarrollo de los Pueblos, INODEP, creado por Pablo Freire. Buscábamos con la evaluación no sólo conocer la situación real y la eficiencia de Fe y Alegría, sino que pretendíamos aprovecharla para renovar el sentido y la dinámica del movimiento, afirmar su identidad, desencadenar un proceso participativo de la base, que se esperaba fuera también integrador, renovador de cada uno de nosotros y de Fe y Alegría en su propósito de educación popular, integral y cristiana.

Para asegurar la organización y el desarrollo de la evaluación, se pensó, como coordinador, en el Padre Sebastián Altuna, de la Compañía de Jesús, que aceptó por su parte y fue cedido por el Provincial. El P. Altuna realizó una preparación especial y quedó al frente de los 19 evaluadores procedentes de toda Venezuela. Este equipo de evaluadores, junto con la Junta Nacional de Directores, hizo un cursillo intensivo en la Mata bajo la dirección de la Prof. María Paloma López de Ceballos.

Una vez realizada la evaluación de los primeros centros, me llegó un informe de 32 páginas, titulado “Problemas más importantes detectados durante el proceso de evaluación de los planteles de Fe y Alegría”, sin nombre ni firma. Al leerlo me indigné. Sentí que el documento carecía de objetividad y que se emitían juicios, a mi modo de ver, personales y hasta calumniosos. La realidad de Fe y Alegría aparecía en el documento totalmente falsificada. El saldo de problemas allí pintados era tan pesado y negativo que, si en verdad era así Fe y Alegría, no podría salvarse ni merecía sobrevivir. Se subrayaba una fuerte deserción escolar, exceso de

alumnos por aula, inestabilidad e insuficiente retribución o atención al personal docente, incluyendo las religiosas, que se reflejaba en su falta de identificación con la obra. Por otra parte, se repetía machaconamente que carecíamos de planificación, como si la mística, el empuje, la creatividad, innegables en la trayectoria de Fe y Alegría, pudieran planificarse. Más grave todavía, el informe afirmaba sin la menor sombra de duda, que si bien Fe y Alegría trabajaba con los marginados, no conseguía ni su cambio personal ni el cambio estructural, pues contribuía a mantener el sistema de opresión. Pensé: ¿Será que las otras obras de la Compañía sí estaban consiguiendo el cambio estructural?

Las pocas frases positivas que aparecían en el informe quedaban muy pronto ahogadas por juicios negativos. Por ninguna parte aparecía el empuje apostólico de Fe y Alegría, su audacia de atreverse a empezar de la nada hasta convertirse tal vez en la obra social más importante de la Iglesia. Ni una palabra sobre nuestros esfuerzos y luchas ante el Ministerio de Educación en pro de la justicia educativa, venciendo las resistencias de AVEC y FAPREC, que estaban resignadas a no recibir ayuda alguna del Estado por considerarlo misión imposible, aun antes de haber peleado. Nada del hecho innegable de que Fe y Alegría se había convertido en un movimiento supranacional. Nada de los esfuerzos para convertir a Fe y Alegría en una verdadera obra intercongregacional y eclesial. Silencio total sobre el IRFA, sobre los campamentos.

Reaccioné al informe con una larga filípica de 19 páginas escritas en un tono bastante fuerte, que hoy siento excesivamente hiriente hacia quien coordinaba la evaluación, en la que denunciaba los prejuicios y las fallas que apreciaba. Terminaba insistiendo en que el informe tenía silencios sectarios, subrayaba los problemas y callaba los logros, irrespetaba la verdad y sólo iba a servir para desanimar, en vez de propiciar el avance y la renovación como había pretendido al proponer la evaluación. Por ello, mandaba archivar el informe y suspender los procesos de evaluación que faltaban.

Mi respuesta levantó muchas ampollas; el Padre Provincial José Luis Echeverría censuró fuertemente mi conducta y me acusó de ser incapaz

de aceptar críticas y de haber tratado de un modo injusto y completamente inaceptable a uno de mis hermanos. Hasta me indicó que no iban a aceptar más el que yo acusara de contestatarios y filomarxistas a compañeros jesuitas. Además, me dejó ver que hasta del propio Padre General en Roma le habían llegado quejas de mi conducta contra algunos de mis hermanos jesuitas.

Afortunadamente, las viejas heridas que las censuras e incomprensiones me causaron en el pasado están completamente sanadas. Me siento más jesuita que nunca y con motivo de los 25 años de Fe y Alegría, el Padre General me escribió una carta de felicitación, en la que subraya una serie de aportes de Fe y Alegría:

Ha sido pionera en la importante tarea de popularizar los centros educativos católicos, invitando y ofreciendo posibilidades a distintas congregaciones religiosas para implantar servicios “allá donde termina el asfalto”.

En varios países ha sido la punta de lanza que ha dado fuerza, veracidad y éxito a la lucha por obtener el subsidio oficial a la educación católica como derecho de las familias y servicio al bien común.

Creo que no es de los frutos menores la renovación de la vida religiosa que ha sido estimulada por aquellas comunidades en contacto directo con los pobres, evangelizándolos, y dejándose evangelizar por ellos.

Generalmente los centros de Fe y Alegría no se han limitado a impartir cursos de educación formal, sino que han irradiado hacia el barrio ofreciendo servicios de salud, de campamentos; han ayudado la organización popular con cooperativas y juntas de iniciativa local, han difundido el conocimiento de Cristo, han estimulado acciones de vida y de los servicios públicos. En una palabra: han ayudado al crecimiento integral del pueblo.

Quiero también resaltar el hecho de que Fe y Alegría ha mantenido el espíritu de innovación dentro de la educación, bien sea a través de la educación radiofónica, la sistemática vinculación del estudio al trabajo y a la producción, la introducción de nuevos métodos pedagógicos.

10:32 am

He consentido a Tina con un desayuno especial a base de galletas y leche. Va a necesitar comer mucho para alimentar a esos once perritos que, en muy pocos días, aprenderán a ladrar y a pelear jugando entre ellos. Luego, he dado un breve paseo rezando dos rosarios. El Masparrero está crecido, lo que demuestra que ya ha empezado a llover en las cabeceras. Dentro de poco, empezará a llover aquí también. El cielo se cerrará sobre sí mismo, cada vez más negro y más amenazador, y tras los latigazos de los relámpagos, empezarán a rodar los truenos anunciadores de lluvia. Y lloverá por días, por meses, como si el cielo se fuera a desfondar. Lloverá y lloverá y no parará de llover.

Estuve un largo rato mirando cómo el río movía su masa uniforme de color café con leche. La corriente se movía desde el ramaje espeso de una orilla al bosque apretado de la otra rozando las ramas en un canal de intenso verdor. El flujo solemne y compacto del río que va tan lejos me decía muchas cosas, como si me llamara a un futuro de esperanza y de descubrimiento. Y se me ha ocurrido, antes de caer, emprender un viaje por los territorios de nuestras antiguas misiones del Orinoco. Algún día lo haré en lancha, deslizándome por toda esta red de autopistas que son nuestros ríos, pero esta vez voy a hacerlo por tierra, para estrenar la nueva camioneta Toyota que me regaló mi amigo Faustino. Los médicos me han prohibido que siga viajando en esas viejas calchachas y nada mejor para estrenar la Toyota Samurai que un viaje exploratorio por esos territorios que hace ya tantos años evangelizaron nuestros hermanos. Le diré al profesor Eugenio Vacarotto que me acompañe pues, en un viaje tan largo, es bueno garantizar buena conversa y compañía amigable.

Buena decisión esta en un día en que estoy recordando mi entrada al Noviciado. Yo me metí jesuita para hacerme misionero y toda mi obra ha sido influida por las hazañas de esos jesuitas que, especialmente en las Reducciones, nos dejaron un ejemplo de lo que debe ser una evangelización integral. Desgraciadamente, la perfidia del rey Carlos III que en 1768 expulsó a los jesuitas de su inmenso imperio, acabó con esta experiencia de desarrollo humano y espiritual única en el mundo. Unos años más tarde, en 1773, la Compañía de Jesús fue disuelta y extinguida. Y nunca he entendido cómo la Nueva Compañía, que regresó a América después de su restauración, no ha podido o no ha querido reiniciar tamaña epopeya cristiana.

La palabra “Reducciones” se usaba en la época como “comunidad” ya que significaba reunir o congregar en asentamientos de misión. En 1549, sólo nueve años después de fundar la Orden, Ignacio de Loyola envió a Manuel de Nóbrega y seis compañeros a Brasil. Teniendo a Sao Paulo como centro misional, comenzaron a incursionar en las selvas para evangelizar a los indígenas. En 1604, se estableció la Provincia Jesuítica del Paraguay. Este territorio incluía los territorios actuales de Argentina, Chile, Bolivia y partes de Brasil y Paraguay. Un territorio aproximadamente del tamaño de toda Europa occidental. En 1609 se fundó la primera misión de indígenas guaraníes al norte de Iguazú, y en 1615 existían ya ocho reducciones o poblaciones para indígenas y misioneros donde, para evitar que los guaraníes fueran maltratados o esclavizados, no podía entrar ningún blanco, negro o mestizo, con excepción de los religiosos. De este modo, además, los misioneros impedían que penetraran los vicios y malas costumbres de los colonizadores.

En 1611 se publicó una orden real de protección de las reducciones. Cada misión contaba con una iglesia y cabildo propio con total autonomía para gobernarse, y se garantizaba a los indígenas que no caerían en manos de los encomenderos. Sin embargo, y a pesar de estas órdenes reales, nunca estuvieron libres de las incursiones portuguesas que buscaban indios para venderlos como esclavos. Ante esta situación, los jesuitas organizaron las reducciones como verdaderas fortalezas, con sus fosos, muros, milicias armadas y cuerpos de caballería. La planificación

de cada reducción se centraba alrededor de una gran plaza. Junto a esta, la iglesia era la construcción más importante. También junto a la plaza estaba la escuela donde se impartía la formación religiosa y humana. Se enseñaba el castellano pero se permitía hablar en guaraní. Había una “casa de resguardo” para los huérfanos y viudas, talleres para tallar piedra y madera, fábricas de instrumentos de todo tipo, incluyendo los musicales, escuelas de pintura, huertas, ganadería y un cementerio.

Los jesuitas respetaron la cultura de los guaraníes, incluso su organización familiar. Lo que sí combatieron fue la poligamia. Incluso a la hora de organizar los matrimonios, respetaban el ceremonial tradicional indígena, y después se practicaba el católico. Tras el matrimonio se les dotaba a los cónyuges de casa y tierra. Los jesuitas respetaban a los caciques y les daban acceso al cabildo de la reducción, que era la institución de gobierno con sus acaldes mayores, oidores y demás cargos. Este consejo se elegía por votación entre los que recomendaban los salientes. Uno de los miembros del cabildo era jesuita. Existía un director espiritual y un ecónomo de la reducción, con una legislación a todos los niveles, aunque no existía la pena de muerte. La relación entre las distintas reducciones era semejante a la de una confederación.

En cuanto a la distribución de la tierra, se dividía en tierra de Dios, comunal o del pueblo y las parcelas individuales de cada familia indígena. La tierra de Dios estaba conformada por las mejores tierras, tanto agrícolas como ganaderas, y era trabajada por turnos por todos los indígenas. Los beneficios de esta tierra de Dios se dedicaban a la construcción y al mantenimiento del templo, el hospital y la escuela. Los beneficios de la propiedad comunal también se destinaban para pagar a la Real Hacienda y los excedentes servían para fomentar la propia economía. Las parcelas individuales proporcionaban el sustento familiar y, si había excedentes, pasaban al silo común para ser consumidos en tiempos de escasez o vendidos en situaciones de bonanza. Los jesuitas propusieron un horario de trabajo de seis horas diarias, que era ciertamente cómodo si lo contrastamos con las doce horas que tenían que trabajar los indígenas en las encomiendas. Pese a la diferencia de horas, los rendimientos eran mucho más elevados en las reducciones

que en las encomiendas. Se recogían hasta cuatro cosechas de maíz al año, y cultivaban también algodón, con el que elaboraban sus prendas de vestir en los talleres textiles, caña de azúcar, y la hierba mate que se convertiría en el primer producto de exportación hacia el resto de las colonias. También desarrollaron la ganadería y la artesanía de cueros. Los ríos eran las arterias fundamentales para comunicarse entre sí y para los intercambios comerciales.

Resulta verdaderamente sorprendente el que, durante 150 años, un grupo de sólo 50 o 60 jesuitas protegieran, enseñaran, dignificaran y evangelizaran a unos 140.000 indígenas.

Como las reducciones se convirtieron en fuertes competidoras de las ciudades cercanas como Asunción y Buenos Aires y muchos colonizadores no se resignaban a privarse del botín de la esclavitud de los indígenas, empezó una fuerte campaña contra los jesuitas. Los acusaban de resistencia a la autoridad, de que estaban pretendiendo formar repúblicas independientes, y hasta de que enseñaban el tiranicidio, es decir, que se podía asesinar a las autoridades incluso a los reyes si se convertían en tiranos.

La situación estratégica de las reducciones, entre las posesiones de españoles y portugueses, se convirtió en asunto peligroso y en una de las causas de su ruina, porque las milicias de las reducciones eran un obstáculo muy serio para el avance portugués hacia el sur. Durante el reinado de Felipe V, la Monarquía apoyó a los jesuitas por estas razones. Pero, lentamente, los constantes choques de España contra Portugal, y la necesidad de concretar los límites entre ambos países, vieron en las reducciones un gran obstáculo. Los jesuitas esgrimieron su obediencia al papa, resistiéndose a aceptar los acuerdos entre Lisboa y Madrid. Esto alentó más las críticas de los que acusaban a los jesuitas de no respetar a las autoridades y de que incluso pretendían acabar con el Rey, para elegir otro que mostrara total obediencia al Papa. En 1750, en virtud del célebre Tratado de Límites de Madrid, impulsado por el ministro José de Carvajal, se le ordenó a Portugal devolver a España la provincia de Sacramento, a cambio del territorio cercano al

río Paraguay, donde había reducciones con más de 30.000 indígenas. Los jesuitas se negaron a abandonar las reducciones, y empezó la guerra guaraní entre las tropas de España y Portugal contra los indígenas capitaneados por algunos jesuitas. La guerra terminó en 1756, pero ya nunca las reducciones habrían de volver a su antiguo esplendor. Diez años después, los jesuitas fueron expulsados de los dominios de España, y la mayoría de los indígenas terminaron regresándose a la selva. Hoy, en Paraguay, sólo quedan ruinas de aquel gran modelo civilizador. En Bolivia, sin embargo, algunos de los antiguos pueblos misionales se encuentran en buen estado. Precisamente, me produjo una profunda tristeza oír al Vicario Apostólico de Chiquitos, Mons. Rosenhamer, que él había ofrecido ese pueblo a la Compañía y que nuestro Viceprovincial de Bolivia le había respondido que no tenía personal.

Habría que aclararles a los posibles lectores de estas notas, que fueron muy raros los indígenas que abandonaron las reducciones mientras las gobernaron los jesuitas y que nunca mataron a ningún religioso. Los asesinatos del Padre Roque González de Santa Cruz y dos compañeros, ocurridos el 15 de noviembre de 1628, fueron unos indígenas extraños, que asaltaron la reducción. Y cuentan que, aunque quemaron el cuerpo del P. Roque, quedó intacto su corazón, que hoy se venera incorrupto en la Capilla de los Mártires en el Colegio Cristo Rey de Asunción.

¡Cómo me gustaría haber vivido en aquellos años! ¡Cómo envidio el valor, la entrega y el celo apostólico de esos hermanos míos! Aunque he tratado de imitarlos, ¡qué minúsculas se ven mis obras frente a sus hazañas portentosas!

El otro día, pasé por nuestro noviciado en Barquisimeto y me encontré un libro editado en la Argentina sobre el viaje del Padre Antonio Sepp, desde Cádiz a Buenos Aires y desde allí al Paraguay, a la reducción de Yapeyú, donde fue misionero varios años. La vida misional del Padre Antonio Sepp, fue desde 1691 hasta 1733. Es decir, cuarenta y dos años. Es sin duda, uno entre los hombres extraordinarios, de los que tuvimos una legión en nuestras misiones de la antigua Compañía en nuestra América.

Sepp era un humanista, un compositor musical, un ferviente apóstol, un alma ingenua y poética, pero, sobre todo eso y empapado por todo eso, un organizador de la vida integral de un pueblo indígena, al cual se dio con inmenso amor. Sepp era austríaco del Tirol, pertenecía a una ilustre familia noble y, además de los estudios clásicos, filosóficos y teológicos, tenía gran preparación musical y, como lo demostró en el Paraguay, un talento mecánico y constancia organizadora. Por las cartas que Sepp escribía a sus hermanos religiosos y a sus familiares, sabemos que todos los días visitaba mañana y tarde a los enfermos, enseñaba el catecismo a los niños, recorría los sembrados, organizaba la ganadería, inspeccionaba los talleres, ensayaba sus coros litúrgicos, enseñaba variados instrumentos musicales y construía un gran reloj de torre en el que, al dar las doce, pasaban los doce apóstoles al pie de la esfera.

Habla de cómo con los indígenas se ha construido un magnífico órgano, mejor que uno que le llegó de Europa. Cómo ensaya a los bailarines, cómo los viste espléndidamente. Cómo bailan en la iglesia para resaltar las grandes festividades. Cómo visita e inspecciona el horno de tejas y ladrillos, el molino y la panadería. No me resisto a copiar algunos trozos textuales de los escritos del Padre Sepp que sin duda asomarán a los posibles lectores a la vida cotidiana de un superior jesuita en una de estas reducciones:

Reviso qué hacen los herreros, los ebanistas y carpinteros, veo qué tallan los escultores, los ebanistas y carpinteros, hilan los hilanderos, tornean los torneros, tejen los tejedores y sacrifican los carniceros... Si me sobra tiempo, voy al jardín y examino si los jardineros siembran, riegan y arrancan las malas hierbas y remueven la tierra. A las nueve y media, se entregan las vasijas en las que los enfermeros encargados llevan leche tibia, un buen trozo de carne y pan blanco a los enfermos. Aproximadamente a las diez y media, el chicuelo toca la campana, para examen de conciencia. Me encierro un cuarto de hora en mi habitación, examino mis pecados y descuidos y luego me voy a comer... Este año he logrado que treinta ejecutantes de chirimía, dieciocho de trompa y diez fagocistas hicieran tan grandes progresos, que todos pueden tocar y cantar mis

composiciones. Además ya he formado cincuenta triples, que tienen voces bastante buenas. En mi reducción he anotado, para ocho niños indios, el famoso 'Laudate pueri' del Padre Gletle. Lo cantan con tal garbo, tal gracia y estilo, que en Europa apenas se creería de estos pobres, desnudos e inocentes niños indios.

¡Cómo es posible que hoy los jesuitas, herederos del espíritu de esos colosos, hayamos perdido ese celo apostólico y ese temple de aventureros de Dios! ¿No habría que repensar todo el proceso de formación para sembrar en los jóvenes chispas que prendan la hoguera de su fuego apostólico y templen su voluntad en una vida más austera y más sacrificada?

Precisamente, hace unos días recibí una carta de la Hermana Josefina Aranaga de Iturmendi, Superior Provincial de una Congregación Religiosa en España, en la que pide mi opinión sobre la conveniencia de abrir en Venezuela un noviciado con la idea de cosechar aquí vocaciones. Yo le estoy contestando que me parece muy buena idea, pero que elija como Maestra de Novicias a una mujer emprendedora y alegre, con garra, nada melindrosa, que pueda con su ejemplo arrastrar a las jóvenes a una vida consagrada, que tiene que ser modelo de entrega alegre y eficaz. Hoy, los jóvenes, ¿perciben nuestras vidas como una invitación a vivir apasionadamente?

Me parece que la mayoría de los Maestros de novicios se han acaramelado y han suprimido todo aquello que ayuda a forjar el carácter y a cultivar el esfuerzo. Los noviciados deberían insertarse en las obras de vanguardia de cada Congregación. Me imagino a novicios o novicias limpiando gallineros, porquerizas, conejeras o vaquerías, o trabajando en el campo o los talleres, ganándose la vida como tienen que hacerlo todas las gentes normales en el mundo. ¡Qué voto de pobreza es ese que aleja a los jóvenes del trabajo y les garantiza sin el menor esfuerzo todos los días buena comida y buen descanso!

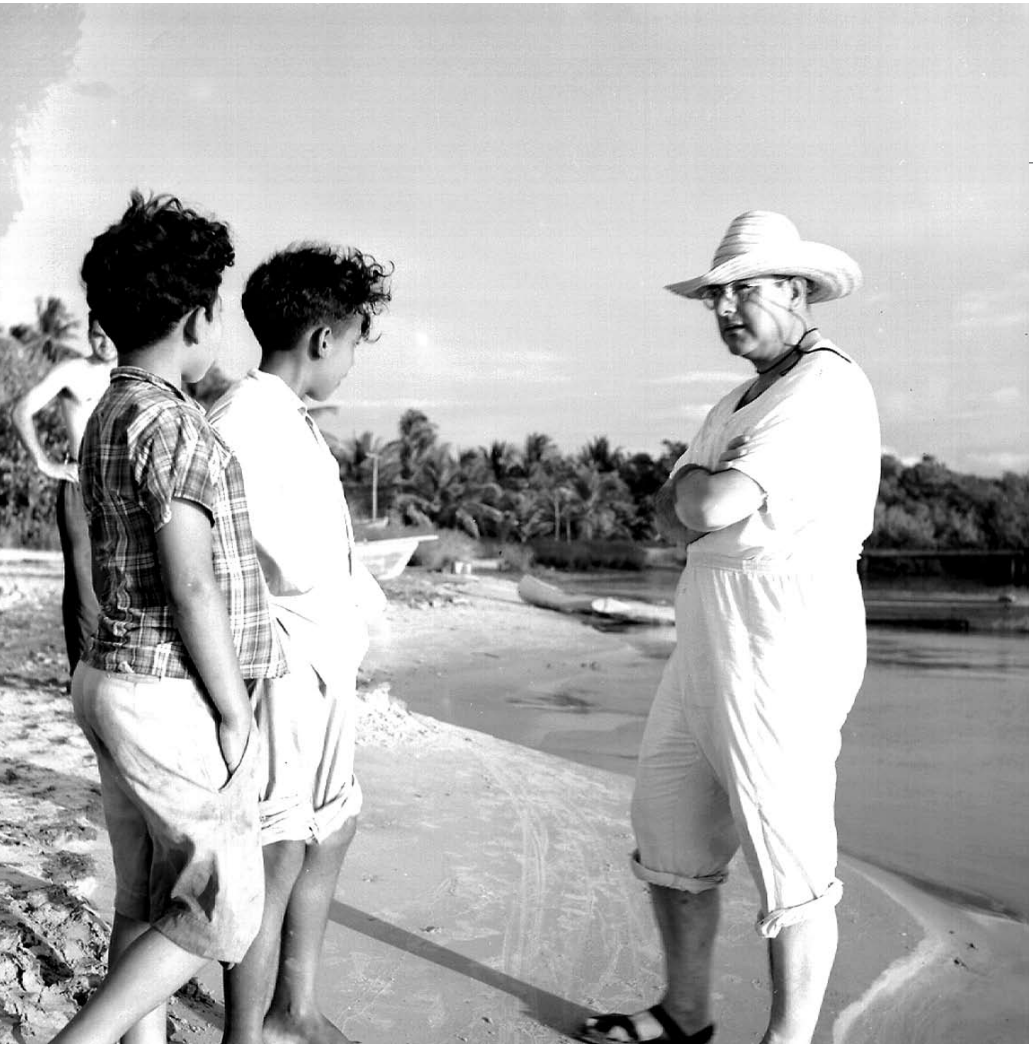
En mi carta de respuesta, le digo a la Madre Aranaga, que el noviciado debe ser principalmente para enseñar a hacer milagros. Sí, milagros y portentos, signos en los que se transparente el Gran Poder de Dios,

cosas que la debilidad humana no sabe, ni puede realizar, cosas des-
acostumbradas al egoísmo y la comodonería de los religiosos laxos,
hechos dignos de los santos y gestos transformadores de los héroes. Nos
debemos aburrir de una vez de sacerdotes comodones bien nutridos y
maltrabajadores o de curitas revolucionarios de tintero y micrófono o
de levitas atildados, bien protegidos en sus despachos, como publica-
nos recaudadores de contribuciones eclesiásticas, o de presbíteros pro-
fesores que, cumpliendo con la rutina de su cátedra, tienen el resto de
la vida para perder el tiempo en fruslerías y pasatiempos infantiles.

Más que curar leprosos en un instante, más que dar vista a los ciegos,
más que hacer saltar de alegría a los paralíticos es alimentar, vestir y edu-
car por amor a mil niños desnutridos. Más que resucitar un muerto, es
restituir su categoría y su dignidad de hombres y de hijos de Dios a tantos
miles y miles de hermanos nuestros que, empujados por la miseria y la
ignorancia, han caído casi en los límites de la deshumanización.

¡Para qué dedicar noviciados para formar hermanas detallistas a las
que no les importan los desamparados de la ignorancia y la injusticia!
¡Para qué preparar tantas hermanas sabias y profesoras, cuando hay
tan pocas que quieran mancharse las manos con una herramienta o
una máquina que dé de comer al pueblo! Yo me imagino a las nuevas
religiosas atareadas científicamente, dentro de un laboratorio, en pre-
parar el alimento de unas hermosísimas vacas, corpulentas, de piel
limpia y estirada, portadoras de unas ubres repletas y rosadas. Me las
imagino recorriendo las pesebreras-cunas de los becerros. A cada uno
le hace una caricia o le llama cariñosamente por su nombre. Me las
imagino manejando un tractor o un camión cargado de maíz, para
hacer succulentas arepas a miles de hijos de Dios. ¡El que tantos Supe-
riores y Superiores Religiosas le tengan un miedo tan irracional al
campo ha debilitado mucho a la Iglesia!

Sólo volveremos a tener abundantes vocaciones religiosas, cuando los
jóvenes perciban que la invitación que les hacemos es una invitación
a la plenitud de una vida feliz en el heroísmo de hacerse un aventure-
ro de Dios.



Colegio Loyola-Gumilla de Puerto Ordaz, 6 de julio de 1985

6:02 pm

Estoy en la azotea de nuestro Colegio Loyola-Gumilla en Puerto Ordaz. Acaba de caer un tremendo chaparrón, pero no ha refrescado nada. En el día de hoy, el cielo se ha desgajado en tres tormentas fuertes, pero muy rápidas, y enseguida ha salido un sol ardiente que, al beberse la lluvia, ha acrecentado el calor y la humedad. Hay una calma chicha y no sube nada de brisa del brioso río Caroní ni del aletargado Orinoco. Se juntan muy cerca de donde yo estoy y por un largo rato el Caroní sigue fluyendo dentro del Orinoco sin mezclarse del todo. Puede verse como una enorme espada rojiza en las entrañas de nuestro Gran Río Padre.

Estoy muy cansado y adivino que me muero. Hace un rato que se fue Juan Vicente Arévalo, Ingeniero Jefe de Campo en Los Pijiguaos, que vino a visitarme y se impresionó de mis dificultades para subir las escaleras. Tuve que apoyarme en su brazo porque sentía que mis pulmones estaban a punto de reventar. Las venas que me pusieron en la operación están ya tapadas. Me dicen que debo volver a operarme, pero no me animo, y no sé si aguantaría una operación tan fuerte. Que sea lo que Dios quiera. Me queda muy poco tiempo y tengo demasiadas cosas que hacer. ¿Seguirá Papá-Dios siendo generoso conmigo y

me permitirá algunos años o al menos unos pocos meses más, o me dirá “ya está bueno, son demasiadas las ñapas que te he dado, es hora de que vengas a descansar conmigo”?

El Ingeniero Arévalo fue alumno mío en la Universidad Católica y miembro de la Congregación Mariana y, cuando visité hace un par de días las minas de bauxita de Los Pijiguaos, recibí la gratísima noticia de que era el encargado del campo. Y que otro exalumno, el Ingeniero Héctor Soucy, era el Director de la Compañía de Bauxita Venezolana. Lamentablemente, ninguno de los dos se encontraba en esos momentos en el campamento, pero logré enterarme de que Arévalo estaba en Puerto Ordaz y conseguí un teléfono para contactarlo. Lo llamé al llegar al colegio, se impresionó y alegró mucho al oír mi voz y vino tan pronto como pudo a visitarme.

En la amena conversación que acabamos de tener salpicada de viejas anécdotas y recuerdos, le he manifestado mi interés en que Fe y Alegría abra una escuela en Los Pijiguaos para los hijos de los obreros y de la población de los alrededores, y ha mostrado un gran interés y me ha brindado su total apoyo.

A pesar del cansancio que ha ido minando todos los miembros de mi cuerpo, me siento muy emocionado, porque estoy visitando las tierras de las antiguas misiones del Orinoco de nuestros hermanos jesuitas. Ha sido un viaje muy largo y agotador, pero ha merecido la pena. Aunque sea lo último que yo haga, estoy deseoso de renovar las hazañas de nuestros misioneros abriendo algunas escuelas profesionales para los indígenas, mucho más pobres y abandonados que los propios campesinos. No podemos dejar que el olvido borre las huellas de nuestros Padres. Estoy seguro de que ellos intercederán por nosotros en la renovación de su gran aventura apostólica, en la que vivieron con afán de héroes y por la cual murieron.

Salí de Mérida con la Toyota nueva manejada por el profesor de joyería Eugenio Vacarotto, y llegamos a San Ignacio del Masparro donde almorzamos. De allí proseguimos viaje al colegio de Fe y Alegría, Padre Gumi-

lla en La Guanota, Estado Apure, donde pasamos la noche. Después de cenar, estuve recordando con la comunidad de jesuitas, las hazañas admirables del Padre Gumilla, que tanto ese colegio como el de los jesuitas de Puerto Ordaz donde ahora me encuentro, llevan su nombre.

Joseph Gumilla nació en 1686 en un pueblito de la provincia de Valencia, España. En 1705, viajó a Santa Fe de Bogotá y, después de 10 años de estudios, fue destinado a las misiones de los llanos y del Orinoco, donde trabajó durante 35 años, con algunas interrupciones como Rector del colegio de los jesuitas en Cartagena, Superior Provincial de Nueva Granada, y Procurador en Roma. Cuando estaba terminando con esta tarea, el Padre General, viendo que estaba muy quebrantado de salud y en atención a sus méritos, le propuso que escogiera el colegio que quisiera para descansar. Escogió volver a sus misiones de los llanos y del Orinoco, donde vivió sus últimos siete años como un ermitaño, investigando, evangelizando, tomando notas para su obra extraordinaria.

Hombre de acción, acucioso investigador de los grupos indígenas, y de la flora y fauna del Orinoco, fundó varios pueblos en los ríos Apure, Meta y Orinoco. Además de ser un extraordinario intelectual, Gumilla era un hombre muy práctico, pues fue también hábil carpintero, albañil, escultor, pintor, abogado y médico. Escribió un libro extraordinario “El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y sus caudalosas vertientes”, que habría de nutrir a numerosos científicos, exploradores e investigadores, entre ellos al propio Humboldt.

Gumilla introdujo también la siembra del café en Venezuela y concibió un proyecto de colonización del Orinoco con pobladores procedentes de España, reclutados entre los presos y las mujeres de mal vivir, pues estaba convencido de que el hombre es bueno por naturaleza, pero la sociedad lo contamina y echa a perder. Un regreso a la vida natural curaría sus cuerpos y sus almas, ideas muy roussonianas, aunque Gumilla vivió varias décadas antes que el filósofo Juan Jacobo Rousseau.

Gumilla era tan querido por los indígenas que un compañero suyo cuenta que cuando se enteraron que el Provincial venía a visitar la misión de los betoyas, como imaginaron que se llevaría al Padre, le pidieron ingenuamente permiso para salir al camino y flechar al Provincial.

Gumilla murió en un lugar desconocido de los llanos el 16 de julio de 1750.

Salimos de La Guanota muy temprano, a las cinco y cuarto de la mañana, con la idea de llegar a Cabruta, fundación jesuítica en la margen izquierda del Orinoco, donde están encargadas de la parroquia dos Hermanas de la Caridad de Santa Ana. La primera etapa Mérida-Guanota fue de seiscientos cuarenta kilómetros y la segunda, Guanota-Cabruta, de quinientos cincuenta. En dos días, mil ciento noventa kilómetros, demasiados para un viejo enfermo como yo.

En Cabruta, embarcamos la Toyota en una chalana y pasamos hasta Caicara del Orinoco, también fundación jesuítica en la otra orilla del río. Aquí el Orinoco tiene una anchura de varios kilómetros, y nos llevó una media hora atravesarlo. Me emocioné mucho al imaginar las veces que nuestros misioneros cruzarían el río por aquí mismo, pero en canoas movidas a remo. Ellos mismos construyeron más arriba, en un estrechamiento del río, varios fortines para impedir los ataques de los indios Caribes que, armados por los holandeses, atacaban nuestras misiones para esclavizar a los indios y venderlos como esclavos. Nuestros misioneros no tenían empacho en construir pueblos, explorar por primera vez inmensas regiones completamente desconocidas, formar hatos de ganado para alimentar a sus fieles, aprender las lenguas nativas para comunicarse y evangelizar a los indígenas, y levantar fortines con buena artillería, para protegerlos de los ataques de los caribes.

¡Qué hombres tan aguerridos y valientes! He recordado mucho en los días pasados, mientras recorríamos las inmensas llanuras, al Padre Rivero, que las atravesaba con el agua a los pechos y llevando el vino y las hostias en un lienzo encerado atado a la cabeza para que no se mojara. Los pocos soldados que lo acompañaban llevaban del mismo

modo la pólvora para que no se humedeciera, y el mosquete sujeto con los dientes. Quisiera yo hacer por aquí un monumento a estos antecesores nuestros. Pero antes que estatuas, es preferible repetir sus obras.

En Caicara tienen una Casa las Hermanas de la Consolación., en la que viven cuatro religiosas. Allí nos hospedamos. En el patio hay una churuata de palma de moriche donde cuelgan sus hamacas los indígenas Panare o Eñepá, como ellos se llaman, que habitan dispersos por estas sabanas. Más adelante, en la ruta hacia Puerto Ayacucho, hay también grupitos de Guajibos, Mapoyos y Piaroas. Habrá que buscar un buen terreno para construirles una escuela profesional que contribuya a la elevación humana de todos estos grupos indígenas, que viven en la miseria más atroz, pues no tienen nada.

Las Hermanas nos brindaron una buena cena, y descansamos bien toda la noche. El día primero de julio nos levantamos temprano, como a las seis y media de la mañana, y desayunamos unas buenas arepas, que nos tenían ya listas. Yo me sentía muy bien, descansado y pletórico, y no sé por qué adiviné que este mes de julio que estábamos iniciando iba a ser un mes muy especial para mí. El resto del día lo pasamos acompañando a las Hermanas en sus labores evangelizadoras y de promoción humana con los Panares, que son muy hábiles artesanos, especialmente de cestas que fabrican con gran habilidad y muy buen gusto en el diseño.

Era curioso ver a los niños y a las niñas en cueritos, aunque éstas con collares de cuentas, que les dan veinte o treinta vueltas al cuello. Algunas llevaban collares de dientes de mono, que son más vistosos. La Hermana Asunción los llama "mis Cristos desnudos". ¡Cuánto evangelio encierra esa expresión! Porque son también sus Cristos enfermos, sus Cristos ignorantes, sus Cristos despreciados. En esos momentos, terminé de decidirme a fundar una Escuela Profesional para dignificar a todos estos niños y jóvenes, tan abandonados por los hombres y tan cercanos al corazón de Dios. Para ello, tenemos que buscar extensas y buenas tierras, con abundante agua, para producir mucha comida para saciar las hambres viejas de todas estas poblaciones tan olvidadas.

Como a las once y media de la noche, llamaron estruendosamente a la puerta de las Hermanas. Se trataba de una niña que parecía tener una hemorragia. Al principio pensaron que sería sangre de los pulmones y las Hermanas llevaron a la niña al hospital. Pero la cosa era mucho más sencilla. Le habían tratado de arrancar una muela con un hierro y le habían destrozado la encía.

De Caicara fuimos a visitar las minas de diamante de Guaniamo y la misión de las Lauritas en Guarataro. También aprovechamos para explorar la carretera que va a Puerto Ayacucho, con la idea de viajar otro día hasta allá. Desistimos de ir a La Urbana, antigua misión de los jesuitas, cuando nos enteramos de que las dos Hermanas Concepcionistas que viven allí estaban en Caracas. Tengo que hablar pronto con ellas y con su Provincial, pues me he enterado que están muy deseosas de abrir una escuela de Fe y Alegría. Si ya cuento con religiosas ganadas a ello, todo lo demás será más fácil conseguirlo.

En estas expediciones, Dios nos regaló unos paisajes increíbles, en los que era muy fácil ver su presencia creadora. El viento es un director cinematográfico muy hábil. En nuestro recorrido, nos deleitó con increíbles películas de nubes de nieve y nubes blancas y rizadas, grisáceas, y nubes panzudas con barrigas de plomo, sobre cielos con todos los matices del azul. Y todo esto sobre la tierra verde esmeralda con pequeños cerros claros y otros salpicados de enormes piedras casi negras en la lejanía y marrón castaño de cerca, que parecen monstruos acostados en las laderas verde lechuga. Y se me ocurrió que sería bueno establecer por estas tierras varios centros de turismo de aventura aprovechando los ríos rápidos y caudalosos para sostener así nuestras escuelas profesionales indígenas.

8:02 pm

He acompañado a la comunidad jesuítica del colegio a cenar, aunque no tenía nada de apetito. Comí unas acelgas y un pedacito de merluza rebozada. Después, he estado un rato viendo las noticias por

televisión, pero me he retirado temprano a mi habitación pues me siento muy cansado. Voy a esforzarme, sin embargo, antes de acostarme, en darles un poco más de cuerpo a las breves notas que fui tomando durante el viaje. Si no lo hago ahora que los recuerdos están frescos, luego costará mucho más recuperarlos.

Para llegar a las minas de diamantes, tuvimos que cruzar el río Guaniamo en chalana, pues es ancho y no tiene puente. Al otro lado, hay unos treinta kilómetros de asfalto, después de un largo recorrido de carretera destapada. Al rato, empezaron a surgir pequeños asentamientos de nombres pintorescos como La Salvación, el Milagro, la Flojera, el Candado, la Caracolita, la Culebra. Las casas son pequeñas y hechas con cartón, latas de potes de manteca o de barriles de petróleo. Todo parece improvisado y sin intenciones de permanencia. Da la impresión de que, al agotarse el diamante, todo quedará abandonado.

Al borde de la carretera, pueden verse los cortes y barrancos excavados por los mineros. Trabajan con bombas, que lanzan fuertes chorros a gran presión sobre los taludes arcilloso-arenosos. Los chorros perforan arrastrando con su corriente todo el material que otra bomba lleva a las máquinas lavadoras, donde quedan los diamantes en los distintos cedazos. Estuvimos conversando un buen rato con los mineros, y también con dos brasileros que les compran los diamantes. Uno se llama Sadí y el otro Pata de Palo, por ser cojo y con pata de madera. Sadí nos invitó a visitar su tenderete, y nos enseñó su colección de diamantes. Pesó algunos en su pequeña balanza y nos dio los precios. Como Vacarotto es nuestro profesor de joyería en San Javier, mostró mucho interés y hasta logró que Sadí le regalara dos diamantes pequeños. Luego, pasamos por el puesto de la Guardia y estuvimos un buen rato conversando con ellos. Nos contaron que los principales problemas surgen cuando se emborrachan los mineros y comienzan a pelear. Algunos son capaces de gastarse en una sola noche de alcohol y mujeres todos los esfuerzos y alegrías de un mes.

Al día siguiente nos propusimos llegar a Puerto Ayacucho, capital del Territorio Amazonas de Venezuela. La carretera de Caicara a Puerto

Ayacucho (350 kms) está en construcción, a cargo en buena parte de un Batallón de Ingenieros del ejército venezolano. Sólo tiene algunos pedazos asfaltados, y el resto es de tierra. Pasamos delante de las imponentes cataratas de los ríos Chiviripa y Maniapure, que se ven desde la carretera. Después de un buen rato de penoso recorrido llegamos por fin al poblado de Túriba, donde habitualmente reside el Padre Gonzalo Tosantos, sacerdote diocesano bilbaíno, de quien hablan muy bien las Hermanas Lauras, las de la Consolación y las Concepcionistas, pues dicen que es un hombre muy abnegado que atiende una enorme zona, pues es el único sacerdote por estos apartados lugares. Vive en extrema pobreza, dedicado por entero a la evangelización de los Panares. Habla muy bien su lengua y trabaja solo y sin recursos.

Tenía yo mucha ilusión por conocer al Padre Tosantos y conversar largo con él, pues estaba seguro de que podría ser un excelente aliado de Fe y Alegría para promover a los indígenas con una buena educación profesional. Lamentablemente, acababa de salir para España de vacaciones y no pude conversar con él.

Siguiendo nuestro recorrido, pasamos el río Suapure en chalana, y luego llegamos a los Pijiguaos, donde están explotando una gran mina de bauxita. Las reservas de bauxita evaluadas hasta la fecha, superan los 200 millones de toneladas, pero existe una cantidad mucho mayor que se estima en miles de millones de toneladas. Fue aquí donde me enteré de que Juan Vicente Arévalo, antiguo alumno mío, el ingeniero que en la tarde vino a visitarme al colegio, era Jefe de Campamento.

De Los Pijiguaos, seguimos rumbo a Puerto Ayacucho. Pasamos el majestuoso río Parguaza en chalana, y después nos tocó un muy penoso vía crucis, pues la carretera está apenas comenzada y no tiene puentes. Afortunadamente la camioneta Toyota respondió muy bien a su fama bien ganada y con la doble transmisión y el candado de las ruedas delanteras, más la pericia de Eugenio, fuimos capaces de pasar sin problemas las quebradas y riachuelos que con las lluvias bajaban bastante crecidos.

Por fin, a las tres de la tarde, y después de haber admirado un buen rato la confluencia del Meta y del Orinoco, donde se forma un hermoso lago, llegamos a Puerto Ayacucho, acompañados por un colosal aguacero que duró hasta bien entrada la noche. Nos hospedamos en la Vicaría, con los Padres Salesianos que nos brindaron una excelente acogida.

En los días siguientes, visitamos el Mirador y los raudales de Atures y Maipures, que hacen por aquí innavegable al Orinoco. Yo estuve por un largo rato mirando ese río majestuoso que tantas veces lo mirarían y admirarían mis hermanos jesuitas misioneros. Escuchaba sus ladridos de agua y me decía que, a pesar de los años, seguían siendo las mismas voces que guiaron sus pasos y cobijaron sus sueños. Conocimos también el tobogán de la selva, algunos balnearios y visitamos las obras de los salesianos y las salesianas que llevan en el Amazonas 50 años de fecunda labor misionera. Además de la vicaría apostólica, tienen una televisora, un museo etnológico bastante interesante, un internado en la isla Ratón y varias misiones en el alto Orinoco con los indígenas Yanomami que, según nos contaron, son los que mantienen sus costumbres y cultura más puras debido a lo difícil que resulta llegar a sus tierras.



San Ignacio del Masparro, 18 de julio de 1985

5:30 am

Me he despertado sobresaltado y con la respiración fatigosa. Adivino que pronto empezará a clarear y ya puedo escuchar los cantos de los pájaros más madrugadores. Debo calmarme y respirar profundo no vaya a ser que me dé un infarto. Me tomaré una pastilla y rezaré un rosario. Me pondré en las manos de la Virgen y que sea lo que ella quiera. Pero sería terrible que me pasara algo con las muchachas aquí. Se asustarían y no querrían regresar. No he logrado todavía convencer a ninguna religiosa para que se venga, pero parece ser que estas tres maestras merideñas están dispuestas a venir. Ayer, antes de la cena, después de que por fin escampó y pude mostrarles los campos, las obras, el río y les conté todo lo que yo soñaba con esta escuela, les hice la pregunta crucial: “¿Se atreven?”. Ellas me respondieron que sí. Espero que puedan cumplir su palabra. Empezaremos con unos pocos alumnos seminternos en octubre y luego, como pasó en San Javier, iremos consolidando la obra.

Me siento un poco mejor y estoy seguro de que voy a superar la crisis. Tengo que hacerlo por las muchachas. La respiración parece estarse calmando. Si logro dormir y descansar un rato, seguro que me levantaré completamente restablecido. Les dije a las muchachas que tenían

que madrugar para regresarnos temprano a Mérida. Si me sigue el malestar, allá podrán atenderme mejor y podré visitar a mi cardiólogo. Ayer noche le dije a Barberá que nos cargara muy temprano la Samurai con yuca, cambures, topochos, jojotos y todas las frutas que pudiera, pues pensábamos salir antes de las siete. Quiero llevar a las muchachas a Bruzual para que conozcan el Apure y voy a enseñarles también la iglesia colonial de Nutrias. Les contaré lo importante que fue este pueblo en tiempos de la colonia, cosa que sin duda ellas ignorarán por completo. Después, para terminarlas de agrandar, nos desayunaremos bien en un parador de carretera y de allí seguiremos a Mérida.

De regreso del largo viaje por Guayana, y antes de seguir a Mérida donde habría de quedarse Vacarotto, pasamos por aquí hace muy pocos días y, al ir a revisar la obra, recibí un gran disgusto, pues el albañil Sixto había hecho todo lo contrario a lo que yo le había indicado. Es incapaz de leer el plano más sencillo, y mucho me temo que tendremos que tumbar lo que construyeron durante mi ausencia. Pasan los días, tenemos ya octubre casi encima, y las obras están muy retrasadas. Además, le ha dado por llover más que nunca, lo que está retrasando mucho la construcción. Ayer, cuando llegamos a eso de las tres de la tarde, nos cayó encima un tremendo aguacero, y las muchachas estuvieron más de una hora sentadas, sin hacer nada, viendo llover. Yo traté de animarlas y de echarles broma, pues me daba mucho miedo de que se llevaran una mala impresión y no quisieran regresar.

La Hermana Monte y Fabián González, el Director de San Javier, me rogaron en Mérida que no viajara. Decían que me veía muy fatigado y que debía descansar. Hasta Fabián intentó convencerme, pidiéndome que me quedara a la graduación de los alumnos para que les dirigiera unas palabras que ellos y sus familias agradecerían mucho. “Inyécteles por última vez ese fuego apostólico como sólo Usted sabe hacerlo”, me dijo Fabián y yo adiviné un gran cariño en su mirada. Pero yo les había prometido a las muchachas que las traería para que conocieran San Ignacio del Masparro, y no iba a defraudarlas.

Salimos de Mérida ayer, 17 de julio, a las cinco de la mañana. El viaje fue muy bueno y hasta cantamos un rato. Yo aproveché para alabar las bellezas de nuestra naturaleza y les dije a las maestras que debían sembrarles a los alumnos un gran cariño a Venezuela y desarrollarles la capacidad de asombro y admiración. Luego, el cielo soltó todas sus compuertas con un terrible aguacero que destiñó los colores y llenó de barro todos los caminos. Afortunadamente, después de la tormenta, Dios nos regaló un increíble atardecer que puso una gran alegría en nuestros pechos. Por ello, después de recorrer el colegio, estuvimos cantando, y una de las muchachas tocó la guitarra. Había bastante plaga, que no logramos ahuyentar quemando tusas, pero no pareció importarles demasiado, porque no se quejaron de ella. Quiera Dios que estas muchachas no sean melindrosas y resulten mujeres de temple, dispuestas a enfrentar con decisión todos los problemas y dificultades.

Había ordenado que prepararan una cena muy especial y quise que comiéramos todos juntos, incluso los obreros. No sé por qué imaginé que, alumbrados por las velas, nos estábamos pareciendo a La Última Cena, esa extraordinaria pintura de Leonardo da Vinci, aunque espero que, en verdad, no resulte esa mi última cena. Después de comer, estuvimos jugando un buen rato al zorro, y yo me alegré, porque las muchachas reían mucho y parecían felices. Como les había prestado a ellas mi habitación, donde habíamos logrado hacer funcionar un bombillo con la electricidad producida por una máquina de soldar, yo alargué más de costumbre la retirada, y me vine a dormir a este cuartucho, que había sido mi primera habitación, y que es hoy depósito de herramientas, cabillas, bloques y cemento.

Pero me está volviendo el dolor en el pecho, ahora más agudo que nunca. Se me va extendiendo por los brazos, la espalda, el cuello, la quijada y empiezo a sudar y marearme. Sé que estoy a punto de un infarto. Voy a llamar a Barberá para que venga a ayudarme.

–Barberá, Barberá...

–Voy, Padre, voy.

–Creo que tengo un infarto –le digo. Debe estar muy preocupado y sin saber qué hacer. Me pregunta si me da alguna medicina.

–Sí, dame una de estas pastillas que están sobre la mesita de la noche.

La tomo con dificultad, y siento mucho frío. Le digo que por nada del mundo deben enterarse las muchachas de mi situación. Si no logro recuperarme o si me pasa algo malo, mejor que las lleven a Mérida y les digan que yo he decidido quedarme porque estoy un poco indispuerto. “No es posible, Dios mío, que me hagas esto precisamente hoy. Si has sido tan benévolo conmigo, sigue siéndolo un poquito más. Cuando se vayan las maestras, puedes hacer de mí lo que quieras, pero no ahora”.

–El libro, Barberá, el libro...

–¿Qué libro, Padre? ¿Quiere que le traiga el breviario o la Biblia?

–No, no, voy a morir sin haber escrito el libro.

–No hay mejor libro que su vida, Padre. Pero cálmese, que ya se va a recuperar.

–No sé, Barberá, me siento muy mal. Dame otra de esas pastillas.

–¿Quiere que lo lleve al médico?

–No, no debo moverme.

–Entonces, iré yo a buscarlo.

–Tú no, que vaya el chofer a buscarlo. Cuida bien esa carpeta marrón que está sobre la carretilla. Son los papeles que estoy escribiendo, que no se pierdan. Ahora, dame otra pastilla y rézame una oración.

Barberá empieza a rezar el Padre Nuestro y, sobre el agudo dolor, me va saltando una alegría desconocida. Siento tendidos hacia mí unos brazos amorosos que me esperan. Veo un enorme corazón que no sé si es el de Fe y Alegría o es el corazón de Dios que empieza a ocupar el espacio de mi viejo corazón enfermo que se apaga. Mis latidos se van

haciendo cada vez más débiles, pero de mi pecho empieza a brotar un manantial de vida nueva y dulcísima. “En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu”, susurran mis labios y un espléndido amanecer de mariposas, violines, arcoiris y pájaros va naciendo de mi último latido.

Apéndice

El Padre José María Vélaz murió a las 6,20 de la mañana del día 18 de julio de 1985. Cuando el médico llegó ya no había nada que hacer, salvo certificar la defunción. Como el camino estaba muy malo, prestaron una camioneta pick-up, y cubierto con una sábana lo trasladaron a Dolores. Lo pusieron en una especie de catre y allí lo velaron. A las diez, hubo un funeral lleno de afecto, devoción y lágrimas. La iglesia y la placita estaban abarrotadas de gentes.

A las once, llegó el Sr. Obispo de Barinas, que se portó como un padre, junto con las Hermanas de la Presentación de Fe y Alegría de Barinas y las Oblatas de Guanare. Poco después, llegó también la funeraria. Arreglaron los papeles y lo colocaron en un ataúd. El cortejo salió hacia Barinas y de allí a Mérida.

Lo velaron en el salón múltiple del colegio de Fe y Alegría Timoteo Aguirre en El Valle. Los alumnos hicieron solemne guardia frente al féretro. Antes del funeral lo pasearon por San Javier y los alumnos del internado que él fundó lo despidieron con cánticos de resurrección.

El funeral y el entierro fueron profundos y muy sentidos. El pueblo de Mérida se volcó a las calles para despedirlo. La TAM, televisora diocesana de Mérida, recogió las imágenes y palabras para el recuerdo vivo.

El Padre Luis Giménez, uno de los más cercanos colaboradores y amigos del Padre José María, tuvo a su cargo el elogio fúnebre.

El 22 de julio se celebró otra misa en el Colegio San Ignacio de Caracas presidida por el Cardenal José Alí Lebrún y con la asistencia de seis obispos más y numerosos sacerdotes jesuitas. En la homilía, al concluir su retrato emotivo del P. Vélaz y recordar su sueño postrero, el Padre Giménez indicó lo que les correspondía hacer a sus seguidores y discípulos:

¿Cuántas respuestas podemos dar a sus palabras? Tantas como los sueños abiertos por él. Llegar donde el olvido es entraña. Creer porque hay esperanza. Entregarse con el alma porque la mies es mucha. San Javier del Valle Grande, San Ignacio del Masparro, formación profesional, la mejor educación para los que más lo necesitan, producir, crecer, crear y seguir. Seguir creyendo en nuestro Padre. Seguir captando voluntades. Seguir soñando sin medida con esfuerzo realista. Seguir amando y entregando nuestra vida.

Cuatro años después de su muerte, el 15 de agosto de 1989, cubiertos con una bandera de Fe y Alegría, sus restos mortales fueron trasladados desde el cementerio de El Espejo, de Mérida, a su descanso favorito de San Javier del Valle, donde reposan en paz.

En cuanto a Fe y Alegría, ha seguido creciendo con una gran variedad de modalidades y programas. En 1985, el mismo año de la muerte del P. Vélaz, Fe y Alegría se registró oficialmente en España como una ONG, orientada a recabar fondos para apoyar los proyectos de Fe y Alegría. Posteriormente, Fe y Alegría de España cambiaría su nombre a Entreculturas-Fe y Alegría, ampliando su radio de acción como una organización de la Compañía de Jesús en pro de la educación como medio para promover el cambio social, la justicia y el diálogo entre los pueblos y culturas, con acciones dentro de España, en América Latina y en África. El P. Faustino Martínez de Olcoz, íntimo amigo y gran colaborador del P. José María, prosiguió su incansable trabajo de promotor de buenas voluntades y de fondos a favor de Fe y Alegría, desde

su pequeña oficina en el Colegio San Ignacio de Pamplona, hasta su fallecimiento en junio de 2004, año en que, desde Alboan, la Provincia de Loyola ha continuado su invalorable y ya tradicional apoyo al desarrollo de Fe y Alegría.

Tras la muerte del P. Vélaz, Fe y Alegría siguió extendiéndose por América: en 1991, llegó a República Dominicana y al Paraguay; en 1995, a Argentina; en 2000, a Honduras; en 2005, a Chile; en 2006, a Haití; en 2008 a Uruguay; y en 2007, dio el salto al África con la fundación en Chad, uno de los sueños más acariciados del P. Vélaz.

Hoy, Fe y Alegría es el movimiento educativo no-oficial más grande y pujante de América. Atiende a cerca de 1.500.000 niños, niñas, jóvenes y adultos de sectores barriales, rurales e indígenas con una gran variedad de programas educativos, sociales, comunitarios y de capacitación humana y laboral. Está presente en 2.885 puntos geográficos distintos, con una red de 1.214 planteles escolares desde el preescolar hasta los Institutos Universitarios (uno de los últimos sueños del P. Vélaz), 41 emisoras de radio, 421 centros de educación a distancia y 1.209 centros de educación alternativa y de servicios.

Fe y Alegría cuenta además con una serie de Centros de Formación e Investigación, en los que se produce teoría pedagógica desde contextos de exclusión y marginalidad, y acompaña procesos de formación permanente tanto de los educadores de las escuelas oficiales como de las escuelas privadas, pues trabaja arduamente por una educación de calidad para todos. Fe y Alegría edita y publica una serie de materiales educativos y de formación en castellano, portugués (Brasil) y francés (Haití), y también en lenguas indígenas, para educadores, promotores, comunidades y alumnos, orientados al mejoramiento de la calidad educativa y la calidad de vida.

Unos 33.560 educadores y educadoras, entre ellos un significativo grupo de religiosas y religiosos pertenecientes a unas 160 Congregaciones constituyen el capital social más importante de Fe y Alegría.

Fe y Alegría defiende la autonomía funcional de países, regiones, centros y programas, dentro de una comunión de principios y objetivos, y de una intercomunicación y solidaridad en inquietudes y proyectos. En cada uno de los países, Fe y Alegría opera como una entidad de educación pública y gestión privada sin fines de lucro, según las leyes nacionales y el apoyo de los diversos gobiernos. En el plano internacional, opera como una Federación de las organizaciones nacionales, que juntas procuran articular un movimiento que responda a las necesidades de la institución y de los distintos países donde está Fe y Alegría. Cada año, se celebra un Congreso y una Asamblea Internacional, donde se revisa el funcionamiento de Fe y Alegría, se analizan los nuevos retos, y se articulan las posibles alianzas. De este modo, Fe y Alegría trata de responder con creciente fidelidad a las exigencias de su identidad como Movimiento de Educación Popular y Promoción Social.

Ser movimiento implica para Fe y Alegría la permanente desestabilización creativa, la relectura continua de la realidad, en una actitud de comprobada búsqueda, con grandes dosis de audacia, de inconformidad, de autocrítica constante, de modo que las prácticas educativas y el hacer pedagógico vayan respondiendo a las exigencias y los retos que plantea la realidad siempre cambiante y el empobrecimiento y exclusión crecientes de las mayorías. Implica seguir soñando y realizando sueños motivados por el compromiso de construir un proyecto de transformación social, basado en los valores de justicia, participación, solidaridad y fraternidad.

Escritos del Padre José María Vélaz*

Cartas del Masparro (Marzo 8 de 1984 a Agosto 15 de 1985). Compilación de Carmelo Vilda S.J. publicada por Fe y Alegría en 1987.

Poemario: De los niños, las nubes, los esteros, los árboles, el agua, la tierra y las escuelas. Compilación de Carmelo Vilda S.J.

Breves consignas a Fe y Alegría en sus 30 años (Marzo 16, 1985)

Los institutos profesionales de San Javier del Valle Grande y de San Ignacio del Masparro (Octubre, 1984)

La educación profesional en Fe y Alegría (Noviembre, 1983)

Formación de maestros profesionales para la educación laboral en Fe y Alegría. Contribución a la XIII Asamblea Internacional de Fe y Alegría celebrada en Lima, Perú (Octubre 1, 1982)

Impresiones del Viaje por África. Carta a José Manuel Vélaz (1982)

El crecimiento de Fe y Alegría. Contribución a la XII Asamblea Internacional de Fe y Alegría celebrada en Bogotá, Colombia (Noviembre, 1981)

Fe y Alegría, características principales e instrumentos de acción (Septiembre 1, 1981)

* Los documentos reseñados están disponibles por Internet en la Biblioteca del portal www.feyalegria.org

Discurso en el acto de apertura de las Bodas de Plata de Fe y Alegría. Poliedro de Caracas (Diciembre 16, 1980)

El camino realizado y la tarea futura. Discurso pronunciado al recibir el Doctorado Honoris Causa en Educación, en la Universidad Católica Andrés Bello (Noviembre 23, 1980)

Educación profesional continuada en Fe y Alegría. Contribución a la XI Asamblea Internacional celebrada en Los Teques, Venezuela (Noviembre 17, 1980)

Formación para el trabajo (Noviembre, 1980)

Testamento (Marzo 31, 1980)

Pedagogía de la acción. Escuela de Artes Aplicadas San Javier del Valle Grande, Mérida (Mayo 4, 1980)

La pedagogía de la alegría. Notas de apoyo para las reuniones de fin y de comienzo de año en San Javier del Valle (Noviembre 12, 1979)

Escuela de Artes Aplicadas de San Javier del Valle Grande. Contribución a la X Asamblea Internacional de Fe y Alegría celebrada en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia (Octubre 28, 1979)

Comentarios al trabajo "Problemas más importantes detectados durante el proceso de evaluación de los planteles de Fe y Alegría" (Enero 17, 1979)

Planteamientos al Ministerio de Educación Nacional sobre la enseñanza privada (s.f., prob.1979)

274

Fe y Alegría en el contexto de Puebla (1979)

Las vocaciones religiosas y Fe y Alegría (1979)

Crecimiento, un esbozo del desarrollo de Fe y Alegría en el próximo decenio 1978-1988. Contribución a la IX Asamblea Internacional de Fe y Alegría celebrada en Quito, Ecuador (Octubre 31, 1978)

Algunas palabras actuales (Abril 15, 1977)

Cooperación a la Asamblea Nacional de Campo Mata (Abril 10, 1977)

Papel de trabajo para pedir una sustancial modificación de las normas vigentes para subvenciones (Enero 20, 1977)

Nueva manera de concebir la participación educativa y su sentido nacional (Enero 18, 1977)

Fe y Alegría, red de relaciones humanas (s.f., prob.1977)

Memorandum a la Junta Directiva de la Asociación Venezolana de Educación Católica - AVEC (Octubre 6, 1976)

Soñando a Fe y Alegría. Compilación de breves escritos: Al amor de la lumbre. El desafío de la miseria. El primer paso. Imaginación creativa. Por la Educación Popular (1976)

Diagnóstico de la Educación Católica en Venezuela (Diciembre 17, 1975)

Fe y Alegría, Movimiento de Educación Integral (Junio 15, 1975)

Situación de la Educación Católica en Venezuela. Carta al Secretario de Educación de la Iglesia, Rev. Padre Jenaro Aguirre, S.J. (Marzo 15, 1975)

Inauguración de la Radio Fe y Alegría (1975)

Informe sobre Fe y Alegría de Venezuela - Indicios para el futuro. Tercera Asamblea de Directores Nacionales celebrada en Lima, Perú (Diciembre 27-31, 1972)

Fe y Alegría, vocación de servicio a muchos (s.f., prob. entre 1970 y 1974)

Educación Popular Integral. Varios escritos (s.f., prob. 1970)

Bases para un trabajo conjunto de la Compañía de Jesús y Fe y Alegría (s.f., prob. 1968)

Temas de diálogo sobre el esquema mínimo del comienzo de Fe y Alegría en una Provincia S.J. (s.f., prob. 1968)

Recomendaciones para el mejor funcionamiento de las Juntas Directivas del Interior (5 de enero, 1968)

Fe y Alegría, un experimento apostólico Latinoamericano (Septiembre 20, 1967)

Proyecto de un plan piloto para el desarrollo de la comunidad en el Valle Grande de Mérida. Por medio de la creación de una Escuela de Turismo Popular organizada y dirigida por Fe y Alegría (1967)

Fe y Alegría, plan latinoamericano 1967-1972. Un programa para alcanzar 100.000 alumnos en América Latina para el mejor servicio de las clases menos privilegiadas (1967)

Fe y Alegría a los once años de labor (1966)

Compilación de breves escritos: Las distancias matan. La escuela pre-artesanal. Recursos cautivos. La orilla de la miseria. Los motivos de Fe y Alegría. Escuela para la vida. Los transistores también educan. Exploración de talentos (s.f., prob.1965 a 1970)

Cien mil alumnos en la nueva etapa (1965)

Fin fundamental de Fe y Alegría: una revolución iberoamericana a través de la Educación Popular Integral (1965)

Conceptos fundamentales que deben guiar el mensaje nacional de Fe y Alegría. Palabras pronunciadas en la I Convención de Fe y Alegría de Venezuela (1963)

Discurso en la primera graduación de maestras de Fe y Alegría (1963)

Carta en favor de "San Pueblo", Organización Latinoamericana de Acción Comunitaria (Junio 11, 1962)

"San Pueblo", Organización Latinoamericana de Acción Comunitaria (s.f. prob. 1962)

"San Pueblo", Organización Latinoamericana de Acción Comunitaria (1961)

Artículos periodísticos por Jorge Correa S. (seudónimo) Diario La Religión (Noviembre, 1960)

Oración fúnebre. En el solemne funeral celebrado en el Colegio San Ignacio de Caracas, en recuerdo de las víctimas de Monte Carmelo (Diciembre, 1950)

Publicaciones y escritos sobre la vida, pensamiento y obra del P. José María Vélaz

Bachs, Antonio (1992) Evolución de Fe y Alegría.

Bastos, Alfredo (1981). Fe y Alegría en el pensamiento del Padre José María Vélaz. Caracas: Fe y Alegría de Venezuela.

Bastos, Alfredo (1981). Fe y Alegría en el pensamiento del P. José María Vélaz [síntesis y complemento de la publicación del mismo nombre y autor elaborada por el Equipo Central de Fe y Alegría de Venezuela]. Caracas: Fe y Alegría de Venezuela.

De la Chispa al Incendio, la historia y las historias de Fe y Alegría (1999). Caracas: Federación Internacional de Fe y Alegría.

Marquínez, Ignacio (1987). ¿Cómo nació Fe y Alegría?. Caracas: Federación Internacional de Fe y Alegría.

Pérez Esclarín, Antonio (1991). José María Vélaz, breve reseña biográfica.

Pérez Esclarín, Antonio (1992). Padre José María Vélaz. Fundador de Fe y Alegría. Caracas: Fe y Alegría de Venezuela.

Pérez Esclarín, Antonio (1996). Un Movimiento Educativo al servicio del pueblo latinoamericano.

Pérez Esclarín, Antonio (1999). Raíces de Fe y Alegría, Caracas: Fe y Alegría de Venezuela.

